LOS
CRÍMENES
DE
LA LUNA
MENGUANTE
MANUEL DELPRIETO

MANUEL DELPRIETO

Los CRÍMENES de la LUNA MENGUANTE

Título: *Los crímenes de la luna menguante*
© 2024, Manuel Delprieto
De la maquetación: 2024, Servicios editoriales RM
Del diseño de la cubierta: 2024, Lesia T.
Corrección: 2024, Tamara López
Primera edición: agosto 2024
Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

«El odio de las razas no forma parte de la naturaleza humana; más bien es el abandono de la naturaleza humana».

Orson Welles.

«La libertad no se pude lograr a menos que las mujeres se hayan emancipado de todas las formas de opresión».

Nelson Mandela.

«A veces pienso que la prueba más fehaciente de que existe vida inteligente en el universo, es que nadie ha intentado contactar con nosotros».

Bill Watterson.

«No se puede juzgar la vida de un hombre, hasta la que la muerte le ha puesto término».

Sócrates.

Nota del autor

Esta novela es de ficción. No es una queja política ni una protesta ante la inmigración ni tampoco busca crear ningún tipo de controversia. Solo son personajes inventados, con diálogos y comportamientos que son fruto de la imaginación del autor. El único propósito es el entretenimiento, y crear situaciones y conflictos que hagan atractiva la lectura. Espero que disfruten de la novela negra que están a punto de leer. Y un fuerte abrazo para los ciudadanos y fuerzas de seguridad de Cuevas del Almanzora (Almería).

PRÓLOGO

Pepín Coto despertó con los primeros rayos de sol que se colaban por la ventana de su polvorienta caravana. A su lado, su padre dormía profundamente, emitiendo gruñidos y balbuceos ininteligibles. Entusiasmado, se reincorporó de la cama, tomó sus gafas de aumento de la pila de cuentos que hacía de mesita de noche y caminó hacia la cocina en busca de un vaso de agua. Sin hacer mucho ruido, se cambió el pijama por unas bermudas descoloridas, una sudadera gris con capucha, una riñonera verde y unas cangrejeras azules. A continuación, buscó su detector de metales y se convenció de que ese día, 12 de junio, encontraría un gran tesoro que lo haría famoso. En silencio, abandonó el habitáculo y pisó la arena. Una brisa fresca con aroma a salitre le sacudió el rostro. Frente a él se desplegaron las aguas de la inmensa playa de Quitapellejos. Como cada mañana, sorteó las cuatro autocaravanas que se pasaban todo el año estacionadas en primera línea y se adentró un poco en la arboleda que los protegía del sol y de la civilización. Orinó en un tronco sin perder de vista el fondo del pinar, ya que era muy pudoroso y por allí se asentaba un numeroso campamento hippie. Si algo odiaba Pepín, era a la gente. Las personas lo tachaban de raro. Lo miraban como si fuese un bebé a pesar de tener ya catorce años. Le hacían sentir como uno de esos visitantes de otros planetas que habitaban los cuentos que leía de Isaac Asimov, o como *El Principito* del autor Saint-Exupéry; todo por tener una dolencia llamada Síndrome de Down.

Una vez vació su vejiga, caminó en dirección al agua. La orilla estaba enmoquetada por un tejido de algas y muchas piedrecitas que obligaban al uso de calzado de baño. Encendió el detector de metales y balanceó su plato de un lado a otro, aguardando el dichoso zumbido que indicase que había dado con algún objeto de metal. Para desenterrar el presunto trofeo, llevaba una lima de cerrajero en su riñonera, con la que evitaba clavarse los anzuelos olvidados por los pescadores en los dedos. Anillos, monedas, chapas de botellines… numerosos eran los botines que había rescatado en los dos años que llevaba allí.

Molesto por el insufrible graznido de las gaviotas, que interferían a la hora de oír el pitido del detector, emprendió una carrera por encima de las piedrecitas, con el fin de espantar el grupo de aves que picoteaban un bulto escupido por el mar. En la carrera perdió las cangrejeras, pero no sentía dolor, quizá fruto del odio que

lo cegaba. Desde su distancia no veía bien cuál era el menú del banquete, pero las gaviotas tenían sangre en el pico y las plumas. Pepín pensó en una tortuga varada o quizá en un atún, debido a su gran tamaño. Una vez las espantó a base de gritos, pudo contemplar que lo que tenía a sus pies no era un animal… Se quitó las gafas y las frotó con su sudadera. Se las volvió a poner y observó atónito. Aquel ser tenía forma humanoide, pero no tenía facciones en su rostro; su pecho y su cuello eran verdes, y en cada una de sus manos tan solo tenía tres dedos. En la frente poseía una marca que mostraba el hueso del cráneo: una especie de C. Pepín se quedó paralizado; le resultó espeluznante. En consecuencia, perdió la fuerza en las manos: lima y detector cayeron a plomo sobre la arena. El pánico se apoderó de él. Volvió a gritar, pero esta vez pidiendo auxilio. Los ocupantes de las caravanas acudieron a la llamada.

Aquel adolescente con Síndrome de Down no había descubierto un valioso tesoro… pero el hallazgo, a buen seguro, le cambiaría la vida para siempre.

1

CHURROS Y COMPAÑEROS

Almería

12 de junio de 2006

Julia Verbeke abrió los ojos y, por suerte, ya no estaba en aquel zulo repleto de ratas: todo había sido una pesadilla. De nuevo, ese sueño recurrente que actuaba como recordatorio de que su padre seguía desaparecido y enterrado en algún lugar desconocido. Tras suspirar, rodó por el colchón y se sentó en el filo, convenciéndose de que tenía que continuar con su vida. Miró el despertador y desactivó la alarma que tenía puesta para las nueve de la mañana. Se frotó las legañas con ahínco y se desnudó. Lanzó el pijama de verano como un *frisbee* y se aproximó a la silla donde apilaba la ropa del día anterior. No se molestó en abrir el armario, repitió *outfit*: pantalón deshilachado con rotos en las rodillas y blusa verde con manga de farol y abertura en el escote. Olfateó su axila y aplicó dos capas de *roll on*. Se recogió su melena rubia en un moño y se puso unas deportivas de la marca *Vans* color camel. Tomó su bolso y comprobó si Ana García, su compañera de piso, estaba preparando el desayuno. Pero ya no se encontraba, solo quedaba de ella el olor a pan tostado en el comedor. Sin ganas de calentar leche y tomarla sola entre aquellas cuatro paredes, salió en busca de una buena ración de churros con chocolate. Sí, Julia Verbeke tenía un vicio: el chocolate.

El silencio de la mañana, unido al frescor de la brisa y el murmullo de la gente que caminaba en dirección a su puesto de trabajo, le resultaba confortable. El poco tráfico a las 7:30 de la mañana ayudaba a despertar sin estrés. El municipio de Cuevas del Almanzora contaba con 12.000 habitantes, lo que lo convertía en una localidad tranquila a nivel de ruidos y contaminación, pero solo era un espejismo de lo que se cocía a nivel de delincuencia; en los últimos cuatro años, la apacible Almería había pasado a encabezar el ranking de crímenes y homicidios de España, situándose por encima de capitales como Madrid y Barcelona.

Tras caminar cinco minutos, vio el letrero desvaído del bar *El Cuevano*, que se ubicaba en el bajo de un bloque de pisos amarillos; justo en la acera de enfrente del puesto de Guardia Civil donde

Verbeke servía desde hacía seis meses. Muy cerca de los veladores, el olor a churros se mezclaba con el humo avainillado que escapaba del purito que se llevaba a la boca el sargento Baños.

—Buenos días, mi sargento. ¿Castigado?

El hombre de treinta y ocho años vestía un polo *Lacoste* de color blanco y pantalón vaquero. Tenía los hombros anchos y un poco de tripa. Su peinado consistía en relamer sus cabellos hacia atrás y dejarlos apelmazados con abundante gomina. Su rostro era serio y tenía una perilla fina que enmarcaba su boca de labios gruesos y dientes anchos. Su voz sonaba cascada por el paso del tabaco entre sus cuerdas vocales a lo largo del tiempo. Para Julia, era uno de esos tipos con humor y malas pulgas a partes iguales, a los que le resultaba difícil pillarle el punto.

—La puta ley antitabaco. Dentro de poco nos ponen en guetos… ¡ya verás!

—Demasiado tarde ha llegado, no sabes lo molesto que es desayunar tragándote el humo de otro.

Baños la miró con desprecio. Sabía que la cabo Verbeke no era complaciente. Que decía lo que pensaba como si no tuviera filtros o rasgos de empatía. Y eso lo sacaba de quicio.

—¿Ya vienes a por un puñado de insanos churros con chocolate?

—Por supuesto.

—Debes tener el estómago hecho una mierda.

—Digamos que me automedico con chocolate. Me tomo mi dosis mañanera y se me van las penas.

—¿Penas? Verbeke, ¡que tienes veintiséis años!

—Veinticuatro, y episodios de ansiedad y tristeza.

—¡Una niña para ver la vida tan amarga! Conozco a mucha gente que se refugia en la comida y lo único que consiguen es estar más gordos y menos orgullosos de sí mismos. —Dio una calada y expulsó el aire por la nariz—. Búscate un psicólogo.

—Cuando le cuente mis traumas, me dará la baja… Yo quiero currar.

—Tampoco se perdería mucho —la picó—. Además, en este trabajo hay que estar con la mente despierta, no podemos estar igual de drogados que los delincuentes a los que les echamos el guante.

—Pues tú tienes tus movidas también. Y tengo entendido que te tomas tus pastillitas.

—Para la tensión —le aclaró—. Además, yo sé llevarlo con dignidad… Pero veo que tú no.

Verbeke contó con los dedos.

—Tengo a mi padre desaparecido, a mi madre en Madrid con una depresión de caballo y, además, un hermano toxicómano que acaba de entrar en la cárcel. No me es fácil evadirme de mi realidad.

—No es poco. Pero siéntete dichosa… Todavía tienes el corazón de una pieza —Hizo un silencio y alejó el purito como si en el humo estuviese escrito lo que tenía que decir—. Yo cometí el error de entregárselo a la persona equivocada. Elegí mal.

Verbeke sabía que se refería a su divorcio. Según otros compañeros, Baños ya no era quien un día fue. Desde que llevaba cuernos, se había vuelto un tipo distante, áspero, irritable y, por qué no decirlo, agresivo. Pero Verbeke tenía la misma empatía que una mantis religiosa por su pareja y le respondió en consecuencia.

—Cada palo que sujete su vela… Pero le haré un inciso para que lo tenga en cuenta: siempre somos las tías las que elegimos.

—¡*Malafollá* tienes!

Baños clavó esa mirada penetrante y oscura en los ojos azules de la guardia civil. Una lucha de pupilas que fue interrumpida al sonar el politono que escapaba del *BlackBerry Pearl* 810 de Baños. Julia entró en el bar con el semblante serio y con las suelas de sus *Vans* creando un roce sonoro sobre el mugriento terrazo. El zalamero camarero, cuarentón y de figura delgada, le dedicó un piropo.

—¡Olé! ¡La hembra más *bonica* de Almería y sus alrededores!

—¿Me estás tirando los tejos, Curro?

—Ya me gustaría —dijo llenando una taza de chocolate caliente del dispensador—. Una pena que no te gusten los machotes.

Verbeke puso los ojos en blanco. Tras seis meses yendo a aquel bar, Curro parecía tener sospechas sobre su orientación sexual. Curiosa por saber cuáles eran sus argumentos, le preguntó:

—¿Y qué te hace llegar a esa conclusión?

El ceñudo camarero abrió los ojos. Sonrió y se aproximó a la oreja de su clienta con cautela.

—Eres guardia civil… Ya sabes, tricornio, pantalón y chaqueta, bigote... Siempre ha sido un trabajo de hombres.

—¡Me has pillado! —Usó la sorna y bajó el tono a modo de confesión—. Te contaré un secreto. Nací chico. —Hizo una mueca con la boca—. Y entre las piernas tengo un tiburón... de los grandes. —La cara del camarero se puso blanca y no pudo contenerse a la hora de

mirar el pantalón de su clienta—. ¡Shh! No se lo cuentes a nadie. Y ponme esos churros de una vez, ¿ok?

Julia se acercó a una mesa donde se apilaban los periódicos de los días anteriores. La mayoría recogían en primera plana el narcotráfico que estaba sembrando de delincuencia toda la costa almeriense, pero, sobre todo, hacían hincapié en la tragedia que tuvo lugar hacía dos días, cuando una embarcación de plástico naufragó a escasos metros de la orilla con quince inmigrantes a bordo. En la tele, que algunos parroquianos miraban como si fuese un péndulo de hipnosis, aparecía un documental sobre la reciente muerte de Rocío Jurado tras su lucha contra el cáncer. Verbeke pensó en la lotería a la que jugaba la muerte con los vivos. «¿Quién le diría a mi padre que moriría a manos de un clan gitano, a esos inmigrantes que se ahogarían a pocos metros de la orilla, o la icónica Jurado que su vida acabaría por un cáncer terminal a los sesenta y un años?», reflexionó pensando en el destino y sus inescrutables finales. El camarero le plantó los churros y la humeante taza sobre la mesa. La miró de arriba a abajo de manera jurídica, dudando sobre la confesión de aquella madrileña de ojos azules y carácter brusco. Hizo un mohín y se alejó. La silla que estaba delante de ella fue ocupada sin pedir permiso. Una mano retiró la pila de periódicos sucios por huellas y goterones de aceite de los clientes que pasaban las hojas sin limpiarse los dedos en las servilletas. Frente a Verbeke se dibujó un rostro lampiño, con un corte de pelo degradado por los laterales y de punta por arriba. El color de sus cabellos era rojizo, como el tronco de un roble viejo. Se trataba del cabo Romero. Este siempre mostraba una sonrisa, como si no pudiera cerrar la boca. Sus blanquísimos dientes parecían tallados en azúcar. Llevaba un polo ajustado de la marca *Burberry* color azul, que no marcaba músculo, pero tampoco grasa. No tardó en soltar un halago para Verbeke.

—¿Qué tal mi investigadora favorita?

—Cogiendo fuerzas para ordenar legajos en la oficina.

—Con ese plato estás cenada. —Miró con asco los churros—. En seis meses que llevas aquí, ¿nunca has probado el mollete con jamón y aceite de oliva? Con una rodajita de tomate o salmorejo.

—¿Te has puesto de acuerdo con el sargento? Como lo que me gusta sin contar calorías y sin dar explicaciones. Disfruto con el chocolate como un vicio y como sustituto del sexo… —Le lanzó una indirecta y vertió el sobre de azúcar encima de los churros.

—Tu adicción al chocolate viene de antes, ¡*espabilá*! No es por una carencia sexual. Aunque, por el bien de tu vicio, te diré que he roto con Marifé.

—Se veía venir. Eres un *farfollas*, como se dice aquí.

—No soy un fantoche. Simplemente, me gusta lo bueno —le dejó claro—. En cuanto a Marifé, decirte que era muy celosa. No me dejaba ser yo. Todo eran discusiones y puñados de peleas todos los días.

—Bueno, si estás despechado… esta noche libro.

Romero miró de un lado a otro. Verbeke era clara y concisa. Su tez se puso del mismo tono que su pelo.

—¿En Madrid sois todas así? ¿Tan directas? No os importa de lo que os puedan tachar.

—No he hecho una encuesta a todas las madrileñas. Pero ya veo que, en este pueblo, a cuenta de hombres que piensan como tú, las mujeres deben estar bastante reprimidas. Por cierto, ¿no te habrás asustado con mi proposición?

—¿Yo? Jamás. —Se rascó la nariz—. Solo es que no quiero emprender una relación nueva. Soy una paloma que vuela libre.

—No te estoy pidiendo salir. Solo quiero follar.

Romero tragó saliva y se levantó del asiento poniendo rumbo a la barra.

—Yo pago.

Julia sonrió por la reacción. Sabía que esa manera de ser lo avergonzaba, y eso le resultaba divertido. Sin perderlo de vista, se llevó la taza a la boca. Una mano con aroma a vainilla frenó su trayectoria.

—¡Paciencia! Puedes quemarte si no te andas con cuidado —le advirtió. Verbeke elevó una ceja y miró con recelo al sargento Baños —. No te fíes de Romero, es un picaflor.

—Mi teniente, cuando va de Pepito Grillo hace que pierda toda la autoridad que representa. Soy mayorcita para saber en qué líos me meto.

—Yo sé lo que me digo… Deberías darte a valer. Aquí luego son todo habladurías.

Romero apareció con la cara configurada para mostrar misterio, como si quisiera descifrar el balbuceo que mantenían los dos.

—¿Me he perdido algo? —preguntó apoyando las manos sobre la mesa.

—Todo. He recibido una llamada urgente. ¡Al coche! —les ordenó Baños—. Tenemos un marrón y de los gordos.

Julia sumergió dos churros en la taza a toda prisa. Luego, se los

llevó a la boca sin elegancia alguna.

Con los carrillos llenos, abandonó el bar.

2

DE CAMINO A LA ESCENA DEL CRIMEN

A bordo del Alfa Romeo de color negro iban los tres guardias civiles en calidad de Policía Judicial. Los dos hombres delante y la chica detrás. Ninguno con el cinturón de seguridad anclado. Baños tenía los nudillos blancos sobre el volante y el pie estrujando el pedal del acelerador a fondo. Las mariposas y los mosquitos colapsaban contra la luna del coche, mientras que la mosca la tenía Verbeke tras la oreja. «El sargento está más tenso que de costumbre. ¿Qué asunto se trae entre manos? ¿Qué nos deparará? ¿Un robo? ¿Un suicidio? ¿Un ajuste de cuentas?». Por la dirección tomada, Verbeke intuyó que se dirigían a la playa. En su cabeza rondaba la inquietud de saber qué se iba a encontrar y cuál era la magnitud del hallazgo. En principio, no quiso romper el silencio del habitáculo, pero no por falta de ganas, sino porque todavía estaba moliendo la masa de churros y chocolate como si su boca fuese una hormigonera. Viendo que Romero no daba el paso, engulló a marchas forzadas y preguntó:

—Mi sargento, ¿de qué se trata? Me tiene en vilo.

—Cabo Verbeke, tengo un mal presentimiento y espero que no se confirmen mis sospechas. No quiero anticipar ninguna teoría, pero me temo que todo apunta a un caso de coco y huevo, que ya tuvo su auge por aquel entonces en la pedanía de Palomares.

El cabo Romero caviló.

—¿Un caso anterior? ¿No será el del…?

Baños lo miró con desdén, despegando la vista de la carretera. Romero se cortó. No continuó y cambió de tema.

—Espero que Verbeke no vomite los churros sobre algún indicio. —Torció el cuello para dirigirse a su compañera—. Igual es mejor que te quedes en el coche.

—¡Descuida! El desayuno se me ha quedado en las muelas. Tengo poco que echar.

Baños se dirigió a Romero como si Verbeke no estuviera presente.

—Si su idea es formar parte de Homicidios, tiene que estar lista para encontrarse con lo peor en las peores circunstancias. Esto no es

poner la mano y cobrar. La Guardia Civil es un oficio para el que hay que estar hecho de una pasta especial.

Verbeke intentó no entrar al trapo. Pero, desde que aprobó las oposiciones, no paraba de oír siempre lo mismo, y ya estaba en un punto en el que ese pensamiento se le hacía bola. Al final saltó.

—Esto no es la Legión, mi sargento. No vamos al frente de guerra. En todo caso, vamos a ver un cuerpo sin vida. Lo mismo que ven un enfermero, un patólogo o el chico de la funeraria. —Le restó importancia—. Sé dónde me meto. Y como dice mi mentor: «quien se traga un hueso, confía en su pescuezo».

Baños no respondió. Estaba cansado de Verbeke, ya que siempre tenía la última palabra. Lo más parecido a una respuesta fue el movimiento que hizo con las aletillas de su nariz, como cuando echaba el humo del tabaco. El cabo Romero cambió de tema para suavizar la tensión del ambiente.

—Estoy deseando coger la paga extra para meterla en una cuenta de ahorro. Quiero comprarme una moto de agua.

—¿Bancos? Ya sabes lo que opino de ellos. Cobrar cobran bien, y luego metes dinero a depósito y no te dan ni sartenes —se quejó—. Por eso guardo los ahorros bajo una losa en el sótano. ¡Con mi dinero no van a jugar!

—No deberías ir diciendo dónde guardas el dinero —le aconsejó Verbeke.

—Solo lo sabe Romero, y ahora tú… Si algún día me roban, ya se quiénes han sido.

—Seguro que nos somos los únicos que los sabemos. A saber cuántos del bar *El Cuevano* también te han oído quejarte de los bancos y la mierda de intereses que dan.

Tras doce kilómetros de carretera comarcal, llegaron a un pinar salpicado de autocaravanas blancas. Un poco más adelante, se divisaban la arena, el mar y un cielo celeste limpio de nubes. Llegaron a una enorme bolsa de aparcamientos en la que apenas había coches. A la altura de una construcción derruida, que hacía años fue un molino de viento, el sargento pisó el freno sin reducir de marcha, provocando que los neumáticos levantaran una fina nube de polvo a su paso. El Alfa Romeo se detuvo justo delante de una pareja de guardias civiles que protegía el paso a la playa de Quitapellejos. Se presentó.

—Soy el sargento Baños. Vengo en calidad de Policía Judicial junto a mi equipo.

El joven guardia saludó a lo militar y miró a su compañero, este

le dio el visto bueno para que accedieran.

—¡Están allí! —señaló a la izquierda—. Coja el camino de los Ángeles y, a media altura del pinar, ya se encontrará con el coche de Científica y el del forense. El cuerpo está a pie de playa.

Verbeke alzó las cejas y se contuvo a pesar de su entusiasmo. La idea de estar en una escena del crimen se había hecho de rogar, pero no quería mostrar ni un solo atisbo de alegría con el fin de que Baños le fastidiara la ilusión como venía haciendo desde que se conocieron. El vehículo se dirigió hasta la zona indicada. A pesar de que estaba balizada con un perímetro de seguridad, los alrededores del hallazgo contaban con una pila de cotillas sedientos de morbo. Unos iban y otros venían de vuelta, con las manos en la cabeza; seguramente, lo que habían visto tardarían mucho tiempo en olvidarlo.

Una vez se bajaron del coche, los agentes se pusieron los chalecos reflectantes con el logo de la Guardia Civil. A un metro de ellos, había un guardia uniformado que custodiaba el acceso con el fin de disuadir a los curiosos. Les cedió el paso con un saludo formal. Avanzaron en dirección al tumulto siguiendo las bandas de plástico. El sargento Baños daba instrucciones a Verbeke en su primera incursión hacia un lugar de los hechos. Esta lo oía, pero sin prestarle demasiada atención, debido a la emoción que poseía sus sentidos.

—Cabo, los ojos bien abiertos y en alerta para que no pase desapercibido cualquier indicio de vital importancia. Hay que entrar por un lado que intuyamos que no es por donde ha transitado el homicida para no contaminar vestigios. De fuera hacia dentro y en el sentido de las agujas del reloj. También hay que cuidar dónde pisas, puedes enterrar una pista clave para resolver el puzle, ¿entendido?

—La teoría la tengo fresca en mi cabeza, mi sargento. Le recuerdo que tengo un grado en Criminología y un máster en Perfilación Criminal —respondió mientras notaba bajo las suelas de sus *Vans* cómo crujían las conchitas marinas. Cada paso resultaba sobrecogedor, como si fuesen huesos y estuviese transitando sobre una fosa común. A un lateral había una pirámide amarilla junto a una bolsa de plástico semienterrada. De fondo, se oía al forense murmurando por encima del suave oleaje y de las ruidosas ráfagas de las cámaras réflex. Verbeke contemplaba toda aquella escena como si fuese una niña que entra por primera vez en *Toys R Us*. Romero no le quitaba ojo a su compañera. Esperaba que montara un numerito delante de todos. No le caía mal, pero le resultaba gracioso pensar en el ridículo que podía hacer. Arribaron al corro que rodeaba el hallazgo. A la llegada de los tres, se abrió el tumulto formando un semicírculo. Todas las punteras de los zapatos señalaban al cadáver. Los de Científica recogían vestigios en bolsitas de plástico y otras de

papel. El forense trasladaba sus deducciones al juez. Verbeke no pudo fingir y lanzó un «¡Hala!» al aire que acaparó y acalló a los que ya estaban allí. En un principio pensaron en que se trataba de una audaz periodista que había sorteado el acceso, pero el chaleco con el logo y la figura corpulenta de Baños tras ella, los sacaron de dudas al instante. Julia se ensimismó con el extraño cadáver que reposaba sobre la arena. Estaba bocarriba, desnudo, y tenía dispuestos los brazos en cruz. Su rostro era espeluznante, pues no tenía facciones. La cabo se dio cuenta de que su cara no estaba desfigurada por los golpes, de hecho, no tenía sangre, sino que parecía que su carne se había fundido sobre los huesos faciales. Su torso mostraba un color verde intenso y a sus manos le faltaban varios dedos. Baños se arrodilló y comenzó con las preguntas. No hizo falta presentación. Lo conocían.

—¿Qué tenemos?

—Varón de complexión delgada —dictó con su remarcado acento canario—. Hora de la muerte aproximada según el rigor mortis, a eso de las doce o la una de la mañana. Muerte violenta por asfixia mecánica… Diría que a causa de sofocación por bolsa o por una cuerda.

—¿Bolsa o cuerda? —preguntó extrañada Verbeke, como si estuviese en un examen de la Universidad y aquel fuese su profesor.

—¡Es nueva! —justificó Baños apartándola con el brazo.

—Déjala que aprenda, hombre. ¿Te llamas?

—Julia. Perdón, cabo Verbeke.

—Soy el doctor Santana —se presentó sin estrecharle la mano —. Pues Verbeke, agradezco tu interés. A la mayoría de los agentes les causan repelús estos menesteres —la alabó—. Mira, tiene dos líneas pálidas e incompletas a ambas regiones laterales del cuello. Pero solo es una deducción intuitiva, ya que por el estado de su rostro no se puede determinar que haya congestión facial. Hasta que no le hagamos un examen interno, no sabremos realmente qué le ha producido la asfixia.

—¿Lo ha traído la marea? —intervino Baños rompiendo la mirada entre el forense y Julia.

Verbeke se clavó de rodillas junto al cadáver. Pegó su rostro al cabello rizado del fiambre y lo escrutó. «Tiene el cabello seco y las uñas llenas de arena. Parece que lo han arrastrado hasta aquí», dedujo.

—No. Lo han dejado aquí. No tiene hongos de espuma —terminó la frase—. Alguien debió poner el coche muy cerca del pinar y

depositarlo en esta postura por alguna razón.

—¿Lo asfixiaron en la playa? —quiso conocer el sargento—. Alguien tuvo que verlo.

—Hemos marcado tres bolsas de plástico que había en los alrededores y un cordel de los que se usan para tender —señaló a un lateral—. Pero sería un acto de torpeza hacerlo aquí. Además, los esfínteres hubiesen dejado un rastro en la zona.

—¿Qué lesiones tiene? —preguntó Baños prestando atención.

—Amputaciones de dos dedos de cada mano. No presenta golpes a primera vista. El rostro le ha sido quemado con algún tipo de químico. La postura en la que ha sido encontrado no parece dispuesta al azar, ya que la cabeza está orientada al mar y los brazos están separados de manera simétrica.

—¿Y esa señal que tiene en la frente? ¿Es una marca? —añadió Verbeke pegando la nariz casi en la hendidura que dejaba ver el hueso del cráneo—. ¿Un símbolo?

El forense se acercó con el ceño arrugado. No se había fijado en el detalle. La herida era profunda, pero, en aquella amalgama de carne, piel y cartílago, pasaba desapercibida.

—Ahora que lo dice, parece una C —dictaminó metiendo el dedo índice en la hendidura para repasar el cerco—. Pero no presenta coagulación. Se la hicieron después de muerto.

—¿Una C? Está claro, entonces —vaticinó Baños con la boca pequeña recogiendo arena en sus puños—. Ese psicópata está actuando otra vez.

El juez sabía bien de qué hablaba. Dos años atrás encontraron tres cuerpos con las mismas lesiones. Justo en el mismo mes y en playas cercanas.

—Es pronto para atribuir este crimen al Mutilador de Almanzora. Pero los rasgos coinciden. De todos modos, le haremos un examen *post mortem* en el Anatómico Forense.

—Deberíamos cerrar la playa —sugirió Baños mirando al juez —. Ya mismo empieza la temporada alta de turismo.

—Si se trata del mismo asesino, no carga contra la ciudadanía ni contra los turistas, sino contra los inmigrantes —dictaminó y todos callaron, como aliviados—. No podemos alarmar a la población. Muchas familias viven del turismo.

—¿Hay testigos? —preguntó Baños.

—Fue un chico con Síndrome de Down el que lo descubrió a primera hora de la mañana —aclaró el juez señalando al guardia civil

que custodiaba la entrada a la escena del crimen.

Baños miró en rededor y vio todas aquellas caravanas bajo los pinos. Sacó una conclusión.

—Vosotros dos —señaló a los cabos—, quiero los nombres de los ocupantes de estas caravanas. Vamos a citarlos para que declaren. Igual escucharon o vieron algo extraño… por no decir que cualquiera de ellos puede ser el sospechoso que buscamos. Nos vemos luego en mi despacho. ¡Al lío!

3

APUESTAS Y VÓMITOS

Verbeke sacó de su bolso un cuaderno Moleskine y le retiró el plástico que lo envolvía. Lo había comprado para estrenarlo en alguna ocasión especial y esta lo era. Romero caminaba a su lado en dirección a las caravanas que aguardaban a la sombra de los pinos. Se oían radios con música de fondo y un ladrido de perro entre otros ruidos domésticos.

—A mi pesar, te doy la enhorabuena —dijo Romero.

—¿Por qué?

—Le tengo que dar treinta euros al sargento. Aposté a que vomitarías.

—¿Y el sargento qué opinó?

—Que, por orgullo, regurgitarías el vómito y te lo volverías a tragar con tal de no parecer frágil.

—¡No se puede ser más infantil! —se quejó Verbeke con decepción—. Y tú eres gilipollas. Con el entreno que me meto cada mañana de churros aceitosos con chocolate y piensas que soy de echar la pota con facilidad. ¡Qué poco me conoces!

Romero sonrió. Dieron un par de pasos más y se detuvieron frente a las viviendas rodantes.

—Ahora quiero que me contestes con franqueza, no diré nada…

—Sí, me gustas a pesar de lo niñato que eres.

—¡Je, je! No es eso. Quiero saber si realmente te gusta este trabajo. O si solo quieres demostrarnos que estás a la altura a pesar de tu condición.

—¿Mi condición? ¿Ser mujer? No me jodas, tronco. No vayas por ahí, que me enervas. Lo mío es vocación inducida por la venganza. Ya te conté mi historia —le aseguró usando un tono manido. Romero miró atrás, hacia donde estaba el sargento, para saber si lo estaba observando, pero seguía ensimismado con la escena del crimen—. Pero como veo que no me prestas atención, te la resumiré para que sepas más de mí: siendo yo niña, a mi padre lo destinaron de Madrid a Cádiz. Mi hermano, mi madre y yo nos vinimos al sur de Andalucía, concretamente, a Jerez de la Frontera. Gracias a su buen hacer, lo integraron en el grupo que daba caza a los narcotraficantes de la zona.

Se tomó tan en serio su trabajo, que consiguió dar con los cabecillas de un peligroso clan llamado *Los Matasiete*. Encarceló a dos de ellos. Una amenaza de muerte se ciñó sobre nuestra familia y regresamos de vuelta a Madrid. Él decidió quedarse en Andalucía. Tan testarudo y orgulloso como siempre, anteponiendo por delante de su familia, su devoción por el trabajo. Al final, consiguieron atraparlo en un bar al que acudía asiduamente y lo torturaron. Una vez muerto, lo metieron en un oscuro zulo donde le sacaron una fotografía y la enviaron al Cuartel General, como advertencia de lo que les hacían a los que se metían con ellos. A día de hoy, no sé dónde está enterrado el cuerpo de mi padre. Y es una putada, porque no consigo pasar página. —Hurgó en su bolso mientras seguía narrando, Romero pensó que iba a sacar un pañuelito porque se disponía a llorar, pero sacó una libreta y un bolígrafo—. Ese rencor enquistado me ha dado fuerzas para vengarme. Para aprobar las oposiciones y dar guerra a esa bestia negra llamada delincuencia. ¡Quiero destronar a todas las organizaciones criminales de este país! O, por lo menos, ser esa piedrecita molesta en sus zapatos.

—Pues, desde aquí, en el culo de España, poco vas a conseguir. Como mucho, le darás un mordisco en los cojones a ese monstruo tan grande.

—Aquí solo estoy para ganar experiencia. Hay mucha delincuencia, y estoy cerca de la provincia donde supongo que mi padre está enterrado. Digamos que no tengo prisa. Ya daré el salto de los cojones al corazón de la bestia.

—¡Relájate, anda! Para llegar a lo más profundo y oscuro del crimen, tienes que entrar en la UCO. ¡Son la élite!

—Había pensado en liderar algún grupo especializado... Pero llegar a la UCO es casi una utopía.

—Pues allí se llega por dos vías: meritocracia o con padrino.

—Tengo padrino: el comandante Ruiz. Fue el compañero de mi padre durante años. Pero yo quiero entrar por méritos propios. Quiero romper una nueva barrera.

—Te vas a llevar un chasco importante… Lo sabes, ¿no?

—¿Qué te apuestas? Dame cinco años.

—¡Siete! Y 500 euros… Estoy seguro de que no vas a llegar la UCO —dijo convencido y estirando la mano.

—¡Hecho! Si en siete años no llego, te haré la transferencia —cerró el trato—. Ahora, anotemos las matrículas y los datos de filiación de cada uno de los ocupantes de esas caravanas, antes de que el sargento lo requiera.

Romero asintió y Verbeke lo anotó todo en su libreta Moleskine.

4

SANGRE Y LEJÍA

La primera autocaravana a la que se aproximaron tenía matrícula de España. Era blanca con una franja roja y, por los números de la placa, debía de tener unos dos años. El modelo era una flamante *Mc Louis Nevis* 381 G. Desde fuera no se oía ni un solo ruido. Verbeke tocó la puerta a golpe de nudillos; esta cedió. Miró a Romero. Llamó de nuevo con el fin de empujar un poco más la puerta. Luego elevó la voz preguntando si había alguien. No obtuvo respuesta. Romero se giró para encaminarse al siguiente vehículo. Julia echó un último vistazo y vio cristales rotos y sangre en el suelo. Persiguiendo el rastro, se metió dentro. Los fragmentos de cristal formaban parte de un vaso hecho añicos. La sangre que manchaba el parqué de color blanco advertía de una herida reciente y abundante. Elevó la mirada hacia la cocina, donde había una tostadora con dos panes achicharrados y un té que ya estaba frio al tacto. Romero subió siguiendo los pasos de Verbeke y regañándola por su cabezonería.

—¡¿Qué haces?! No puedes colarte en una propiedad… —ralentizó el tono al ver la sangre—. ¡La virgen! ¿Qué ha pasado aquí?

—Parece ser que alguien ha salido por patas —le describió con tono resolutivo.

Romero sorteó los cristalitos y la sangre y escrutó el resto de la caravana. Abrió el baño y miró en la cama, que estaba pegada al techo. No había nadie. Al salir, intentaron forzar la bodega, pero estaba bien cerrada con llave.

—Iré a avisar a los de Científica. Todo esto es muy raro.

Verbeke se quedó sola. Una extraña sensación se apoderó de ella. Sacó su teléfono móvil para fotografiar. Se trataba de un *Sony Erickson* con tapa rosa y 3'2 megapíxeles de cámara fotográfica. Su sueño se estaba empezando a cumplir: estaba metida de lleno en una investigación que apuntaba a relevante. La calidad no era buena, pero, en 2006, era el teléfono inteligente con la mejor cámara fotográfica del mercado. Romero volvió con los de Científica. Verbeke metió el móvil en el bolso y sacó la libreta Moleskine con el fin de disimular.

—Todos fuera, dejadnos trabajar —ordenó un hombre ataviado con el traje anticontaminante blanco.

El binomio de agentes se dirigió a la segunda autocaravana. Esta estaba ubicada un poco más alejada de la primera. Se trataba de una *Fiat Ducato* del 97, pintada en dos colores: blanco en la franja de arriba, y café en la zona baja. Matriculada en España y con un reguero de pegatinas de campings descoloridas en la parte trasera. Respecto al revestimiento exterior, tenía algún bollo y óxido bajo las ventanas. Un cordel verde con ropa de baño tendida iba del espejo retrovisor derecho al tronco de un árbol. El suelo que pisaban era un lecho de agujas de pino que se ensartaban en los cordones de las zapatillas de Romero y Verbeke. A sus oídos, llegaba un silbido melódico. A su olfato, un fuerte olor a lejía. En el marco de la puerta de entrada se dibujó la silueta de un hombre corpulento que pasaba una fregona con ahínco sobre el suelo. Tenía una camisa blanca y arrugada. Sus pantalones parecían de una talla más grande a la que le correspondía. Era calvo y tenía dos orejas enormes. No les dio tiempo a llegar a la escalera cuando el hombre se giró como si los estuviera esperando.

—Hola. ¿Les puedo ayudar? —respondió serio. Su voz estaba caracterizada por un marcado acento gallego—. Estoy a punto de marcharme.

A Romero le pareció amable. Verbeke no lo escuchó, sino que trazó una visual hacia el interior del habitáculo. Entre los espacios que dejaba el hombre, pudo ver cómo, sobre el fregadero, reposaban dos tazas y un escurridor del que sobresalían varios chuchillos y unas tijeras de metal que aún goteaban agua. Sobre la encimera había una bayeta amarilla con cubiertos alineados de mayor a menor, como si fuese el morral de un cirujano de la Edad Media. Todo parecía muy ordenado.

—Somos Verbeke y Romero, de la Policía Judicial de la Guardia Civil. Estamos tomando los datos de los ocupantes de las caravanas. Es un mero trámite.

—Entiendo. ¿Quieren interrogarme? —preguntó soltando la fregona en un lateral—. Yo no he visto nada, pero mi pobre hijo ha tenido que ver ese cuerpo destrozado, según he escuchado. Yo no he ido a mirarlo siquiera. Cuanto más ajeno, mejor.

—Solo queremos sus datos y que responda a unas preguntas.

—Huele fatal a lejía. Pero ¿quieren pasar? Estarán más cómodos.

—No es necesa…

—Sí —se adelantó Verbeke.

Una vez dentro, el olor se intensificó. Las miradas se volvieron indiscretas hacia todas direcciones. A primera vista, no encontraron

nada que pudiera arrojar sospechas sobre el secuestro y asesinato de un adolescente. Aquello no difería de una vivienda cualquiera: en la puerta de la nevera había imanes de distintos lugares; en la pared, una foto familiar a la que le faltaba un extremo. Había muebles con figuritas ordenadas por material y tamaño, una televisión y una radio con CD. Respecto al hombre, tenía las cejas gruesas y la barba cerrada. Su aspecto descuidado no concordaba con el orden maniático que reinaba en la caravana. Al fondo, había una cama y una pila de cuentos. Había pósteres de películas de ciencia ficción y algún que otro objeto que, desde la distancia, no reconocía. También había una caja de cartón repleta de cosas, en la que ponía, con letra infantil: «Tesoros de la playa».

—¿Queréis agua o algo de beber?

—¿Y su hijo? —cuestionó Verbeke desestimando la invitación.

—Se lo ha llevado la ambulancia con un ataque de ansiedad. ¡Imaginen encontrarse con un extraterrestre por la mañana! —argumentó con total naturalidad—. Ahora voy a reunirme con él al hospital. Debe estar muy asustado.

Verbeke miró a Romero. Este procedió a pedirle el DNI. El hombre abrió un cajón donde convivían tapones de corcho con paños de cocina perfectamente doblados. De debajo de uno de ellos, sacó el carné. Se mostraba deteriorado.

—Aquí lo tiene —le tendió con recelo—. Lo tengo caducado. Me da pereza ir a comisaría a renovarlo. En esa dirección ya no vivo.

—Celso Coto Teloy. Natural de Pontedeume, A Coruña —dictó mientras Verbeke anotaba—. ¿Un teléfono?

—Ahora mismo no recuerdo el número. Tengo que buscarlo, lo tengo anotado por algún lugar. Ya saben, no me suelo llamar a mí mismo. Ahora debo irme.

—Está bien. Volveremos para hablar con su hijo. No le entretenemos más.

Verbeke y Romero abandonaron la caravana. Una vez en el suelo, comprobaron cómo Celso tomó un cepillo y barrió el suelo que los agentes mancharon con sus zapatos. Pasó de nuevo la fregona. Cerró la puerta y tomó su teléfono para llamar a un taxi.

—¡Qué tipo más peculiar! —se mofó Romero—. ¡Parece que le falta una chispita de cocción!

—No me gusta un pelo… Lo tiene todo en perfecto orden, y nos viene con la trola de que no sabe dónde tiene el número de teléfono anotado.

—¿Y su aspecto? Camisa arrugada, pantalón dos tallas más

grandes, chanclas de cuero.

— Vayamos a por el resto de las caravanas, a ver si tenemos más suerte y vive alguien normal.

5

Moscas y publicidad

Los de Científica precintaron la primera autocaravana para trabajar en ella recabando indicios. Llevaban trajes blancos anticontaminación y maletines negros. Mientras tanto, Verbeke y Romero se metían un poco más en el pinar en busca del siguiente vehículo habitable. Cuando pensaban que lo habían visto todo, ante sus ojos de desplegó una caravana blanca con unos vinilos amarillos que imitaban a veintiún rayos solares. Su aspecto era vetusto, como si llevase allí décadas. En la puerta de entrada había un letrero escrito a mano en el que ponía: «Vuelvo enseguida». A las afueras de aquel modelo clásico sin motor, había un cubo lleno de despojos donde revoloteaban moscas que entraban y salían como si dejaran espacio y turno al resto de insectos. También había un secadero hecho con telas y palos, cuyo interior estaba repleto de plantas y ramas cortadas a una misma largura. En el techo había un trípode. Respecto al suelo que pisaban, no tenía agujas de pino… parecía que lo habían barrido.

—¿Qué venden aquí? —preguntó con curiosidad el pelirrojo.

—Ahí lo pone, en las letras. —Se aproximó hasta un vinilo descolorido que hacía las veces de publicidad sobre los servicios prestados. Verbeke leyó en voz alta y con dificultad—: *Luna Hechicera cubana. Videncia, astrología, tarot, santería, oráculo de huesos, ritu…* ¡Esta tipa le da a todos los palos!

—¿Una bruja?

—Eso parece —obvió espantando las moscas que se le posaban con tozudez—. Tiene aquí su consulta a pie de playa.

—¿O la tenía? Igual esta caravana es de otra persona.

Verbeke merodeó alrededor del cubo. Romero le preguntó sobre el contenido.

—Tú que tienes el estómago fuerte, ¿qué hay dentro?

—Veo una cabeza…

—¿Qué dices?

—De pollo. Y muchas plumas ensangrentadas. Y creo que guarda relación con el círculo de cenizas que estás pisando.

Romero bajó la mirada y, al comprobar que así era, dio un paso

lateral y se salió.

—Esto parece parte de un ritual.

—Al igual que el cadáver de la playa.

—Voy a avisar a la Científica. ¡Quédate vigilando!

—Vale.

Verbeke se acercó a los palos del secadero. Los movió con la mano y percibió un olor peculiar a hierbas aromatizadas. No llevaba ni medio minuto bajo el *chambao*, cuando oyó un ladrido que llamó su atención. Afinando su oído, llegó hasta una furgoneta *camperizada* de donde escapaban los sonidos del perro. Tenía las cuatro ruedas pinchadas y la chapa oxidada por la evidente agresión del salitre. Estaba decorada con pegatinas de arcoíris y de ositos de peluche. Por un instante, pensó que la decoración podía ser obra de un niño, pero el vehículo parecía de todo menos saludable. Respecto a las ventanillas, estaban cubiertas por cortinillas que se agitaban por los saltos del animal. Fuera había un tendedero viejo con varios calzoncillos, un bañador y una camisa. También un bebedero para perros y una cadena fina atada a un collar rojo de un diámetro pequeño, que le ayudó a intuir la dimensión del perro. Sobre una mesa vieja de playa, rodeada de dos sillas amarillentas, tres litros de cerveza vacíos. No había vasos, pero sí un mechero y un paquete de *Winston*. También una baraja de cartas española y una consola portátil de las que traían integrado el *Tetris* y funcionaba con dos pilas. Junto al vehículo había una barbacoa con carbón bajo una parrilla grasienta. Sacó su libreta del bolso. Anotó la matrícula de origen búlgaro y la marca de la furgoneta: *Volkswagen*. De nuevo, oyó al perro ladrar. Pegó la oreja a la chapa, aguantó la respiración y escuchó. De fondo, se oía un ronquido que se sobreponía al ruido que producía el animal. Verbeke no se lo pensó y aporreó la puerta. Abrió la palma de su mano y luego usó el puño. Nada. A regañadientes, se sentó a esperar a su compañero en una de las sillas. Desde allí se divisaba la playa en todo su esplendor, circunstancia que le llamó poderosamente la atención. «Si alguien se ha pasado la noche sentado al raso, bebiendo y fumando en este asiento, debería haber visto a otro alguien llevar el cuerpo o asfixiarlo a sangre fría entre jadeos de agonía», conjeturó con entusiasmo. Romero volvió con el equipo de la Científica a la *roulotte* de Luna Hechicera. Al no ver a Verbeke cumpliendo con la custodia, trotó hasta el siguiente vehículo temiendo que su compañera se hubiese metido en algún lio. La preocupación se le esfumó al verla con las piernas repantigadas y con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿No te dije que te quedaras vigilando la caravana?

—Ahí dentro hay alguien. Por la ropa tendida y la falta de

vasos sobre la mesa, intuyo que se trata de un tipo. Es búlgaro y tiene un perro.

—¿Y todo eso lo has adivinado ahí sentada? Anda, levántate. Las patas de la silla están tiritando con tu peso —le advirtió—. Y, además, al *cipollo* del sargento no le gustan las manos en los bolsillos ni que te apoyes o te sientes mientras trabajas.

Verbeke se levantó y caminó hasta su compañero. Lo sujetó de la muñeca y lo llevó hasta la silla. Lo sentó empujándolo de los hombros hacia abajo. Luego le giró la cabeza hacia la izquierda como si fuese una marioneta.

—¡Veo, veo! ¿Qué ves?

—Veo al juez levantando el cadáver, por lo que este tipo pudo ver algún movimiento extraño desde aquí. Aunque por la noche no se ve un pijo.

—Ya. Pero hubo luna llena.

—Igual no estuvo toda la noche. Aunque se ha cargado tres litros de cerveza y una docena de cigarros. ¡Hay que interrogarlo!

—Pues está dentro de la furgoneta, roncando como un jabalí. No abre.

—¿Has insistido lo suficiente?

—Tiene a su perro ladrando a saco y no se despierta. ¡Está durmiendo la mona! —Sacó su libreta—. Le he tomado la matrícula y he anotado la marca. Pero ¿qué hacemos ahora? ¿Esperamos?

—Un rato más aquí y nos comen las moscas. ¡Paso! Que vengan los de Patrulla Ciudadana. —Espantó a un par de insectos—. Hablemos con el sargento de nuestras impresiones.

—Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma —masculló Julia.

—¡Vosotros dos! —los reclamó Baños con el rostro serio y elevando la voz—. ¡Al coche!

—Mi sargento, ahí dentro puede haber un testigo clave. Y en esa caravana que está en esos pinos, una sospechosa. Hay una especie de ritual que…

—¡Al coche he dicho! Enviaré aquí a unos guardias para que tengan localizados a los propietarios. Tengo algo muy importante que contaros, y este no es el lugar apropiado.

6

Sala de operaciones

La sala elegida para la reunión era sobria. Contaba con una docena de sillas con pala para tomar apuntes, un escritorio con un sillón de ruedas y una pizarra blanca para rotuladores borrables. La pared pintada con Lipopu en un tono amarillento. Una gran variedad de taladros que no colgaban nada y dos adornos: un cuadro del Rey Juan Carlos I y un reloj atrasado un cuarto de hora, que marcaba las 9:31. En las sillas, el cabo primero Isaac Romero, la cabo Julia Verbeke y el guardia Javier Buendía, este último, hombre de confianza del sargento. En pie, Federico Baños, con la mandíbula apretada y resollando por la nariz, mientras sacaba de unas viejas carpetas folios agrupados por clips y grapas.

—¡Sargento! —llamó Verbeke la atención de su jefe—. ¿Le puedo hacer una pregunta?

—No —respondió con desgana clasificando los tochos sobre la mesa.

—¿Por qué está tan tenso? ¿Conocía a la víctima? —insistió.

Baños soltó los informes de manera brusca contra la mesa, haciendo volar un par de hojas sueltas hacia el suelo de terrazo. Reconcentró su mirada en la mujer rubia que esperaba respuesta y chasqueó la lengua. Caminó hasta la ventana y abrió el cristal. Se acodó sobre la corredera de aluminio y sacó un purito de la cajetilla. Todos le seguían con la vista, esperando alguna respuesta. El sargento dejó prendido el cigarro marrón entre sus labios, como si aquello fuese una varita de incienso que humeaba. Tras treinta segundos en estado catatónico, reaccionó.

—Sí que eres testaruda, cabo. Está bien. Os explicaré a qué se debe mi estado de preocupación. Digamos que este caso me ha removido por dentro una antigua cicatriz; una deuda pendiente sin resolver. —Lanzó una bocanada controlada—. Hace dos años, concretamente la noche del 3 de junio de 2004, una pareja de jóvenes que se disponían a intimar en la tranquila Cala de Cristal, se encontraron con un cuerpo. Yo estaba de guardia y llegué el primero al lugar, junto a Buendía. —Señaló a su compañero y todos lo miraron —. Se trataba de un inmigrante irregular, desnudo, con el torso y el cuello pintados con pintura verde, al que le habían desfigurado el

rostro y al que le habían cortado algunos dedos de las manos. Esos mozos, que estaban pedo, decían que era un ser humanoide que había escupido el mar. Pero no tenía signos de haber sufrido ahogamiento. Otro testigo aseguró ver a alguien arrojando a otro por las rocas de la cala, pero no tenía fracturas ni contusiones. Me hice cargo del caso. Estaba hasta los cojones de los ajustes de cuentas de los narcotraficantes… y esto era distinto, era salir de mi zona de confort. Estuve trabajando duro en el asunto. —Dio una enorme calada que casi le puso los ojos en blanco y siguió con su relato, mientras el humo vestía sus palabras—. Detuve a cuatro sospechosos, empezando por esos jóvenes que decían que era un extraterrestre. Luego, capturé al patrón que llevó la embarcación donde iba ese desgraciado inmigrante. Lo interrogué y lo molí a palos. Pero nada, no habló. Y, más adelante, detuve a Carlos Soesco, un profesor de matemáticas sobre el que pesaba una denuncia por…

—¿Un profesor de matemáticas?

—¡No me corte, Verbeke! —le reprochó Baños—. La cuestión es que el día 13 de junio de ese año, apareció un segundo cuerpo. Con los mismos rasgos criminales y en otra playa de la localidad: la Fábrica del Duro. Entonces, supieron que se trataba de un asesino en serie. Y, claro, desde la Comandancia enviaron a la Unidad Orgánica de la Policía Judicial de Almería. Les cedí mi trabajo con todas las pesquisas e indicios. —Aplastó lo que le quedaba del purito en el ajimez de la ventana—. Me apartaron a un lado como quien le da un manotazo a una mosca. El arrogante capitán Pozo y su equipo de inútiles me relegaron a ver los toros desde la barrera después de mi implicación. Estuvieron dando palos de ciego… Y ni una sola pesquisa les valió. El 17 de julio apareció un tercer cuerpo. Una chica adolescente. Con los mismos rasgos y en otra playa distinta: Vera. A final de año, cerraron el caso como no resuelto. No hubo más indicios ni muertes. Pero de nuevo ha aparecido, dos años más tarde, el Mutilador de Almanzora; ha vuelto a las andadas. Pienso que es una segunda oportunidad para demostrarles a los de la Comandancia que estoy capacitado para poner fin a sus crímenes.

—¿Todo tu malestar es por el rencor que albergas desde entonces?

—Honor y orgullo, cabo. Primero me pisoteó mi mujer poniéndome los cuernos, y luego estos *cipollos* que tiraron mi trabajo por la borda. —Volvió a la mesa y se sentó en el borde—. ¿Cuento con vosotros para dar caza a ese asesino que está matando a inmigrantes irregulares?

Todos asintieron.

—¿Qué pistas sacaste en claro? —mostró interés Verbeke.

—Pocas. Pero sí hubo una que me llamó la atención. Los números de los días en los que ocurrieron los crímenes: 3, 13, 17.

—¡Número primos! —abrió la boca Romero.

—De ahí el matemático —obvió Verbeke—. ¿Y qué fue de él? ¿Qué te hizo sospechar sobre su persona?

—Pues busqué denuncias de alguna agresión verbal o física a inmigrantes o negocios extranjeros. Tuve tres candidatos: uno que maltrataba a su mujer argelina, un capataz que golpeó a un tunecino en su invernadero y un profesor de matemáticas, denunciado por sus compañeros como xenófobo, ya que se negó a dar clases a una alumna marroquí. —Caminó hasta ponerse muy cerca de Verbeke—. Lo estuve siguiendo. Descubrí que increpaba a los inmigrantes que venden pañuelitos en los semáforos, que hacía pintadas en los talleres de coches que dirigían los instalados en Cuevas del Almanzora y que visitaba con frecuencia una casa de putas donde tenían prostituidas a subsaharianas. Igual para humillarlas…

—No es mucho —le restó importancia Verbeke—, pero claramente tiene animadversión hacia los africanos. Puede dar el perfil…

—Sé que es él. Pues, en cuanto lo solté del calabozo, por orden directa del capitán Pozo, este tipo desapareció del mapa. Dejó el centro donde llevaba cinco años. Pidió una excedencia, pero está desaparecido.

—Eso es señalarse —dijo Romero—. ¿Y no hay manera de localizarlo?

—Se necesita una orden de un juez para seguirle el rastro… Pero parece que el monstruo ha vuelto a su coto de caza. Si repite su modus operandi, irá a por dos víctimas más.

En la pizarra anotó la fecha de los asesinatos de 2004: 3,13, 17. Luego, Buendía se sumó a la explicación mientras Baños escribía.

—2,3, 5, 7, 11, 13,17, 19, 23, 29, 31. Estos son los números primos. Ya tenemos el día 11 en este año.

—Por lo que, si mi teoría es cierta y el matemático ha vuelto, tiene seis días de junio marcados con un círculo rojo en su calendario —apostilló el sargento.

7

Sospechosos

Baños se quedó pensativo. Su mano empezó a mostrar un temblor nervioso. Dio un par de pasos de izquierda a derecha e hizo un intento por fumar en la sala. La ansiedad por detenerlo lo tenía sumido en una vorágine de pensamientos negativos. Sacó un purito y se lo colocó entre los labios sin prenderlo. A Verbeke, el sargento le recordó a Lucky Luke, un vaquero que protagonizaba unos dibujos animados allá por los 80´s. Este comenzó a hablar con el cigarro en la boca, sin que se le cayera al suelo. Miró a Julia, pero luego se decantó por su compañero.

—Centrémonos en lo que habéis descubierto. Mañana es día 13, y el 17 está a la vuelta de la esquina. ¡Romero, ponme al día!

Este tomó la libreta de Verbeke.

—¡Vaya letrita! —se quejó ante la caligrafía.

—Iba para médico —bromeó.

Romero cerró el cuaderno e improvisó.

—En nuestras pesquisas, hemos dado con cuatro vehículos sospechosos, que seguro que pasaron la noche en el pinar de la playa de Quitapellejos. En primer lugar, encontramos una autocaravana *Mc Louis* matriculada en España. Dentro no había ocupantes, pero sí sangre y cristales rotos. Por el estado de los objetos y la puerta abierta de par en par, tuvieron que salir corriendo a las bravas. Su huida, tras haber aparecido un cadáver muy cerca de ellos, parece sospechosa.

—Hay un equipo localizando el taxi —aclaró el sargento—. Pero de momento desconocemos la identidad de los individuos. ¡Prosiga!

—Después —abrió el cuaderno y pasó la hoja en busca de información. Se encontró una lista de la compra donde predominaba el chocolate en todas sus formas: tableta, sirope, flan, helado y batido. Volteó la página y halló la anotación—, la segunda, autocaravana también. Se trata de una *Fiat Ducato* con cerca de diez años. Dentro estaba el padre del testigo principal, Pepín Coto.

—Me han dicho que el niño es tontito —espetó el sargento con desespero—. A saber qué fantasía nos cuenta.

—Tiene Síndrome de Down —salió al paso Romero con elegancia—. Nos lo confirmó su padre. Pero nos resultó extraño que, casualmente, estuviera limpiando la caravana con lejía mientras su hijo estaba solo en una cama de hospital.

Baños anotó el nombre de Celso y el de Pepín en la pizarra. También la marca de los vehículos mencionados.

—¡Algo más!

—La bruja —intervino Verbeke quitándole la libreta a su compañero—. Una *roulotte* donde se ofertaba tarot, videncia y rituales.

—¿Rituales? Haber empezado por ahí, Romero. Por las características de las víctimas, es fácil adivinar que se trata de un rito. Siempre apuntando a donde nace el sol, pintados de verde, con la cara desfigurada y dedos cercenados.

—Y una C en la frente —añadió Verbeke atribuyéndose el descubrimiento.

—Eso está por determinar. No asignes rasgos de autoría a la ligera —le paró los pies—. Eso lo tiene que determinar el forense. El resto de los cuerpos no lo tenían … o tal vez podrían haber pasado desapercibidos por el ácido que achicharró la piel de sus rostros.

—¿Y cuál es la identidad de esa bruja? —quiso conocer Buendía—. Sería interesante hacer un registro en su caravana.

—No estaba —precisó Verbeke—. Pero, en un cubo de basura, tenía un ave troceada y plumas ensangrentadas. Se hace llamar Luna Hechicera Cubana.

—Pues ella es mi prioridad.

—No hemos acabado —puntualizó Verbeke—. Hay alguien más. Una furgoneta *camperizada* matriculada en Bulgaria, que debe llevar allí años. Dentro había un tipo durmiendo con un perro. No tenía nada sospechoso, pero sí dejó pistas de que pudo estar toda la noche sentado viendo las estrellas mientras se ponía ciego como una cuba.

—¡Conjeturas al aire! —se quejó Baños.

—La cabo tiene razón. Desde donde estuvo sentado pudo ver algo y, si no lo vio, podemos descartar esas horas para acercarnos al momento justo en que ocurrió el crimen.

—Vale. Pues ya tenemos hilos de dónde tirar. Ahora, vamos a ir al Anatómico para recoger de primera mano los detalles de la autopsia. —Romero amagó con levantarse—. Me llevaré a Verbeke para que se le haga el estómago —dijo a modo de lección, obcecado por hacerla vomitar—. Y luego iréis a comer a eso de las dos, para que

a las tres de la tarde estemos en la *roulotte* astral de esa pirada, ¿entendido?

—¡Entendido! —respondieron al unísono.

En ese momento, le entró una llamada a Baños. Asintió con la cabeza y se dirigió hacia la pizarra, tachando la palabra *McLouis*. Colgó y argumentó la exclusión.

—Me comunican que la pareja que salió de aquella autocaravana, la *Mc Louis*, se fue al hospital en un taxi porque se rompió un vaso durante el desayuno con tan mala suerte que sesgó una variz en la pierna de uno de ellos. De ahí tanta sangre y los cristales rotos. Tienen coartada. De todos modos, hay que ver si saben algo. Romero, ve con Buendía a hacerles preguntas sobre la noche anterior. Presionarlos para ver cómo actúan. Si mostrasen algún atisbo de sospecha, los quiero en los calabozos. ¿Estamos?

8

Autopsia

Verbeke estaba nerviosa. No por miedo, sino por expectación. El sargento Baños la miraba con frecuencia, disfrutando de todas las muecas que la cabo dibujaba en su rostro. En el fondo, quería que lo pasara mal. Su mala experiencia con la que fue su esposa creó en él un latente odio hacia las mujeres. Como si el resto de ellas tuvieran algo que ver con la decisión que un día tomó al dejarlo por otro. Verbeke se embutió en un traje anticontaminación para asistir a la Sala de Autopsias. Su primera sensación al entrar fue la del olor. No olía mal, sino peculiar. Una mezcla a carnicería y productos de limpieza. Las paredes eran sobrias y había muchas luces blancas en el techo. El forense les indicó con el dedo que el bulto que había bajo la sábana era la víctima de Quitapellejos. Verbeke iba un paso por detrás de Baños. De nuevo, quería ocultar su entusiasmo. Se saludaron verbalmente, sin estrecharse las manos, y el forense procedió a retirar la sábana. A pesar de ser la segunda vez que Verbeke contemplaba ese rostro desfigurado, esta vez le pareció más siniestro. Igual fue culpa del juego de luces que resaltaba todos los detalles de las lesiones. Al no ser uno de los suyos, no sintió lástima ni dolor. Solo pensó que, en algún momento de su vida, sería ella la que estuviera ahí tumbada. Desnuda. Con esa sonrisa entrecortada que tienen todos los muertos. Y recordó cuando estuvo en la facultad y un profesor le habló del acrónimo de la palabra cadáver. En su mente lo repasó: «CAro DAta VERmibus (Carne dada a los gusanos)».

—Doctor Santana, ¿qué nos puede contar?

El forense se aproximó a la cara. Con unas pinzas largas, despegó la piel de la tez y elevó un párpado para mostrar las quemaduras producidas en uno de los globos oculares.

—Según el examen externo, se trata de un varón de entre dieciséis y diecisiete años, de complexión delgada y raza africana. Presenta una intensa congestión cérvico-torácica. Livideces confluyentes no fijadas en el plano posterior del cadáver y rigidez instaurada, aunque vencible. Como podéis ver aquí —se aproximó y alumbró el cuello con una pequeña linterna—, en ambas regiones laterales tiene una línea pálida e incompleta que corresponde al ajuste de la bolsa. Una vez realizada la autopsia cervical mediante apertura

de las cavidades craneal y toraco-abdominal, se encontró infiltración de ambos músculos esternocleidomastoideos y espuma epiglótica. Todas las lesiones han sido realizadas una vez la víctima no respiraba. La abrasión del rostro ha sido producida por un agente químico, por la poca homogeneidad de las quemaduras, me atrevería a decir que puede tratarse de ácido clorhídrico rebajado con agua. Respecto a las falanges cercenadas, meñique y pulgar, parece que han sido cortadas con una tijera de podar, ya que no presentan síntomas de haber sido aserradas, pero sí aplastamiento hacia el interior en ambas caras del hueso, provocadas por una fuerte presión y a la misma altura. En la frente tiene una herida realizada con algún objeto cortopunzante. De las herramientas encontradas junto al cadáver, la lima de hierro y el detector de metales, decir que no coinciden con las usadas para hacer la herida. Tuvo que realizarse con un cuchillo. En cuanto a la pintura que recubre su pecho, es de base aceitosa, de las que se usan normalmente para *bodypaint*. —Miró a Baños y a Verbeke esperando su reacción—. En la espalda tenía fragmentos de almejas clavadas en la piel y arena por el cuero cabelludo de la nuca y la coronilla, poca cosa, por lo que tuvo que ser arrastrado durante un trayecto corto.

—Esa C puede ser una marca de autoría —sugirió Verbeke.

—Espero que no sea la inicial de un nombre que me sé —temió Baños—. Estoy seguro de que es obra de Carlos Soesco. Ha vuelto a las andadas.

—¿En los anteriores cadáveres hubo marcas en la frente?

—Si las hubo, no les prestamos atención. Yo realicé la autopsia a los otros tres cadáveres en 2004 y estaban muy desfigurados. Igual usaron otro tipo de ácido más potente. La marca, en caso de que la hubiera, pudo pasar por desapercibida —hizo un chasquido de lástima —. Aun así, puedo examinar las fotos del examen *post mortem* y pasarlas por distintos filtros a ver si encuentro la lesión.

—¿Tiene signos de agresión sexual?

—Ni fluidos ni desgarros.

—Está bien. Remíteme por vía postal dos copias del informe. Si ese malnacido ha vuelto, quiero ser yo quien le enchirone.

Una vez abandonaron el Anatómico Forense, Baños condujo hasta su domicilio, ubicado en una zona residencial donde abundaban las casas pareadas. Tenía dos plantas y un sótano. Bajo el porche que cubría parte del patio y de la entrada al garaje, se veían trastos viejos, así como una bicicleta estática, dos cañas de pescar y un mueble con herramientas.

—Bonita casa.

—Menos mal que no tuve hijos con Belén, sino estaría durmiendo en el coche viendo cómo mis hijos crecen con un desconocido en mi casa —se quejó por los recovecos de la ley—. Voy a coger unas cosas. Espera aquí.

Verbeke contempló la casa con detenimiento desde el habitáculo. En Madrid, algo así era inalcanzable y, en comparación con el piso que compartía con Ana, este inmueble era un castillo. Como no podía ser de otra manera, bajó del vehículo y se aproximó a la vivienda. Por la ventana del sótano, que estaba a ras de suelo y era opaca, se escapaba un murmullo. Por un momento pensó que podía ser Baños, pero el sargento salió por la puerta en ese mismo momento.

—¿Tienes compañía? ¿Vives con alguien?

Su jefe se puso blanco. Su perilla se hizo más notoria alrededor de los labios. La pregunta de Verbeke le había molestado.

—¡Anda! Tira para el coche.

Verbeke intentó esforzarse por oír el ruido, pero el sargento le abrió la puerta y la invitó a entrar sujetándola suavemente del brazo. Julia se quedó pensativa. Una conjetura se amontó en su cabeza, y varias sospechas se cernieron sobre la figura de Baños. «¿A quién tiene ahí abajo?», se abrumó. Cuando llegó a su portal, se bajó del coche sin decir adiós. Había sido una mañana cargada de sensaciones y emociones que debía digerir. Se giró y le preguntó a su jefe:

—¿A las tres nos vemos?

—Menos cinco.

9

Comida y cotilleos

Julia Verbeke tomó el ascensor para subir a la primera planta del bloque donde vivía. Se trataba de un piso de dos habitaciones, bastante cuidado y luminoso. Al entrar, lo primero que había era una mesita estrecha, donde colocaban las llaves, la cartera y un par de cartas postales sin abrir. En su cajonera se atrincheraban los multitudinarios bolsos que coleccionaban como reliquias. Ojeó los sobres y ninguno era del comandante Ruiz. Cerró la puerta con el talón. Soltó su bolso y caminó hacia dentro, donde estaba la cocina americana conectada con el salón. La mayoría de los muebles eran de madera, con electrodomésticos blancos y una encimera de granito gris. Realizando un giro a la izquierda, estaba el distribuidor, de donde partían el baño y los dos dormitorios. Hasta el fino olfato de Verbeke llegó el olor a varita de incienso; Ana siempre las prendía cuando estaba de mal humor, pues, según ella, le ayudaban a calmarse antes de montar un pollo. Era de esas personas que amaban todo lo que provenía del movimiento budista, y siempre tenía en la boca los efectos del karma y la filosofía zen.

—¡Buenas tardes! —saludó Julia buscando el rostro de su amiga.

Ana apareció frente a su compañera de piso con una pesada bolsa de basura entre sus manos. El gesto advertía enfado. Bajo su pelo corto, unas cejas depiladas y enarcadas, que le daban un toque malévolo.

—¿Esto qué es? —Abrió la bolsa para que viese el contenido—. ¿Has tirado todos los paquetes de menestra y guisantes congelados a la basura?

—¡Operación verano! Tenía que hacer hueco para las tarrinas de helado.

—Pero… ¡serás cabrona! No podemos comer solo chocolate y pasteles. —Se pasó las manos por las caderas—. Necesitamos comer verde. En estos seis meses de convivencia he engordado tres kilos.

—Pues prepárate para lo que viene —le amenazó con una sonrisa—. He visto en el súper nuevos sabores de helados: huevo kínder y uno de chocolate blanco que tiene que estar de muerte.

—¡A la mierda los guisantes! —Cambió el rostro y se sentó—. ¿Qué tal el día?

—Pues muy movido… Estamos en el principio de algo gordo.

—¡Por fin algo interesante! ¡Cuenta, cuenta!

—No puedo, está todo bajo secreto de sumario. —Se sentó a la mesa, donde estaba el menú recurrente para los días laborables: queso, salami, fuet y jamón serrano; ensaladilla y picos; dos vasos de Coca Cola—. Es un asunto delicado.

—Ya me lo soltarás, *bonica* —vaticinó tomando una loncha de jamón para envolver un pico.

—¿Y tú? Has salido tan temprano esta mañana que ni te he escuchado.

—Es por culpa del último naufragio, no concilio el sueño. No paro de darle vueltas a la tragedia. La mayoría de los inmigrantes no tenían más de quince años. De catorce, solo han recuperado siete cuerpos sin vida. El resto están desaparecidos y, por suerte, rescataron a una niña de diez años que está viva, pero en la UCI. No me explico qué pudo pasar, estaban muy cerca de la orilla. Cuando esa niña salga de su estado de gravedad, nos podrá arrojar luz sobre qué falló.

—Y en estos casos, ¿cuál es tu labor?

—El papeleo. —Tragó saliva—. Son noticias muy tristes las que me toca dar. Mi trabajo consiste en darles identidad y localizar a sus familiares. ¡Imagínate lo frustrante que es! La mayoría vienen indocumentados y sus padres nunca vuelven a saber de ellos.

—¡Qué incertidumbre! Me recuerda un poco a lo de mi padre. Si no hubieran enviado esa foto de él en el zulo, podría pensar que sigue con vida, secuestrado —dijo cogiendo una loncha de salami del plato—. ¿Y estos adolescentes no hubiesen vivido más tiempo en su tierra de origen?

—No hay trabajo, hay matrimonios forzados, guerrillas, muerte por lapidación, inanición, secuestros, malaria, explotación infantil —enumeró—. Tienen mucha desinformación de lo que aquí les depara.

—Ya. Deben estar muy desesperados para cruzar el Mediterráneo en una barca de juguete, dejando atrás todo lo que conocen y a sus familiares.

—Las mafias se encargan de alentar y dar falsas esperanzas a esos pobres que creen en una utopía. Y, los que tienen más arrojo, reúnen el dinero y cruzan el continente guiados por una corazonada, que, la mayoría de las veces, los lleva a una muerte segura.

—Lo de tomar decisiones guiándome por el instinto y la

impulsividad es mi fuerte. Yo sería de estos que mueren en la playa.

—Ni que lo digas, *bonica* —señaló la bolsa de basura—. Me caes muy bien, pero tienes un carácter indomable. Debes cometer muchos errores al no pensar bien lo que vas a hacer.

—¡También tengo muchos aciertos! —le aclaró—. Pero yo no era así antes. Siempre fui una niña muy paradita —dijo cogiendo un tenedor y hundiéndolo en la ensaladilla. Luego, llenó su boca y la agitó como si fuese una hormigonera—. Pero, cuando mi padre desapareció, todo cambió de repente. Yo me refugié en estudiar y en convertirme en guardia civil para, de alguna manera, poder vengarlo; mi hermano, en cambio, se cobijó en la calle y en las maldades que alberga la noche. Yo veía cómo sus amistades no eran buenas, y acabó siendo un drogadicto de manual. Sabía que robaba fuera y en casa. Se comió alguna que otra noche en el calabozo. Yo le recriminaba la vida que estaba llevando, pero Gabriel me amenazaba con darme una paliza si le contaba a nuestra madre que se drogaba. No era la primera vez que me pegaba con el mono para que le aflojara pasta. Tonta de mí que lo encubría, en parte por miedo. Mi madre tenía suficiente con su depresión, y justificaba a mi hermano cuando me golpeaba, por el simple hecho de ser homosexual y huérfano de padre. —Soltó el tenedor y suspiró recordando aquel día—. Una tarde, llamaron del hospital. Mi hermano había sufrido una sobredosis por heroína y entró en coma. Me sentí culpable, porque podía haber frenado su adicción. Podía haberle dicho a mi madre que necesitaba un psicólogo o desintoxicarse... Pero no actué por miedo. No escuché a mi conciencia, sino a los designios de mi hermano. Estuvo muy cerca de la muerte. Por suerte, salió de esa y ahora está en la cárcel por un robo con violencia. No levanta cabeza… Aprendí la lección y, a partir de ese día, decidí que nadie me diría lo que tengo que hacer, y que actuaría conforme me viniese en gana y afín a mi intuición.

—Ahora te comprendo mejor como persona. ¡Vaya pasado más turbulento! Mi vida ha sido lineal. A destacar, tuve un novio con el que estuve diez años y me dejó por mi mejor amiga.

—¡Ah! Se me olvidaba. Tengo un cotilleo. —Cambió de tema.

—¡Cuenta, cuenta! —Abrió sus ojos y ajustó una de las muchas argollas de su oreja como si subiera el volumen de un audífono.

—Romero ha dejado a su novia. Ha roto con Marifé.

—¡No me jodas! El *buenorro* se te ha puesto a tiro.

—Tanto que a ver si me lo tiro —bromeó con la rima.

—No te hagas muchas ilusiones. Se le ve engreído. ¡A ver si pilla tus señales!

—¿Señales? No. Yo voy directa al grano. No me gusta perder el tiempo.

—¡Qué fría eres! —Cogió otro trozo de jamón y se lo metió en la boca—. ¿Se lo vas a dar todo el primer día?

—Pues claro. Busco pasarlo bien y, si la cosa se tercia, pues ya vamos viendo.

—¿Y si solo te quiere para eso?

—Es que, de momento, yo solo lo quiero para follar.

Ana se atragantó con el jamón. Se le hizo bola. Al rato, expulsó la amalgama de carne y babas. Caminó hasta la basura.

—Perdona. Espero no haberte levantado el estómago.

—Vengo de una autopsia —le contó algo que no quería contarle —. Con eso te lo digo todo.

—¡Vaya! ¿Han asesinado a alguien? ¿Otro caso de malos tratos?

—No puedo contarte nada. Igual más adelante.

—Está bien. Supongo que me enteraré por la prensa, como siempre.

Verbeke se quedó pensativa tras la última frase de Ana García.

—Ahora que lo mencionas, tú tenías un contacto importante en el Diario de Almería, ¿no?

—Sí. Roberto. Es quien nos publica los artículos sobre la inmigración.

—Pues no le cuentes nada de las cosas que yo te hablo — disimuló mientras cavilaba.

—¿Por quién me tomas, *bonica*? Soy una tumba.

Verbeke dio un enorme trago al vaso, abriendo sus dos ojos azules por encima de él. Eructó con suavidad hacia un lateral e hizo una recomendación.

—Una tumba abierta… —bromeó—. Bueno, pasemos a los postres. Tengo que seguir con este nuevo caso. Y mi jefe es un poco cascarrabias con la puntualidad.

Ana se levantó a por la tarta helada de la nevera, a la que debían quedarle un par de porciones. Mientras tanto, Verbeke pensaba en Baños y su bonita pareada. «¿Quién tiene en el sótano una televisión a toda voz? ¿Será su exmujer, de la que nadie sabe nada? ¿Será el matemático? Tengo que averiguarlo», se convenció.

10

El búlgaro

Baños conducía serio, con la vista puesta en la carretera y el purito sin encender entre sus labios. A su lado iba Verbeke, metiéndose una uña en la encía para sacarse un trozo de cacahuete que tenía incrustado en la muela. Abrió la ventanilla y tiró el fragmento. Su pelo se agitó con el viento y le rozó el rostro al sargento. De un manotazo, retiró los cabellos rubios que se le habían pegado a la perilla.

—Mi sargento, ¿le puedo hacer una pregunta?

—No.

—¿Nunca más ha vuelto a ver a su exmujer?

Baños chasqueó la lengua y balanceó su cabeza antes de responder.

—Desde que se fue con ese… desgraciado, dejé de seguirle el rastro. Para mí es como si estuviera muerta.

—Tiene que ser incómodo encontrarse con tus exsuegros en el pueblo.

—No te creas. Ellos me tienen aprecio. Cuando Belén rompió conmigo, mi suegro no apoyó a su hija. Sueldo fijo, conocido de la familia de toda la vida, cristiano, con una bonita casa… Pero ese malnacido le lavó la cabeza de tal manera que desaparecieron del mapa. Ni su madre sabe su paradero.

—¿Y no han puesto una denuncia por desaparición? Igual está retenida en algún sitio —le lanzó la indirecta y clavó su mirada en los músculos faciales de su sargento. Levantó el labio y sacó los dientes como un perro a punto de atacar—. Retenida en contra de su voluntad.

—Sus padres quisieron ponerla, pero les dije que estaba bien. Que era muy orgullosa y que seguro que pronto sabrían de ella. Que igual se cansaba pronto de ese oportunista.

—¿Y estás en lo cierto? ¿Crees que volverá pronto?

—Ni idea. Lo que quiero es que, si lo está pasando mal, que se joda y le dure ese mal todo lo que pueda. ¡Que se lo hubiese pensado mejor antes de destrozarme la vida!

Verbeke se mordió la lengua para no decirle lo que opinaba.

Cuando llegaron a los pinares de la playa de Quitapellejos y tomaron el polvoriento camino de arena que llevaba a las caravanas, vieron a un hombre entrado en kilos con el pelo pobre y una barba descuidada. Vestía unas bermudas de flores y carecía de camiseta. Cargaba con una bolsa verde con dos litros de cerveza que humedecían el plástico. Le acompañaba un chucho pequeño que cojeaba. Al pasar por su lado, Verbeke reconoció el collar y la cadena.

—¡Este tipo es el de la furgoneta *camperizada*!

—¿Estás segura? Háblale en belga.

—Es búlgaro.

—¡Ah! Es verdad. Pues vamos a detener el coche y a ver si se mete en su vehículo.

El hombre serpenteó entre los troncos, tomó asiento en la silla que tenía junto a su *Volkswagen* y colocó la bolsa sobre la mesa de plástico. Cogió a la perra y la subió a su regazo. Baños y Verbeke se apearon del vehículo. Siguieron los pasos del búlgaro y le dieron encuentro.

—¡Buenas tardes! —saludó Verbeke.

El chucho comenzó a ladrar escandalosamente. El hombre acariciaba la cabeza de aquel minúsculo ser peludo, cuya raza era difícil de determinar. Cada vez que pasaba la mano por la frente del animal, dejaba ver una cicatriz que le cruzaba un ojo. También le faltaba media pata delantera. El hombre hizo un gesto con la boca que sirvió como saludo.

—Somos de la guardia civil —mostró la tarjeta de identificación—. Queremos hacerle unas preguntas. ¿Entiende el español?

—¡Pss! —respondió haciendo un mohín—. Un poco.

—¿Vio anoche algo extraño que le llamara la atención? A eso de las doce.

—Justo allí —señaló hacia la orilla Verbeke.

El búlgaro giró la cabeza y miró hacia donde se desplegaba el mar. Luego devolvió la mirada a Baños. Sacudió un par de moscas que revoloteaban por su barba y respondió con su remarcado acento extranjero, con el que se saltaba palabras del castellano.

—En la playa siempre hay gente. Parejas *haciendo amor*, pescadores con linternas, juventud bebiendo, hippies tocando timbales al ocaso…

—Anoche mataron a una persona —le puso al día Verbeke—.

¿Oíste a alguien pidiendo ayuda? ¿Gritos?

—No presté atención —respondió con naturalidad. Como si el hecho de que hubiesen matado a una persona muy cerca de su furgoneta no le importase—. Voy a lo mío.

—¿Estuvo solo?

—Mi novio no vino ayer. Nos hemos peleado. Y bebo cerveza para olvidar a ese tonto.

—¿Desde qué hora estuvo aquí sentado?

—Desde las nueve de la noche hasta las tres de la madrugada.

—¿Y qué hace aquí tanto tiempo? —preguntó Baños mirándolo sin parpadear.

—Juego al solitario con las cartas. Hago barbacoa y luego partidas al *Tetris* tomando cerveza —mostró la maquinita a pilas—. Luego duermo *en furgoneta* con mi perro. Los mosquitos aquí nos pican mucho.

—¿Qué le ha pasado a su perra? —quiso saber Verbeke.

—Por aquí hay gente mala. —Paseó la mano por el lomo de su mascota—. Por eso siempre llevo atada a Luna, para que no le hagan daño.

—¿Gente mala?

El búlgaro señaló la *roulotte* de Luna Hechicera Cubana y luego a lo más frondoso del pinar.

—No sé quién fue. Si la bruja que habla sola, o los hippies que se drogan. Pero le habían *sacado ojo y cortado pata.* —Abrazó a su perra—. Y esa bruja loca sacrifica animales…

Baños miró a Verbeke con estupor. Sabían que aquella mujer podía ser sospechosa. Verbeke sacó su libreta Moleskine.

—¿Puede darme su pasaporte?

El búlgaro se levantó y entró en la furgoneta. Al rato, salió con el documento bailando entre sus dedos. Verbeke anotó los datos y le pidió un número de teléfono. No tenía, por lo que solo pudieron anotar su nombre: Petko Alekseev, natural de la diminuta ciudad de Melnik.

—No descarte que vengamos a verle de nuevo.

—Aquí estaré con mi perra para lo que necesiten.

Nada más girarse, vieron una llamarada que se elevó dos metros de altura.

Provenía de la *roulotte* de la bruja.

11

La vidente

Verbeke y Baños se aproximaron a la candela. El olor a chamusquina se hacía notorio bajo las copas de los pinos. Cerca de la caravana había un círculo de ceniza y, en medio, lo que parecía un perro ardiendo. Muy cerca, dos fotos y un corazón. De la *roulotte* salió una mujer de piel morena y turbante morado. Tenía las manos ensangrentadas y portaba un ramo de flores que lanzó al fuego. Mencionó una oración que repitió dos veces. Los agentes esperaron a que terminara. Tapándose la nariz, Baños se aproximó a la bruja.

—Hola. ¿Podemos hablar?

—¡Me lavo las manos! Un segundo.

La mujer se metió en la caravana y, para sorpresa de los agentes, cerró la puerta. Verbeke se sobresaltó.

—¡Hija de puta! ¿Está quemando un perro? El búlgaro tenía razón.

—Es una cría de cordero. ¡Mira la forma de la cabeza! —Señaló el cuerpo mientras las fotos se consumían pasto de las llamas—. Como no abra, le tiro la puerta abajo, por mis *güevos*.

Baños se aproximó a la caravana. No le dio tiempo a aporrear la puerta cuando esta se abrió. La bruja, que tenía unos sesenta años y los dientes muy blancos, les invitó a pasar. Sus rasgos cumplían a la perfección con el estereotipo de mujer cubana.

—*Asere*, *¿qué bolá?* Mi nombre es Luna.

—¿Nos puede responder a unas preguntas?

—Por supuesto, parejita. Pónganse cómodos. —Su acento era muy marcado—. Voy a ir a por una vela para iluminar la estancia. ¡Cierren la puerta! Que no entre lo malo ni salga lo bueno.

Verbeke y Baños pasaron al interior. La mujer se fue a la parte trasera, que estaba tapada con una cortina negra que impedía que se viera la otra mitad del habitáculo. La decoración causaba repelús. Tenía desde elefantes de marfil a estatuitas de vírgenes, minerales tallados y una geoda de amatista de unos veinte centímetros de altura. En las repisas también convivían pirámides, cirios, frascos y dados. En un estante había cintas de video de 8 mm y, en una balda de madera,

algo que a Julia Verbeke no le gustó nada. Se trataba de una muñeca de piel negra, sentada en una silla y con un traje blanco. Sabía que esas muñecas se usaban para prostituir a nigerianas bajo la amenaza del vudú. Aquel lugar olía a plantas aromáticas. Luna tomó asiento en la mesa. Delante de sus uñas largas y rojas, tenía un mazo de cartas del tarot, un péndulo y una copa balón con agua bendecida. Aquella mujer daba la sensación de que le daba a todas las disciplinas esotéricas. La danza de la llama que coronaba la vela jugaba con la oscuridad de la caravana, dando un aspecto tétrico a la estancia.

—¿Usted se llama?

—Luna. Soy hechicera y vidente…

—Yo soy Baños y ella Verbeke.

—¿Venís a por un conjuro de fertilidad? ¿Potenciar vuestras relaciones sexuales? ¿Virilidad?

El sargento miró a su compañera, que sonreía por lo bajini.

—¡Yo no tengo problemas de impotencia! —se quejó—. ¡Menuda vidente!

—Somos agentes de la guardia civil —apostilló Verbeke corrigiendo su risa.

La mujer enarcó las cejas y abrió la boca a modo de sorpresa. Luego apretó los labios y habló con preocupación.

—¿Me ha denunciado alguien?

—Deberían. Pero no estamos aquí por maltrato animal.

—¿Lo dicen por el cordero de fuera? La gente se los come. Iba a tener un fin parecido —le restó importancia—. No lo he sacrificado en vano. Formó parte de algo más grande que llenar un estómago… Llenará dos corazones y los atará de por vida. —Baños miró a la mesa como señal de que a él no iba a embaucarlo—. Por eso las fotos de los dos amantes y un círculo de ceniza: es un ritual de amarre. Se trataba de dos congoleños que querían estar juntos para siempre, a pesar del peso de su cultura. Dos hombres que nadan en contra de las leyes homófobas de su país.

—Ya. Bueno. No se disipe. No somos aprendices de brujería —le cortó Verbeke viendo que su jefe resoplaba con impaciencia—. ¿Qué trajo a una cubana a Almería?

—¡Uff! Mi vida es un laberinto repleto de vivencias. —Puso una mirada brillosa al candor de la vela—. Soy una enamorada de las estrellas y el cosmos, y aquí hay muy poca contaminación lumínica —aclaró—. Trabajé en una revista mexicana dedicada a los ovnis y la astrología: *Más allá de la vida.* Crucé el charco. Me ofrecieron un

puesto en una revista rival de Europa, que estaba más enfocada en los espíritus y los rituales satánicos. Pero la revista empezó a no venderse y llegaron los impagos. Me despidieron. Me compré una caravana para vivir que fui remolcando con ayuda de gente que iba conociendo por toda la costa mediterránea. Hasta que acabé en España hace ya como diez años. No tuve suerte con las contrataciones en las empresas locales, y decidí ejercer el negocio de la brujería, que, con orgullo, mis tatarabuelos hicieron en mi bonita Cuba desde años remotos. Así que monté mi propia consulta y aquí me fue bien. Llevo desde el cambio de milenio en esta playa. Los españoles apenas creen en la brujería, solo en tiradas de tarot y lecturas de mano. Pero aquí viene mucho africano para rituales de magia blanca y negra; mis dotes forman parte de su cultura y sus creencias.

—Por lo que veo, le ha ido bien. —Miró en rededor la caravana —. Supongo que le resulta fácil engañar a los inmigrantes —la acusó —. Solo espero que, como mujer, no ayude a los proxenetas a amenazar con muñecas de vudú a las pobres africanas que pasan por aquí.

Luna cambió el rostro, mostrándose ofendida por la insinuación de Verbeke.

—Tengo códigos. Una vez vino un *mamahuevo*, cabecilla de una red de prostitución en Valencia, buscando estos servicios. Quería cuatro muñecas para cuatro menores. Le dije que me llevara adonde tenían las niñas para cogerle vello púbico y uñas. ¿Sabe lo que hice? Denuncié a la Policía Nacional dando la ubicación del piso franco y el nombre del proxeneta. ¡Tengo más cojones que Macedo! *Ya tú sabes*… —Se alegró de su hazaña—. ¡Y las liberaron a todas! Luego quisieron matarme y hui hasta donde pude. Uno de los policías me llevó la caravana hasta Murcia. Y un chico al que le hice un conjuro me lo pagó remolcándome hasta Palomares. Por eso estoy aquí. Pero no soy un alma caritativa, no me alimento del aire, y a veces hago magia oscura para costear mis gastos.

—Hablas de una historia bonita… Pero ¿y esa muñeca? —insistió Verbeke.

—Esa muñeca me la hicieron a mí. Tuve una infancia complicada. Ahora cuido de mí misma.

—Muy bien —la cortó Baños—. Vayamos al grano. Estamos aquí porque ha aparecido un cadáver en la playa. Y queríamos saber si había visto algo y si tiene algo que confesarnos.

—¿Un muerto? —Puso cara de póquer—. Me estoy enterando ahora. Parece que esta playa está maldita. Primero esa barca llena de personas; ahora, un asesinato.

—¿Cómo sabe que ha sido asesinado? No he mencionado la manera en la que ha muerto. —Se sobrecogió mirando a Verbeke de reojo.

—Si fuese por muerte natural, no estarían aquí. Supongo que me toman por sospechosa por vivir tan cerca, o por mis artes… pero mi relación con el *Más Allá* es distinta.

Baños entrelazó los dedos y la miró de manera inquisitiva. Luego añadió.

—Ya. ¿Vio a alguien sospechoso merodeando la orilla anoche?

—No estoy pendiente del horizonte. Prefiero mirar a los astros desde el techo de la caravana con mi telescopio. Las estrellas me hablan. Me fascina la noche, la luna… los misterios.

—Haga el favor de no disiparse —la corrigió Baños.

—Y mientras estuvo ahí con su telescopio, ¿no oyó ni vio nada?

Luna miró fijamente a los ojos de Verbeke. Luego le sujetó la mano y se la volteó para leerle las líneas de la palma. Devolvió la mirada al hombre para responder.

—Solo estoy un rato encima de la caravana, hasta que me duelen las cervicales. Ya estoy algo viejita. Pero dejo mi videocámara sobre el trípode grabando el firmamento.

—¿Y a qué hora la deja grabando? ¿Graba imagen y sonido? —preguntó Verbeke recogiendo las manos y colocándolas bajo la mesa.

—Sí. El sonido es importante… A veces se oyen cosas extrañas que provienen del cielo. —Cerró los ojos y pensó—. De doce a dos de la madrugada es cuando suelo grabar. Las cintas duran solo dos horas. Me gusta captar fenómenos extraños: meteoros, señales…

—¿Tendría esa cinta aquí? La de anoche.

—Sí. ¡Hubo luna llena! Estuvo preciosa. Magna. El matriarcado de la noche en todo su esplendor.

—Pues, si no tiene inconveniente, vamos a requisarla… Se la devolveremos una vez que la analicemos.

Luna se levantó y fue hacia la cortina negra. Con recelo, la abrió y entró. Empezó a hablar con alguien, pues un murmullo se oía al otro lado de la tela.

—No me gusta un pelo —balbuceó Verbeke—. ¿Tiene a alguien ahí?

—Vamos a comprobarlo —dijo Baños levantándose de su asiento y caminando hacia la cortina. Antes de llegar, la hechicera le dio encuentro. Su rostro estaba muy serio.

—¡*Tumba tumba*! —expresó la cubana—. Tomen la cinta y salgan de aquí.

—Pero ¿tiene a alguien ahí?

—Nunca estoy sola. Ahora, váyanse y tráiganme la cinta cuando la visionen. ¡Vamos!

Baños salió asustado. Parecía que alguien se había enfadado al otro lado de la cortina. Verbeke se levantó con torpeza y, antes de abandonar la caravana, la bruja le agarró del brazo y le susurró unas palabras que la dejaron sin aliento.

Y cerró la puerta.

Una vez en el coche, de vuelta al núcleo urbano, el sargento notó cierta apatía por parte de Julia. Le reconcomía no saber qué le había dicho Luna al oído. Aun así, dio un rodeo antes de preguntarle por el contenido del susurro.

—¿Quieres poner algo de música para animarte? —Verbeke negó con la cabeza sin dejar de mirar al frente—. Por cierto, recibí una llamada de un contacto que me asegura haber visto por Cuevas al matemático de los cojones. Esta vez le voy a echar el guante y los mandos me tendrán que comer la polla.

—Me alegro por ti —dijo con la boca pequeña.

—No hay quien te entienda. Ves un cadáver con el rostro achicharrado y abierto en canal en una mesa de autopsias, y te la pela; sin embargo, te abruman las palabras de una chalada que tiene montado un circo en su caravana. ¿Qué te ha dicho? ¿Te ha maldecido o algo?

—Yo no creo en la videncia ni en todas esas mierdas esotéricas. Pero me ha dejado boquiabierta con su predicción.

Baños abrió la ventanilla y se colocó un purito de vainilla en la boca. Lo prendió con el mechero del coche.

—No te sugestiones. Esta gente se dedica a lanzar adivinanzas al aire. ¿Quién no tiene un problema familiar? ¿O deudas? ¿O algún asunto pendiente de salud? Son unos engañabobos. Así que céntrate en revisar esa cinta. Te dejaré en tu casa para que te duches o hagas lo que sea para que vuelvas al mundo terrenal. En dos horas nos vemos en el puesto. Tengo que hacer unas gestiones. Ya luego nos reuniremos, a ver qué nos cuentan Buendía y Romero sobre el testimonio de ese niño retrasado. Le pasaré la cinta a Frías para que limpie el audio.

—Para aquí el coche —le pidió Verbeke.

—Estás lejos de tu casa… ¡No te vayan a secuestrar!

—Mira cómo tiemblo —le respondió con desgana mostrándole la palma de la mano.

El sargento frenó y Verbeke salió del coche. Pero, antes de cerrar, le reveló el contenido del susurro.

—Me ha dicho que pare de buscar los huesos de mi padre. Que él dará conmigo en el momento preciso, a la hora exacta y en el momento adecuado.

—Cuando mueras te reunirás con él… No hace falta tener clarividencia para eso.

—¿Cómo sabe que estoy buscando los restos de mi padre? ¿Eh? Ha sido muy concisa, mi sargento. También me dijo…

—¡Bah! —la interrumpió haciéndole saber que pasaba de aquellas chorradas.

Verbeke cerró la puerta con todas sus ganas. Y recordó la parte en la que la cubana le habló de Baños: «Cuidado con ese hombre. Veo sangre en sus manos y cayendo por su garganta. No sé si te va a matar o si va a morir delante de ti. Pero lo pasarás mal junto a él». Sin abstraerse de sus pensamientos, caminó en línea recta, asimilando las palabras que le había dicho Luna. Y se perdió por las calles de Cueva de Almanzora con el fin de despejarse.

12

Melancolía y alcohol

Los expertos que estudian los mecanismos de la mente aseguran que estamos programados para encontrar soluciones a todos los interrogantes que se nos ponen a tiro. Ya sea con una solución falsa que nos convenza, o con una respuesta acertada y contrastada por alguna fuente externa. De no obtener solución, el enigma chocará en nuestros pensamientos como un ave contra el cristal de una ventana. La predicción vertida por Luna era abstracta y se podía interpretar de muchas formas. El hecho de que aquella bruja cubana supiera que su obsesión no era otra que la de dar sepultura a su padre, la había desconcertado hasta tal punto que la brecha que se mantenía cicatrizando en su interior se acababa de abrir de par en par, desangrando su alma con desesperanza y frustración.

En su caminar por el centro de la localidad, se cruzó con familias de turistas que fotografiaban las fachadas y las estatuas de bronce que adornaban la ciudad, también con mujeres con bolsas en sus manos y vendedores de la ONCE. Entre la multitud, inmigrantes de piel morena que iban en pequeños grupos. Algunas jóvenes con velos en el pelo y hombres que caminaban tres pasos por delante de ellas. También había ancianos a la sombra hablando de política. Los puestos callejeros y los manteros vendiendo CD 's y DVD 's a expensas de que no los pillase la Policía Local. En algunas callejuelas había mimos vestidos de cowboys, aguardando monedas. Otros vendían pulseras de cuero y tela confeccionadas artesanalmente, por no hablar de aquel hippie con el rostro pintado de dorado y un parche en el ojo a modo de pirata, que hacía enormes pompas de jabón, deleitando a los más pequeños que querían darles caza. La ciudad estaba viva, alegre; todo lo contrario a lo que ocurría en el interior de Julia. Con el fin de olvidar aquel pensamiento recurrente, se metió en el primer bar que vio para beberse una copa. Al otro lado de la barra, la atendió un hombre regordete con bigote. Tenía rasgos marroquíes, pero hablaba perfectamente el español. Sobre la encimera tenía una vitrina donde se mostraban pastelitos típicos de la zona.

—¿Qué va a tomar, señorita? Tenemos carta de tés y una amplia variedad de dulces.

—*Licor 43* con batido de chocolate.

El hombre miró el reloj de su muñeca, no eran más de las cinco y aquella mujer le estaba pidiendo una copa de alcohol que no tenía. Insistió en la repostería al comprobar que su acento no era andaluz.

—No es de aquí, ¿verdad? Entonces me veo en la obligación de ofrecerle mi maravillosa repostería. —Se desplazó hacia el mostrador —. Tengo *papaviejos*: son bocaditos fritos y dulces elaborados con masa de patatas. También tengo dulces del paraíso, que mezcla bizcocho con natillas y almendra; cómo no, las mejores medias lunas de merengue italiano.

—No me hable de lunas, por favor, y póngame de una puñetera vez esa copa.

—No tengo *Licor 43*. ¿Le gusta la ginebra?

—Ginebra con cola está bien. Y cárgalo como si fuese para ti.

El hombre se alejó a preparar el combinado. Verbeke no paraba de comerse la cabeza. Con el disgusto, no sucumbió a la repostería azucarada que la aguardaba tras el cristal. El camarero le trajo la copa y se alejó. Puso la televisión de fondo. Había un programa en Canal Sur donde unos jóvenes cantaban éxitos antiguos de música en español. Verbeke le daba al tarro dando largos sorbos.

«¿Y si esa mujer tiene razón? He visto la foto que envió el cabecilla del clan gitano, en la que mi padre aparece bocarriba en ese mugriento zulo, con sus heces en un lateral y una rata mordiéndole la muñeca. ¿Cómo me encontrará? ¿Será una metáfora? ¿Un acertijo? ¿Una casualidad? No puedo esperar a que venga a mí. ¿Y si pasan treinta años hasta que doy con sus restos?», enredó sus pensamientos con más preguntas. El camarero la sacó de sus ensoñaciones.

—¡Qué temazo! —Subió volumen a la televisión—. ¿Te acuerdas de esta canción? Nino Bravo. La oía de niño en los años 70.

Verbeke dio el último sorbo y negó con la cabeza tras mirar la tele.

—En los 70 yo todavía estaba en los huevos de mi padre —le respondió al camarero, que dio un respingo con la contestación—. Ponme otra. Pero un poco más cargada.

Verbeke recibió la nueva copa. Estaba mucho más amarga que la anterior. Ahora se centró en las palabras que destiló sobre el aura de su sargento, con el fin de no pensar en lo de su padre.

«Baños tiene las manos llenas de sangre. La muerte le está rondando para matar o que muera. Muy descorazonador. Pero no me lo creo. El sargento es un energúmeno que quiere demostrar a su exmujer su valía como investigador buscando llamar la atención. Es

un tipo con malaleche a las malas. Ya lo vi un día rompiéndole un brazo a un *porreta* que le sacó una navaja. Pero de ahí a matar… no lo veo. Aunque Luna acertó con lo de mi padre. ¿Tendrá el retorcido plan de torturar a su exmujer? Se oían voces y me pareció ver una silueta. No. No digas tonterías. Aunque nadie sabe dónde está Belén. ¿Y si la tiene en el sótano? No. En todo caso, tendría al matemático. ¡Claro! Ese cabronazo lo tiene retenido. Por eso dijo que le habían dicho que había vuelto. Ha matado a ese inmigrante él mismo, de ahí las manos llenas de sangre. Y ahora va a hacer como que acaba de detener al matemático, también desaparecido. Todo muy casual. Supongo que tiene que matarlo; si lo deja con vida, contará que lo ha tenido retenido todo este tiempo. Las palabras de Luna toman forma y sentido».

Con un último trago, dejó la copa de balón vacía. Tenía un mal pálpito en su interior. Y la ansiedad le generó hambre.

—¡Camarero! Ponme un pastelito de estos.

—¿De cuál?

Verbeke se levantó como un cervatillo recién nacido. Se tambaleó y balbuceó. Las paredes del bar se movían como si fuesen las puertas correderas de un centro comercial.

—¡Huy! ¡Qué mareo! Ponme uno de ca… cada para probarlo. Po… ponlos para llevar.

Fue al baño. Vació su vejiga y se miró al espejo. Buscó en su bolso el pintalabios, se le cayó al suelo y se negó a recogerlo. Salió creyendo que caminaba en línea recta, pero trazó una diagonal llevándose por delante una silla. Le pagó al camarero y se fue del bar. La tarde estaba agradable, a pesar de ser Almería una provincia casi desértica; estando en el mes de junio, el sol calentaba sin llegar a asfixiar. Julia caminó sin rumbo, se detuvo de nuevo con aquellos artistas callejeros que hacían mímica y se sentó en un banco a contemplar al sujeto que tenía la cabeza llena de rastas y un parche en el ojo, y que hacía pompas gigantes de jabón. Con los modales de un caníbal, Julia Verbeke comenzó a devorar los pasteles a la vez que no le quitaba ojo a una niña rubia que sonreía mirando a su padre mientras explotaba las burbujas. Su mente la teletransportó a cuando ella tenía la misma edad, e iba con su padre, su madre y su hermano a la Gran Vía. Allí cruzaban aquel pasaje que daba a la Chocolatería de San Ginés para comer churros. Luego, iban a la calle Preciados a pasear y ver tiendas. Esas mañanas eternas de sábado en Madrid, frías, pero divertidas. Cerró los ojos, quedándose en ese instante de felicidad con su padre. Podía oler su colonia *Atkinson*. Recordaba el tacto de sus dedos acariciando su espalda cuando esperaban en la cola del quiosco

y la fuerza con la que la abrazaba por las noches antes de irse a la cama. Era feliz. El grito de una niña la devolvió a la realidad. Ahora se sentía sola, desubicada y con pocos alicientes en la vida. Una vez acabó con los tres pasteles, se relamió los dedos y se acercó hasta el hippie que hacía pompas con una especie de cuerda que sumergía en un barreño. Le compró uno de los muchos *pomperos* infantiles que vendía a un euro. Se alejó hasta la Plaza del Ayuntamiento canturreando *Muñeca de trapo*, de La Oreja de Van Gogh, de una manera bastante desafinada. Se sentó en el filo de una fuente circular y comenzó a hacer pompas de jabón para que los coches que giraban por aquella rotonda las explotaran al pasar. Sumida en un pensamiento tóxico, representó en las burbujas las cosas buenas que tenía y quería, mientras que los autos eran las fauces del destino que acostumbraban a reventarle su bienestar. La última pompa que echó a volar ascendió hasta el cielo. Se quedó mirando fijamente el brillo de la esfera a la vez que a su mente venían de nuevo las palabras de la bruja cubana; volvió a elucubrar. «Nunca podré saber si Luna me ha hecho una predicción real de lo que va a pasar. ¿Llegarán sus restos a mí y esa búsqueda concluirá? ¿Y si nunca sucede? Igual tengo que volver a visitarla… Mmm… ¿O igual compruebo que lo del sargento es cierto? ¡Claro! Se me ocurre un atajo. Un método para poner a prueba la veracidad de esa vidente: iré a casa de Baños. Igual tiene a su mujer, a su querido, o a ese matemático en su sótano esperando darle matarile. Tengo que averiguarlo. ¡No puedo esperar más! La incertidumbre me reconcome por dentro». Desechó el envase del *pompero* en una papelera. Recibió el pitido de los cláxones de varios coches que casi la atropellan, hasta que llegó a la otra acera con torpeza.

Puso rumbo a casa del sargento, dispuesta a saber si tenía a alguien retenido en su sótano.

13

El sótano y el fin

Raspando una de sus caderas contra la pared, caminó hasta llegar a la casa pareada del sargento Baños. La construcción tenía un jardín delantero que la rodeaba. La valla no era muy alta y desde allí se podía ver la pequeña ventana que daba al sótano. Estaba abierta y tenía una mosquitera. El sonido que escapaba de él era una especie de murmullo fuerte. Sonaba a voz de mujer que conversaba con alguien. Las ráfagas de luz advertían que se trataba de una televisión. El coche de Baños no estaba bajo el porche, la puerta del garaje parecía que estaba mal encajada. Verbeke miró de un lado a otro y vio gente, pero no le dio importancia. Se subió al murete y amagó con pasar al otro lado. Tras cuatro intentos, consiguió asirse a una parte del vallado y cruzar las piernas hacia la cara interna. De un malogrado salto, cayó en el césped clavando rodillas y codos a plomo. El alcohol le anestesió el dolor del golpe. Rodó y se puso en pie. Sus pantalones se tiñeron de verdín y su melena se alborotó. Llamó al timbre. Esperó un minuto y se asomó a la ventana del sótano. En una silla había alguien. No se movía. Verbeke supo que estaba en lo cierto. Allí había alguien retenido.

—No te preocupes. Te voy a sacar de aquí —dijo convencida.

Caminó hasta la puerta del garaje y la levantó usando todas sus fuerzas. No se abrió del todo, pero sí lo suficiente para que pudiera acceder. La casa estaba muy bien ordenada. Tenía trofeos de pesca y fotos por todas partes. En ellas pudo verlo junto a su exmujer. Eran recientes, de hacía unos meses, sin embargo, le pareció que Baños estaba ahora muy envejecido, como si el desamor le hubiese restado años de vida. Buscó la escalera que la llevaría al sótano. La tele se oía claramente. Verbeke bajó desesperada. Metió la mano en su bolso con la intención de encontrar el teléfono y sacar una foto como prueba de sus sospechas. El sujeto que estaba en el sillón reclinable no se inmutaba. Su cabeza parecía más pequeña de lo normal. Tenía una boina. Sus manos estaban cruzadas sobre las piernas. Verbeke dibujó una sonrisa de victoria y se colocó tras la figura. Le llamó a la calma y puso una mano en sus hombros. El tacto era frío y muy duro. Cuando avanzó un poco más, vio aquel rostro esculpido e inerte.

—¡¿Un puto maniquí?!

Julia apagó la tele enrabietada y comenzó a zarandear al muñeco como si fuese culpable de que se hubiera equivocado. Entonces, oyó una sirena. Alguien había llamado a la guardia civil. Su bolso cayó al suelo y las cosas que tenía dentro rodaron por el parqué del sótano. Recogió las que pudo. Una voz sonó arriba. Ya estaban dentro. Lo primero que Julia vio fue el cañón de una pistola. Luego, piernas y brazos delgados, pero atléticos. A continuación, la cara de sorpresa del cabo Romero al verla allí.

—Pero ¿qué demonios? ¿Julia? ¿Qué haces allanando la vivienda del sargento? ¿Se te va la pinza?

—Tenía que comprobarlo… Me temo que nunca encontraré los restos de mi padre.

—¿Has bebido?

—Una copita.

—Tienes un *cebollazo* en lo alto… ¡Anda, anda! ¡*Venacapacá*! Te voy a sacar de esta. Le diré al sargento que ha sido un delincuente que está dando por saco en el barrio. Le ha robado ya dos veces.

—¿Y ese maniquí? ¿Quién tiene un maniquí en el sótano viendo la tele?

—Finge que hay gente en la vivienda para disuadirlo. Me lo contó una vez. Dice que desde ese momento no le han vuelto a robar.

—Pues la gente se compra perros… También existen alarmas.

—Lo bueno es que yo estaba cerca y puedo encubrirte. Y no le cuentes a nadie que entraste o me meterán un paquete por protegerte.

Verbeke le dio las gracias. Sentía un gran bochorno por su estúpida actuación. Romero la sacó de la vivienda haciendo de punto de apoyo, y la montó en su vehículo. Dio un par de rodeos por el centro de la ciudad; por el camino, se cruzaron con Baños. Romero aparcó y la llevó hasta los escalones de la Iglesia de Nuestra Señora de la Encarnación para que le diese el aire. Les restaba media hora antes de que se volvieran todos a encontrar en la sala de investigación.

—¿Me vas a pedir la mano? —bromeó Julia a las puertas de la iglesia.

—Mejor que yo te pida la mano a que el sargento pida tu cabeza.

—Si no se entera, no hay nada que temer.

—Ya.

—¿Qué te ha dicho el chiquillo?

—Estaba muy asustado. Decía que él era un extraterrestre. Y

que el ser que encontró le había dado una razón de ser.

—¿Con esas palabras?

—Tiene un grado bajo de minusvalía. Habla fluidamente y le gusta mucho leer. Su padre le llevó un cuento al hospital. Nos explicó que estaba buscando tesoros y se encontró a un humanoide. Que igual tienen una base submarina y que han venido a llevárselo. ¡De locos!

—¡Vaya película!

—Según el niño, se encierra en su cuarto por las noches. No sabe qué pasa en la playa después de cenar, pero dice que no es la primera vez que ve luces extrañas sobre la superficie del agua.

—A mí la sugestión de una bruja me la ha jugado. Y ese niño parece influido por los libros de ciencia ficción.

—Bueno, ya parece que vocalizas mejor. —Cambió de asunto —. Vayamos al puesto.

Verbeke se subió al *Peugeot* de Romero. Este metió un CD en la radio. La música era de un género novedoso, recién llegado de Latinoamérica. La canción se llamaba *Gasolina*, y estaba interpretada por Daddy Yankee. A Julia no le gustaba, pero ese desagrado la mantenía despierta. En el aparcamiento estaba el *Alfa Romeo* de Baños. Ya había vuelto. Romero y Verbeke bajaron del vehículo en dirección a la sala de investigación. Allí estaba Buendía solo. Con el rostro compungido. Como si quisiera avisarles de algo.

—¿Qué tal?

—Mejor que vosotros dos —respondió de manera escueta.

—¿Tan mal aspecto tenemos? —preguntó Romero mirándose de arriba abajo—. Te recuerdo que tenemos diez años menos que tú.

—Anda, pasad al despacho del sargento. Os está esperando.

Verbeke miró a su compañero. Este hizo un mohín. Salieron de la sala y se patearon el pasillo hacia la dirección indicada. Al abrir la puerta, los recibió una bofetada de humo; tras la nebulosa, un rostro de enfado que advertía que algo iba mal.

—Cerrad la puerta y tomad asiento.

—¿Pasa algo? —se hizo la loca Verbeke.

Baños dio una calada y reconcentró el aroma a vainilla en sus pulmones. Tardó en expulsarlo.

—No sé. Estoy esperando a que me lo contéis vosotros dos.

Romero intentó disimular negando con la cabeza. Verbeke elevó una ceja y se encogió de hombros.

—Pues no sé por dónde van los tiros —se excusó Julia.

El sargento puso encima de la mesa dos objetos: una libreta Moleskine y un Sony Erickson con la tapa de cierre de concha color rosa.

—Han allanado mi casa. Cuando llegó la patrulla, no encontró a nadie en su interior. Pero un vecino vio a una mujer rubia y un joven pelirrojo que vestía un polo azul. Cuando hice el registro, me encontré con estos dos objetos cuyo origen me llevan a una sola propietaria.

—¡Coño! Me faltó dejarme las bragas con el DNI escrito.

—No te pienso tolerar ni una sola gilipollez más. ¿En qué demonios pensabas? ¿Por qué entraste en mi casa?

—Alimenté mi lógica con las habladurías de Luna. Me habló mal de ti, ¡dijo qué tenías las manos manchadas y que la muerte te rondaba!

—¿Tan mala persona piensas que soy? ¿Un homicida? ¿Un psicópata?

Romero miraba a la puerta de salida fijamente, como un gato cuando ve un espíritu en el pasillo. Quería escapar del careo, pero esa no era una opción viable.

—Tenía que comprobarlo.

—¿Qué buscabais? ¿Mi dinero? ¿Cocaína incautada? ¿Dinero procedente del narcotráfico? ¿Armas ilegales?

—Frío, frío… —respondió encendiendo la mirada del sargento —. Pensé que tenías a Carlos Soesco secuestrado. Que con tal de demostrar a tu exmujer que había perdido al marido y agente del año, habías capturado al matemático a expensas de simular que había vuelto para actuar. Supuse que incluso tú mismo habías matado a ese pobre inmigrante, ya que conocías al dedillo las lesiones de los otros tres cadáveres de hace dos años. Como investigadora, tenía que comprobarlo.

—¡Me cago en la mar salada! —exclamó Romero con la boca pequeña.

—No sé si estás con la regla, borracha, fumada o si se te han unido los tres factores… pero esa conjetura a la que has llegado es un insulto hacia mi persona. Esto no es el *Cluedo*. Aquí se acusa con pistas e indicios sólidos. Igual deberías haber estudiado Magisterio o alta costura. —Se levantó y arrojó el purito de vainilla contra el suelo. Lo pisó como quién aplasta a una cucaracha. Resopló—. Por no hablar de ti, Romerito ¿Tan encoñado estás con esta diabla de rostro angelical que eres capaz de encubrirla en algo así? ¡Qué decepción! ¡Te estás convirtiendo en un zorollo integral! —Verbeke agachó la mirada. No

se encontraba con fuerzas para plantarle cara ni a un recién nacido—. Ya lo decía mi padre: dos tetas pueden más que dos carretas.

—Todo lo que tengo me lo he ganado a pulso. Las oposiciones, la carrera de criminalista… Pero lo peor ha sido codearme con hombres retrógrados como tú, que piensan que las mujeres somos seres inferiores por naturaleza.

—A partir de hoy, llámame mi sargento y de usted —le aclaró —. Y no te quito mérito. Veo que tienes *ardiles*, pero tienes que admitir que estás aquí por recomendación a dedo… No vayas ahora de sufridora —enfatizó con las manos—. Para que te hagas una idea, cuando en enero me dieron la noticia de tu llegada, me aguaste el día. Hay dos mil cuarteles de la Guardia Civil en España, y va y me toca una mujer en mi equipo. Prefiero hombres a los que les puedo echar cojones… Contigo tengo que andarme con medias tintas. Me quejé y casi consigo que no te admitiesen el destino. —Cerró los puños mostrando ira, Julia entendió muchas cosas—. Maldigo el momento en que ese comandante Ruiz hizo la llamada. ¡Otro chulo madrileño! Encima, con imposiciones: que te llevara a autopsias, a investigaciones de homicidios... A pesar de todo, para que veas que no soy un demonio, no voy a denunciarte ni voy a enviarte a que te hagan una prueba de alcoholemia y opiáceos. ¡Hueles a ginebra a una legua! Pero si os apartaré del caso a los dos como castigo. Romeo y Julieta, tomaos un par de días de descanso. —Usó el sarcasmo para nombrarlos—. Cuando Buendía y yo demos con ese asesino en serie, nos concederán la Cruz de Plata, y vosotros habréis perdido la ocasión de vuestra vida. ¡Ahora fuera de aquí, niñatos! Tenemos que seguir investigando el caso más importante de Almería en los últimos años.

Verbeke recogió sus pertenencias. Salió junto a su compañero a la calle.

Cabizbajos. Tristes. Llenos de incertidumbre. Sin lugar a dudas, habían metido la pata hasta el fondo.

—Gracias por haberme encubierto, dice mucho de ti. Aunque, al final, por mi torpeza, nos han pillado. Lamento que te hayan apartado del caso.

—No tienes que dármelas. Se llama compañerismo. Y, buscando el lado positivo, nos hemos quitado un marronazo de los gordos. Baños nos iba a tener como si fuésemos sus esclavos, y más con la irritación que tiene con el tema del allanamiento.

—Si te soy sincera, me muero de ganas de participar en este caso. Es una oportunidad de oro para llegar a donde yo quiero. Por eso pedí el traslado a esta provincia, hay muchos homicidios.

—Baños no te va a admitir, eso quítatelo de la cabeza. Quiere

la gloria para él solo.

—Ya. ¡Y eso es lo que me da coraje, tronco! Me dan ganas de putearlo de alguna manera… Llámame mala persona, pero me han parecido muy malas maneras y muy feas las palabras que ha usado contra mí. Ya se me ocurrirá algo para devolvérsela.

—¡Qué rencorosa! El sargento es un poco animal, pero los he conocido peores. ¿Por qué no vamos a celebrarlo a un bar y nos olvidamos de este embrollo?

—Me encantaría, pero tengo que meditar con la almohada. Y ya he bebido demasiado por hoy.

—Ahí tienes razón. ¡Pues mañana te recojo, Julia! No vale decirme que no. Al ocaso he quedado con mis amigos ricachones.

—¿Amigos ricachones? No estoy para oír historias de niños pijos.

—No son niños ni pijos. Son adultos, y tienen un yate que les costó una *morterá*. Es una pasada navegar por el mar y ver la costa a la inversa. Además, vamos a gastos pagados. Tú lleva un bikini y un traje cómodo. Del resto, no tienes que preocuparte.

—Gracias por todo —le respondió Verbeke dándole un beso en la boca.

14

Lágrimas

—¡Julia! ¡Abre la puerta de una vez! —le gritó Ana desesperada—. Y no es porque me hayas secuestrado la tarrina de helado de huevo *Kínder*, sino porque son las ocho de la tarde y te toca hacer la cena.

—No tengo hambre. Quiero estar sola.

—¡Te creía más fuerte! No me lo digas, ¿te ha rechazado Romero?

Verbeke abrió la puerta un palmo. Asomó sus ojos llorosos y le dio respuesta:

—La culpa es mía y del cabrón de mi jefe. —Ana metió la puntera del pie entre el marco y la hoja. Julia intentó cerrar, pero no pudo. Miró abajo y vio el pie de su compañera de piso frenando la puerta—. ¡Hija de puta! Esa me la apunto.

—Te saco diez años de picaresca, *bonica*. Venga. Hablemos.

Verbeke salió de su habitación. Llevaba una camiseta XL que le cubría a media altura los muslos y andaba descalza. Tenía el rímel corrido a modo de cascada y con bolsas bajo los ojos de haberse pasado horas llorando. Soltó la tarrina de helado en la mesa y se dio cuenta de que Ana ya había preparado dos latas de mejillones y pan para mojar en el escabeche.

—La he cagado. —Dio un sorbo a su vaso de agua—. Yo y mis impulsos.

—¿Mucho?

—Digamos que he metido la pata en el fango hasta las ingles, y luego me he hecho dos ahogadillas. —Hizo un amago por rematar lo que quedaba de la tarrina de helado. Ana la cerró y la arrojó al fregadero—. Me falló el olfato.

—¡Cuenta, cuenta!

—Te haré un resumen: he entrado en casa del sargento forzando la puerta del garaje. Lo he acusado de secuestrador y de futurible asesino. Fin.

—¡Te has pasado tres pueblos! Pero, conociéndote, supongo que algo te habrá motivado.

—La predicción de una vidente —confesó ante la mandíbula desencajada de Ana, que dejó olvidado un migajón de pan sumergido en el escabeche—. Me dijo dos cosas: que no buscara los restos de mi padre, y que el sargento Baños tenía las manos manchadas de sangre. Y, como soy muy impaciente, quise saber si esa mujer decía la verdad. Entonces, mi mente ató cabos ficticios y pensé que Baños tenía retenido en el sótano a un sospechoso para ganarse la gloria en el momento adecuado.

—De película lo tuyo.

—Por la ventana del sótano vi una persona en un sillón, que resultó ser un maniquí.

—¿Y por qué tiene un maniquí? ¿Tiene algún tipo de fetiche?

—Dice que es para disuadir a un tal *Puche*, que asalta viviendas. Así hace creer que hay gente cuando él está de servicio.

—¿*El Puche*? —Verbeke hizo un mohín—. ¡Uff! Ese tiene al pueblo intranquilo. El otro día estaba debajo de la cama de un anciano esperando a que se fuera para robarle. Imagínate el susto. ¡Pero usar un maniquí y una tele a todo trapo no es muy normal! —admitió la rareza—. Bueno, ¿tu situación laboral cuál es? ¿Te han dado de baja de sueldo y empleo?

—No. Pero me han apartado del caso.

—¿Y a quién pensabas que tenía allí en el sótano? ¿A su exmujer? ¿O al querido?

—Al asesino en serie.

—¿Qué asesino en serie? ¿De qué hablas? —Su rostro se transmutó a preocupación.

—¡Ups! —Metió el tenedor en la lata y engulló un par de mejillones—. No debería haberte contado eso.

—Tienes razón. —Bebió agua sin quitarle ojo a su compañera —. Podría fastidiar la investigación.

—Eso es… Buena idea. Fastidiarlo. ¡Mmm! ¿Lo has propiciado? —Ana no respondió. Se hizo la sueca—. ¡Qué cabrona! Tengo una buena maestra de la persuasión.

—No te metas en más líos —añadió ante su silencio.

—Tienes razón. Yo sola me he metido en este berenjenal, pero Baños se ensañó conmigo. Me llamó enchufada, que en parte es verdad. Pensó que estaba drogada y que todo esto era por tener la regla. También me dijo que igual debería haber cursado taller de costura o para ser profesora de niños, porque de investigar no tenía ni puta idea.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Tú tenías un contacto en prensa?

—Roberto. Pero ese no publica nada que no esté relacionado con la inmigración.

—Digamos que Roberto será el intermediario. Seguro que tiene algún contacto fuerte a nivel de Andalucía.

—Estuvo en Madrid algunos años. Pero, como te he dicho, su departamento es muy específico.

—Sus víctimas son inmigrantes. Adolescentes.

Ana cambió el semblante de preocupada a aterrorizada.

—¿No me digas que ha vuelto el Mutilador de Almanzora?

—Puede…

—El pueblo lo bautizó así. Mató a Ali, Fátima y Mohammed —recordó sus nombres—. Les hicieron de todo. La cara desfigurada, le cortaron los dedos…

—Pues yo le puedo dar todo lujos de detalles a Roberto, pero tiene que preservar la fuente. ¡Ya es hora de que alguien haga justicia con esos niños africanos!

—¡Loca! ¡Aprendes rápido! —la alabó dándose cuenta de que Verbeke le había tocado la fibra—. ¿Pero estás segura? ¿Has valorado la magnitud que puede tener?

—Yo, con tal de que Baños quede peor con su exmujer… cualquier cosa.

—¡Qué veinticuatro años más tóxicos! Pues ponte algo decente y lávate los dientes. Estos del periódico trabajan de noche. Lo llamaré antes.

15

La cinta de vídeo

13 de junio de 2006
8:00

Baños se había levantado con la férrea convicción de que iba a resolver el caso en un pispás. Se sentía más vivo que nunca. Capaz de hacer algo grande y memorable para Cuevas del Almanzora. Imaginó su rostro en la portada del *Diario de Almería* y a su exmujer leyéndolo allí donde estuviera. Con el subidón, no le hizo falta ir a por un café al bar *El Cuevano*. Aparcó su vehículo y acudió a su despacho, donde le aguardaba un sobre con el audio de la cinta, ya limpio de ruidos. Se trataba de un CD con un archivo tipo FLAC. Lo introdujo en la bandeja del lector y se colocó unos auriculares de cascos. Se puso un purito en los labios y lo encendió. Le dio al *play*. Entonces, oyó una voz por encima del oleaje. Parecía que daba instrucciones a otro. Una voz masculina y otra femenina. Le dio al inicio y escuchó de nuevo con más atención: *«Pon las manos más rectas. No deben estar muy rígidas todavía. Así están bien. Si no lo haces correctamente, no acudirán a la llamada. ¡Corre! Viene alguien…»*. Por un instante, pensó en Verbeke y Romero. Podían ser sus voces, pero también podían no serlas. Lanzó una bocanada de humo contra la pantalla y se quedó pensativo. De repente, oyó una voz, como si la grabación se hubiese puesto en *play* sola; era más ronca y su contenido distante. Le dio a rebobinar y volvió a oír a la pareja dando indicaciones sobre el cadáver, pero a una voz nueva también. No daba crédito. Cuando separó los auriculares para ver si estaban teniendo algún tipo de interferencia, oyó la voz de Buendía, que estaba tras él. El susto que se llevó Baños provocó que su puro cayese sobre el pantalón y que se sacudiese como quien tiene una araña venenosa trepándole por el muslo.

—¡¿Me quieres infartar?! —le reprochó.

—Yo no. Pero ella sí. —Le mostró la portada de *El País*.

En primera plana, una foto de la orilla de Quitapellejos con una pirámide para marcar vestigios cerca de una cuerda. En el titular se podía leer: *«¿Hay un asesino en serie por la Costa de Almería? El Mutilador de Almanzora vuelve a las andadas después de dos años. El caso*

que intentaron no dar mucho bombo con el fin de que siguieran viniendo los turistas, toma repercusión mediática. Testigos hablan sobre el suceso de 2004…».

Baños agarró el periódico y, con la parte incandescente del puro, quemó la hoja. Se quedó mirándolo mientras se hacía cenizas.

Sus dientes rechinaron.

Salió corriendo hacia la mesa de Julia Verbeke y revoleó todas sus cosas por el suelo. Luego, le dio varias patadas a su taquilla. Y, finalmente, fue al bar *El Cuevano*, a tomarse un coñac.

16

Nuevos amigos

El pantalán del puerto deportivo recibió a una Julia deslumbrante. Vestía traje negro con margaritas y zapatos de verano con cuña. Se había trenzado el pelo como una valkiria. Sus labios estaban pintados de un rojo muy llamativo y un poco de polvo en las mejillas. Un bolso negro y pulseras de cuero adornaban su muñeca. Trece pulsaciones de perfume y un reloj que marcaba las ocho de la tarde. A un lado, donde los veleros y las embarcaciones se mecían atadas con sogas, le esperaba Romero, con una camisa blanca con cuello maorí y un pantalón del mismo tono. Zapatillas marrones y sin complementos.

—¡Qué guapa!

—¡Qué guapo!

Romero le tendió la mano y la llevó hasta el yate más lujoso que había en el puerto. Encima de la embarcación, los esperaban tres hombres y una mujer. Uno quitaba los amarres, mientras que otro ponía una cubitera con champán sobre una mesa. La mujer llenaba unas copas de cristal. Mientras, el que faltaba caminaba hacia ellos.

—¡*Hoi*! —saludó uno con coleta rubia y camisa de flores. Tenía cuarenta y dos años y una ristra de anillos de oro en sus dedos. Fumaba un puro habanero—. Mi nombre es Remi. Él es Berat. —Señaló al que soltaba los amarres, un hombre moreno de treinta y ocho años que sonreía sin mostrar los dientes y al que le caían varios rizos por la frente—. Bienvenidos al barco.

—¡*Hoi*! ¿Eres belga? —adivinó Julia por el saludo.

—Sí. Yo soy belga, de Brujas. —Verbeke hizo un mohín cuando mencionó la ciudad—. Berat es turco, Clément es francés y Rocío de allí —señaló al horizonte—, de Ibiza.

—Somos como la Torre de Babel, pero sobre el mar. ¡Paz y amor! —añadió Rocío entregando una copa a cada uno.

—Mi abuelo es de Bélgica. Yo nací aquí. Mi apellido es Verbeke.

—¡Entonces somos compatriotas! —le dijo con efusividad Remi.

Romero tocó puño con puño a modo de saludo, y Remi lo levantó en peso. Empezó a bromear llamándolo «esposa». Este le

amenazó con ahogarlo en plan infantil. Julia observaba el yate y no salía de su asombro. Los acabados eran preciosos. Arriba vio una bandera roja con una luna menguante en color blanco, como señal de que el barco había sido fletado en Turquía. Sus zapatillas de cuña resonaban sobre la madera de teca birmana, que predominaba por toda la cubierta y en el mobiliario. Sofás forrados de cuero blanco y una enorme cristalera que daba intimidad al interior. La chica de nombre Rocío, le dio un beso casi en la boca a Romero, y a ella le dedicó unas palabras.

—¡Qué mona! Por fin alguien de mi edad. Soy Rocío.

—Yo Julia. Y muy guapa también.

La joven, de veinticinco años, tenía el pelo por la nuca, pero con los laterales cortos. Teñido de rubio. Llevaba gafas de sol polarizadas y un camisa larga y desabotonada, que dejaba ver un top azul marino y una braga de bikini del mismo tono. Era ancha de caderas y de hombros.

—¿Eres la novia de *Roux*? —preguntó Rocío.

—¿Romero?

—Sí. Le llamamos *Roux*, que en francés es pelirrojo.

—¡Lo sé! Lo chapurreo. Mi abuelo es migrante de Bélgica. —Hizo un inciso dando un sorbo—. ¡*Nah*! Somos compañeros de trabajo.

—¡Ahh! Pues les ha dicho a los chicos que eres su nueva novia.

—¡Más quisiera él! Yo no soy de nadie. Soy muy joven para amarrarme con nadie.

—¡Esa es la actitud! —Le dio un abrazo. Rocío se mostraba muy intensa en sus gestos—. Ser libre. Esa es mi filosofía de vida. Por cierto, ¡me encanta tu traje de margaritas!

—Es del año pasado. Me ha entrado de milagro. Estoy entrando en kilos que da gusto. En Almería se come muy bien.

—Hay que disfrutar también —dijo Rocío mientras se pellizcó el flanco—. Yo también tengo mis lorcitas. ¡La buena vida es lo que tiene! Por eso, durante todo el año visto cárdigan, y en verano camisas largas.

—Tomo nota.

El que no se había presentado miraba con recelo a Verbeke. Como si su presencia en el barco le fuera incómoda. Rocío se dio cuenta del cruce de miradas, así que dio unos simpáticos saltitos por la cubierta y se dirigió hasta él. Una vez allí, los presentó.

—Julia, este apuesto galán es el capitán del yate, Clément. —El hombre estiró la mano con educación. Tenía la barba espesa y el pelo

suelto por los hombros en un tono rubio platino. Por el cuello de la camisa mostraba tatuajes en tinta verde que salían del cuello hacia arriba y escapaban por las mangas, dándole un toque informal—. Anfitrión y dueño de esta joya.

—Encantada.

—Un placer —respondió usando un tono galo muy remarcado —. Perdona si te he molestado mirándote desde lejos, pero no veo bien y no sabía si tu copa estaba vacía.

—Lo está.

—Yo te la lleno —se ofreció Rocío.

—¿Te da mareo navegar?

—No lo sé. Nunca he embarcado.

—¡Qué honor! Tu primera vez… Pues haré que esta experiencia sea inolvidable. Aunque seamos unos puretas —se rio haciendo referencia a la edad—, nos gusta pasarlo bien. Vida solo hay una y hay que experimentarlo todo.

—Tienen el síndrome de Peter Pan… —intervino Rocío entregándole la copa llena de champán—. Supongo que tener tanto dinero ayuda a no envejecer.

—No me gusta que hables de mí por el dinero —se quejó Clément alejándose de las dos mujeres—. Soy mucho más.

—¡Ah! Ni caso. Es un poco raro. Ven, te enseñaré el interior y los camarotes —se ofreció Rocío.

Verbeke miró a Romero, que hablaba entre carcajadas con Remi. Había mucha complicidad entre ellos. Berat recogió la plataforma que descansaba en el muelle y le dio el visto bueno a Clément, que se dirigió al timón. Lo primero que Julia vio fue el salón, con sofás cómodos y una barra a modo de pub en medio. Tenía un mini jacuzzi y cocina. La decoración era budista, con un bello elefante de plata. Tenía un enorme lienzo pintado a mano, que representaba tres de las cuatro fases de la luna. Aquel cuadro tenía algo mágico. Cierto magnetismo. Verbeke recordó el nombre de la hechicera cubana y el del perro del búlgaro, y se dio cuenta de lo sugestionada que estaba con las lunas. El yate tenía dos habitaciones: en una había una cama redonda, que parecía diseñada para hacer orgías en vez de para dormir, y otra cuadrada que ocupaba todo el espacio y que podía acoger como mínimo a cuatro tripulantes. Las cortinillas eran de terciopelo rojo. Sobre los estantes, novelas con el título del lomo en francés, y que no tenían sello de editorial, pues eran de autores autopublicados en Amazon.

—Julia, sal a la cubierta —le sugirió Clément usando un tono

diligente. Verbeke lo miró con recelo, no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer, pero reculó al entender que era una invitada en el yate de lujo de un magnate francés—. Rocío, quédate.

Obedeciendo, salió en busca de Romero. Estaba en la barandilla de proa con los brazos en cruz y Remi detrás, haciendo homenaje a la típica escena de *Titanic*.

—Esperemos que no se hunda, Kate Winslet —bromeó Julia dirigiéndose a su compañero.

—El mediterráneo es un plato —dijo Remi—. No hay apenas olas.

Clément llegó hasta donde estaba el resto de amigos y le hizo una aclaración a la invitada.

—Julia, ¿qué haces aquí en popa? ¡Vamos! ¡A las tumbonas de proa! —insistió como si estuviese enfadado—. Te pedí que salieras para que no te pierdas la caída del sol sobre el mar. Las aguas tragándose la bola de fuego que nos da vida. Los tonos naranjas y violetas que redibujan el tono del Mediterráneo. Una vez lo veas, no lo olvidarás.

Romero cogió de la mano a su compañera y le ayudó a saltar la barandilla. El resto de la tripulación los dejó a solas. Una vez sobre el extremo delantero del yate, se recostaron en las tumbonas, y brindaron contemplando aquel horizonte que se apagaba usando tonos pasteles sobre la inmensidad del azul.

—Mis amigos son más raros que un perro verde, pero son divertidos y, sobre todo, millonarios.

—¿Dónde conociste a estos *ancianolescentes*? —preguntó con sorna.

—No son tan mayores. Bueno, cincuenta años tiene Clément. ¡Pero son muy juveniles! ¡Mira cómo visten! Llevan tatuajes chulísimos y escuchan música moderna —los admiró—. Pues los conocí cuando acudí a salvarles la vida. Estaban en mitad de un robo con violencia. Un narco italiano que quería robarle el yate para dar un porte de cocaína. Si miras en el techo justo antes de entrar al salón, en la parte alta, verás un agujero provocado por una bala. Hubo una persecución por el pantalán y, agradecidos, me invitaron un día a navegar. Me pusieron de comida hasta las manillas. Hice buenas migas con Remi. Y de esa quedada nació una amistad.

Verbeke miró atrás y, al no verlos cerca, vertió sus sospechas.

—¿Y nunca te has preguntado de dónde han sacado tanta pasta? ¿Igual lo del narco era un ajuste de cuentas?

En esa pausa antes de responder, el sol fue tragado por el mar y

la oscuridad los rodeó. El capitán detuvo la embarcación muy cerca de la Playa de Quitapellejos. A los lejos se veían luces, arriba estrellas, y en el horizonte negrura. El silencio parecía sepulcral. No se oían el oleaje ni el motor.

—¡Malpensada! —bajó el tono—. No los juzgues por las apariencias, quédate con sus gestos. En sus países, un banquero puede llevar tatuajes en los brazos o en la cara, incluso melena a la altura del culo. No como aquí, que no puedes opositar para la Policía Nacional ni la Guardia Civil por tener gafas.

—Aquí se juzga mucho. ¿Qué tal si etiquetas mis besos? —Le comió la boca a Romero.

Detrás de ellos, sonó una voz aguda y femenina que les heló el corazón.

Y se separaron como si hubiesen recibido una descarga eléctrica en los labios.

17

Desfase y omisión de socorro

—¡¡Parejitaaa!! Hora de cenar. Ya luego tendréis tiempo de follar —les gritó Rocío llena de entusiasmo y con esa voz estridente.

Cuando los dos volvieron a la cubierta, en la que apenas había luz, se encontraron con Clément, que traía una bandeja con seis farolillos chinos. Remi caminaba tras él con un mechero encendido. Berat habló.

—Como es costumbre en esta embarcación, vamos a echar a volar una linterna de aire cargada con nuestros deseos. No solo se cumplirá una vez se esfumen en la estratosfera, sino que también dejaremos ir las malas vibraciones.

Rocío entregó un farolillo de papel de seda a cada uno, y fue rotando el mechero. La cubierta se iluminó con los seis artilugios voladores y los dejaron marchar. Julia pensó en su padre, mientras las luces ascendían con belleza. Y añadió:

—¡Qué chulos! ¡No paran de subir y subir!

—Bueno, una vez hechos los honores, toca comer —dijo Remi.

Los seis caminaron hacia los sillones y se sentaron alrededor de la mesa ovalada de madera que sostenía cuatro platos con cigalas, patas rusas, langostinos y nécoras. También había jamón serrano de bellota y caviar. Para beber, lambrusco y cerveza. Julia metió la mano en la mariscada y cogió una pata rusa. Con ansia, comenzó a morderla con los dientes. Remi empezó a reír ante sus modales.

—Con lo guapa que eres, te vas a quedar sin dientes —añadió Clément haciéndole entrega de una cucharita alargada y unas tijeras para cortar las cáscaras sin destrozar la carne—. Para algo existe el kit para comer marisco.

—Yo es que no soy de comer estas cosas. Soy más de bocadillos de panceta y mucho cuchareo. ¡Se me da muy mal la cocina!

Clément sonrió. Le caía simpática la simpleza de Verbeke.

—Pues, para otra vez, hacemos perritos calientes y hamburguesas. ¿Qué te parece? Berat es un buen cocinero y las parrilladas son su fuerte. *¡C'est un génie!*

—¡Para qué cambiar! En serio. Esto es una exquisitez —

respondió Julia chupando la cabeza de un langostino sin glamur alguno—. ¿Lleváis mucho tiempo aquí?

Romero le dio con el pie a Verbeke, no quería que metiera la pata.

—Se nota que eres guardia civil —respondió Clément tirando del cuello de su camisa ibicenca—. Pues llevamos aquí desde el 1999.

—Todavía estaba la peseta —añadió Remi con melancolía recolocando su coleta larga—. Yo tenía menos patas de gallo.

—Vinimos los tres a un festival de música electrónica en la playa de Villaricos, *Satisfaxtion*. Tocaba The Prodigy, nuestro grupo favorito. No gustó la gente, sus playas, el clima y la tranquilidad del pueblo… y aquí nos quedamos.

—Ahora el festival se llama *Creamfields* —apostilló Remi tras hablar Clément.

Julia abrió un botellín de Cruzcampo y le dio un trago. Luego otro. El mar estaba muy tranquilo. Apenas se oía ruido de olas o viento. Al fondo, la orilla de la playa. El momento le pareció encantador.

—¿Y toda esta fortuna? Nadie se hace rico trabajando.

—Remi y yo compramos un boleto de Loto en Francia, y nos tocaron seiscientos cincuenta millones de francos. Lo que viene siendo en euros…

—Quinientos mil —resolvió Romero usando la calculadora de su móvil.

—Y a partir de ahí nos cambió la vida, ¡*Living* la vida loca! Tenemos inversiones que nos permiten mantener el nivel de vida aquí.

—¿Y Berat? —quiso saber Julia. Recibió una nueva llamada de atención de Romero.

—Compramos este yate en Turquía. De segunda mano. Berat es mecánico y congeniamos muy bien. También cocina estupendamente. Así que le pagamos gastos, y él nos ayuda en las travesías con las averías, el mantenimiento y la comida.

Julia miró a Rocío. No entendía qué hacía con estos tres puretas que le doblaban la edad y se resistió a la hora de ser imprudente. Habló ella.

—Pues yo soy de Madrid. Llegué hace seis meses tras pedir destino al lugar del que todos los guardias civiles huían. Aquí se estaban produciendo muchos homicidios y lo vi como una oportunidad de aprender… Me gustaría formar parte, algún día, del grupo que investiga asesinatos.

—¡Un brindis! —la interrumpió Remi cortando la explicación y elevando la copa de Lambrusco—. Ya va siendo hora de poner música.

Las copas chocaron y dieron un trago. Berat entró en la cocina y trajo una bolsa de basura. Barrió la mesa metiendo platos y cubiertos. Solo salvó los utensilios de comer marisco. Entró en la zona cubierta y salió de nuevo con botellas de alcohol de alta graduación y caja de puros habaneros.

—¿Qué bebes, Julia? —le preguntó Rocío despojándose de la camisa y quedándose en bikini—. Todas las botellas son Premium: *Bombasa, Macallan, Zacapa…*

—¿Tenéis *Licor 43*?

—No. Eso es una porquería barata. Aquí, solo calidad y categoría.

—No tengo ni idea de marcas… Bebo ginebra con limón o con tónica.

Rocío le hizo entrega de una copa balón. Le sirvió con maestría la ginebra. Abrió el botellín de refresco con el metal de la barandilla y luego comenzó a verter el limón, demostrando que tenía mucha maña al romper la burbuja con el removedor.

—¡Wow!

—Ya que no has preguntado por cómo llegué a este yate, te lo contaré. —Soltó la botella de *Mombasa* y lanzó el botellín al mar —. Nos conocimos en una cala de Ibiza.

—¿En un club de playa?

—No precisamente. —Al movérsele la camisa, pudo ver un chupetón en el cuello de la ibicenca—. Yo esa tarde libraba del pub en el que trabajaba. Mi novio me había puesto los cuernos con una alemana que estaba buenísima, la verdad, y decidí irme a la playa a desconectar con mi tabla de pádel surf. Me adentré en las aguas pensando en mis cosas, cuando vi ese inmenso yate a pocos metros de mí y de la orilla. Me acerqué remando. Apenas veía a los tripulantes con las luces que destellaban. Pensé que se trataba de una despedida de soltero. Pero pasé de largo. Uno de ellos me llamó y me dijo que qué hacía una sirenita sola por estos mares. Yo le dije que cerrando un episodio amoroso. Me ofrecieron subir. Estaban reclutando a gente para una fiesta que iban a dar en la cubierta. Todo pagado. Y me dije que por qué no. No todo iba a ser llorar. Luego, montaron el fiestón más espectacular de todos los tiempos en aquella cala de Ibiza. ¡Épico! De eso ya hace dos años. Ahora paso los veranos con ellos. A coste cero.

—¿Y todo incluido? —le dijo Verbeke apartando el cuello de la

camisa para descubrir el bocado y el chupetón—. Nadie da nada gratis.

—Les doy lo que yo quiero. Digamos que vivo un concepto de libertinaje en esta nueva etapa de mi vida.

—Si es decisión tuya… ¡Olé por ti!

—Los tres están buenos. ¡Verás cuando se quiten las camisas! Por las mañanas hacen ejercicio.

En ese momento, Clément arrastró una mesa con ruedas y, sobre esta, una mezcladora. Se retiró el puro de la boca y, a grito limpio, avisó a los navegantes.

—¡¡Que comience la fiesta!! *Tout le monde danse!!*

Las luces del barco se encendieron como si estuviesen inmensos en el estallido de una bomba nuclear. Tres docenas de bombillas led los cegaron como a gatos en mitad de una autopista. Los altavoces escupían música a todo volumen. Al unísono, se despojaron de sus camisas anchas. Remi, Clément y Berat estaban esculpidos y con los torsos tatuados con diseños maorí. Los anabolizantes estaban más que presentes en su musculatura. Verbeke se quitó el traje, siguiendo la corriente del resto. Romero dejó a relucir un bañador *turbo packet blanco*, siendo el bulto de entre sus piernas lo único que destacaba en su fina figura. El estilo musical que sonaba era electro punk mezclado con *breakbeat*. El grupo, The Prodigy; la canción, *Smack my bitch up*. Todos comenzaron a dar saltos por la cubierta moviendo la cabeza, en una danza coordinada y enérgica que rozaba lo salvaje. Verbeke los imitaba entre risas y con suma torpeza. Las vibraciones que provocaban los *subwoofers* debían de llegar a los oídos de los pescadores de la orilla y a los lenguados de las profundidades del mar. Romero se acercó a su compañera y comenzó a contonearse con euforia.

—¡No sé bailar esto, *Roux*!

—Pues solo hay que saltar al ritmo y mover la *cabecica* esa tan bonica que tienes.

—Entonces, tú estás bailando otra cosa —le rectificó con una sonrisa—. Te rozas más que la dinamo de una bici.

—¡Ja, ja, ja! Se me van a encender los ojos como si fuesen faros —bromeó dando saltos de atrás adelante—. ¡Esta es la vida que yo quiero vivir! Sin preocuparme más que de divertirme. Debería ser eterno este instante —le aseguró elevando la voz sobre la música.

Julia le robó un beso.

—Ahora está mejor la instantánea, con un poquito de amor. ¡No solo dando saltos como un grillo en un cubo! Voy al baño.

Caminó tambaleándose por la cubierta. Estaba más aturdida de lo que debería. Pensó en un mareo provocado por la navegación, pero no era así, pues habían echado el ancla y no había oleaje. A lo lejos, sobre la oscura superficie del mar, Julia vio algo que brillaba a lo lejos. Luego, que se agitaba. Pasó pensando que era fruto de su imaginación. «Corre, que te meas», se dijo desfilando en busca del baño. Cuando lo encontró, la puerta estaba semiabierta. Miró y vio a Rocío de rodillas con la cabeza sobre el váter. La primera impresión fue la de creer que estaba vomitando, pero el movimiento en horizontal de izquierda a derecha, no dejó lugar a dudas de que se estaba metiendo una raya de cocaína. Verbeke sintió un repelús que le trepó por la espalda y le erizó los poros de la nuca, provocándole escalofríos. Había visto tantas veces a su hermano meterse mierda que tuvo el impulso de regañarla, pero se contuvo. Rocío era mayor de edad y libre de decidir el daño que se quería infligir ella solita. Así que esperó cruzando las piernas. La impaciencia le pudo. Salió corriendo y se fue a la popa, donde el nivel de la cubierta descendía hasta el nivel del agua. Se sumergió de cintura para abajo y orinó a solas. Allí, el volumen de la música se amortiguaba un poco, y fue entonces cuando oyó unos gritos que parecían pedir auxilio. Cuando se subió de nuevo y oteó el horizonte, averiguó que se trataba de una patera con al menos ocho inmigrantes. Corrió empapada por la cubierta y llegó a donde Romero bailaba muy unido a Rocío. Clément y Remi daban brincos con bastante euforia. Berat parecía el único que estaba fresco. Julia acudió a él.

—¡Creo que ahí hay una patera! Necesitan ayuda. A saber cuánto tiempo llevan navegando sin agua potable. Igual hay niños y niñas. O mujeres embarazadas.

El turco se asomó. Pensó que era la Guardia Marítima. Pero no, Julia tenía razón.

—Tenemos que irnos.

—¿Qué dices?

—*La fête est finie!!* —gritó sin ser oído. Entonces, se fue hasta el reproductor de CD's y la música se apagó de golpe. Solo se oían los talones repicando en la madera de la cubierta—. *La fête est finie!!* Hay moros en la costa. Tenemos que irnos.

Levaron anclas y pusieron rumbo al pantalán. Se desentendieron de los que estaban a punto de naufragar. Verbeke, llena de indignación por la omisión de socorro, le cantó las cuarenta a Clément.

—¿Por qué los vais a dejar a la deriva? El otro día murieron muchos de ellos a escasos metros de la orilla.

El capitán del barco negó con la cabeza. El yate navegaba a toda máquina, alejándose de la patera. Balbuceando por su lamentable estado de embriaguez, le dio una explicación.

—Rescatar a inmigrantes sin papeles tiene multa, es como contribuir con las mafias —le explicó Clément—. Ya nos sacaron una buena suma de euros la otra vez. No son nuestro problema. La Guardia Civil se encarga de asistirlos en el mar. Cuanto más lejos estemos, mejor.

Julia fue a proa y se sentó en las tumbonas a solas. Se notaba bastante borracha con relación a lo que había bebido. A su lado se sentó Rocío.

—Esos negritos nos han cortado el punto. Con lo bien que lo estábamos pasando. —Sorbió—. ¿No me digas que estás de bajón? No deberías…

—¿Y por qué no debería, Rocío? Te recuerdo que yo no me he metido coca, como tú.

Rocío se asombró y se sacudió el labio, pensando que tenía la zona del bigote empolvada.

—Coca no, pero unas gotitas de éxtasis líquido sí que te he echado en la copa —le confesó.

Cuando quiso darse cuenta, ya había amanecido. Estaba en la cama cuadrada junto a Romero, que dormía profundamente con las manos en cruz y con un condón usado sobre el pubis. Ambos estaban completamente desnudos. A Julia le dolía la cabeza y no recordaba nada. Desestimó el bikini, cogió su bolso. Abandonó el camarote en pelotas. Al pasar por el pasillo que daba al salón, vio la puerta encajada del otro camarote y husmeó con curiosidad. La ranura dejaba ver la cama redonda y tres pares de piernas entrelazadas. Cuatro musculadas con vellos, y una estilizada y depilada. Sin duda, habían disfrutado de un trío. Antes de salir a la cubierta, se encontró a Berat bocabajo en el sofá. Tenía un hilo de babas que pendía de su boca y el bañador puesto. A sus pies, una botella de whisky sin tapón y vacía. Julia encontró su vestido y se lo puso. Se colocó en el borde y sorteó la barandilla. Dio un salto y cayó en el cantil del muelle de atraque.

Pidió un taxi. Tenía una sensación muy extraña con todo lo acontecido. A escasos metros, estaba la embarcación de los inmigrantes varada en la playa. Ni rastro de Cruz Roja ni de sus pasajeros. «Espero que se hayan salvado», deseó Verbeke mientras aguardaba al coche.

18

Resaca y mala hostia

14 de junio de 2006

Julia Verbeke se bajó del taxi. Sentía una fuerte punzada en la sien y quemazón en la entrepierna. El hecho de no saber qué había sucedido la tenía totalmente desconcertada. Miró su bolso para saber si le faltaba algo. Estaba todo. Abrió el móvil y vio que tenía varias llamadas de su compañera de piso, una de su madre y otra del sargento Baños. Hurgó en su monedero y se aseguró de tener un billete de cinco euros para desayunar. Caminó hasta *El Cuevano* y, a diez metros de distancia, percibió el humo avainillado que escapaba del purito de Baños. Al entrar, lo vio sentado en un taburete alto. Tenía la misma cara que podía tener un reo condenando a muerte: una mezcla entre indignación e ira.

—Buenos días, mi sargento —lo saludó sin mirarlo.

—¡Que te den! —masculló.

—Ya lo han hecho —le respondió adentrándose en el bar y saludando a Curro—. ¡Buenas!

—¿Churros con chocolate?

Dentro, los parroquianos de siempre. Acodados en la barra, hablaban de la vuelta del Mutilador. Estos, al ver a la mujer rubia de pechos grandes y con pene de nacimiento, según les contó Curro, cerraron la boca, miraron con descaro su entrepierna y, al unísono, dieron un trago a la copa. Verbeke intuyó el porqué de aquel gesto y contestó con el fin de avergonzar al chismoso que había vertido el rumor por los clientes habituales del bar.

—Sí. Y devuélveme las bragas. —Se subió el vestido y enseñó una nalga—. Se me tuvieron que quedar debajo de la barra anoche.

Curro se ruborizó. Uno de los hombres vaporizó coñac por la boca debido a la sorpresa. Julia, tan campante, se sentó en la silla bajo la televisión. Apartó los periódicos llenos de aceite y pringue a un lado y se quedó pensativa. El regente del negocio le plantó el plato con churros y la taza de chocolate. Julia Verbeke le susurró:

—A ver si aprendes a guardar confidencias, ¡chismoso!

—¡Mira! ¡Sube volumen a la tele! —dijo uno de los clientes habituales—. ¡Están hablando del crimen de Quitapellejos!

Curro se alejó de Verbeke y agarró el mando a distancia, cuya funda era una bolsa transparente cerrada por un extremo con cinta adhesiva.

«La actualidad nos lleva a la tranquila zona de Palomares en la localidad de Cuevas del Almanzora, en la costa de Almería. Allí ha sido encontrado el cadáver de un varón con mutilaciones, que parecen conectar con un crimen que tuvo lugar hace dos años en el mismo pueblo. Al estar bajo secreto de sumario, el caso mantuvo cierto hermetismo. Pero el patrón de lesiones que siguen sus víctimas, da lugar a pensar que hay un asesino en serie suelto en Andalucía. Un equipo especializado de la Guardia Civil, en concreto la UCO, ya ha puesto rumbo a la zona…». Cuando la reportera pasó a otra noticia, bajaron volumen al aparato.

—Pues esta mañana han llegado unos ocho indocumentados a Quitapellejos. Todos ilesos, pero se han escondido por los invernaderos.

—Carnaza para el Mutilador —dijo Curro.

Baños entró a paso lento. Se sentó enfrente de Verbeke. La miró a los ojos sin parpadear, intentando intimidarla con su presencia. Julia seguía mojando churros en el chocolate y disfrutando de cada bocado. Sus pies descalzos estaban cruzados bajo el asiento.

—Confiésame la verdad, ¿has sido tú la que has informado a la prensa?

—No sé de qué me hablas.

—Ya me has jodido, Verbeke, no tiene sentido que te ocultes. Solo quiero saber si has sido tú o el imbécil de Romero.

—Igual ha sido Buendía. O el chico con Síndrome de Down. O cualquiera de Científica que no confiase en tu olfato de investigador.

Baños dio un golpe en la mesa. En mitad de la taza, se crearon unas ondas concéntricas. Julia dio un respingo.

—No me vaciles, que no te aguanto. Pienso enterarme de quién ha sido la fuente y. como seáis tú o ese legañoso pelirrojo, me la vais a pagar.

—¿Me dejas desayunar?

—¿Por qué no pides el traslado a otro puesto? Así no tendríamos que vernos y todos seríamos más felices.

—Y perderme tu cara de frustración cuando veas que los de la UCO han resuelto el caso por ti… ¡Ni por todo el oro del mundo!

—Pues te voy a joder todo lo que pueda, que lo sepas. —Se levantó de malas maneras—.
Ahora voy a ir a hacer guardia en la playa.

—Veo que te falló la teoría de los números primos… Y no has hecho más que el primo.

—Todavía me queda un día antes de que lleguen los de la UCO. Igual le echo el guante —dijo marchándose hacia la salida.

En esas, entró un hombre calvo con las sienes hundidas. Tenía la tez curtida y el pelo cano. Llevaba una caja de corcho con distintos tipos de pescado. Al ver al sargento, regresó sobre sus pasos. Baños lo frenó.

—¡Ehh! *Mojarra*. ¿A dónde vas?

—Solo venía a por una *chispitita* de agua, pero ya me iba.

—¿Te crees que eché los dientes ayer? Sé que vienes de pescar, hueles a *retestinao*. Y que vienes a vender la pesca de esta noche. Pero, al contrario de lo que muchos piensan, no soy tan cabrón como aparento y sé que es tu sustento. —El hombre dibujó una sonrisa en su cara—. Y mientras yo esté en este pueblo, nadie te va a sancionar por ello, ¿te enteras, Verbeke?

—Lo declaro fantasma almeriense —le restó importancia mientras engullía un churro.

—A cambio de que haga negocio, nos dará una pieza. Es la comisión por hacer la vista gorda.

—Gracias —agradeció y entró en el local sin mirar a los ojos al guardia civil.

—¿Qué llevas? —le preguntó Curro.

—Gallo Pedro, loritos y salmonete de roca. —Le mostró el género que estaba conservado entre cubitos de hielo—. ¡Muy hermosos!

—Salmonete. Dame los que tengas.

—No seas rata, Curro —le reprochó Baños—. *Mojarra*, ¿cuánto pides por los loritos?

—A cincuenta euros el kilo.

—Una ganga, en la lonja cuestan el doble —añadió el sargento haciendo de comercial—. Es un pescado que solo existe en el litoral de Almería. Los chefs más célebres se pelean por comprarlos.

—¿Tú te crees que mis clientes tienen paladar para algo así? Lo compro para mí. Esta gente va bien con los boquerones en vinagre.

—¡Dame el gallo! Hoy me lo comeré a la plancha.

Mojarra le metió el pez en una bolsa verde de plástico. Baños salió del bar con ella.

Uno de los tertulianos criticó al sargento.

—¡Será cabrón el tío! Cómo se aprovecha de los *esmayaos*. ¿Cuanto más tiene más quiere? ¡Qué abuso!

Mojarra se acercó con temblor a Julia.

—Tome *bonica*, su pescado.

—No, gracias. No soy un guardia civil de postguerra de esos que se aprovechaban de la ciudadanía. Quédatelo y véndelo. Y ojalá le entre un parásito al caradura de mi sargento.

—Es *rabúo* —acentuó su malaleche—. Pero me gano la vida de manera ilegal. Y no me queda de otra. Veo que tampoco es de tu agrado.

—Digamos que me sienta como un grano en el culo. ¿Por qué le regalas el pescado? Ve a otro bar. No va a denunciarte.

—Me interesa llevarme bien con ellos… Es complicado… ¿Me daría su teléfono? —le pidió en voz baja y mirando de un lado a otro.

—No te equivoques. No estoy ligando contigo.

Mojarra arrugó la frente y la nariz. No esperaba esa respuesta. Lo aclaró con discreción.

—Tengo algo que contarle. No puedo vivir más con este peso. —Se entristeció—. No le cuente a nadie que quiero contarle una cosa.

Verbeke sacó un bolígrafo de su bolso y escribió en una servilleta su número de móvil. El hombre lo cogió entre sus dedos agrietados con disimulo. Se marchó con la caja de corcho y la báscula de plástico fuera del bar, dejando a Julia pensativa.

«¿Qué me querrá contar este tipo? ¿Por qué confía en mí cuando me acaba de conocer?».

19

Una carta y una llamada

Julia Verbeke llegó a su piso. Abrió la puerta y ojeó las cartas que estaban sobre el mueble de la entrada. Entre ellas, encontró una sellada y certificada por Correos, cuyo remitente era el comandante Ruiz. Ese hombre fue el compañero de su padre en Jerez. Una vez desapareció, pidió destino a Madrid y apoyó a la viuda y a sus dos hijos. Motivó a Julia a que se sacara las oposiciones y se volcó a la hora de darle valores y de instruirla con la experiencia que había adquirido en todo ese tiempo. Descalza y sin bragas, caminó hasta el salón con la carta en las manos. La dejó junto a su bolso en la mesa del comedor. Elevó la voz y comprobó que Ana no estaba en el piso. Se quitó el traje y se duchó con agua fría. Eligió la esponja exfoliante y se frotó con ahínco para quitarse cualquier vestigio de la noche loca que vivió sobre el yate. Se secó y caminó desnuda hasta el sofá. Abrió la carta con sumo cuidado y leyó el contenido.

«Mi querida Julia,

Espero que te vaya bien por aquellas tierras andaluzas. No podrás quejarte del buen clima que hay allí. ¡Qué envidia! Espero que estés aprendiendo mucho de cada compañero que tienes a tu lado, incluso el más bobo siempre tiene una lección que darnos. Ten paciencia con todos ellos. Los cambios nunca son fáciles. No sé en qué andas metida ahora, ojalá se te presente un caso gordo. Según las noticias, parece que los homicidios siguen sucediéndose a cuenta del narcotráfico. En tu última carta me hablaste de la gente de allí. De su amabilidad, de esas expresiones ininteligibles, y también del tópico erróneo de que los andaluces son unos vagos. Allí se curra como en cualquier otro lado. Como consejo personal, guárdate del carácter entusiasta y el acento cerrado que tan bien nos cae, eso no los hace menos inteligentes ni tampoco buenos. El más serio puede ser buena persona y el más adulador, un completo demonio. Respecto a tus propósitos, sigue tu instinto. No te rindas, que nadie te diga lo que tienes que ser o hacer por ser mujer. Juegas en desventaja por la educación de los hombres de mi edad. Pero es la guerra que te toca librar por ser una mujer que está rompiendo un techo de cristal; ser guardia civil siempre ha estado ligado a la figura del hombre con autoridad. Quiero decirte que siempre hay por lo que luchar. Que la vida te dará lo que le pides, pero tienes que saber aceptar tus errores y avanzar no cayendo en los mismos. Sé cauta y

espera tu oportunidad. Sé que llegarás lejos. Eres una Verbeke y tienes la sangre y los cojones de tu padre. En cuanto a tu madre, la estoy visitando muy a menudo. Las pastillas que le han recetado la tienen relajada y con los pensamientos de dolor a raya. Se queja de que no le levantas el teléfono cuando te llama, pero sé que te atosigará y entiendo que no puedas estar con la oreja pegada todo el tiempo al aparato. Sobre tu hermano Gabriel, de momento se está comportando bien en prisión. Pero ese lugar no deja de ser un maldito infierno del cual sales reformado o endemoniado de por vida. Sin más, espero tu misiva. Y recuerda, sigue tu olfato, aunque todos piensen que vas a contracorriente.

P.D. Debajo te dejo mi número de teléfono móvil, me toca actualizarme. Por si necesitas hablar con urgencia. Un enorme abrazo».

Julia grabó el número de teléfono del comandante Ruiz. Se estiró en bolas sobre el sofá. Agarró su móvil y llamó a Romero. Quería saber qué pasó en aquel barco. La intriga la comía por dentro.

—Sí.

—¿Con resaca?

—Joder, tengo un taladro en la sien.

—¿Sabes que Rocío me drogó? No me acuerdo de nada después de los putos farolillos.

—¿Rocío? No puedo poner la mano en el fuego por ella, pero no te voy a engañar, los que se mueven en estos estamentos sociales, consumen casi todos. Pero una cosa por la otra, nos dan barra libre a cambio de aguantar sus euforias.

—No son gente sana. La vi metiéndose una raya de coca tan larga como una línea continua en una carretera secundaria. Y luego me confesó que me había vertido unas gotitas de éxtasis líquido.

—¡Que hija de…! No me lo esperaba.

—¿No habrás sido tú quien le dio la idea?

—¿Por quién me tomas? Había predisposición por tu parte. No era necesario.

—Eso es cierto. Pero que sepas que no me gustan un pelo. Esos tíos son unos desfasados y tienen a Rocío de juguetito consentido. La comparten. ¡Son unos viciosos!

—No te lo niego. Pero eso es cosa de ellos. Rocío no se queja, le va el mambo.

—Yo creo que a Rocío lo que le mola es que le pagan las drogas, y ya el resto lo asume como un cambio de favores.

—Tú que defiendes a las mujeres como si a todas las hubieses por tu coño, no sé cómo puedes juzgarla.

—Digo lo que pienso. Solo es eso. Soy muy observadora. —Fue franca, como de costumbre—. Me di cuenta de que dabas de lado a Berat, que le ponías ojitos a Rocío, y también que tenías mucha sintonía con Clément… Igual te digo que no me trago eso de que les tocó la Loto. Estos trapichean con su barquito. Ya te lo digo yo.

—No vayas a meterte en líos, Verbeke. Si no quieres, no vayas más. Pensé que iba a ser un plan divertido.

—De momento, no pienso ir a que me narcoticen sin permiso. No me apetece. Por cierto, ¿anoche lo hicimos?

—Prefiero no hablar de eso.

—No me digas que alguno de tus amigos se unió. *Ménage à trois!* ¿Te petó alguno? Hay química entre el capitán y su brunete favorito, pelirrojo.

—¡Calla! Para nada me van los tíos. Solo estuvimos tú y yo. Y lo hicimos una vez… No culminé, por si estás preocupada.

—¿Y todos esos condones que se repartían por la cama como si fuesen calcetines desparejados?

—Fruto de mi torpeza. No atinaba, y gasté siete antes de ponerme uno en condiciones. ¡Bochornoso!

—Eso me deja más tranquila. La próxima cita en tierra firme, *Roux*. Eso lo tengo claro. Y sin puretas tatuados.

—Cuenta con ello. Pero mejor en la moto de agua que me voy a comprar. Tú y yo solos.

—¿Te paga un sobresueldo el sargento? Una moto de esas vale un pastizal.

—Los del yate me pagan las copas. Y yo, mientras, ahorro como una hormiguita. Un día guardo cincuenta euros, otro cien, y así poco a poco —le aclaró y bostezó—. Bueno, pues mañana nos vemos en el puesto. Hoy me lo voy a pasar durmiendo.

—Mañana llega el séptimo de caballería.

—Los de la UCO.

—¡*Sip*!

—Pues con más razón tengo que estar presentable. Hasta mañana.

—Una última cosa. ¿Conoces a un tal *Mojarra*?

—¿El pescador?

—Sí.

—Vende lo que pesca por los bares. El sargento no quiere que

lo detengamos.

—¿Ha hecho algo malo? ¿Es sospechoso de algún delito?

—Ese hombre no mataría a una mosca.

—Pues mata a los peces.

—Bueno, quiero decir que es buena persona. Incluso se ofreció para dar su testimonio sobre la patera que naufragó en la playa el otro día. Un testigo vio a un pescador en la orilla y, en cuanto se enteró de ello, fue corriendo al puesto a dar su testimonio de cómo se hundió. En la oscuridad, vio cómo la mayoría fueron arrastrados por la corriente y engullidos por las olas.

—¡Pero si esa playa es un plato! Apenas tiene oleaje. —Le chirrió la descripción.

—¡Yo qué sé! Estaría subiendo la marea. ¡No me rayes! Me duele el coco.

—Vale. Pues mañana nos vemos. Y descansa… ¡Me debes una noche loca, sobria y con final feliz!

Le colgó. Julia sonrió al vacío del salón. No se había perdido mucho de aquella noche de pasión repleta de lagunas mentales. Con cierto relax, se repantingó a todo lo largo del sofá. Pensó en el *Mojarra* y su pronta declaración. Vio atisbos de sospecha en su ansiedad por pronunciarse sobre lo que allí pasó. *«Julia, no veas circos donde hay tiendas de campañas. Ya te salió mal la jugada con Baños y el maniquí»,* reflexionó. De pronto, se oyó un golpe de llaves al otro lado de la puerta de entrada. Dos voces. Ana volvía con su jefe para hablar de lo que estaba sucediendo con la oleada de inmigrantes que estaban llegando a la costa almeriense.

Ana dejó caer las llaves a suelo. Abrió la mandíbula. Su jefe abrió los ojos como si tuviera un camión viniendo de frente. Y es que se encontraron a Julia recostada sobre el sofá, como si fuese «La maja desnuda» de Francisco de Goya, pero con un toque más obsceno y descarado.

20

Desterrada

15 de junio de 2006

El revuelo en el puesto de la Guardia Civil se había hecho notorio. Los investigadores de élite de España estaban en Cuevas del Almanzora, dispuestos a esclarecer un caso peliagudo que empezaba a tomar relevancia mediática. A las puertas, periodistas locales y de otras agencias territoriales. Verbeke entró sorprendida por la afluencia. Le sacaron fotos pensando que igual era del equipo de la Unidad Central Operativa; ella encantada. Pero todo era una falsa ilusión. Baños estaba en el pasillo, con camisa, corbata y un perfume barato atomizado por el pecho.

—¡Buenos días, mi sargento!

—¿A dónde vas, cabo?

—A mi despacho.

—Ya no es tuyo. Has sido desterrada. Ahora es del comandante Rafael Miranda. Le convencí de que era la habitación más grande y luminosa del edificio. Y que, además, no olía a tabaco.

—No esperaba menos de ti. ¡Tanta bondad!

—Hay que aprender a ser una buena anfitriona, cabo Verbeke… Tú los llamaste, por si lo has olvidado. Ahora, apechuga con las consecuencias. Por el momento, compartirás oficina con Romero.

—Al menos, iré a por mis cosas.

Cuando entró en el que era su despacho, le vino un fuerte olor a *Varón Dandy*. En su silla había un hombre de cuarenta años. Vestía camisa de cuadros y pantalón de pinzas. Bajo la mesa asomaban dos mocasines granates que destellaban bajo el sol que penetraba por la ventana de doble hoja. El hombre, que no era otro que el comandante Rafael Miranda, tenía un corte de pelo clásico y bigote grueso al estilo *chevron*. Más que un alto mando, a Verbeke le pareció un *sheriff* de un *spaghetti western* de los que se rodaban en el desierto de Almería allá por los 60's.

Sobre la mesa, las pertenencias de Verbeke estaban apiladas de cualquier manera. En medio, las cosas del recién llegado: un bote de

cristal con caramelos de regaliz, varios dosieres, un bolígrafo de cuatro colores y una Biblia con el lomo dorado y la pasta desgastada por el uso.

—¡Eh! ¡Señorita! —Verbeke miró al hombre que la señalaba con un dedo y cuyo acento dejaba claro que no era andaluz—. Supongo que es la chica de la limpieza. ¿Podría pasar la bayeta por la mesa? No sé quién estuvo aquí antes, pero la higiene no es su fuerte: tiene restos de chocolate y pringue por toda la superficie.

Julia se mordió la lengua. Sabía quién era y no quería meterse en más líos. Pero, según el refrán, *quien nace lechón, muere cochino*.

—Sí. Ahora mismo, caballero. —Julia, que vestía unos shorts vaqueros y una blusa con cuello de barco, se aproximó a la mesa—. Sujéteme las carpetas, la Biblia, el lapicero y el bote de caramelos. —Le fue colocando cosas sobre los brazos a Miranda. Su rostro se puso rojo mientras hacía malabares. Julia recogió sus cosas y le dijo—: ¡Ups! La bayeta. Aguante unos segundos. Voy a por ella.

Verbeke se fue sin pensamientos de volver. Buscó el despacho de Romero y descargó sus cosas. Allí se encontró a su compañero con el semblante serio. Incluso hacía esfuerzos por cerrar la boca y tapar la dentadura.

—¡Qué serio estás! ¿Te molesta que esté aquí?

—Estoy rayado por tu llamada de anoche. Mi idea era que pasaras una velada inolvidable.

—Bueno, ya lo mejorarás. Tenemos tiempo —dijo restándole importancia—. Además, ahora estaremos codo con codo buscando maleantes del tres al cuarto y ordenando legajos. ¡Uff! ¡Me va a dar pereza coger de nuevo el uniforme de trabajo!

—Ahora nos toca ver los toros desde la barrera.

Verbeke se puso a colocar sus cosas en los armarios. Arrimó una silla al extremo opuesto de la mesa y colocó la libreta Moleskine. Romero le explicó el funcionamiento de la impresora, ya que ese modelo siempre atascaba el papel. Tras quince minutos, por el marco de la puerta apareció Baños.

—Vosotros dos. Los de la UCO quieren presentarse ante los que estábamos llevando el caso. Nos van a dar la patada delante del resto de compañeros. Os quiero en la sala 1 con un comportamiento impecable. Que vean que somos unos profesionales en lo nuestro. ¿Le ha quedado claro, cabo Verbeke?

—Como el agua.

El sargento se fue. Verbeke miró a Romero. Este último hizo un comentario.

—Julia, hora de conocer a la élite de la inteligencia contracriminal de España. Tenemos reunión formal.

—Me temo que uno de ellos se va a cagar en mis muertos.

Romero cambió el semblante a preocupación.

No sabía a qué se refería, pero sonaba a metedura de pata *made in* Verbeke.

21

La élite contracriminal

La sala 1 tenía una pizarra blanca para rotuladores borrables y un corcho ensartado en chinchetas repleto de fotos de sospechosos y artículos de prensa. La completaban nueve sillas con pala, para apoyar los informes y poder tomar notas. Cuando Romero y Verbeke entraron, ya no había sitio para sentarse. De pie, observaron a los cuatro investigadores que acababan de llegar de Madrid. Vestían ropa de calle, al igual que ellos. Ninguno con uniforme. No sorprendían por su aspecto, eran muy corrientes. El que tenía bigote *chevron* se aproximó hasta la puerta y la cerró. Al pasar al lado de Verbeke, le hizo entrega de una bayeta.

—Siete minutos me ha tenido allí haciendo malabares, haberme dicho que era compañera.

—Haber preguntado en vez de suponer que era la limpiadora por ser mujer.

Baños miró con cólera a Julia. Pudo descifrar en el tono de la escueta conversación asperezas de un rifirrafe anterior a la reunión. El que cerró la puerta retomó el centro de atención.

—En primer lugar, queremos presentarnos para explicaros nuestra manera de trabajar y por qué estamos aquí. —El silencio era absoluto, solo se oía el zumbido de una mosca que pululaba sin posarse en nadie—. Os presento al equipo de Homicidios, Secuestros y Extorsiones de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil. De izquierda a derecha: Luis Zamorano, Jesús Velázquez y Fermín Vega. —El primero tenía pinta de roquero: llevaba pantalón negro y una camiseta negra de algodón, además de patillas anchas; el segundo era muy delgado y traía puesto pantalón de pitillo, gafas de metal y camisa estampada; el tercero tenía el pelo prematuramente canoso y vestía pantalón vaquero con polo gris—. Y un servidor y jefe del operativo, el comandante Rafael Miranda. Estaremos en este puesto el tiempo que sea necesario con el fin de esclarecer quién es el autor o autores materiales de estos asesinatos. Para ello, contaremos con tres agentes locales para facilitar la acometida de las pesquisas y que nos lleven a las ubicaciones con mayor celeridad. En cuanto a nuestro método de trabajo, es el siguiente: no queremos ser molestados por preguntas ni tampoco venimos a hacer amigos. Toda la información

recogida y todos los avances de la operación serán secreto total y no podrá salir de aquí. Ni una sola palabra de lo que se hable, ni una jodida coma de lo que se escriba —amenazó con tono solemne—. Nada de prensa ni de chascarrillos en los pasillos. Para eso tenemos a Vega, que se encargará de ir dando la información que nos interesa con comunicados en prensa. —Tomó un papel y leyó—. Ahora, voy a nombrar a tres guardias de este puesto que quiero que se queden. —La expectación se hizo notoria. El silencio era mayúsculo ante lo que parecía un sorteo. De pronto, el mutismo se quebró por un tosco golpe producido por Julia al aplastar la mosca contra la pala de su silla. El sonido creó un respingo que sobrecogió a todos los miembros de la UCO—: Sargento Baños, cabo Romero y cabo Verbeke… el resto, vayan con Dios. Si hiciesen falta, ya serán requeridos en su momento.

El murmullo fue dejando una estela desde las sillas hasta el pasillo. Una vez salieron los no nombrados, Baños aprovechó para regañarle a Verbeke. El comandante Miranda los mandó a callar. El resto de los componentes de la UCO tomaron asiento. Delante, el jefazo que venía dispuesto a dar caza a esa mente sádica, desliaba de manera infantil un caramelo de regaliz que sacó de su bolsillo. El sargento dejó a Verbeke y se centró en el que iba a ser su jefe de operaciones.

—Mi comandante, simplemente quería darle las gracias por incluirme en el operativo. Para mí es muy importante, llevo años tras la estela de este individuo.

—Nos pareció lo más lógico que estuvierais dentro. En los atestados de hace dos años, aparece su nombre y, en los de este, el de ellos dos —señaló a Romero y Verbeke—. Por eso están aquí. Saben de qué va la historia y eso nos puede ayudar a descartar falsos indicios. —Se alojó el caramelo en el carrillo derecho—. De momento, el operativo no tiene nombre. Vamos a empezar de cero para no hacer lo mismo que ya se ha hecho. A priori, el autor material de los asesinatos parece tener unos periodos de enfriamiento al estilo goma elástica. Es decir, va estirando el tiempo hasta que la tensión le puede y comete varios crímenes en un intervalo de treinta días. Cuando no puede soportar más esa tensión y cree que se va a romper, frena sus impulsos. Regresa a su estado natural para de nuevo ir estirándose en ese tiempo hasta que vuelve a tensarse tanto que necesita cometer esos crímenes de sangre. —A Julia Verbeke, la metáfora le pareció una mierda, pero no opinó al respecto en público—. Así que el asesino, o asesinos, está ahora mismo en ese punto caliente antes de darse a la huida. ¿Y cómo vamos a abordar el operativo? Pues nunca como una carrera a contrarreloj. Esperaremos a que cometa un error o lo pillaremos antes de que actúe siguiendo los indicios y vestigios

recabados. Aquí nadie va a correr ni va a acusar a nadie sin previa orden mía, ¿entendido?

Los presentes asintieron con la cabeza.

Velázquez se levantó de la silla y se fue hacia la pizarra.

—Seré el encargado de unir toda la información para nuestra investigación —empezó a enumerar—. Lo primero que vamos a hacer es establecer un radio de acción del autor material. Ubicaciones y accesos al lugar de los hechos. Fechas de intervalos de muerte entre un cadáver y otro. Posibles sospechosos derivados de la investigación abierta hace dos años. Recopilación de los exámenes forenses de las cuatro víctimas. Y, para terminar, una relación de los primeros testigos que hallaron el cadáver: estos, en un cincuenta por ciento de los casos, son los propios asesinos.

Verbeke escribía apuntes a toda mecha, como si estuviera en la escuela. El comandante tomó el relevo.

—Una vez trazadas las líneas de investigación, haremos grupos para ganar tiempo. Zamorano, elige a un compañero para ir a visitar al testigo del asesinato de este año. —El agente con patillas anchas y pelo negro señaló a Verbeke con el dedo—. Fermín Vega irá con el cabo Romero a fotografiar todos los accesos y ubicaciones de las playas. Sargento Baños, usted vendrá conmigo para hablarme un poco del caso y de los sospechosos. Velázquez recopilará toda la información sobre las lesiones y las fechas, partiendo de los informes del Anatómico y del equipo de la Científica. Esta tarde, uniremos todos los datos, asi que espero puntualidad y que nadie se escaquee. ¡En marcha!

22

Zamorano y Verbeke

La sensación de ir con un desconocido de mayor rango en el mismo coche se hacía incómoda para Verbeke, ya que no sabía de qué hablarle. Su carácter brusco y extrovertido la metía en muchos líos a la hora de romper el hielo con la gente que acababa de conocer. Pero Zamorano, con su look de roquero y ese tono de voz suave, le daba buen rollo. Había algo en él que le restaba seriedad y lo hacía mundano. Por delante tenían diez minutos de carretera comarcal. Julia daba volantazos a la vez que sacaba chocolatinas de la guantera. Cuando se le agotaron, se dignó a hablar: «¡Que el sol salga por donde quiera!», pensó.

—No quiero ser indiscreta, simplemente es que soy muy charlatana. Tengo una pregunta para ti: ¿por qué me elegiste entre tanto hombre?

—Por eso mismo. Por no ser un tío —respondió.

—¿Hay alguna mujer en la UCO?

—Dos. Forman parte del equipo de la Científica.

—Supongo que se sentirán incomprendidas entre tanto varón. Las pioneras siempre son cuestionadas. Tienen que hacer el doble para demostrar lo mismo.

—No hace falta ser mujer para sentirse de esa manera —le confesó y cambió de tema—. ¡Hazme caso! Por cierto, ¿cómo se llama esta zona?

Julia Verbeke supo leer entre líneas. Respondió a su pregunta sin ahondar en la contestación anterior.

—Palomares. Y en ella está la playa de Quitapellejos. Tiene una zona repleta de pinos donde permiten acampar caravanas… Digamos que es un espacio natural muy tranquilo. Bueno, ya no. Con esto del Mutilador…

—¿Quitapellejos? ¡Qué nombre más curioso!

—Será por las piedrecitas que hay al entrar en el agua.

—¿Vives en la costa y no te has remojado?

—Solo llevo seis meses aquí: es mi primer verano en Almería.

Soy de Vallecas, allá en Madrid. Venía buscando un caso importante que me diese experiencia, pero me parece que no terminaré el año en este puesto.

—¿Algún narco te ha amenazado?

—Digamos que me meto en líos constantemente. En mi anterior destino, acabé tirándome de los pelos con el sargento primero. Y parece ser que lo estoy encauzando de igual manera. ¡Siempre lo mismo! Acabo agotada.

—En la Guardia Civil hay mucho prepotente. Mucho gilipollas que se cree que está en la Legión. Pero tú, ni caso. Dedícate a hacer lo que te gusta y, si puedes ascender, mejor: así nadie te gobernará.

—¿Qué rango tienes?

—Ninguno. Me eligieron a dedo.

—¿Se puede entrar en la UCO sin rango?

—Hay dos vías: meritocracia y a dedo —le aclaró mirando por la ventanilla y observando los campos de arar que rodeaban la costa —. A mí me eligió el comandante Miranda. Soy obediente. No tengo familia y vivo solo. Ideal para hacer este trabajo y viajar sin previo aviso allá donde haya un crimen cojonudo. Ser de la UCO es olvidarte de formar una familia, de tener una mascota o de echar raíces en algún lugar, por no hablar de las vacaciones. Tus planes no van más allá de tener una maleta tras la puerta, siempre lista para salir pitando hacia cualquier punto de España.

—Es un sacrificio, pero estar en la cima mola.

—Debes tenerlo muy claro. Es lo más parecido a ser fraile.

El vehículo de camuflaje llegó a los aledaños de la arboleda que daba abrigo a la playa. Eucaliptos y pinos por donde entraban caminantes disfrutando de la sombra y el olor a salitre. Una hilera de hippies salía en dirección a la ciudad. Llevaban cartones que usaban como muestrarios para sus pulseras artesanales. Al llegar hasta el coche de Verbeke y Zamorano, les preguntaron si iban para el pueblo. Tras la negativa, se fueron a hacer autostop más al borde de la carretera. Antes de bajar, Julia cuestionó los métodos del investigador.

—¿Por qué vamos a entrevistar a Pepín Coto en su casa y no en comisaría?

—Porque el desorden de una casa habla más que las palabras. Digamos que todos mostramos una máscara ante las personas que no conocemos por miedo a que nos juzguen. Posiblemente, tú y yo no nos estemos mostrando tal cual somos.

—En mi caso, te equivocas. Lo que ves es lo que hay.

—Que digas lo que piensas no significa que me hayas contado todo. Seguro que tienes un trauma del pasado, una frustración, un desamor, un complejo… Tu ansiedad comiendo chocolate mientras conduces, tu tono espinoso… Tienes unos bonitos ojos azules, pero tienen un brillo que alberga tristeza.

Verbeke se quedó sin palabras. Zamorano había leído su aura o, quizás, su rostro amargo.

—¿Tus gafas de sol son como las de *Son Goku*? De esas que ven la energía por dentro —bromeó esbozando una sonrisa—. ¿Tan derrotada me muestro? Supongo que hay cosas que florecen y no podemos tapar. Sí, tengo problemas familiares… y un padre muerto en paradero desconocido.

—¡Vaya! Eso no suena muy bien.

—Es una mierda, pero una aprende a convivir con el dolor.

—¿Ves? Nadie cuenta lo que cree que puede comprometerlo a la primera de cambio. Y menos si te llevan a un cuartel de la Guardia Civil a sacarte tu entripado —afirmó bajándose del coche y colocando los brazos cruzados sobre el techo. Esperó a que saliera Verbeke por el otro lado y, desde ahí, le hizo una confesión inesperada—. Por mi trabajo y la mentalidad de los que me rodean, tengo que aparentar ser un tipo serio y duro. Hablar de mujeres y sus atributos. Pavonearme en el gimnasio —Julia estrujó el entrecejo por encima de la nariz—. Tengo que ocultar mi verdadero yo por no incomodar a la gente que me rodea. Miedo a defraudar… Por eso escapé a un lugar grande y con más apertura mental, pues en los pueblos se sabe todo. Ahora estoy feliz en mi piso, solo, donde puedo ser quien quiero. Invitar a quien me da la gana, poner el tocadiscos y rasgar una escoba como si fuese una puta guitarra eléctrica. Ese soy yo de verdad. ¿Se te acaba de caer un mito?

—Teniendo en cuenta que te acabo de conocer y que no tenía ningún concepto de la UCO, debo de admitir que ahora me atrae mucho más formar parte de vuestro equipo que seguir aguantando al garrulo de mi sargento.

Verbeke cerró el vehículo y se encaminó hasta la caravana. El suelo estaba repleto de agujas de pino y alguna que otra piña abierta. Esperó a Zamorano. Hizo el amago de llamar, pero sus nudillos apenas rozaron la puerta.

El dueño la abrió como si estuviera esperándolos.

Su rostro parecía el de un chiflado en pleno brote psicótico.

23

Un niño de otro planeta

—¿Qué se les ofrece por aquí? —preguntó con una sonrisa a medio gas, que dejaba ver sus dientes amarillos entre la alambrada de su barba.

—Hola. Somos Zamorano y Verbeke, de la Guardia Civil. Estamos investigando los crímenes de la playa y nos gustaría hablar con su hijo Pepín. ¿Sería posible?

—Ya ha contado todo lo que sabía en el hospital —les avisó a la vez que hacía un zigzag con la fregona entre él y ellos—. Pero no hay problema. Mi hijo os ayudará. Esperen a que el suelo se seque y pasen.

Zamorano elevó las gafas de sol y las puso a modo de diadema sobre su cabeza. Verbeke apoyó su espalda sobre la caravana y golpeó una piña con la puntera de sus Nike de color negro. Quedaron a la espera de que se evaporaran los charcos dejados por una fregona vieja y poca escurrida. Dentro se oyó un murmullo. El padre conversaba con el hijo usando un tono misterioso. Julia miró a su compañero esperando alguna instrucción.

—¿Qué hacemos?

—No traemos orden judicial. Tenemos que ser amables y educados. Nos toca esperar.

—¡Pues qué aburrido!

Zamorano se puso muy serio. Luego le hizo una pregunta.

—¿Sabes qué pasa si metes un huevo en el microondas? —Julia negó con la cabeza sin entender a que venía eso—. Pues que te pillas el otro con la puerta.

Verbeke se quedó ojiplática. Luego rompió a reír.

—¡Uf! ¡Qué malo!

—Pero te has reído. Es lo que suelo hacer para que las esperas se hagan cortas.

El hombre de barbas desaliñadas y camisa arrugada apareció bajo el marco de la puerta como si hubiese querido oír el chiste. Con la palma de la mano, les indicó que podían pasar. Dentro, un fuerte olor a lejía y a lavaplatos los recibió. Sobre el fregadero, vasos y tazas

apilados como si fuesen muñecas rusas. Dos cuchillos de untar mantequilla y unas tijeras se secaban sobre una bayeta. Parecía obsesionado con la limpieza y el orden, cosa que no llevaba a buen término en lo que a su persona se refería. Zamorano cogió la tijera y la cambió de lugar. *«No me fío de este tipo»,* pensó mirando el arma blanca. A la derecha, lejos de la zona de conducción, estaba la cama de Pepín Coto. Las paredes estaban recubiertas de pósteres de películas de ciencia ficción y recortes de revistas. Tenía una pila de cuentos y novelas futuristas, además de un mueble donde reposaban conchitas y piedras con formas extrañas; una caja de cartón de medio metro cuadrado, donde se podía leer «Tesoros de la playa», y un detector de metales bastante aparatoso. Sobre la cama, perfectamente hecha y sin una sola arruga más que las creadas por su propio peso, estaba Pepín con una gorra y unas gafas de cristal grueso que le daba mirada de pez, camiseta roja y bañador verde. El padre les advirtió.

—Mi hijo os responderá a todo lo que le preguntéis. A él le encanta sentirse protagonista. Ya le dije que algún día sería importante y que todos lo necesitarían. Y mira, se ha cumplido mi pronóstico.

—¿Sois de la tele? ¿Voy a ir a un plató? —dijo Pepín mostrando entusiasmo.

Verbeke no pudo evitar mirar de reojo a su compañero; le resultó sospechosa aquella afirmación del padre y la pregunta del hijo.

—Hola, Pepín, somos Julia y Luis —le dijo Verbeke en un tono amable y le estrechó la mano—. Venimos a charlar un poco contigo en plan amistoso.

El niño tenía los ojos almendrados y rasgados hacia arriba. Cuello corto, orejas pequeñas y la lengua asomando sobre el labio inferior. No sonreía, pero mostraba un semblante simpático. No le quitaba ojo a su padre, que estaba detrás de los agentes.

—¿Quieres hablar aquí dentro o fuera? —enfatizó Zamorano—. Solo queremos que te sientas cómodo.

—¡Qué mejor sitio que este! —respondió el padre sentenciando al niño a quedarse dentro.

—Aquí tendremos más intimidad —añadió Pepín vocalizando a la perfección. Su aspecto característico solo parecía una máscara. Se expresaba con mucha soltura—. Supongo que quieren que les hable de nuevo sobre ese marciano en la playa.

—Ya has contado tu versión en el hospital. Prefiero que contestes a otro tipo de preguntas —le aclaró Zamorano—. ¿Por qué crees que ha sucedido esto?

—Me siento como Ogilvy en *La guerra de los mundos* —respondió con entusiasmo—. Los extraterrestres están en la Tierra. No saben cómo comunicarse con los humanos. Llevamos años negando su existencia, y parece que uno se ha muerto en la orilla y no se lo han llevado a la nave.

—¿Has avistado a alguno?

—Muchas veces.

—¿Viste a alguien merodeando al extraterrestre muerto la noche anterior?

—No.

—¿Y sabes dónde viven?

—Pues en el cielo, bajo el mar, entre los pinos.

—¿Has oído sus voces? ¿Te dicen que hagas cosas?

El padre carraspeó con la garganta. El niño elevó la mirada y respondió.

—Nunca he hablado con ellos, pero los he visto hablar. Hablan nuestra lengua y se parecen mucho a nosotros. Supongo que, cuando mueren, toman su aspecto real. ¡Tienen solo tres dedos en cada mano! ¡Qué curioso! Nos sobran dos. —Elevó la palma al frente.

—Celso, ¿podrías traer las tijeras? —le pidió Zamorano. El hombre tardó en reaccionar. Luego chistó con la lengua al ver que no estaban donde las dejó—. Están en el cajón, bajo la encimera.

El dueño de la caravana tendió las tijeras con la punta hacia delante. Zamorano las tomó. Notó que estaban muy afiladas. Miró a su alrededor y encontró un folio pintarrajeado. Lo giró por la parte intacta y le pidió un bolígrafo a Verbeke. Esta lo sacó de su bolso. El agente dibujó una mano usando como plantilla la suya.

—¿Qué está haciendo? —inquirió Pepín balanceándose hacia el papel.

—Esto es una mano humana de cinco dedos. ¿Podrías cortar los dedos que le faltaban a ese extraterrestre de la playa?

Celso caminó hacia donde estaban los agentes. Se secó las babas en la manga de su camisa y les recriminó su comportamiento.

—¿Estáis acusando a mi hijo de algo? No lo hagas, hijo.

—Tranquilícese —lo calmó Verbeke cortándole el paso—. Ya nos vamos.

El niño se concentró. Su uso con la tijera era minucioso. Recortó la silueta de la mano a la perfección y cercenó dos dedos. Zamorano cogió el recorte y lo guardó en el bolsillo de sus Levi ´s

negros.

—¿Qué le parece? Me encantan las manualidades. —Señaló un tocho de dibujos sobre un estante—. Dibujo todo lo que veo.

—Pues, si ves un extraterrestre por la zona, ¿me lo podrías retratar? —le pidió Julia.

El niño se entusiasmó.

Verbeke y Zamorano salieron de la caravana. Celso cerró la puerta a sus espaldas con virulencia. Caminaron por los pinares. Antes de subirse al coche, intercambiaron impresiones. Sacó el dibujo.

—No me gusta un pelo Pepín. Ha acertado cortando los dos dedos y, encima, a la misma altura en el dedo meñique, bajo la segunda falange.

—Pues a mí me impone más el padre. Tiene un TOC con el orden de las cosas, vive aislado de la sociedad y tiene una notoria falta de higiene personal. ¿Esquizofrenia?

—Mostraba un especial interés porque su hijo se sintiera protagonista.

—¿Crees que lo pudo hacer para que Pepín se sienta importante? Tener Síndrome de Down debe hacerte muy consciente de tu minusvalía.

—El niño se ve bastante lúcido. Parece más una cuestión de apariencia. Aun así, hay que ponerles vigilancia. Ambos son sospechosos de manual tanto por la ubicación, como por los detalles y su comportamiento.

24

Allá donde el deber te lleve

Baños esperaba en el vehículo al comandante Miranda. Sus tripas rugían fruto de la emoción y la expectativa. Pasó de verse apartado del caso a estar metido de lleno, aunque solo hiciese de chófer de los verdaderos protagonistas de la investigación. Se moría por encender un pitillo y dar una bocanada de ese humo con aroma a vainilla que tanto le gustaba. Sus dedos tamborileaban sobre el volante del vehículo y no hacía más que mirar la puerta del puesto para ver si su acompañante era escupido por el edificio. Miranda, con paso enérgico y una Biblia bajo su brazo, avanzó por el aparcamiento buscando el coche. Baños elevó la mano y Miranda vino como un perro adiestrado. Ocupó el asiento delantero junto al conductor y cerró la puerta. Sostuvo la Biblia sobre sus muslos y se abrochó el cinturón.

—Mi comandante, ¿hacia dónde ponemos rumbo?

—Hacia la floristería más cercana.

—¿Floristería?

—¿Tengo que repetirlo?

Baños volteó las llaves y metió primera. Se dirigió hacia una floristería que estaba a unos dos kilómetros.

—¿Le puedo preguntar por el tema de las flores y su cometido?

—Ya lo está haciendo —le rectificó mientras acariciaba la pasta aterciopelada de su Biblia—. Pues, como habrá intuido, soy un hombre de fe y muy religioso. Y, cada vez que llego a una ciudad o pueblo donde tengo que investigar, hago una ofrenda a la Virgen para que me ayude a resolver el caso. ¿Va usted a misa?

Baños sorbió los mocos y respondió con cautela.

—Fui creyente, pero mis convicciones se han ido desmoronando con cada año que he cumplido. Pero antes, incluso, era practicante.

—¿Y qué provocó que su fe se hiciera añicos? ¿La pérdida de un familiar? ¿Un hijo? ¿Una enfermedad?

—Perdí todos mis proyectos de vida de un plumazo… —Escupió por la ventanilla como si tuviera un exceso de veneno en el paladar—. La que creí que era la mujer de mi vida se fue con otro.

—¿Un divorcio? La deslealtad está a la orden del día. Pero no se lo tome a mal, Dios igual quiso apartarla de su vida para su bien o para el de ella.

—Yo no he podido ser más bueno. Supongo que me tomó por tonto. No le faltaba detalle ni capricho. La tenía como a una reina. Incluso la quité de trabajar del invernadero y le di los medios para que montase su propio negocio: una boutique de ropa. Pero decidió cambiarme por un viejo amigo del invernadero. En casa me dejó sus fotos y los putos maniquíes del negocio que le monté con mis ahorros.

—Lo montó a su nombre, porque, como funcionario, no puede hacerlo de otra manera. Igual estaba mejor en ese invernadero.

—No la quité a tiempo. Ya se había liado con Metmet —le aclaró—. La perdoné, pero no sé qué tenía ese moro *esmayao*, más allá de ser risueño y embaucador. Incluso lo invité a mi casa a cenar varias veces… No sospeché nada. Sus padres me tenían en un altar. Ese tipo la embrujó hasta tal punto, que se cambió de creencia religiosa por él. Y ya sabe lo que dicen: el roce hace el cariño. Un día, los pillé en mi propia casa besándose apasionadamente sobre nuestra cama de matrimonio. Me sentí el ser más miserable del mundo. Le di una tercera oportunidad. Y eso es duro, arrastrarse y, además, tener cuernos consentidos. Rechazó mi perdón. —Tiró del freno de mano y estacionó sobre la acera—. Ahora nadie sabe dónde demonios están. Ni sus padres lo saben. A saber si les ha pasado algo…

—Yo también amo a mi esposa. No sé qué haría si algún día la pierdo. Seguramente, pondría fin a mi existencia de una manera violenta y premeditada —confesó Miranda dejando a Baños con la boca abierta. Se bajó del coche y caminó en dirección a la floristería.

—Ojalá le dure mucho su esposa —masculló en soledad y encendió un purito—. No me lo imagino ahorcado con lo formal que parece.

Baños tomó entre sus manos la Biblia del comandante. Parecía una edición muy antigua. Las páginas eran de color hueso y olían a añejo. Entre las hojas había infinidad de *pósits* y de versículos subrayados. También halló una foto de una mujer de pelo negro y melena larga que sonreía a la cámara de un modo angelical. Por detrás de la fotografía, había una dedicatoria: *«Allá dónde el deber te llame, tenme presente como tienes a tu Dios. Un beso de amor puro, tu Candela».* En ese instante, volvió Miranda con un enorme ramo de flores. Lo colocó en el sillón de atrás y se sentó delante.

—¿Ya ha husmeado en mi Biblia?

—Me llamó la atención el aspecto del ejemplar. Parece una reliquia.

—Tiene más de cien años, pero lo importante es el mensaje que porta. La voz de Cristo narrada por sus discípulos. Ahora, lléveme a una iglesia. Quiero hacer la ofrenda antes de que se marchiten las flores con este calor.

—Le llevaré a la iglesia más emblemática de Cuevas: la Parroquia de Nuestra Señora de la Encarnación.

—Acepto la invitación. Usted es el anfitrión. —Bajó la ventanilla para dejar escapar el humo atrapado en el habitáculo. De inmediato, Baños arrojó la colilla hacia el asfalto—. Háblame de su equipo, ese joven cabo y la chica rubia.

—Romero es un buen chaval. Responsable, pero muy joven. Voluble y manipulable a ratos. Tiene ganas de trabajar, tiene los cojones bien puestos cuando hay que detener a alguien que se niega, ya me entiende. Y obedece bien las órdenes que le doy. Pero, a veces, se comporta como un completo *cipollo*…

—¿*Cipollo*?

—Gilipollas integral en castellano.

—¡Ah! No me conozco las jergas de aquí. —Hizo un inciso—. ¿Cree que está a la altura de este caso para realizar pesquisas?

—Sí. Lo malo es cuando se junta con el angelito endemoniado de ojos azules y carácter brusco, la cabo Verbeke. Me lo está torciendo con lo buen chico que es. No sabe el trastorno que fue su llegada al puesto. Los compañeros tienen que esperar a que ella se cambie antes de entrar en el vestuario, le han puesto un despacho para ella sola, incluso tiene una letrina en exclusiva —enumeró con rabia—. Lo siento, igual por culpa del divorcio, no trago a las mujeres que me intentan avasallar.

—Dejando de lado su carácter… ¿Es buena haciendo su trabajo?

—Digamos que va por libre. Le doy órdenes y se las toma a su manera. Me habla como si yo fuese su colega de la universidad. No respeta los rangos. —Miranda hizo una mueca arrugando el labio—. Está obsesionada con ascender, con sentirse a toda costa una mujer empoderada dispuesta a mangonear a los hombres.

—Pues aún le queda mucha roca que trepar, y muchos resbalones que llevarse hasta llegar a la cima.

—Ojalá no lo consiga —deseó Baños, provocando que Miranda entornase los ojos con extrañeza—, o tendremos un nuevo 23F, solo que, esta vez, el golpe de estado sería protagonizado por una mujer y retrasmitido a color. ¡Tiempo al tiempo!

Miranda sonrió. Agitó su bigote por efecto de la carcajada.

—Entonces, sargento, ¿piensa que tenemos que reemplazarla?

—Tengo a Buendía. Me acompañó en la primera investigación. Sería un buen sustituto.

—Pero interrogó a un sospechoso, ¿verdad?

—Sí. A Carlos Soesco, el profesor de matemáticas.

—Pues por eso no lo he elegido. Si ese profesor está en el ajo, Buendía será un rostro demasiado reconocible para él. Mejor el cabo Romero, que no estuvo implicado en la investigación —atajó contemplando la Parroquia—. Aquí acaba el trayecto. Gracias por hacerme de chófer. Mañana reuniremos todas las pruebas y sacaremos conclusiones en la sala de operaciones. Estaré encantado de que me cuente los pormenores de la investigación que usted llevó hace dos años. Vaya a descansar a casa. Me volveré dando un paseo por el pueblo, así estiro un poco las piernas y me hago con el entorno. Igual visito las cuevas del Neolítico que le dan identidad al municipio.

—Para lo que necesite, estaré a su disposición, solo tiene que darme un telefonazo y vengo a su encuentro.

25

La llamada más inquietante

Julia Verbeke entró en su piso. Apartó las cartas, dejó su llavero sobre el mueblecito de la entrada, colgó su bolso y sacó el móvil. Dentro olía a fritanga. Alrededor de la mesa, estaba Ana en pijama de verano. Tenía un par de tatuajes luciendo sobre su piel blanca. Había frito boquerones y *nuggets*. En un plato, puso mayonesa y kétchup. Para beber, *Coca Cola*.

—¿Y este festín? Me esperaba alguna conserva o un paquete de *Ruffles* de Jamón.

—Me he venido arriba.

—El día que traigamos un novio a casa a cenar, corta al día siguiente la relación.

—¡La misma noche! —bromeó y sonrió—. Nos pide un *Almax* y ya no lo volvemos a ver.

—¡Ja, ja, ja! Ahora en serio, ¿qué te da tanta alegría como para enchufar la freidora?

—Han ocurrido dos cosas buenas. Esta mañana llegó una patera con varios inmigrantes, todos salieron corriendo asustados, pero han sido localizados y están todos bien. No falta ninguno. —Cogió un boquerón y lo mojó en mayonesa. Lo mordisqueó dejando solo la cabeza intacta—. La otra, y la que más feliz me hace, es la de la niña que estaba en la UCI pediátrica y que ha salido de su estado de gravedad.

—¡Qué pena ser tan pequeña y no tener a ningún familiar que te vaya a visitar!

—Muy triste. Pero las enfermeras del hospital son un encanto. Ahora hay que esperar a que se recupere y que le cuente a la traductora cuántos iban en la patera que se hundió, y sabremos cuántos se ahogaron en la playa. —Bebió del vaso—. ¿Y qué tal tu día?

—Pues bien. Ha surgido efecto el llamamiento a la prensa. Ahora estamos metidos en la investigación junto a la UCO. Mucho mejor que deteniendo camellos y estafadores a las órdenes del ogro de mi sargento.

—Los de la UCO serán unos engreídos, ¿no? Me los imagino fuertes y repeinados. Siendo la élite del país, no serán unos cualesquiera.

—¡Qué va! Son de lo más normal. El butanero está más *buenorro* que cualquiera de ellos —comparó entre risas—. Hoy he compartido coche con uno que se llama Luis Zamorano y es majísimo. Tiene aspecto de roquero ochentero y cuenta unos chistes cortos que te hacen reír de lo malos que son.

—Me alegro. Pensé que eran serios y estrictos en sus formas.

—¡Es un *crack*! Voy a aprender mucho de él.

—¿Y de la velada en el yate qué me cuentas, *bonica*? Con lo de la visita de mi jefe a casa y tu desnudo de portada de *Interviú*, se me pasó preguntarte por tu noche.

—¡Pues un desfase total! Estuve navegando con unos franceses ricachones, pero pastilleros. Eran majos, pero también raros de cojones. Pasaron muchas cosas. ¡Ah! Una chica me drogó a escondidas, así que imagínate como acabamos.

—¿Orgía? —se asustó metiendo un *nugget* en el kétchup a la vez que ladeaba la cabeza esperando un sí—. ¿Te acostaste con la chica?

—¡Qué más quisieras que te contara ese cotilleo! —dijo con sorna—. Solo me acosté con Romero.

—¿Cómo es en la cama el pelirrojo?

—No es que no quiera contarte los pormenores, pero es que no me acuerdo de nada. En fin… un desastre. Perdí las bragas, los zapatos y la dignidad.

En ese momento, sonó el teléfono de Verbeke. Pensó que era su madre, que la llamaba cada día. Pero no, era un número que no tenía en la agenda.

—¿Romero? Hablando de Roma…

Verbeke negó con la cabeza. Y respondió.

—¿Diga?

De fondo, se oía un característico sonido, que no era otro que el oleaje rompiendo en las rocas de un espigón. El interlocutor respiraba con dificultad. Su tono era de preocupación.

—¿Es la guardia civil que estaba en el bar del *Cuevano*? ¿Julia?

—Sí. Usted es *Mojarra*, ¿verdad?

—¿Estás sola?

—Mmm. —Hizo un gesto a Ana para que no moviera un pelo—. Sí, estoy sola.

—¿Le has contado a alguien que yo quiero hablar contigo?

—No —le mintió pensando en Romero—. No he hablado con nadie.

—Vale. Es que me pesa la conciencia sobre la cabeza —empezó a confesar con frases cortas y pausadas—. No puedo dormir. Me he puesto en contacto contigo porque no te había visto antes por aquí. Supongo que eres nueva. Igual puedes hacer algo por mí… La noche que naufragó la patera en Quitapellejos, un testigo denunció que había alguien en la orilla. Todos supusieron que fue un pescador. Y, como yo soy conocido por dedicarme a tirar la caña por las playas, pues hubo uno de tu cuartel que me dio pasta para que dijese que era yo quien estaba ahí. A cambio un *puñao* de dinero, entre otros favores, con la idea de que no revelase su identidad. Porque era él quien estuvo allí aquella noche. Hizo algo *mu* malo…

—¿Y para qué quiere que no se le relacione como testigo? Un testigo no tiene nada que ver con el hundimiento.

—Pues parece ser que sí tuvo algo que ver con la tragedia. —Se oyó una voz ininteligible de fondo que lo llamaba. Aceleró el ritmo de la conversación—. He oído que había una niñita y varios jóvenes en la embarcación naufragada, me da penita pensar que se han ahogado. Merecen justicia.

—¿Y de quién hablamos?

La voz se oyó más fuerte. Parecía que alguien lo estaba increpando. *Mojarra* empezó a moverse por las rocas.

—¡Mentirosa! ¡Chivata! ¡Le has contado que yo iba a confesar! —le reprochó oyéndose su voz más agitada—. Desgraciada. Viene a matarme. Es…

Lo siguiente que se oyó fue el móvil dando botes sobre las rocas y luego entre el oleaje hasta que se cortó la comunicación. Verbeke se quedó de piedra. Ana la miraba atónita. Su rostro empalideció y sus labios se amorataron.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—No lo sé. Pero creo que hay alguien en peligro. —Bebió *Coca Cola*—. Pinta feo. Esto solo lo sabe Romero.

—¿El qué?

Verbeke se metió en su habitación y cerró la puerta. Llamó a Romero al móvil. No lo cogía. Hizo un nuevo intento. Al otro lado, se oyó una voz de mujer.

—¿Sí?

—Hola. Llamaba a David Romero. Creo que me he equivocado.

—No. Soy su madre. Se ha dejado el móvil olvidado en casa.

—¿Sabe dónde ha ido?

—¿Eres Marifé?

—No. Una amiga.

—Pues no tengo ni idea, hija. Igual viene a las doce que al día siguiente, ¿quién le digo que ha llamado?

Verbeke colgó.

Sus sospechas la abrumaron.

Envió una patrulla a una cala para comprobar si había ocurrido algo.

26

La estrategia del cocodrilo

16 de junio de 2006

Eran las ocho de la mañana y en la sala de operaciones ya estaban todos los integrantes de la UCO esperando a los guardias residentes. Baños y Romero entraron a la vez. Tras ellos, lo hizo Verbeke con el rostro muy serio. No dio ni los buenos días, solo se limitó a sentarse con cierta desgana.

—¡En el zoo de Madrid hay animales con mejor educación! —soltó el comandante Miranda provocando una corrección inmediata en la postura de los que estaban acomodados de cualquier manera—. Quizá os parezca temprano, pero nosotros llevamos toda la noche hilando datos y recopilando informes, a base de cafés y gominolas para aguantar despiertos. Así que alegrad esas caras. Hoy vamos a poner las cartas sobre la mesa y os quiero concentrados. La operación la vamos a dividir en cuatro apartados: radio de acción, filias/patrones, sospechosos y próximo asesinato —dibujó en la pizarra los cuatro contenedores.

Los de la UCO tomaron asiento. Verbeke intentaba aparentar normalidad, pero no podía quitarse de la cabeza la llamada que recibió la noche anterior. Miró con descaro a Romero para ver si tenía alguna herida o contusión derivada del forcejeo con *Mojarra*, y vio que tenía varias picaduras de mosquito en el rostro. Luego miró a Baños para disimular. Venía con una sonrisa de oreja a oreja y con una tirita en la mejilla. Jesús Velázquez se posicionó delante de la pizarra blanca. Era el encargado de dar toda la información recopilada. Julia abrió su libreta Moleskine y tomó un bolígrafo.

—Equipo, empecemos con las ubicaciones. —Se frotó las manos y se dirigió al corcho—. Ayer estuvieron Romero y Vega sacando fotos de las playas y los accesos donde se cometieron los asesinatos allá por 2004. —Clavó las fotografías impresas con ayuda de unas chinchetas —. Abordaremos en primer lugar las ubicaciones elegidas hace dos años por el asesino…

—Según la cinta que conseguí sobre aquella noche, se oían dos voces —corrigió Baños con aires de supremacía—. Hay asesino y

cómplice. Hombre y mujer, para ser exactos.

—Siempre hablaremos de autor o asesino en singular, aunque la muerte la hayan llevado a cabo un grupo de personas —acotó Miranda—. Y, por favor, no interrumpa. Continúe, Velázquez.

—El autor material de los hechos eligió Punta de los Hornicos para dejar su primera víctima: un varón, el 3 de junio de 2004; luego, escogió para el día 13 del mismo mes a otro varón de características similares, que apareció en la orilla de Playa Fábrica del duro a un kilómetro y medio de distancia; el tercero, el 17 de junio en Playa de Vera —señaló la foto—, cambia el patrón: es una chica. La zona escogida esta vez se encuentra algo más urbanizada, pero lo suficientemente alejada como para pasar desapercibida. La distancia entre un punto y otro es similar, por lo que podemos sacar en conclusión varias cosas: el asesino se mueve en un radio de unos cinco kilómetros, en zonas poco urbanizadas y tranquilas —concluyó mirando a Miranda—. Este año, ha elegido el punto intermedio entre las otras localizaciones. Esto hace pensar dos cosas: que se desplaza en vehículo lejos de donde reside, o bien que no tiene un vehículo a motor y transporta a sus víctimas en una carretilla de mano o a pulso, por eso no se aleja demasiado. —Verbeke miró a Baños. Él no le devolvió la mirada—. ¿Alguien quiere añadir algo?

—¿Quiere decir que el asesino puede vivir por la zona? —preguntó Romero.

—Exacto.

—Yo ya registré muchas viviendas en su día —aportó Baños la información haciendo un aspaviento—. La mayoría son de turistas que solo vienen en verano.

—¡Ese es un buen punto! —exclamó Zamorano—. Los crímenes trascurren en verano. Tranquilamente, puede tratarse de un asesino de mochila. De esos que viajan para cometer sus atrocidades. Alquila su vivienda, elige a las víctimas y ejecuta sus fantasías.

—Pasemos a las filias y patrones.

Velázquez dio un par de pasos y caminó hasta la pizarra blanca. Tomó dos folios pintarrajeados entre sus dedos, de los cuales no se entendía ni media palabra: aquello parecía el «Manuscrito *Voynich*».

—Respecto a las filias y datos concordantes, según he podido relacionar durante la noche —hizo el inciso dejando la puerta abierta al error—, he apreciado lo siguiente: las víctimas que han podido ser identificadas, que en esta ocasión han sido tres de las cuatro, pertenecen al norte de África y son indocumentados captados, muy posiblemente, en la misma playa o en un albergue. Son adolescentes, y

en 2004 eligió a dos varones y a una mujer. Este año va por el mismo camino, el primero ha sido un varón adolescente sin papeles. Tendremos que esperar a ver si la segunda víctima sigue el patrón.

—Es muy posible que los capte cuando bajan asustados de esas pateras, dándoles refugio en un piso o vivienda cercana a la playa… Una vez allí, los ejecuta —teorizó Verbeke sin levantar la mano.

—Esa es la teoría —le alabó Miranda atusando su bigote—. Sus víctimas proceden de los desembarcos ilegales. Pero no hay que descartar a algún trabajador o trabajadora de los centros de ayuda a inmigrantes como Cruz Roja o Protección Civil. Son menores no tutelados, fáciles de manipular por alguno de ellos.

A Verbeke solo le vino un nombre a la cabeza: Ana García. No por ser sospechosa, sino por trabajar justamente en el lugar de donde se tenían sospechas. No dijo nada. Baños elevó la mano como si fuese el concurso *Saber y Ganar*. El comandante le dio paso.

—En mis investigaciones, descubrí un patrón entre las fechas. Ejecuta siguiendo números primos: 2,3, 5, 7, 11, 13,17, 19, 23, 29, 31. Pasado el día 13, la siguiente fecha puede ser el 17.

—Ya contamos con ello —subrayó Velázquez usando un tono de cansancio por las constantes intervenciones del sargento—. 3, 13 y 17 en 2004. Este 2006, ha elegido otro número primo, el día 11. Por lo que, si sigue este patrón, es posible que escoja otros números primos. Pero es solo una teoría.

—Pongamos el foco en los patrones de las lesiones —exigió Miranda.

—Según los informes, son idénticas: el rostro quemado por un agente corrosivo casero como puede ser el aguafuerte, mutilaciones en dedos pulgar y meñique de cada mano, cuello y pecho pintados con pintura color verde de la usado en *bodypaint*. ¡Las muertes son por asfixia! —declaró y anotó un dato pasando el folio—. ¡Ah! El forense envió una prueba que le pedisteis. Según sus análisis, todas sus víctimas tienen una marca con forma de C en la frente…

—¡C de Carlos! El matemático del cual yo tenía sospechas.

—No interrumpa, mi sargento —le reprochó Verbeke bajándole los humos—. Nadie le va a quitar la primicia.

—Como decía… —Velázquez soltó los folios y abrió la mirada —. Uniendo elementos, tengo que pensar que la herida infringida en la frente es una marca de autoría, no una C, sino una luna menguante. —Todos enarcaron las cejas como si fuesen a recibir un tortazo en la cara—. La primera víctima, Ali, es de Túnez; la segunda, de Argelia; la cuarta, de Libia… De la tercera solo sabemos su nombre: Fátima. Pero

el testimonio de los que iban en la patera asegura que era argelina.

—Tras toda mente criminal existe un patrón de conducta. Un pasado, un trauma y una filia que provocan que el sujeto se comporte así —aclaró Miranda. Verbeke puso especial atención a esto. Lo tenía muy reciente de la Universidad—. Así que vamos a perfilar al sospechoso según sus actuaciones —Miranda tomó el rotulador entre sus dedos y completó el contenedor correspondiente con palabras—. La mayoría de los asesinos en serie han sufrido abusos, vejaciones, violaciones y maltrato en edades tempranas. En este caso, dadas las innegables características étnicas de sus víctimas, podemos pensar que su agresor o maltratador tenía los mismos rasgos y, por ende, enfoca su odio hacia los que vienen del mismo lugar que esa figura que le supuso un tormento —hizo una pausa para rascarse el bigote—, o bien, puede tratarse de un signo de rechazo hacia él mismo como puede ser el trastorno de endofobia —escribió el palabro—, o por ver un reflejo en ellos de su condición de pobreza como puede ser la aporofobia. Pongamos un ejemplo: el asesino pudo tener una adolescencia complicada al tener un padre o un familiar con rasgos africanos, que abusara de él creando un sentimiento de animadversión y sed de venganza hacia sus semejantes; también podemos pensar que su entorno era de raza blanca y él, al ser distinto por sus rasgos raciales, sufrió acoso escolar, rechazo y maltrato. Eso provoca que tenga odio a todo lo que se le asemeje.

—Eso podría explicar por qué desfigura a sus víctimas —añadió Zamorano.

—Respecto a las lesiones —continuó el comandante Miranda—, podemos ver su modo de expresión. Ese mensaje abstracto que quiere dar a conocer al mundo. Rechazo a los rasgos étnicos al desfigurar las facciones, amputaciones de dedos como trofeos o como símbolo. —Se calló y le dio trabajo a Velázquez—. Busca significado y simbología con tres dedos. —Luego, continuó por donde iba—. Cuello y pecho pintados de verde.

—Yo tengo la teoría del niño que visitamos ayer: alguien nos quiere hacer creer que son extraterrestres —sugirió Verbeke ante la mirada de desapruebo de Miranda—. Ese tono verde y los tres dedos.

—Ese niño es subnormal —espetó Baños—. Su mente no distingue la realidad de la fantasía.

Hubo un silencio como crítica al comentario del sargento. Un cruce de miradas. Luego, continuó Miranda.

—Nos vamos a centrar en lo que la experiencia nos ha brindado. Para anunciar que existen extraterrestres, la gente coge una pancarta y sale a la calle. Va a un programa de televisión y cuenta una

patraña, pero no va matando a inmigrantes cada dos veranos y en días concretos —le aclaró—. Por ello, vamos a enfocarnos en posibles sospechosos a los que vamos a vigilar de cerca. Basándonos en los antiguos informes, vamos a poner vigilancia a Carlos Soesco y a Celso y Pepín Coto, para ver si actúan de modo extraño o merodean por algún lugar donde pueda haber albergues con menores no acompañados. Por otro lado, vamos a hablar con alguna inmobiliaria de la zona, para saber si hubiera algún cliente que solo se hospede en junio en las fechas señaladas. También tendremos que determinar si esos inmigrantes asesinados ya estaban registrados en algún centro de refugiados, ya que es posible que sean embaucados allí mismo por alguien de dentro. Y, para terminar, habría que buscar alguna denuncia, nueva o antigua, sobre algún ciudadano que haya delinquido por racismo o xenofobia en los últimos cuatro años.

—Juanito, alias *El Puche*. Ya lo investigué en su día. Es muy violento y ataca a los de su misma raza. Le gusta asaltar las viviendas. A mí me ha intentado robar en dos ocasiones. Cuadra con lo de la endofobia.

—Pues luego me sacas la ficha de ese individuo.

Verbeke elevó la mano. Le dieron paso.

—Yo tengo una amiga que trabaja en un centro de refugiados aquí en Almería. Se trata de mi compañera de piso. Puedo hablar con ella, igual sospecha de alguien de dentro.

—¡Ni se te ocurra! —le advirtió Zamorano—. ¿Quién nos dice que tu compañera de piso no es la facilitadora de víctimas para el asesino? Tenemos que ser cautos. Pero sí estaría bien que le hicieses preguntas para ver cómo funcionan allí las cosas, y saber si esas víctimas de 2004 ya estaban albergadas allí.

—¡Hecho! Seré discreta.

—Eso espero —le advirtió Miranda—. El peso de la investigación recaerá en mi equipo. Baños, Romero y Verbeke, estaréis de apoyo si fuera necesario. Pero, en todo momento, incluso por la noche, con el teléfono encendido por si las moscas.

—¿Y cuál es la estrategia a seguir? —quiso saber Romero.

Julia pensó en algún pasaje de la Biblia, pero terminó como empezó: con un animal del zoo.

—La del cocodrilo: la paciencia —aclaró Miranda abriendo la palma de una de sus manos—. Estos animales pueden pasarse días con la boca abierta junto a una cascada, esperando que un pez caiga en sus fauces. Y no es pasividad, es astucia. Mientras espera, está con los ojos bien abiertos, atento y listo para morder. —Cerró los puños—. No

tenemos huellas, ni testigos, ni grabaciones de su rostro, solo un par de voces ininteligibles —suspiró.

—Nos toca esperar a que cometa un error o pillarlo *in fraganti* —explicó Zamorano.

—Vamos a hacer los equipos —dictó Miranda—: Romero y Velázquez, iréis a poner vigilancia a Celso y Pepín; Baños y Vega, acechareis a Carlos Soesco por si realiza algún movimiento extraño; Verbeke y Zamorano, estaréis tras la pista de ese delincuente habitual. Os ruego discreción y, sobre todo, que me tengáis informado de cualquier novedad. Tenéis una hora de descanso para preparar las guardias.

En ese mismo momento, le entró una llamada al sargento Baños. Su rostro empalideció durante la conversación. Fue parco en palabras. Colgó y dio la noticia.

—Discúlpenme. Era un guardia de protección ciudadana. Al parecer, ha aparecido un cadáver en el espigón de una cala cercana. Se trata de un varón que se ha despeñado por las rocas del acantilado.

—¿Tiene algo que ver con los crímenes que estamos investigando? ¿Es inmigrante? ¿Le faltan dedos? —preguntó Miranda achicando la mirada.

—No.

Verbeke pensó en *Mojarra*, pero no dijo nada a pesar de haber dado ella el aviso. El hecho de decir que estuvo hablando con él y que la conversación se interrumpió, sería motivo más que suficiente para que la apartaran del caso. Muchas preguntas y sospechas que no le interesaban lo más mínimo. Haciendo de tripas corazón, echó un vistazo a Romero para ver si estaba afligido. Su rostro mostraba indiferencia. Ella sintió repulsa por él. *«¿Me he acostado con un homicida? Parece una mosquita muerta y tiene veneno, el muy cabrón»,* se amargó.

—¿Ha trascendido su identidad? —quiso saber Miranda.

—Se trata de un mariscador muy conocido, *Mojarra* —confirmó el sargento sacando a Verbeke de sus ensoñaciones, provocando que su corazón latiese con fuerza al revelar su identidad—. ¡Una pena! Un currante que se buscaba la vida con la pesca. Pero llevaba un tiempo bebiendo y un traspiés en las rocas repletas de verdín, ya sabe, se traduce en traumatismo craneoencefálico.

27

Una mentira agridulce

Verbeke fue derechita al bar *El Cuevano*, necesitaba una dosis de churros con chocolate. Vestía un pantalón vaquero ancho de color negro y una camiseta verde con lentejuelas. Curro la saludó elevando la cabeza y sin abrir la boca. La cosa estaba tensa con él. Julia se sentó en la mesa que tenía la pila de periódicos llenos de huellas de dedos aceitosos. Curro salió de detrás de la barra y le plantó delante el plato con los churros.

—¿Es cierto lo del *Mojarra*? —le preguntó a Verbeke esperando con cierto pavor a oír lo que no quería.

—Me temo que sí.

—*Pobrecico*.

—¿Sabes si tenía algún enemigo? ¿Lo has visto discutiendo con alguno de mis compañeros?

—No se metía con nadie.

—¿Solía hablar con Romero?

—Lo normal. Aquí los que discutíamos con él éramos Baños y yo. Siempre le regateábamos el precio de los pescados —recordó con añoranza.

En ese mismo instante, entró el cabo Romero y se sentó en la misma mesa que Verbeke. Pidió un zumo de naranja natural. Julia lo miró a los ojos y le reprochó.

—¿Quién te ha dado permiso para sentarte conmigo? Quiero estar sola.

—Te noto rara desde aquella noche, ¿pasó algo que no me contaste?

—Aparte del mal polvo y de acabar drogada a traición, hay algo que me preocupa, pero no de ese día.

—¿El qué?

Curro apareció con el zumo y el chocolate. Ralentizó sus movimientos con la idea de enterarse de lo que hablaban, pero ambos callaron. El camarero se dio por vencido y volvió a la barra a poner el oído a ver si pillaba algo.

—¿Dónde estuviste anoche?

—En casa.

—¿Y todas esas ronchas?

—No tengo mosquiteras. —Sorbió del zumo como si se le fueran a ir las vitaminas—. Tendré la sangre muy dulce.

—Y el corazón amargo.

—No te andes con rodeos. ¡Háblame claro!

—Como sabes, *Mojarra* ha aparecido muerto en el espigón.

—¿Y? Se resbaló y se desnucó. Una lástima, pero no voy a vestirme de luto por él.

—Lo mataron. No fue un accidente… Y tú me estás mintiendo. No estuviste en casa. Llamé y lo cogió tu madre.

Romero se pasó la mano por encima de la oreja. Cerró la boca y ocultó los dientes.

—¡Ya estamos! Ves fantasmas a la luz de día. ¡Como te pasó en casa de Baños! Salí a correr, si así te quedas más tranquila.

—Yo estuve hablando por el móvil con *Mojarra* segundos antes de que se cayera por las rocas. Me llamó chivata, ya que me quería contar algo y me dijo que le guardara el secreto. Pero vio a alguien y se aterrorizó. Oí la voz de un hombre increpándolo. Luego, un golpe brusco.

—¿Y piensas que yo tuve algo que ver? ¡Qué fuerte!

—Eres la única persona a la que le pregunté por *Mojarra*.

—¿Insinúas que…? —se indignó al ver que Verbeke no le retiraba la mirada—. ¡Vete a la mierda! ¿Quién coño te crees que soy? ¿El Mutilador de Almanzora?

El dueño del bar miró con asombro a la pareja.

—Pienso que eres un fantasma y de los buenos. —Le arrojó un churro sobre el polo—. Confiesa. ¿Le empujaste? ¿Qué tenía que contarme ese hombre?

—Te creía mi amiga. Eres demasiado petarda para soportarte.

Romero se marchó. Verbeke acabó su desayuno. Pagó el zumo de Romero y su comanda. Salió fuera del bar en dirección a su piso. En la otra acera se encontró a Rocío, que se dirigía al puesto.

—Hola, ¿qué haces aquí?

—Venía a poner una denuncia.

—¿Qué te ha pasado?

—Me han robado la cartera y el móvil, ha sido *El Puche* ese. Me

dio un tirón del bolso. He hablado con *Roux*, dice que me ayudará a recuperarlo.

—Pues acaba de salir del bar. No sé cómo no te has cruzado con él.

—Igual ya está dentro esperándome —adivinó Rocío—. Por cierto, anoche me quedé esperándote.

—¿Dónde?

—En el yate de Clément. *Roux* dijo que no querías volver a navegar y se trajo una amiguita a la fiesta, era tope aburrida. Solo hacía vomitar y pedir que volviéramos al puerto.

—Pues haberla drogado, seguro que se animaba.

Verbeke se alejó con un sentimiento agridulce. Por un lado, Romero la había engañado; por otro, tenía coartada al haber estado toda la noche sobre un yate con los franceses. *«Entonces, ¿quién coño lo sabía?».* Tomó el teléfono y llamó a su compañero.

—Psiquiátrico Romero, ¿diga?

—Muy gracioso. Ayer no saliste a correr… Sé que estuviste con tus amigos franceses y una chica.

—Rocío te lo ha contado, ¿no?

—Cambias muy rápido de…

—Mira, Julia, no te lo tomes a mal, pero, cuando rompí con Marifé, fue por esta chica. Tú te metiste en medio y me enganchaste. Me apetecía y a ti también, pero no eres mi tipo. Me gustan más delgadas. Y con esto no digo que estés gorda, pero yo soy fino y me pega alguien que no desentone tanto en lo físico. No sé si me explico.

—Como un libro abierto… —ironizó—. No voy a pedirte explicaciones. Solo quiero que pienses. ¿Le contaste a alguien más que yo te había dicho que *Mojarra* quería revelarme un secreto que le pesaba en la conciencia?

—¡Te he dicho que no! Bueno… Sí. Se lo conté al sargento, pero para salir de dudas sobre si se había metido el *Mojarra* en algún lío reciente.

Verbeke cortó la llamada y pensó en el corte de la mejilla que tenía Baños.

«Marcas típicas de un forcejeo con violencia».

28

Una llamada al comandante Ruiz

Julia Verbeke caminó en dirección al centro del pueblo. Necesitaba aire para asimilar lo que le estaba sucediendo, le parecía algo terrorífico. Llegó hasta la calle donde ya había dos artistas callejeros: uno haciendo malabares con mazas de colores y otro con un diábolo. Se quedó con la mirada perdida, como quien ve girar las aspas de un ventilador. Le pareció hipnótico. Cuando volvió en sí, pensó en que tenía que hablar con alguien. Sacó su teléfono móvil y se apoyó en una farola. Tecleó un número y aguardó.

—¿Julia?

—Comandante Ruiz.

—Llámame Manu.

—No puedo. Me impones respeto —le aclaró.

—¡Je, je! Me gusta cómo suena tu voz al teléfono, tan alegre y con esa fuerza de los Verbeke. Supongo que quieres que te hable del estado de tu madre. Que te ponga al día de tu hermano…

—¡No! Necesito salir de dudas. Estoy en una empanada mental que me está matando.

—Soy todo oídos.

—Tengo serias sospechas sobre un compañero mío… Ha ocurrido algo grave y creo que está metido en el ajo.

—¿Grave? ¿Te refieres a un soborno? ¿Abuso de autoridad? ¿Trapicheo?

—Homicidio premeditado —aclaró bajando el tono.

—¡Qué me dices! ¿Y en qué dudas?

—No sé si denunciarlo o si hablar con él. Se trata de mi sargento.

—Acusar a un compañero es un tema complejo y, si tú eres su subordinada, más complicado se vuelve todo. Te puedes equivocar y que todos te tomen por enemiga. Mi consejo es que dejes de lado tu naturaleza impulsiva y que no vayas de frente… Esas cosas se destapan por sí solas.

—Ya… —respondió pensando que con Romero había actuado al

contrario de como le aconsejó—. Tengo que aprender a respirar antes de hablar.

—Aunque, para llegar a ser una buena investigadora, tienes que ser capaz de no dejarte influir por la amistad y, si fuera necesario, estar dispuesta a cargar contra tus propios compañeros.

—Entonces, me estás liando más. ¿Lo denuncio a un mando superior?

—Un homicidio o asesinato es algo grave, Julia. Pero, si no lo has visto con tus propios ojos, intenta, en primer lugar, que él no sepa que tú sospechas; luego, puedes seguir investigándolo para tener algo sólido que lo pueda incriminar. No encañones a la primera de cambio.

—Paciencia… La aburrida técnica del cocodrilo.

—¿Dónde has oído eso del cocodrilo?

—Están aquí los de la UCO. Estoy ayudándoles.

—¡Excelente! Vas a aprender mucho.

—Gracias a ti. Por cierto, ¿y mi madre?

—Pues está bastante tranquila con la nueva medicación. A veces le doy un paseo por El Retiro para que se airee. La pobre tiene muchos frentes abiertos.

—De nuevo, gracias. Hablamos. Y dale un beso a mi madre. A ver si la llamo.

Colgó y fue a una tienda de ropa cercana. En el escaparate vio un maniquí vestido con un cárdigan de verano, fino y de manga corta. Entró y lo compró. Las palabras de Romero sobre esos kilitos de más le tocaron la fibra. Se fue a su piso para darse una ducha. Cuando entró por la puerta, se encontró a Ana preparando un gazpacho. Al verla, le pidió a Julia que se sentara: tenía algo importante que contarle.

29

La confesión

Verbeke soltó la bolsa de la tienda en el sofá, junto al bolso. Tenía cierta intriga por lo que quería contarle. Parecía importante. Una vez acabó de batir el gazpacho, Ana lo metió en la nevera. Se lavó las manos y se sentó al lado de su compañera. Se ladeó sobre el sillón y colocó un cojín sobre sus muslos.

—¿Qué me quieres contar, Ana? Me estás preocupando.

—¿Te acuerdas la niña que te dije que estaba en la UCI y que ya subió a planta?

—Sí.

—Pues ha comenzado a hablar. Le ha contado al intérprete todo lo que ocurrió el día que naufragaron. —Hizo un silencio para rescatar los datos—. La niña se llama Latifa. Es saharaui. Vino con su hermana y un chico de su aldea. Ellas eran las únicas chicas de la embarcación. Dice que los adolescentes que estuvieron remando sin descanso empezaron a festejar con gritos que estaban muy cerca de la playa. Habían sobrevivido a la dura travesía por las aguas. Una persona que estaba en la orilla se acercó. Estaba lejos y oscuro, pero se adivinaba que su silueta era la de un hombre. Pensaron que iba ayudarles, pero el sujeto sacó un arma y empezó a disparar. La lancha se pinchó. Todos entraron en pánico. Esperaron para ver si la barca naufragaba donde hacían pie, pero no. El caos provocó empujones; algunos se ahogaron como si fuesen de plomo. Su hermana apenas sabía nadar, pero se tiró a probar suerte y, dando brazadas, llegó hasta la orilla. Todos la abandonaron y solo Latifa se quedó en la barca. Vio cómo su hermana pisó tierra firme. Creía que iba a volver a por ella, pero no fue así. Corrió hacia el pueblo. Salvó su vida por temor a que aquel hombre la matase. Cuando despertó, estaba en el hospital. ¿Cómo te quedas?

—¡Qué fuerte! ¡¿Alguien hundió la barca?!

—Eso parece, Julia. Era una lancha neumática.

—¿Y dónde está?

—En una nave de Salvamento Marítimo junto al CATE. Tienen un depósito para las embarcaciones. Un cementerio donde se amontonan cayucos y pateras.

—Pues tenemos que ir a revisar esa lancha neumática. Lo que esa niña cuenta es muy grave.

—Hay que ser muy mala persona para hacer eso…

—¿Y la hermana de Latifa no ha aparecido?

—No. Está entre los cinco desaparecidos que llegaron a tierra firme.

—Me preocupa que no haya aparecido todavía. ¿Y si la tiene retenida el asesino?

—¿Qué dices?

—¡Que hay que encontrarla!

—La Guardia Civil no busca a esta gente. Nadie denuncia su desaparición porque son indocumentados. ¿A quién buscarían? ¿A una adolescente sin rostro ni identidad?

Verbeke sospechó de su amiga. Parecía que no quería que movieran un dedo por encontrarla. Tras el silencio, cambió de tema.

—¿Tú me ves mucho más gorda?

—Con la dieta que llevamos, más delgada no estás. ¿A qué viene esa preocupación? Déjame adivinar: ¿te han llamado gorda en el bar?

—Romero dice que soy ancha para él. Que le gustan más delgadas.

—Eso suena a excusa, Julia. Estás tremenda. Rubia, ojos azules… Un poco ancha de cadera, pero con carnes donde agarrase. Pasa de ese niñato.

—Gracias por los ánimos. De todos modos, me he comprado una nueva prenda que creo que voy a incluir en mis futuros *outfits*. —Ana miró la bolsa de Julia sin desentramar el contenido—. Es un cárdigan de verano. Va abierto y cubre la zona de las cartucheras.

—Pues aquí en Almería vas a pasar calor con eso.

—Ya, pero estoy deseando estrenarlo.

—¿Hoy entonces libras?

—No. Tengo vigilancia con Zamorano. Voy a coger munición. La guardia se espera larga y tediosa.

—¿Munición?

—Para matar al hambre. —Rebuscó en un mueble de la cocina —. Me llevaré esta caja de galletas Cuétara, que lleva ahí desde que llegué en enero.

—Sí, no se vayan a caducar. Las compré creyendo que iba a

venir mi familia a pasar las navidades, pero se fueron de viaje a Nueva York y me dejaron sola.

—Para la próxima, cómprales jamón y una mariscada, verás como vienen —le aconsejó con una sonrisa—. Una cosa, las víctimas de hace dos años de la playa, las del Mutilador, ¿se hospedaban en el CATE o en algún albergue?

—No —respondió con contundencia—. Parece que los capturaron nada más pisar suelo español.

A Verbeke le valió la respuesta. Le dio un abrazo. Se puso el cárdigan y se marchó.

30

Vigilancia y charla

21:15

La noche se derramaba sobre Almería estrepitosamente. Las farolas del alumbrado público empezaron a titilar y los insectos se pegaban a las bombillas atraídos por el calor y el brillo. Poco a poco, todas las calles quedaron iluminadas. Todas, menos las del barrio que quedó sumido en la oscuridad por el robo del cableado, El Puche. Coches quemados, basura por el suelo, mucha droga y gente que entraba y salía en motos o coches de alta gama. El 70% de sus vecinos eran de origen magrebí, el 15% de etnia gitana, y el resto, familias de bajos recursos. A las afueras de aquel peligroso barrio, en un *Seat Ibiza* negro repleto de polvo, se encontraban Verbeke y Zamorano expectantes a los movimientos del delincuente, que compartía nombre con su barrio de procedencia.

—Llevamos más de seis horas y este cabrón no sale de su madriguera —se impacientó Julia desliando una galleta de chocolate de las pocas que quedaban dentro de la caja surtida Cuétara—. ¡Qué vida más triste! Solo ha ido al punto de droga y ya no ha vuelto a salir.

—Parece que por la mañana comete un robo para financiar su dosis: si la cantidad que ha conseguido no es suficiente y le entra el mono, irá por más. Hay que echarle paciencia.

—No sé por qué va tan lejos a delinquir. Esto está a una hora de Cuevas del Almanzora.

—Si yo tuviera que robar o matar a alguien, no lo haría en la puerta de mi piso ni en la confitería de debajo de mi casa. Buscaría un barrio o pueblo donde no me conociesen.

—No es mala teoría.

—Nos toca esperar. Al menos, una hora más. Esta noche pedimos que nos den relevo.

—Lo único que hemos sacado de esta pesquisa son un unas cuantas caries y el índice glucémico por las nubes. La técnica del cocodrilo tiene efectos secundarios.

—¡Es que tienes un apetito! Deja que llegues a mi edad y verás

cómo te engorda hasta el aire.

—¡A la mierda las galletas! —las arrojó por la ventana.

—¡Je, je! Con la de andaluces que habrá por aquí, y es una madrileña la que me parece la más graciosa de toda Almería. —Se secó las lágrimas—. Miranda usa muy a menudo las metáforas: la técnica de la gacela herida, la del cocodrilo, el nido del cuco…

—Seguro que se ha tragado todos los documentales de Félix Rodríguez de la Fuente.

—Y los de Jack Cousteau —añadió a la broma—. Venga, te has ganados un último chiste de animales. —Verbeke hizo un mohín—. Esto son un zoófilo, un sádico, un asesino, un pirómano y un masoquista que se sientan en un banco de un parque. El zoófilo dice: *venga, vamos a buscar un gato*. El sádico dice: *venga lo buscamos, lo atrapamos y lo torturamos*. El asesino dice: *venga, lo buscamos, lo atrapamos, lo torturamos y lo matamos*. El pirómano dice: *venga, lo buscamos, lo atrapamos, lo torturamos, lo matamos y lo quemamos*. El masoquista dice: *miau miau*.

Verbeke no tuvo opción a reírse, cerró la boca y agudizó la mirada tras la estela de humo que dejó un *BMW* 318 TDS del 2000, color gris y con el escape modificado, que salió a todo gas de aquella burbuja oscura. Sin lugar a equivocación, se trataba de *El Puche*. Iba con prisa. Zamorano miró la hora y la anotó en un cuaderno: tenían que registrar todos sus hábitos y movimientos. Luego, sacó su cámara compacta y revisó si tenía pilas mientras Julia conducía. Lo estuvieron siguiendo por la A-7 a una distancia prudencial. Tras media hora, tomó una salida en dirección a Mojácar. Entró en el polígono industrial de Olula del Río y aparcó delante de una nave sin letrero. Se bajó del coche, miró de un lado a otro y llamó a una puerta con los nudillos. Vestía botas de trabajo, pantalón vaquero, camisa de cuadros remangada y tirantes negros. Abrieron con cautela y lo dejaron entrar. Fuera había cuatro vehículos más.

—¿Y esa ropa? —A la cabo le llamó la atención.

—¡Mmm! Muy característica.

—¿De qué?

—Claro. Igual te pilló algo pequeña —realizó fotos a la puerta y a la cámara de vigilancia que había en la fachada—, pero en Madrid los hay a patadas: *skinheads*.

—¿Cabezas rapadas? ¿Aquí en Almería?

—Estos chalados fascistas ya sabes, quieren liberar al pueblo de los supuestos causantes del paro y limpiar la calle de escorias: prostitutas, mendigos, travestis, inmigrantes…

—Pues están en el sitio ideal, esta es una de las principales puertas de Europa a la inmigración ilegal.

—Igual es una coincidencia que se haya vestido así. Lleva todo el día con chándal y camiseta.

—Puede. Habrá que tenerlo en cuenta. Anotemos la dirección, la marca de los vehículos y sus placas. Mañana más y mejor.

—Pero, ¿no vamos a esperar a que salga?

—Mira allí arriba. Hay una cámara de vigilancia. No podemos llamar la atención. Hay que tener paciencia.

—Los cocodrilos, claro.

Verbeke arrancó el coche y salieron de allí. La química entre ambos era muy notoria. Como si se conociesen de toda la vida.

—¿Dónde te hospedas, Zamorano?

—No voy a ir a dormir al hotel esta noche. Cuando estoy destinado, me lo tomo como unas minivacaciones que aprovecho en las horas muertas. Así conozco los sitios donde voy. Y siempre, siempre, me llevo un imán para la nevera. ¡No sabes la de recuerdos que te traen cuando al tiempo los ves!

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a pasear? ¿Vas a ir a la playa? Cuidado con el Mutilador.

—¿Conoces algún bar de ambiente?

—¿Ambiente ochentero?

—Julia, no te hagas la nueva conmigo.

—Ni idea de dónde puede haber un pub gay. Pero alguno habrá, fijo. —Verbeke se dirigió a una parada de taxis. Bajó la ventanilla y le preguntó al conductor—. ¡Hola! ¿Sabes si hay por aquí un bar o discoteca para bolleras?

Con total naturalidad, le dio una respuesta.

—El más cercano está aquí, en Mojácar, en la calle Paseo del Mediterráneo. —Miró al interior del coche antes de proseguir—. Se llama *Elephant Rainbow*.

Tras muchos rodeos y varias preguntas a algunos transeúntes, Verbeke llegó al pub. Un letrero luminoso con un elefante de cuya trompa manaban los colores de la bandera LGTB. Zamorano dejó su libreta y el chaleco reflectante de la UCO en el sillón trasero, pero se llevó la cámara compacta. Luego, le pidió un favor a Julia.

—No le cuentes esto a mis compañeros. Prefiero que descubran mi condición sexual de manera natural.

—Soy una tumba.

—Mañana a las diez en el puesto. Llévame mis cosas allí, por favor.

—No te preocupes, disfruta.

Zamorano cerró la puerta y se adentró en el concurrido pub.

Julia se marchó a casa. Mientras conducía, pensaba en Romero y en Baños. Sin ganas de seguir rayada con las conjeturas, puso la radio. Por los altavoces se oía una de las canciones oficiales del Mundial de Fútbol de Alemania de 2006: *The time of our lives,* de Il Divo. Lo único que consiguió fue ponerse más triste. Aparcó cerca de su piso y subió en el ascensor hasta la primera planta. Sin hacer mucho ruido, se quitó el calzado y se desnudó en el salón. Gesto inocuo, porque a Ana, cuando caía en la cama, no había terremoto que la despertara. Al pasar cerca de su habitación, oyó ronquidos a varias voces, como si su cuarto fuese un pantano repleto de ranas; se asomó y vio a un hombre cubierto con las sábanas junto a ella. Se habían pegado un buen homenaje en ausencia de Verbeke. *«¡Anda que esta pierde el tiempo!»,* se dijo. Fue a la cocina y abrió la nevera. Cogió una cuchara y una copa de la marca *Dalky,* de vainilla y nata, y se fue a su cama. El ardor por haberse comido una treintena de galletas le hizo desistir. La dejó sobre la mesita de noche, puso el móvil en vibración y se arrellanó entre la almohada y el colchón sin lavarse los dientes.

A las cuatro de la mañana, su móvil vibró. Verbeke palpó el teléfono a ciegas, derribando la cuchara y el envase del postre. Abrió un ojo y miró la pantalla. Zamorano le habían enviado un SMS: *«Julia, esta noche me he coronado. He salido del armario a lo grande. Mi teoría sobre la vestimenta tiene sentido. Mañana te enterarás de todo».*

31

La lancha y el chaleco

17 de junio de 2006
8:30

Verbeke tenía un plan: antes de acudir a la sala de investigaciones, tenía que averiguar si era cierto lo que contaba aquella saharaui sobre el naufragio. Entonces, condujo hacia el CATE en el *Seat Ibiza*. El recinto estaba vallado y pegado al mar. De él sobresalía una enorme estructura con techo de chapa y paredes levantadas con bloques de hormigón. En la puerta había un vigilante de seguridad de una empresa privada. Se trataba de un hombre con bigote fino y pelo entrecano. Tenía ojeras y las mejillas hundidas. Regordete, con la barriga tapando la hebilla del pantalón multibolsillos. Su rostro de amargura advertía que no iba a ser fácil entrar allí sin una orden judicial. Julia se bajó del coche y fue hasta la baliza de control.

—Hola. Buenos días.

—Serán para ti.

—Soy la cabo Verbeke de la Guardia Civil. Vengo para echar un vistazo a una de las embarcaciones que tenéis aquí almacenadas.

—¿Tiene identificación? ¿Trae algún permiso?

Verbeke supo que aquel tipo era de esos vigilantes desconfiados, que se tomaban el trabajo muy en serio y que se creían que estaban custodiando al presidente de los Estados Unidos en la Casa Blanca. Entonces, recurrió al plan que había ideado. Se giró y fue hasta el coche. Se puso el chaleco de Zamorano y buscó en su bolso la tarjeta profesional de Guardia Civil.

—¿Le vale con esto?

El hombre se tiró de la camisa y se subió el pantalón un centímetro por encima de la cintura. Su rostro de sorpresa fue acompañado por palabras cargadas de emoción.

—¡De la Unidad Central Operativa! ¡La élite! ¿Qué ha ocurrido?

—Pues que está entorpeciendo una investigación relevante con sus preguntitas. Todo está bajo secreto de sumario; si me ayuda, le

cuento algo.

La miró de arriba abajo. Asintió con la cabeza. Se relajó de aquella postura intimidatoria.

—Disculpe. No me imaginaba a una mujer como agente de la élite —añadió y la dejó pasar—. Soy Manuel Ostos. ¿Adónde quiere ir?

—Estoy buscando la embarcación que naufragó en Quitapellejos. Una lancha neumática. Solo quiero echar un vistazo rápido.

El hombre alzó la vista y luego el dedo. La embarcación se mostraba desinflada y colgaba de las uñas de una grúa.

—Pues precisamente la tiene ahí. Va derechita a la cuba de desechos. Una empresa privada se dedica a gestionar los residuos… Este lugar es un puto cementerio de sueños y barcas.

Verbeke corrió y detuvo la maniobra. El operario se asustó. Se asomó por la puerta del vehículo con la cara descompuesta.

—¡¿Qué ocurre?!

La embarcación colgaba como un globo desinflado. Verbeke le pidió que la dejara caer en el suelo para inspeccionarla. El hombre accedió. Una vez abajo, le pidió ayuda al vigilante.

—Manuel, ¿me echas un cable? La quiero estirada.

—Por supuesto. ¿Qué busca?

—Agujeros.

—Estas embarcaciones se hunden porque llevan más peso del que pueden soportar. Están ideadas para diez o doce tripulantes —le aclaró—, pero las mafias montan hasta a veinte personas. La mayoría se hunden cuando llevan quince minutos en el mar. Les dan botellas de plástico vacías para que achiquen agua, pero no están hechas para largas travesías.

Verbeke comenzó a repasar la superficie de goma. No tardó en encontrar dos agujeros. El vigilante vio los orificios de salida.

—¡Le han disparado a la embarcación! —adivinó sin salir de su asombro.

—Eso parece. Pero no diga nada, le ruego que sea un profesional.

—No diré nada, pero seguro que el de la grúa me pregunta.

—Dile que estábamos buscando el número de referencia para conocer la procedencia. —Le dio una idea mientras sacaba de su bolso el teléfono móvil. Sacó varias fotos con su Sony Erikson de tapa rosa a

los orificios de entrada y salida. Guardó el dispositivo—. Muchas gracias por todo. Tengo que irme.

—¿Le acompaño a la salida?

—No. Sé volver solita.

32

El buscador de tesoros

Julia se montó en el coche y dio un manotazo sobre el salpicadero. Sentía rabia, estaba descuadrada. Un ardor se hizo notorio en la boca de su estómago y recordó lo vacío que lo tenía. Pero no tenía hambre, más bien pesadumbre tras comprobar con sus propios ojos que el espeluznante relato de aquella niña era cierto. Miró el reloj y, aunque le quedaba poco tiempo, aceleró y puso rumbo a la playa donde tuvo lugar el naufragio. Durante la conducción, reflexionó sobre la condición de las personas. *«¿Por qué la gente se cree con derecho de arrebatarle la vida a los demás? ¿Qué poder se creen que albergan para destruir sin más? ¿Les alimentará el dolor? ¿Seré demasiado débil para lidiar en un mundo de hombres?».* Julia pensó en su padre y en cómo lo quitaron del medio, dejando una estela de daño incorruptible, que no sanaba ni con psicólogos ni con el paso de los años. *«No hay comodines para tapar la pérdida de un padre, no quiero pensar cómo debe ser que te arrebaten a un hijo».*

Llegó a Quitapellejos, bajó del coche y caminó hacia la orilla. La playa confabuló con sus elementos para sumirla en la sutileza de su magnético embrujo: la brisa marinera, el suave oleaje y la arena tierna que envolvía sus cuñas de esparto. Tras dos minutos de lapso mental, volvió en sí. Caminó buscando el punto donde debió naufragar la lancha y se situó mirando al agua, donde dos gaviotas flotaban a la deriva con el vaivén de las olas. Su mente recreó el instante en que el sargento Baños estuvo en esa misma zona, lamentando, pescando y posiblemente borracho, cuando vio llegar aquella embarcación de inmigrantes. *«¿Qué motivo le llevaría disparar a unos adolescentes africanos? Niños y niñas huyendo de las atroces condiciones de vida del Tercer Mundo. ¿Qué tiene en su contra?».* Alzó la mano y colocó los dedos como si fuesen una pistola. Cerró un ojo, apuntó y simuló que disparaba. Se dio cuenta de que era fácil errar con el vaivén que movía el objetivo de un lado a otro. Supo que, por buen tirador que fuera, dos disparos en la oscuridad de la noche no serían suficientes para acertar. En ese instante, pensó en los casquillos que escupe el arma al apretar el gatillo. *«Deben estar por algún lado».* Rastreó con el pie removiendo la arena. Aquello sería como encontrar una aguja en un pajar. *«Baños es un perro viejo. Tuvo que recoger los cartuchos para no dejar pistas».* Julia caminó de vuelta al coche. Pisó por donde apareció

el cadáver con el rostro quemado y pensó en lo inseguro que era el mundo. Al mirar hacia la arboleda, vio las caravanas bajo la sombra y a un niño con gorra y bermudas que tenía la mano elevada, con los tres dedos más largos extendidos y el anular y el meñique replegados. Verbeke aceleró el paso y llegó hasta Pepín.

—Buenos días, ¿qué haces con los dedos?

—Es el saludo extraterrestre. —Imitó el estado de las manos de las víctimas de la playa—. Igual están ahí, observándome. Yo soy del planeta Down, igual me tienen estima.

—Igual los de otro lugar son más cívicos y tolerantes que los humanos.

—Es posible. ¡Brr! ¡Qué aburrimiento no saber qué hacer! ¿Tú que estás haciendo?

—Estaba buscando una cosa bajo la arena… —Se le encendió la lucecita—. ¡Eso es! Tú rastreas la playa con tu aparato electromagnético, ¿no?

—Me encanta buscar tesoros con mi detector de metales. Una vez encontré una trampilla donde debía haber un cofre pirata, pero no puedo levantarla. Tiene una cadena gorda y me duelen los dedos. ¿Qué tesoro habrá debajo? ¿Monedas y gemas? ¿Ron? ¿Un esqueleto maldito? ¿Un cañón?

—¡Vete a saber! —Le siguió la corriente y dio paso a lo que le interesaba—. Cojamos el detector y busquemos una cosa que he perdido.

—Está estropeado. Mi padre se enfadó conmigo y lo arrojó contra el suelo… Ahora a esperar a que nos llegue la paguita de julio.

—¡Vaya!

—Pero tengo una caja donde guardo las reliquias que encuentro.

A Verbeke no le quedó otra opción.

—¿Puedo ver el contenido de esa caja de tesoros?

—Me encantaría, pasa. Mi padre no está.

—¿Dónde ha ido?

—Está preparando un viaje a Madrid.

—¿Y eso?

—Es una sorpresa. No puedo contárselo a nadie —dijo abriendo la puerta de la caravana—. Ven. Mira la de cosas que la gente deja olvidadas en la playa.

Julia no perdía detalle del orden de la cocina. Olía a lejía y a

limpiacristales. La zona donde dormía el niño, repleta de pósteres de películas de ficción y con aquella característica mesita de noche realizada con cuentos apilados, olía a sudor. Pepín se aproximó a una caja de cartón e hizo un gesto para que se acercase la investigadora. Julia miró, pero no vio lo que buscaba entre tanto objeto. Preguntó directamente:

—¿Has encontrado alguna bala?

—Una cadena de plata de un Cristo, una peseta mohosa, chapas de cervezas muy antiguas, un clavo oxidado que tendrá muchos años… Pero balas, no. Lo que más se parece son estas pilas de naves extraterrestres. —Le mostró un casquillo—. Supongo que son propulsores para elevar los ovnis hacia los cielos.

Julia se lo arrebató de los dedos. Miró el fabricante: *General Dynamics*. No había muchos fabricantes de balas, pero aquel coincidía con el que usaba el cuerpo de la Guardia Civil. Fotografió el número de lote y se metió el casquillo en el bolsillo pequeño de su pantalón vaquero.

—Eres un cazatesoros de primer nivel. ¡Esto es justo lo que buscaba!

—¿La pila extraterrestre?

—No es una pila, Pepín, es un casquillo de bala —le explicó para que se quitara de la cabeza que era un componente aeroespacial —. Ahora tengo que irme.

—Vale —respondió con una sonrisa—. Por cierto, he hablado con un extraterrestre. Y lo he dibujado. Son buena gente. Jugué con una de ellos a la pelota.

El niño se fue hacia una encimera. Apartó unos lápices de madera de un manotazo y le hizo entrega de dos folios. Los dibujos no tenían una gran calidad artística, sin embargo, los detalles resultaban escalofriantes. Uno representaba a una niña de pelo largo negro, con ojeras y la piel llena de manchas. Estaba rodeada de burbujas. Parecía triste. El otro era un hombre con pelo trenzado y con la piel verde. Su cuerpo era delgado y tenía un solo ojo.

—¿Y estas marcas que tiene la niña?

—Son quemaduras. Le duelen bastante, pero no va al médico. Se da baños en el agua salada.

Verbeke miró a Pepín con fascinación. El prejuicio que tenía en su mente hacia la inteligencia de personas con Síndrome de Down la desconcertaba. Aquel niño se expresaba tan bien como ella, o incluso mejor. Lo único era que maquillaba ficción con realidad, como le pasó con el casquillo de bala. Circunstancia que advertía cierto infantilismo

no acorde con su edad.

—¿Y este hombre verde?

—Su piel era así. Solo tiene un ojo. —Señaló el dibujo—. Lleva una especie de objeto interestelar entre las manos. Parece una cuerda con dos palos, pero es un cetro de poder para dominar la mente y mover objetos. Pude hablar con él. Le conté que yo vengo del planeta Down, de ahí las facciones especiales que tengo. Él es el rey de todos ellos.

—¿Viven por aquí? ¿Salen del mar? ¿Bajan de las estrellas?

—Tienen una base secreta. Son muchos. Se ocultan entre los humanos.

—¿Me podrías llevar hasta su base?

—Una vez fui en busca del perro del hombre oso. Uno que tiene una furgoneta por allí. —Hizo referencia al búlgaro—. Su perrito se metió en la base secreta de estos extraterrestres y salió llorando y cojeando, le faltaba una pata. No creo que sea buena idea acercarse, deben tener un escudo láser de protección. No quiero que te hagan daño. —Le dio un abrazo.

Verbeke alzó las cejas. Miró su reloj y supo que se le acababa el tiempo.

—¿Son todos verdes?

—No los conozco a todos, pero la niña tiene quemaduras en los brazos y en la cara. Supongo que, cuando se quitan los trajes espaciales, sufren los daños del sol. Yo me quemé una vez que se me olvidó ponerme protección. La piel se me caía a tiras.

—Me llevo los dibujos. Y muchas gracias, Pepín.

Verbeke salió de la caravana, se montó en el coche y puso rumbo al puesto.

La sobredosis de información de aquella mañana, la sumió en un estado psicótico que la tenía de los nervios. No sabía cómo iba a afrontar los acontecimientos y, mucho menos, cómo iba a culpar a Baños o a quién podía contarle lo que estaba averiguando.

«¡Acelera, Verbeke, que no llegas a la reunión!», se animó viendo que iba tarde.

33

Cruzando información

Verbeke llegó al puesto a eso de las diez de la mañana. En sus manos portaba el cuaderno y el chaleco de Zamorano. A su fino olfato no tardó en llegar el humo de vainilla. Baños estaba apoyado en un lateral del marco de la puerta, ocupando la entrada. Apuraba las últimas caladas de su purito, con la mirada perdida en el frente. Julia carraspeó la garganta para llamar su atención.

—Mi sargento, ¿puede echarse a un lado?

—Tenemos que hablar.

—¿No me digas que va a confesar?

—¿De qué hablas?

—De nada, de nada…

Baños la sujetó del brazo. Verbeke le quitó el purito de los labios y tiró la colilla al suelo.

—Escúchame, cabo, solo quiero pedirte perdón por nuestros malentendidos y pasar página. Estamos a punto de cerrar el caso, y quiero sentirme en paz conmigo mismo y con mi alrededor. Llegan buenos tiempos para todos.

—Sobre todo, para los que siguen vivos.

—¡*Malafollá* tienes! ¡Se te está subiendo a la cabeza esto de estar con los de la UCO! Te estoy dando la oportunidad de empezar de cero, de volver a ser un equipo, ¿y me vienes con estas *capulladas*?

Verbeke se zafó de las tenazas de Baños. Le dijo una frase célebre antes de entrar en la sala de operaciones:

—*La justicia, aunque anda cojeando, rara vez deja de alcanzar al criminal en su carrera*.

—¡Seguro que esa frase es del comandante Miranda!

—De Horacio, poeta romano de hace dos mil años. Ya por aquel entonces creían en la justicia.

La sala estaba concurrida por los miembros de la UCO. Romero tenía la cabeza agachada mientras leía mensajes en su teléfono móvil. Enfrente, la pizarra blanca encabezada por el título de la misión: *Operación Luna Menguante*. Cuando Julia entró, fue directa a buscar a

Zamorano. Tenía un vendaje en un brazo y un apósito en la frente.

—Gracias por traerme mis cosas.

—¿Qué te ha pasado?

—Más de lo que me hubiera imaginado… —respondió con dificultad—. Ahora nos caerá la mundial.

Verbeke se giró. Contempló al comandante Miranda, con su bigote recto y los brazos cruzados sobre el pecho. La estaba mirando fijamente. No tardó en reprocharle.

—En primer lugar, buenos días. En segundo lugar, quería conocer vuestra opinión sobre si hablo en latín o en arameo cuando doy instrucciones. —Se aproximó a Zamorano y Verbeke—. ¿Qué coño ha pasado con la estrategia del cocodrilo? Os pedí paciencia y, a cambio, os habéis hecho unos zapatos con su piel y un bolso —bromeó con ironía—. Los asiáticos tienen un proverbio: la astucia del que no tiene astucia es la paciencia. ¡Solo teníais que esperar un poco más! Aun así, no nos ha salido la jugada muy mal. Zamorano, sin querer, ha hecho de cebo gracias a sus desconocidos hábitos para todos nosotros.

—Hábitos como otros cualquiera —dijo Julia en defensa de Zamorano—. Unos van a misa a ponerse de rodillas en un altar, y otros…

—¡Cállate de una puta vez! —la silenció Baños elevando el tono —. Un poco de respeto, coño.

—Voy a hacer como que no he oído nada. No podemos permitirnos estar tensos entre nosotros —reculó Miranda dejando sus pupilas clavadas en los ojos azules de Verbeke—. Sargento, cierre la puerta. —Aguardó unos segundos antes de explicarse—. Vamos a cruzar toda la información para realizar las pesquisas correspondientes. Por un lado, tenemos el seguimiento llevado a cabo por Baños y Vega. La vigilia ha sido infructuosa, ocho horas y nada. Ni rastro de Carlos Soesco, *el Matemático*. No lo vieron salir de casa ni volver. Aunque no dieron con él, podemos intuir que estuvo fuera desde muy temprano. —Se fue hasta la pizarra y señaló la palabra «nave»—. Por otro lado, tenemos el seguimiento que realizaron Verbeke y Zamorano. Estuvieron siguiéndole la pista a *El Puche*. A las doce entró en un punto de droga que hay en Cuevas del Almanzora y luego condujo su coche hasta un barrio caliente a una hora de aquí, que es donde vive. No pudieron entrar en dicha barriada por el riesgo de ser agredidos. Tras muchas horas, el sujeto abandonó su “fuerte”, tomó la autovía y se desplazó hasta un polígono industrial en Mojácar. Como dato reseñable, vestía chándal y camiseta; por la noche cambió su aspecto a camisa, tirantes y pantalón vaquero. Se apeó de su *BMW* color gris y entró en la nave número catorce. No existía letrero de

negocio, pero la puerta tenía un grafiti de una bola de billar con el número 88. Fuera había cuatro vehículos. Cuando os fuisteis, dando por terminada la vigilancia, Zamorano decidió irse a un local de ambiente LGTB. A la hora de estar allí, se formó una pelea fuera: insultos xenófobos y luego una paliza. Zamorano intentó mediar y se llevó la peor parte. Por suerte, y por su buen hacer, consiguió reducir al agresor. ¿Quién es el detenido? Casualmente, Carlos Soesco, que, además, vestía con la misma indumentaria que *El Puche*. Ahora, le cedo el turno a Velázquez.

—Veamos las coincidencias —dijo sujetando entre sus dedos el rotulador borrable de color negro—. Tras cruzar las matrículas de los vehículos estacionados en la puerta de la nave, la base de datos ha arrojado uno de relevancia: el *Opel Kadett E* pertenece a Carlos Soesco, lo que refuerza dos teorías: la primera es que *el Matemático* estaba ya dentro de esa nave cuando llegaron Zamorano y Verbeke. La segunda es que están relacionados y que, muy posiblemente, por su vestimenta y la agresión sufrida a la voz de «maricones y escoria de la sociedad» —Zamorano bajó la cabeza. Verbeke le pasó una mano por encima del hombro dándole ánimos—, formen parte de un grupo violento de ideología neonazi. La inscripción de la puerta de la nave —escribió un *88*—, corresponde al orden que ocupan las letras en el alfabeto: H, H. En castellano, *Heil Hitler*. Por la casuística que reúnen los crímenes de la playa, y dado el rasgo racial de las víctimas, estos pueden encajar totalmente en la escena del crimen. Tendrían un motivo ideológico para acometer los asesinatos. Por no hablar del número de la nave, que casualmente hace referencia a las catorce palabras de David Lane, miembro del Ku Klux Klan y La Orden. La numerología está presente en todo lo que les acontece.

—¿Y los tres dedos o el cuerpo pintado de verde pueden hacer referencia a alguna simbología de estos grupos? —quiso saber Baños.

—Casualmente, los nazis usaban un juramento cuyo símbolo son tres dedos en alza. —Fue tajante Vega tras consultar con un compañero de Madrid—. Pulgar, índice, corazón; no coinciden. Aquí las victimas salvan los tres dedos centrales —aclaró—. Según mis fuentes, en algunas culturas, el dedo índice representa la paz, el corazón el amor y el anular la armonía.

—Un mensaje muy zen para la maldad que dejan en la escena del crimen —subrayó Verbeke anotando el significado en su libreta Moleskine.

—Dejando de lado el tema de los rasgos que presentan las víctimas —retomó la palabra el comandante Miranda—, nos vamos a centrar en detener al *Puche* y en comprobar si tienen retenido a alguien en aquella nave de Mojácar. No olvidemos que aún hay

desaparecidos tres inmigrantes y alguno de ellos puede estar secuestrado por estos nazis resentidos.

—¿Y cómo vamos a darle caza a *El Puche*? —se preocupó Verbeke—. Igual ya sabe que lo estamos siguiendo. En la nave tenían una cámara de vigilancia.

—Es una cámara falsa antirrobo —solventó Velázquez viendo las fotos impresas que realizó Zamorano.

—Vamos a usar el teléfono del *Matemático* para enviarle un mensaje de texto y quedar en un punto. Allí lo detendremos. El interés por capturar a *El Puche* es para realizar una fonoscopia, aprovechando la grabación que tenemos en la que se oyen dos voces en la playa. Si la prueba de acústica forense hace un contraste de voces y estas coinciden, tendremos una prueba sólida ante el juez y se le atribuirán las cuatro muertes.

Baños infló el pecho lleno de orgullo. Su colaboración en el caso estaba siendo determinante. A continuación, preguntó.

—¿Ya habéis interrogado a *El Matemático*?

—Luego. A ver qué nos cuenta. Mientras tanto, tenéis que preparar un operativo para entrar en la nave. Lo haréis cuando no haya coches aparcados en la puerta, es posible que esté desocupada y así no haya resistencia por parte de los delincuentes. ¡Manos a la obra!

—Disculpe, mi comandante, ¿quién irá al interrogatorio, quién a detener al *Puche* y quién a la nave? —quiso saber el sargento.

—Pues Verbeke se quedará aquí, castigada con Zamorano; Romero acompañará a Vega junto con varios guardias de su elección para detener al *Puche*; Velázquez irá contigo con apoyo y herramientas para forzar la cerradura de la nave y ver qué o a quién tienen allí.

Una vez fuera, Baños se quedó en el pasillo para esperar a Julia. Cuando la tuvo cerca y sin testigos alrededor, le preguntó:

—Di la verdad, ¿a que te jode que mi grabación de las voces sea la llave para detener a los autores del crimen del año? Y tú pensando en la bruja, en el búlgaro borracho y en el subnormal. ¡No das un palo al agua!

—Me jode bastante —se sinceró—. No mereces el aire que respiras. Eres una mala persona y todo lo malo que te venga será poco.

—¡Cada día te pareces más a mi mujer!

—A saber si está viva…

Baños acortó las distancias. Parecía que iba a morderle en la yugular de un momento a otro. Su labio titiló con nerviosismo.

—¿Qué insinúas? ¿Que la he matado? Fue mi razón de vida, mi timón… Ahora voy a la deriva. La sigo queriendo a pesar de todo.

—La malquieres, no te confundas —lo corrigió—. Además, sé que mataste a *Mojarra* para que no te delatara, él nunca estuvo pescando allí —le reprochó provocando un gesto de sorpresa en el sargento—. No sé cómo puedes dormir después de hundir una lancha llena de inmigrantes. —Baños colocó una mano sobre el hombro de Verbeke y la empujó contra la pared lentamente. Una vez notó que la espalda no iba más atrás, presionó con malicia—. Eran niños y niñas…

—¿De qué coño hablas? Nadie hundió esa lancha ni nadie empujó al *Mojarra*. Solo buscas protagonismo y te inventas sospechas sin ninguna consistencia. ¡No tienes pruebas de nada de lo que das por hecho! ¿Me equivoco? —Subió el tono de su voz—. Y, para tu información, *Mojarra* era mi amigo. No le haría daño a un pobre desgraciado que se busca la vida pescando. He llorado su pérdida y le echaré en falta.

—¡Qué cínico! Pero tienes razón, todavía no tengo pruebas fehacientes —se indignó e improvisó un embuste sobre la marcha—, pero he quedado hoy en la caravana de alquiler del pinar, a eso de las nueve, con un testigo que estuvo aquella noche del naufragio en los aledaños del lugar de la tragedia, solo me dio un adelanto por teléfono... Luego me lo contará todo con pelos y señales.

—¡Qué ocurre aquí! —elevó la voz Miranda, que volvía del pasillo para llevarse a Verbeke al interrogatorio. Baños se marchó a paso ligero fuera del puesto—. ¿Me puedes explicar por qué el sargento te tenía contra la pared?

—Si está dispuesto a creerme, se lo contaré todo.

34

El interrogatorio

El pasillo que tantas veces había recorrido Julia Verbeke creó una ilusión óptica que le dio aspecto de hoja de cuchillo: parecía más largo y afilado que nunca. Al fondo, la puerta que daba al calabozo. Caminó junto al comandante Miranda, que olía a su característica y ñoña colonia de marca *Varón Dandy*.

—El sargento Baños se cree que me puede intimidar, pero lo tengo calado y voy a ir a por él.

—Desconozco vuestra historia aquí, supongo que son fricciones propias del trabajo y, por lo que tengo entendido, es mutuo. Pero quiero que durante el operativo enterréis el hacha de guerra y, si es necesario, os matáis cuando yo me vaya.

—Me esforzaré —respondió con la boca pequeña—, pero es que me cuesta trabajo hacer la vista gorda con las injusticias. —Miranda dobló el cuello para mirarla—. ¿Le puedo contar lo que he descubierto? —Frenó en seco—. No sé a quién recurrir.

—Yo estoy aquí por el caso de los asesinatos de la playa. ¿Tiene algo que ver con eso?

—Ehh… Sí, aunque de manera indirecta.

—Pues sea breve. Le concedo dos minutos —le advirtió mirando su reloj dorado.

—Como ya sabe, la víctima de este año del Mutilador es un inmigrante que venía en una lancha de plástico que naufragó muy cerca de la orilla. La mayoría se ahogó, algunos no sabemos dónde están y una niña estuvo muy malita en la UCI pediátrica. Cuando despertó, contó que su embarcación fue hundida por un hombre que disparó contra ella. —Miranda resopló y miró su reloj. Julia aceleró el ritmo de la historia—. He ido al CATE, he buscado la lancha y he corroborado la información. La niña estaba en lo cierto: dos orificios de entrada y dos de salida. —Sacó el *Sony Erickson* del bolso y le mostró las fotos—. Luego fui a la playa y me ubiqué en la zona donde se debieron realizar los disparos. Con un detector de metales encontré esto. —Se sacó el casquillo del bolsillo—. Como puede ver, es del calibre y fabricante que nos dan en dotación, por lo que fue disparado por un guardia civil. Y no solo eso…

—Tenemos que entrar ya —la cortó.

—El pescador que apareció muerto el otro día me quería contar algo. Baños sabía que me lo iba a contar y se deshizo de él. Romero se lo contó…

—¡Ya! Le diré una cosa: usted me carga. Sin embargo, alabo su perspicacia. Ha hilado muy bien los sucesos y ha descubierto un asunto que nadie había investigado. Tiene un sospechoso en ciernes, pero no tiene nada para denunciarlo. —Julia le entregó el casquillo—. No voy a llevar ese casquillo a que lo periten los de balística de Sevilla. No hay razón. Si quiere pillarlo, recuerde la técnica del cocodrilo: tenga paciencia y busque una grabación en la que confiese su crimen o una foto con las manos en la masa.

Miranda echó a andar con la bala en su puño y se detuvo frente a la puerta que daba a los calabozos. Julia insistió en su propósito.

—No es necesario hacer una peritación balística, con comprobar que ese casquillo corresponde al lote de su cargador, será suficiente. Deben faltarle al menos dos balas.

—¡Fin del tema! —atajó guardándose la bala en el bolsillo de su pantalón de pinzas—. Ahora la quiero centrada. El detenido tiene que percibir que somos de plomo, que no le tenemos miedo y que vamos a ir a por todas. Eso no incluye insultarlo o agredirlo, sino hacerle saber que la situación la controlamos nosotros. Yo llevaré el timón del interrogatorio. Si se abre con usted, pregúntele sobre qué hizo aquella noche y sáquele todo lo que esté relacionado con su ideología. ¿Está lista?

—Siempre.

Miranda abrió la puerta y dejó pasar primero a Verbeke. Justo en frente estaban los calabozos, y un guardia civil sentado en una silla leyendo un periódico. De las tres celdas, solo había una ocupada. El sujeto canturreaba un himno desconocido por los que le visitaban. El comandante y la cabo se pusieron frente a la puerta de la celda. Dada la naturaleza violenta del detenido, no abrieron el cerrojo.

—Señor Carlos Soesco, somos la cabo Verbeke y el comandante Miranda. Está aquí arrestado por agresión verbal y física con connotaciones racistas y xenófobas.

El Matemático tenía nariz aguileña, los ojos bastante alejados de la ternilla y un fino bigote. Su cabeza estaba rapada y tenía el labio reventado por un puñetazo que le dio Miranda antes de reducirlo. Vestía camisa de cuadros, tirantes, vaqueros y botas militares. En su antebrazo derecho tenía un tatuaje de un sol y una luna con el número 88 justo en medio.

—Es injusto, pero es así —respondió—. No eran más que un moro maricón y un madero vicioso. No quiero esa gentuza en mi país.

—Pues deberías empezar por tu propio suicidio, señor Soesco —discrepó Verbeke, provocando un carraspeo forzado en la garganta de Miranda.

—No estamos aquí para discutir sus ideales, está aquí porque es sospechoso de la muerte de un adolescente en la playa —corrigió el comandante.

—He dado palizas de muerte —dijo con orgullo—, pero todavía no he matado a nadie directamente. Solo soy un supervisor.

—Usted es un profesor de matemáticas con varias denuncias por insultos y conducta inmoral hacia niñas procedentes de otros países. En su día fue investigado por el triple crimen que tuvo lugar en la costa, pero se buscó una coartada y se fue. ¿Por qué desapareció?

—Este pueblo de mierda está lleno de chivatas y chismosos. Mis compañeros me repudiaban, los vecinos me señalaban y la gente me miraba mal cuando caminaba por la calle. Incluso tuve que sufrir el acoso del sargento Baños, que decía que yo había planeado los asesinatos de esos negritos basándome en los números primos. ¡Será imbécil! Eso provocó que me fuera a Madrid por una temporada.

—Y que volviera a Cuevas del Almanzora justo cuando apareció un nuevo cadáver —espetó Verbeke.

—Tengo coartada. ¡Mirad el tatuaje de mi brazo! —Les mostró una rojez en la piel donde se contorneaban los trazos de tinta—. Llegué el 1 de junio, pero justamente el 11 me estuve tatuando, todavía lo tengo infectado.

—¿A qué hora salió usted de allí?

—A las doce y media de la noche.

—¡Qué casualidad!

—El local es de un amigo. Nos tomamos unas birras mientras me tatuaba y se alargó el tema.

—¿Cómo se llama su amigo?

—Bill.

—¿Y su apellido?

—Ni idea. Tiene el negocio en Mojácar, *Tatoo face to the sun*. Podéis preguntarle si tan preocupados estáis.

—Siendo colega tuyo, no será de mucha utilidad. Supongo que te encubrirá. A ver qué dice tu compañero *el Puche*. Estamos a nada de echarle el guante.

El detenido achicó la mirada y miró hacia una esquina. Verbeke tomó la palabra.

—No sé qué os une… Un profesor de matemáticas con plaza fija y un delincuente toxicómano y de ascendencia magrebí que renuncia a sus orígenes. ¡Qué ganas de complicarte la vida!

—Actúo. Doy pie al cambio. ¿De qué sirve quejarse sin hacer nada? Las cosas no cambian por arte divino —confesó—. Y, por cierto, *el Puche* no consume drogas. Va a esos puntos para dar una paliza a los camellos y los clientes que van allí. También asusta a las putas y sus chaperos. Hace un bien a la ciudadanía.

—¿Y qué saca él con esto? Ya tiene antecedentes.

—Lo mismo que todos queremos, dinero. Su familia es de clase obrera y la vida está muy cara.

Verbeke pensó en Rocío. «Igual por eso recibió la agresión. La pillaría en un punto de venta de cocaína».

—Supongo que te radicalizaste en Madrid —adivinó Miranda—. Allí te lavaron la cabeza.

—Me acogieron en plena depresión existencial. Les conté mi situación y enseguida me comprendieron. Pensaban como yo, querían emplear mano dura contra la escoria de la sociedad: putas, borrachos, travestis, extranjeros, maricones y mendigos. Son la causa del paro. Y ya que los gobiernos no hacen nada, nosotros somos el cambio.

—¿Por qué has vuelto ahora? —intervino Verbeke—. Y justamente en junio, cuando de nuevo empezó todo.

—Coincidió con mi estado de ánimo. Salí del agujero en abril. Me hicieron una propuesta y acepté. —Mostró su tatuaje de un sol y una luna con la numeración de los dos ochos—. Ahora soy el líder de algo muy grande.

—Pues no le veo color con ser funcionario.

—No os enteráis de nada —se quejó dando un giro por la celda —. Aquí hay mucho dinero respaldando nuestra orden: hay empresarios y policías. —Miranda arrugó el ceño—. ¿Te he desconcertado? Para que te hagas una idea: pagan cincuenta euros por paliza y cien por liquidación. La violencia es la única vía para erradicar a las cucarachas. —Escupió a un lado de la celda—. Y aquí en Almería hay muchas que pisotear. —Dio un violento zapatazo en el suelo—. Respecto al *Puche,* es el soldado de vanguardia. El tonto útil. Sé que no es muy inteligente, pero es leal, tiene coraje y necesita dinero.

—¡Y medicación! Tiene un claro desorden disociativo —murmuró Verbeke.

—Los locos son los gobernantes de este país que da asilo a toda la escoria que llega a nuestra tierra. Se comen nuestros impuestos con pagas y trabajan cobrando poco, cosa que nos quita el trabajo a los españoles.

—Pues los tuyos no se quedan atrás, tienen que dar muchas palizas para sacar un sueldo digno y encima en negro —discrepó Verbeke colocando sus dedos sobre la reja de la puerta.

—Eso lo cobran los mercenarios como *el Puche*; los cabecillas como yo recibimos un buen sueldo… Nos pagan por reclutar a nuevos miembros. La idea es extender la Orden por toda la costa, desde Almería hasta Huelva. Es como una reconquista en tiempos modernos.

—Tu franquicia de violencia racista y gratuita tiene los días contados. Te pasarás unos años entre rejas.

—¡Je, je! Solo pesa sobre mí una agresión… demostrable. Además, la Orden pagará mi fianza. Y, si yo caigo, otro tomará las riendas. Mi puesto está muy cotizado.

—Se lo preguntaré una sola vez: ¿ha torturado y asesinado a ese inmigrante de la playa de Quitapellejos? ¿Tiene a alguien retenido en contra de su voluntad en esa nave o en otro lugar?

—No y no —respondió sin parpadear y sin rascarse la oreja o la nariz—. Sin embargo, le mentiría si le dijese que no siento admiración por ese Mutilador o como cojones lo llamen. Seguro que encajaría bien en mi equipo. —Se alegró—. Me gusta su manera de protestar… En la Edad Media ponían cabezas clavadas en picas a la entrada de aldeas como advertencia a los forasteros; poner a un inmigrante desfigurado y torturado en la orilla es un buen símbolo para que se lo piensen antes de mancillar una tierra que no les corresponde.

—¡Cada vez que habla sube el pan! —se sulfuró Verbeke mirando al comandante.

—Supongo que, si tan inocente se siente, no tendrá problema en participar en un peritaje de su voz para contrastarla con una filmación de la noche del crimen.

—Sin problemas, ¿quieren grabar mi voz hablando o cantando el himno de la Orden? Me gustaría saber su opinión sobre la letra.

—¡Hemos terminado! Rece por no tener nada que ver con estas tragedias.

Una vez en el pasillo, intercambiaron opiniones.

—¿Qué tal lo he hecho?

—De pena, cabo Verbeke. —Fue franco en su juicio—. No se trata de cambiarle sus pensamientos ni de negarle cada estupidez que

diga, para eso están los psicólogos. Nuestra misión es sacarle cualquier tipo de información que nos sea de utilidad y analizar su lenguaje verbal, así como encontrar sus puntos débiles.

—Pues este no está muy católico —obvió Verbeke—. Es un ególatra. ¡Se cree un Mesías! Nos quiere confundir. Dice que hay fuerzas del orden metidos en su Orden, valga la redundancia.

—No hay que perderlo de vista. Me ha parecido bastante sincero. Sin misterios ni enigmas en su manera de expresarse —sentenció metiéndose un caramelo de regaliz en la boca—. Le pediré a Velázquez que vaya a ese local de tatuajes y que contraste la coartada del *Matemático*. También sería conveniente buscar información sobre esa organización para conocer su alcance. Es posible que la financie un empresario potente de la zona, parecen bien estructurados. En fin, a ver qué sacan del registro de la nave.

Miranda se metió en su despacho. Verbeke fue al baño. No le dio tiempo a bajarse las bragas cuando Romero la llamó.

—Hola, ¿qué tal *el Matemático*? ¿Ha soltado prenda? ¿Ha dado algún nombre? ¿Tiene a alguien retenido en esa nave?

—Son muchas preguntas y me pillas a punto de mear… ¿Tú qué estás haciendo?

—Estamos a punto de dar con *el Puche*. Este tipo es muy violento, se avecinan tortas. Por cierto, perdona por lo borde que he estado estos días. Me siento mal por no haberte contado que he vuelto con Marifé. Solo quiero saber en qué situación estamos tú y yo. ¿Qué somos?

—Tú y yo, pronombres.

Colgó. Suspiró con alivio mientras orinaba.

35

El plan suicida

Verbeke tomó asiento alrededor de la mesa del comedor. Los platos de barro contenían unas bolas de carne recostadas sobre un guiso de legumbres que había cocinado Ana con esmero.

—¿Albóndigas? Mi cumpleaños es el 26 de noviembre.

—Son pelotas.

—Sí, las de tu jefe.

—¡Qué burra eres! —Se rio—. Es un plato típico de aquí, *bonica*. Pimientos secos, ajo, perejil, harina de maíz, longaniza casera, manteca de cerdo, tocino, magra… Es mi agradecimiento por haberte implicado en investigar lo de la lancha.

—Pues le voy a hincar el diente antes de que se enfríe. —Se decidió a probarlo—. ¡Umm! Esto está riquísimo.

—La próxima semana te hago gurullos con conejo.

—¿Aquí todos los platos tienen doble sentido? Será cosa de las andaluzas, que son muy picaronas.

—El problema es que tú tienes una mente muy sucia.

—Sí, eso es verdad. —Sonrió y tragó—. Por cierto, tengo un plan para meter entre rejas al causante de las muertes de los inmigrantes, pero necesito un compinche, ¿me ayudarías?

—A ojitos cerrados, ¿cómo puedo ayudarte?

—Es todo un poco suicida y loco —dijo con aires misteriosos—: pienso grabar al autor material de esa matanza. Le voy a tender una trampa. —Ana sintió curiosidad y dejó de masticar para enterarse bien —. Le he dicho a Baños que he quedado a las nueve con un testigo en una caravana que se alquila en la misma playa. Si fue capaz de matar a *Mojarra* para que callase, supongo que intentará frustrar la quedada.

—¡Espera, espera, espera! ¿Me vas a usar de señuelo?

—Pensé en poner un maniquí, pero ese truco se lo sabe bien el sargento Baños. ¡Es un perro viejo! Así que tiene que parecer real. La idea es que tú me esperes en la caravana y luego entre yo como si acudiese a tu encuentro. Supongo que, una media hora antes, ya estará vigilando entre los pinos para ver quién acude. Me llevaré la

pistola por si la cosa se pone fea.

—Eso me deja más tranquila —ironizó—. ¿Y quién grabará? ¿De dónde vas a sacar la cámara? ¿Has reservado la caravana?

—Lo tengo todo bajo control. La cámara se la pediré a una bruja astróloga. Grabará Pepín.

—¿Pepín? ¿El niño con Síndrome de Down que te ha hecho los dibujos esos tan raros?

—Exacto. Cuando grabe a Baños. le podré decir: ¿quién es el tonto ahora?

—¡Qué retorcida eres!

—A veces tengo ese puntito venenoso. —Clavó el tenedor en una bola de carne—. Y, respecto a la caravana, ya hice la llamada a la inmobiliaria que la lleva. Con lo de los crímenes de la playa, han cancelado todas las reservas. Todo saldrá según lo previsto. ¿Te veo allí a las nueve menos diez?

—Esto no va a salir bien, pero quiero que pague ese desgraciado. Correré el riesgo.

—¡Esa es mi Ana!

—Ahora, comámonos esto, por si son las últimas pelotas que probamos antes de morir.

36

Detención y registro

Eran las seis de la tarde y Verbeke estaba en la sala de operaciones junto a Miranda y Zamorano. La expectación era máxima.

—¿Qué tal llevas tus lesiones? —le preguntó Julia a Zamorano.

—Pues, mientras me dura el efecto de los antinflamatorios, bien… Cuando se va, me acuerdo de la madre que parió al *Matemático*. Es que me pegó con un puño americano de acero. Yo le di tres cabezazos, y cabeza tengo para dar y regalar —bromeó.

Verbeke sonrió. Miranda seguía tan serio como de costumbre, leyendo el último pasaje de la Biblia en voz baja y con entusiasmo.

—*Apocalipsis 22:21. La gracia del Señor Jesús esté con todos*... ¡Fin! —Se alegró y cerró el lomo de pasta.

—Mi comandante, ¿se la ha leído entera?

—De pe a pa, ¡y por segunda vez! —le aclaró con orgullo—. Me gusta conocer el comportamiento y las actitudes de la mente humana desde sus orígenes —alardeó—. No dejan de ser enseñanzas y vivencias ocurridas hace dos mil años… Y, cuando lo analizas, te das cuenta de que los sentimientos, las rivalidades, las traiciones, las emociones y el odio entre los hombres no han cambiado. No hemos evolucionado en demasía: caemos en los mismos errores y nos mueven las mismas cosas.

—Bueno, el rol de la mujer en la sociedad está cambiando, pero todavía hay mucho por lo que luchar.

—Creo que exagera —le restó importancia Miranda a su queja —. Las mujeres de hoy en día están mejor de lo que quieren. Tienen dinero, son independientes y no aguantan a ningún hombre. A la vista está, que hay más divorcios que bodas. Y no le niego que en el año 1 la mujer estuviese en un escalón inferior al hombre.

—No hace falta irse tan lejos —replicó Verbeke—. La mujer votó por primera vez en España en 1933, durante la II República, gracias al Partido Republicano Radical, donde militaba Clara Campoamor; gracias a esta mujer, que luchó por nuestros derechos, se llevó al Parlamento el derecho al divorcio.

—Luego vino la dictadura en 1936 y se fue todo a la mierda —

añadió Zamorano dando a entender su conocimiento sobre la historia —, y no pudieron volver a votar hasta el 77.

Miranda los mandó a callar. Igual por su admiración al Caudillo o porque no quería oír hablar de temas de debate que los distrajesen del objetivo.

—¡Shhh! Vamos a centrarnos. ¿Qué has descubierto sobre la Orden?

—Se trata de un ramal del colectivo «El nuevo Águila», que opera en Madrid. Digamos que tienen pequeñas franquicias repartidas por España. Tienen un claro enfoque xenófobo. Tras los hilos, hay empresarios de medio pelo.

—Pues, si conseguimos desmantelar la organización de Almería, no será poco. Al menos, no nos iremos de aquí con las manos vacías —dijo Miranda dejando la Biblia sobre la mesa.

Su teléfono móvil empezó a sonar con un politono estridente. Miró la pantalla y vio que se trataba de Vega.

—Comandante, ya tenemos esposado al objetivo y metido en el coche.

—¿Bajas?

—Pues la cosa ha ido mejor de lo que imaginaba. Acudió a la cita y nos esperó en un banco. Lo flanqueamos y le dijimos que estaba detenido. Se puso en pie, nervioso, con ganas de huir, pero fue aparecer el cabo Romero y se apaciguó bastante. El chico negocia bien. Le contó que todo saldría bien si no oponía resistencia y se dejó poner los grilletes sin rechistar.

—Una preocupación menos. ¡Traedlo al calabozo! Tenemos que grabar su voz para el peritaje —ordenó y colgó.

—¿Qué? —quiso saber Zamorano.

—Pues que han detenido al *Puche* y no ha opuesto resistencia.

—¡Vaya! —Se sorprendió Verbeke—. Con lo violento que es…

—Estos cabezas huecas, cuando no tienen quién los dirija en sus acciones, pierden el norte y entran en cortocircuito —le aseguró Miranda.

—A ver si *el Puche* canta y cerramos el caso pronto —se esperanzó Zamorano.

—No creo que tengas muchos planes nocturnos —dijo Verbeke con sorna—. ¿Te quieres venir a casa a cenar?

—Gracias, pero no. Me quedaré en la cama del hotel relajado con un vaso de agua grande y mis ibuprofenos a mano, me duelen las

costillas al respirar —se quejó haciendo muecas de dolor—. Esta noche hay partido de futbol: Italia contra Estados Unidos.

—Pues no cantes los goles muy fuerte —le sugirió Verbeke.

Entre charlas de carácter informal y otras anécdotas, pasaron los minutos. El reloj marcaba las ocho. *El Puche* fue llevado al calabozo y estaba a la espera de ser interrogado por Miranda. Cuando se dispuso a visitarlo, una nueva llamada entró al teléfono.

—Dígame, Velázquez.

—Hemos registrado la nave de arriba abajo. Poca cosa. Un billar y un par de banderas con esvásticas nazis y mobiliario. Supongo que la han desmantelado antes de que llegásemos, ya que se habían dejado la puerta abierta y estaba todo revuelto. Lo único que han dejado es una caja fuerte tras un cuadro del Caudillo. Supongo que el que vino no conocía la clave. Un equipo especializado está intentándola abrir.

—¿Crees que han…? —habló Miranda en clave para que Julia no se enterase.

—Tenemos un topo y debe ser uno de los guardias civiles residentes —juzgó bajando el tono.

—Entiendo. Avísame si hay algo de interés en esa caja.

Miranda colgó y miró con desconfianza a Verbeke. Esta se sintió molesta.

—¿Qué pasa? ¿Un rapto? ¿Han encontrado a un fiambre maniatado?

—Un chivatazo —concluyó Miranda ante las preguntas de Verbeke—. Y tú eres una de las sospechosas.

—Pero ¿qué tengo yo que ver con esos energúmenos? Soy una recién llegada.

—Has estado fuera durante el almuerzo. ¿Quién me dice que no has sido tú la que ha dado el aviso? Igual también llamaste al *Matemático* para darle la ubicación de Zamorano para que lo apaleara.

—¿Por quién me toma? Supongo que está sugestionado por leer la Santa Biblia. No, no soy su Judas Iscariote. —Hurgó en su bolso—. Mire el registro de llamadas de mi teléfono o pida la factura a la compañía, si así se queda más tranquilo.

—Entonces, ¿qué ha estado haciendo en ese intervalo de tiempo?

—He estado comiéndome unas ricas pelotas —soltó sin pensar en dobleces.

—¿Me está vacilando? —preguntó Miranda. Zamorano se tapó la boca para evitar la carcajada.

—Es un plato de aquí que me ha cocinado mi compañera de piso… A su pesar, no soy María Magdalena.

—¡Calla, calla! —se quejó Zamorano conteniendo la risa, a la vez que se echaba una mano al pecho—. ¡Que me duelen las costillas al reírme!

—Corramos un tupido velo. —Hizo una pausa para olvidar la respuesta—. No podemos permitirnos un constante boicot desde el corazón de la investigación, así que debemos ser prevenidos y, hasta nueva orden, usted, Baños y Romero, no podrán entrar a la sala de operaciones, al igual que no les pondremos al corriente de los avances. Así que déjenos trabajar y cierre al salir.

—Se equivoca conmigo. Tiempo al tiempo. Su hombre es Baños, ya verá.

—No quiero escucharla más.

Verbeke no añadió ni una sola palabra más. Resopló y salió llena de indignación. Dio un portazo que hizo temblar el marco de la puerta. No se quitaba de la cabeza a Baños, y cada vez lo veía más turbio, más oscuro. Entonces, puso rumbo a las caravanas de la playa. Estaba dispuesta a grabar al sargento merodeando por allí.

37

El equipo de investigación

Verbeke llegó al pinar dispuesta a ejecutar su plan. Dejó el coche en el aparcamiento para que lo viera Baños en cuanto llegara. Su reloj marcaba las ocho y veinte. Llamó a la puerta de la caravana de la bruja. A su olfato, plantas aromáticas del secadero; a su oído, una oración. Dio una voz, silenció y Luna Hechicera abrió.

—Hola. Viene antes de la hora acordada. ¿Quiere la cámara?

—Sí. Y, como hablamos, se la devolveré intacta. Estamos en una importante investigación y no tenemos el material adecuado.

—No tiene que darme explicaciones siempre y cuando me la devuelva.

—Por cierto, ¿cuánto cobras por una sesión de videncia?

—La voluntad: treinta euros.

—Vale… —dijo Verbeke dando por entendido que ahí iba incluido el alquiler de la videocámara.

—Pase.

Verbeke vio de nuevo aquella sábana negra que ocultaba una parte de la caravana. Contempló los amuletos y las figuritas. Tomó asiento y esperó instrucciones.

—¿Qué tengo que hacer?

—Dame las manos y hazme la pregunta.

Luna derramó una copa de agua sobre sus dedos lentamente. Luego le puso una piedra en la palma de una mano y un mineral en la otra.

—¿Mi padre está enterrado en algún lugar de Jerez de la Frontera?

—No —respondió con los ojos cerrados.

—¿En Cádiz?

—No.

—Entonces, ¿está pudriéndose en la superficie y a la intemperie?

—No. Y, además, te diré que no puedo contactar con él.

—¿Eso qué significa?

—Que no está muerto, o que su alma todavía no ha asimilado que ha abandonado el mundo de los vivos. Habría que hacer un trabajo de los fuertes para saberlo.

—Ahora no tengo tiempo, pero tenemos pendiente esa consulta. Ya me dirá qué necesito —dijo Verbeke levantándose de la silla—. Me vuelve a dejar desconcertada.

—¡Espera! —le exigió la vidente.

—Es verdad. No te he pagado. —Se ruborizó.

—No. Solo quiero decirte que vayas con cuidado. Veo un halo negro a tu alrededor. Estás en peligro.

—Gracias. Me acabas de alegrar el día.

Luna se quedó perpleja. No entendía a qué venía esa alegría por estar cerca de la muerte. Verbeke salió al pinar y pensó: *«Tengo confirmación celestial de que vas a venir a buscarme, sargento Baños. Te pillaré y se hará justicia de una vez por todas».* Caminó y se situó frente a la caravana de Pepín y Celso. Fue a redoblar sus nudillos en la puerta, cuando esta se abrió como si tuviera un sensor con lector de retina. Apareció Celso con la fregona en la mano.

—¿Qué quiere?

—¿Está Pepín?

—Según para qué. Pero creo que no es el momento, tengo que ir al pueblo a hacer unas compras. Los sábados vamos juntos y luego nos tomamos un helado.

—Solo quiero dar un paseo y hacerle unas preguntas. Lo llevaré a cenar y lo traeré antes de las diez.

—Está bien. ¿Con quién mejor que con una guardia civil? A las diez menos cinco lo quiero aquí. —Dio el visto bueno y alzó la voz—. ¡Pepín! Te buscan.

El niño salió con un chándal negro y una sudadera de capucha descolorida por los lavados y el sol. El padre puso rumbo al aparcamiento donde debía esperarle un taxi.

—¡Hasta luego, papá! —le brindó el niño la despedida, guardando el secreto de que había tramado un plan con la guardia civil.

Verbeke se alejó y se metió entre los pinares para darle instrucciones al niño. De fondo, se oían timbales y vítores que provenían del asentamiento hippie que había en una zona más profunda de la arboleda.

—Esta es la cámara. El botón rojo es para grabar. Solo hay que pulsarlo una vez. No hay que estar presionándolo todo el rato. —Pepín asintió—. Veas lo que veas, no grites ni dejes de grabar, tú solo cierra los ojos.

En ese momento, se oyó un ruido entre la maleza. Apareció una niña morena con ojeras y llagas por los brazos. Era rubia y tenía pinta de enferma.

—Hola.

—Es una extraterrestre —confirmó Pepín.

A Julia le vino a la cabeza el dibujo abstracto que este le hizo. La reconoció de inmediato.

—¿Qué haces aquí, niña?

—Me ha enviado Teo para ver qué estáis haciendo.

—Estamos hablando. Solo eso. Somos amigos.

—Vale. Pues se lo diré. —Se dio por satisfecha la niña de aspecto inquietante alejándose de ellos.

—¡Ves como existen los extraterrestres! Teo es su líder. Es el que dibujé.

—¡Qué territoriales son estos hippies!

—Se sienten rechazados por la sociedad. Yo me uniría a ellos, pero a mi padre no lo aceptarán.

—Centrémonos, Pepín. Te toca hacer tu parte. Este ángulo es bueno para grabar. Cuando veas un hombre aparecer, le das al botón rojo, ¿vale? Vas a formar parte de una misión, amigo —le animó y se marchó al reencuentro de Ana—. Y me vas a ayudar mogollón.

—Gracias. Me gusta sentirme útil.

Julia sorteó varios troncos y llegó a la caravana de alquiler. Dentro había luz y una silueta que se apreciaba tras la cortinilla de la ventana. Verbeke llamó a golpe de nudillos y abrió sin esperar el permiso de su compañera. Cuando entró, se sobrecogió al ver el rostro de Ana: estaba pálido y con los labios morados. En la comisura de la boca tenía un fluido rojizo; no estaba muerta, solo se comía un pastelito *Bony* relleno de mermelada de fresa, fruto de la ansiedad del momento.

—¡Menudo susto me has dado! —se quejó Ana—. Pensé que venían a matarme.

—Yo creo que antes te mata una subida de azúcar —le respondió cogiendo un pastel de los tres que contenía el envase en origen—. ¡Comparte!

38

Diario de muertes

Puesto de la Guardia Civil
20:40

Romero recorrió el pasillo en busca de Baños, que estaba con los brazos en cruz y pensativo.

—¿Qué hace aquí, mi sargento? ¿Es cierto que nos han apartado del caso?

—De manera preventiva. Al parecer, piensan que uno de nosotros está conchabado con ellos.

—¡Qué locura es esa! —Hizo un ademán con la mano—. Saben que cogimos al *Matemático*, lo más normal es que sus compinches fuesen a desmantelar la nave antes de que llegásemos. Se trata de una banda organizada.

—Ya. Pero me jode bastante que piensen así de nosotros.

—¿Y Verbeke? —Cambió de tema—. Desde que llegué no la he visto.

—Jugando a ser la mítica Jessica Fletcher —dijo con sorna—: va de detective privada. Ve demonios donde no los hay. Que si al *Mojarra* lo maté yo, que si hundí una lancha a disparos en la playa… Al parecer, se ha citado en la caravana del pinar de Quitapellejos con un testigo que vio claramente al hombre que disparó contra la barca neumática de los inmigrantes que naufragaron. —Romero se quedó pensativo. Baños lo miró extrañado y le preguntó—. ¿No pensarás tú también que yo he sido capaz de hacer algo así?

—Para nada, mi sargento. Se equivocan.

En ese mismo instante, apareció el comandante Miranda por la puerta de la sala de operaciones.

—Pase por aquí, sargento. ¡Solo!

Romero aceleró y tomó camino hacia la salida. Baños acudió a la sala y tomó asiento frente a Zamorano y Vega.

—¿Qué ocurre? ¿Ha cantado *el Puche*?

—¿Eso le preocupa? ¿Teme que lo incrimine?

—Duermo muy tranquilo. Pueden registrar mi casa y todo lo que les apetezca. No soy el topo que buscan.

—Ya… —Estiró la mano—. ¿Me entregaría su arma un momento?

Baños hizo un mohín. No sabía por qué razón le estaba pidiendo su pistola. No quiso poner más resistencia ante las sospechas vertidas sobre su persona. Entregó la Beretta. Miranda la sujetó y la descargó. Sacó el cargador y lo vació. Contó todas las balas y miró el número de lote y fabricante.

—¿A qué viene esto?

—Estamos descartando culpables.

—No he disparado a nadie nunca.

—La cabo Verbeke ha descubierto que la lancha que portaba los inmigrantes que naufragaron fue tiroteada y que el testigo fue el *Mojarra*, cuya muerte ha podido ser propiciada.

—No quiero ofenderlo, mi comandante, pero esa mujer le va a hacer perder la cordura con sus elucubraciones.

Miranda metió la mano en su pantalón de pinzas y puso el casquillo sobre la mesa.

—Me ha enseñado las fotos de la lancha tiroteada, y encontró un casquillo en la playa con un detector de metales. ¡Está en lo cierto! Pero tú no has sido, el lote de la munición no coincide y, además, no te faltan balas.

En ese mismo instante, entró Jesús Velázquez con un libro con tapas de cuero que soltó sobre la mesa haciendo rodar las balas. Baños se limitó a recogerlas. Zamorano vio el rostro de su compañero y supo que algo gordo había descubierto.

—¿Qué ocurre, Velázquez?

—Mi comandante, en la caja fuerte estaba esto. —Abrió el libro por la mitad—. Es una especie de cuaderno contable de muertes y palizas llevadas a cabo por la organización en al menos tres años. Aparecen los nombres de los agredidos, las zonas donde fueron asesinados y recortes de periódicos con las noticias.

—Pero ¿qué me está contando?

—Tal cual. Lo que dijo el *Matemático* era cierto. Las palizas se pagan a cincuenta euros y las muertes a cien. Todo está registrado. También aparece el nombre de los ejecutores: *el Puche*, Bill *el tatuador*, un empresario relacionado con invernaderos en la zona, guardias civiles costeros, el propio *Matemático*…

—¿Y quién es el topo?

—Hubo una cantidad pagada que nos llamó la atención. —Buscó la página pintarrajeada y el recorte del *Diario de Almería*—. Mil doscientos euros de una vez.

—Eso equivale a doce muertos. —Se horrorizó Miranda enderezando su bigote.

—O veinticuatro apaleados —restó peso Vega.

—Son los doce inmigrantes de la lancha que naufragaron en Quitapellejos. —Mostró la página del sicario y algunos nombres de las víctimas. El sargento Baños lo leyó antes de que lo pronunciase, y su corazón casi se le sale por la boca—. Y el nombre que viene al lado es el de…

Baños recogió su arma junto a un puñado de balas, le dio un empujón a Velázquez, y salió corriendo por el pasillo.

Intentaron darle alcance, pero ya se había montado en el coche.

39

Las manos llenas de sangre

Pepín Coto tenía las rodillas hundidas en la arena y varias toneladas de hierro sobre su espalda; se había metido bajo su autocaravana para evitar ser visto. Desde allí, tenía un ángulo mejor que desde donde lo ubicó Verbeke. Sabía que estaba a punto de ser alguien importante. Estaba convencido de que esas semanas iban a marcar su vida para siempre. Los periodistas, los reporteros y la policía… todos querían oírlo. Y es que, de la noche a la mañana, había pasado de ser un ignorado a convertirse en el centro de atención de la actualidad en Almería. La humedad de la noche empezaba a empañarle los cristales de sus gafas y aquella postura de cuerpo a tierra se le hacía pesada; por no hablar de las agujas de pino que se le clavaban por las piernas o las hormigas que le trepaban por todas partes. Cuando pensó en abandonar la misión por puro aburrimiento, apareció alguien delante de sus narices. Entonces, pulsó el botón para filmar y se quedó inmóvil. El hombre que Verbeke le había asegurado que iba a venir estaba allí, ataviado con una *bomber* negra, una gorra de visera plana y zapatillas de deporte. En una de sus manos traía una garrafa de cinco litros; en la otra, una caja de herramientas. Dejó los bártulos junto a un árbol y se asomó por una de las ventanas. Luego, se dirigió a la puerta de entrada. Llamó a golpe de nudillos y aguardó a que le abriesen.

Dentro estaban Julia y Ana. El teléfono móvil de la cabo comenzó a vibrar por enésima vez: se trataba del sargento Baños. *«No pienso cogértelo»,* se convenció. En ese mismo momento, escuchó la puerta. Ana se sobrecogió y puso los ojos como platos.

—¡Shhh! —la mandó callar Julia, mientras sacaba su arma de la funda. Preguntó la identidad pegando la boca a la puerta—. ¿Quién es?

—Yo. Abre, Julia.

Verbeke no identificó bien la voz, pero el tono no parecía el de Baños. Abrió la puerta un poco y asomó la cara.

—¿Romero? ¿Qué haces aquí?

—He venido a socorrerte.

—No necesito ayuda y menos la tuya. ¿Cómo me has

encontrado?

—Baños me contó que estabas con un testigo de la noche del naufragio, y que iba a venir a acompañarte para recoger el testimonio… Eso me ha hecho dudar de sus intenciones. Ya sabemos lo que le hizo a *Mojarra*.

—Ya —respondió dudando sobre su indumentaria.

—¿Puedo pasar?

—Ya salgo yo mejor —contestó y cerró la puerta—. ¿Qué haces con gorra por la noche?

—¿Te ha contado algo el testigo?

Julia empezó a sospechar de Romero. Actuaba de modo extraño y vestía de una manera que no era la habitual en él.

—No me ha dado tiempo —le mintió. Su teléfono siguió sonando en su bolso junto a la pistola—. Otra vez el puto móvil. Mi madre me llama todos los días y en los momentos más inoportunos —mintió y se alejó unos pasos—. Voy a cogerlo. Dame un segundo.

—¡Verbeke! Soy Zamorano. No te fíes de tus compañeros. El cabo Romero es el topo y Baños ha salido corriendo con una pistola en la mano. Aléjate de ellos.

—Vale, mamá —fingió que todo iba bien, a pesar de que los vellos de la nuca se le erizaron de golpe—. Me cuidaré, lo... lo tengo presente. Hablamos.

Colgó. Su rostro no pudo ocultar la sorpresa. Guardó el móvil y palpó la pistola. Una vez la tuvo bien agarrada, se acercó a su compañero sin sacar la mano.

—¿Todo bien?

Verbeke sacó su arma y apuntó a Romero.

—Pon tu pistola en el suelo.

—¿Pero? ¿Estás loca? ¿Qué haces?

—¡La pistola al suelo, coño! —le ordenó quitándole el seguro. Romero sacó el arma con cuidado y la soltó delante de su puntera. Le dio una patada y la deslizó hasta los pies de Verbeke. Esta se agachó sin dejar de apuntar. Sacó el cargador y se lo lanzó a su compañero de nuevo—. Ahora ve contando las balas en voz alta.

—¿Qué mierda de juego es este? Pensé que me tenías algo de aprecio. —Intentó jugar con sus sentimientos—. Está bien: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez.

—Hasta quince, faltan algunas. Las que empleaste para matar a esos pobres inmigrantes en la playa, ¿no?

—No deberías haberte metido en eso. —Su rostro se enturbió bajo la visera de la gorra—. Ahora no me dejas opción, tengo que quitarte del medio.

Verbeke dejó caer una lágrima por su mejilla. No entendía como un chaval, de su edad y con esa sonrisa perenne, podía tener un corazón tan oscuro.

—Como le pasó al pobre de *Mojarra*, ¿verdad? ¿Fuiste tú quien empujó al pobre pescador? No te imaginaba tan sádico. Supongo que Rocío te cubrió con la coartada de que estuviste en el yate con tus amigos franceses, la compraste por una dosis de coca… ¡No tienes escrúpulos!

—Para vivir la vida que quiero, tengo que salir de mi línea de confort, y vendería mi alma al diablo por ello. El sueldo de guardia civil es fijo, pero da para poco. Lo que me cuesta ganar en un mes deteniendo a gentuza, lo gané en una noche a cien euros por cabeza. Ahora ya sabes la verdad y morirás con ella.

—Voy a detenerte, cabronazo. ¡Cuando estés entre los barrotes te acordarás de lo gilipollas que has sido!

Romero sonrió. Verbeke intentó dar un paso adelante, pero alguien la frenó. Sintió una mano que le tapaba la boca. Luego recibió un par de puñetazos en el costado y cayó de rodillas al suelo. La desarmaron y entre los dos la metieron en la caravana. Cerraron la puerta desde fuera. Uno cogió la caja de herramientas y clavó un travesaño de madera en la entrada. El otro roció la *roulotte* con la gasolina que había en la garrafa. Pepín, que estaba grabando, cerró los ojos ante lo que estaba a punto de suceder. Aquello se le había ido de las manos a la guardia civil rubia que le había prometido que todo saldría bien. Dentro, Ana gritaba y aporreaba la puerta. El fuerte olor a combustible se coló bajo la ranura. Romero sacó un mechero del bolsillo. Julia abrió los ojos. Estaba aturdida y le dijo a Ana que partiera una ventana para escapar. Desde el suelo, pensó en el compinche de Romero y a su cabeza solo venía un nombre: el sargento Baños.

Prendieron la caravana. Las llamas comenzaron a hacerse con el vehículo. Pepín, sumido en un terror indescriptible, dejó la cámara y echó a correr. No huyó, sino que acudió al fuego pidiendo auxilio. Las llamas le achicharraban los brazos, pero la angustia de saber que se iban a carbonizar si no hacía nada le daba el empuje necesario para soportar las quemaduras. Puso un pie en la puerta y tiró, pero no pudo abrirla. Cogió arena del suelo y la lanzó contra el fuego sin conseguir apagarlo. De pronto, un par de manos le ayudaron. Entre los dos quitaron la tabla de madera. Consiguieron abrir la puerta, y las dos

mujeres, junto a Pepín, corrieron hacia el agua de la playa para apagar sus ropas. Entre toses, se dejaron caer a plomo en las olas.

Tras ellos, una humareda y el fuego que envolvía la caravana en una bola incandescente.

Mucha incertidumbre sobre la identidad de los agresores y de la del salvador.

La cámara de vídeo tenía las respuestas.

40

Todos nos equivocamos

20 de junio de 2006

22:00

Hospital Universitario de Poniente

Verbeke despertó al oír el pitido de la máquina que le controlaba las constantes vitales. Se encontraba aturdida y desubicada. Le dolían la espalda y las costillas. Llevaba gafas con oxígeno insertadas en la nariz que le ayudaban a respirar. Lo primero que vio al abrir los ojos fue una guadaña de plata en el marco de la ventana. Sacudió la cabeza y pudo apreciar con nitidez que se trataba de la luna, que estaba entrando en fase menguante. Miró al otro lado desde la cama. No había nadie en el sillón de acompañante. No le dio la más mínima importancia; estaba acostumbrada a ir sola por la vida. La puerta se abrió y le pareció ver a su padre: tenía una carta en la mano. Entonces, pensó que estaba muerta. De nuevo, una alucinación cuyo protagonista era su progenitor. Sacudió su cabeza y pudo ver con nitidez que se trataba de la persona que menos imaginaba: el sargento Baños. Verbeke se sintió desprotegida ante el que posiblemente la había querido achicharrar en la caravana. Tenía los antebrazos vendados y una cicatriz en la ceja. Le dejó una nota sobre la mesita y se marchó. Verbeke hizo un intento por reincorporarse y tosió.

La puerta volvió a abrirse y esta vez entró una silueta borrosa. Pensó en Romero. Hizo un amago por sacarse la vía del gotero para clavarla en la yugular de su agresor si fuera necesario, pero la voz que oyó la calmó.

—¡Eh! ¡Quieta! Soy Zamorano. Estás sana y a salvo.

—¡Baños ha estado aquí! —Se alarmó—. Me ha dejado una nota.

—No tienes que preocuparte por él.

—¿Cuánto tiempo llevo ingresada? —preguntó palpando el tubo de la sonda.

—Tres días, ¿te acuerdas de algo?

—Recuerdo que Romero y Baños me metieron en una caravana.

Nos bloquearon la puerta y prendieron fuego… ¿Qué clase de persona puede ser tan cruel? —le preguntó con indignación—. ¡Ana! ¿Y Ana? Estaba conmigo allí encerrada.

—Ya le han dado el alta. Me dijo que te dijera que te perdonaba por haber sido tan mala compañera de detective… ¡Ah! Y que, a la niña saharaui, Latifa, también le han dado el alta. Ana le ha prometido que le traerás con vida a su hermana Zareen.

—Tengo lagunas. Supongo que serán los relajantes inyectados en vena.

—Has estado en la UCI hasta esta mañana.

—¿Quemaduras? —Se levantó el pijama sanitario mostrando su cuerpo desnudo.

—No. Inhalación de humo y una costilla enhastillada —le aclaró recordándole que él también estaba así—. A estos cabrones se les da bien romperlas a base de puñetazos.

—¿Lo han conseguido detener…? —Tosió—. Me refiero a Romero.

—Le están reconstruyendo los huesos de la rodilla debido al impacto con el vehículo. Se quedará cojo de por vida. Y le espera una larga temporada entre rejas.

—Me faltan muchos datos. —Miró la carta y la tomó de la mesita auxiliar—. ¿Por qué Baños ha estado aquí? Pensé que venía a rematarme.

—Nada es lo que parece. Por cierto, ¿qué pone?

Verbeke leyó a trompicones.

—*Perdón, todos estábamos equivocados. Tú me juzgaste mal. Yo te subestimé. El cabo Romero nos engañó. En una cosa sí tenías razón: alguien hundió esa barca hinchable a balazos y fue el mismo que mató a* Mojarra. *Ahora has ayudado a hacer justicia. Pero, sobre todo, me has ayudado a mí a resolver un enigma al que llevaba tiempo intentando darle solución. La respuesta ha sido amarga. Aun así, gracias.*

—¿De qué va esto? No entiendo nada.

—Cuando veas la cinta lo entenderás todo.

—¡Pepín! ¿Cómo está el niño?

—Hecho un héroe. —Se enorgulleció—. Quemaduras leves en las manos, algunas heridas de guerra para su currículum.

—No puedo esperar a ver la cinta, Zamorano. ¡Cuéntamelo todo!

—Lo suyo es que te recuperes y lo veas por ti misma.

—¡No me vengas con la técnica del cocodrilo ahora! Ya sabes que no es mi virtud la de la paciencia.

—¡Desde luego! —Asintió con la cabeza—. Te haré un resumen de lo que sucedió aquella noche del 17 de junio de 2006. Ponte cómoda. —Zamorano se sentó en el asiento y comenzó a narrarle—. Tú estabas en la caravana junto a tu compañera de piso con Pepín apostado con una cámara entre los pinos como si fuese un reportero de guerra. Esperabas que fuese Baños a tu trampa para incriminarlo. La cuestión es que Baños le contó en el puesto a Romero que se te había ido la olla, y que habías quedado con un testigo en la playa. Romero fue en tu búsqueda tras conocer la ubicación. Baños estaba en ese momento hablando con el comandante Miranda. Yo estaba presente cuando le pidió el arma y vació el cargador siguiendo una suposición tuya. Baños tenía todas sus balas. Pero, en ese momento, entró Velázquez. Habían abierto la caja fuerte y sustraído un libro contable de asesinatos y palizas de la nave que registraron. En él aparecían los nombres de las víctimas y sus verdugos. Estos desgraciados lo llevaban todo registrado, como si fuese una empresa que realiza servicios. Había recortes de periódicos, fechas y ubicaciones. Baños leyó el nombre de Romero en el hundimiento de la lancha de inmigrantes, pero, lo que realmente le hizo salir de allí con ánimos de venganza fue un nombre que venía en la página de Romero: Mourad.

—¿Quién es Mourad?

—La pareja de su exmujer.

—¡Por eso llevaban desaparecidos una temporada! Baños me estuvo llamando, pero no le cogí el teléfono. ¿Quería avisarme?

—Exacto. Sabía que el cabo Romero iba a ir a por ti, y de lo que era capaz de hacer.

—¿Y quién detuvo a los dos que incendiaron la caravana?

—No te adelantes. —Mantuvo el orden del relato—. Entonces, Romero fue con un secuaz a buscarte. Se llevó a un tío que hacía tatuajes que también es una joyita. Ese fue quien te cogió por detrás y te golpeó. Luego, rociaron la caravana y clavaron un listón con clavos a la puerta. Estabais atrapadas. Partisteis una ventana y fue peor: el humo se hizo con el interior. Estos dos criminales salieron corriendo y se montaron en su coche. Pero Baños, que venía a todo trapo, tiró del freno de mano y se cruzó en su camino. Los dos quedaron conmocionados al no llevar cinturón. El sargento salió corriendo en vuestro auxilio hacia el pinar, al ver las llamas y la chimenea de humo. Cuando llegó, se encontró a Pepín tirando de las lamas mientras su sudadera ardía. Entre los dos consiguieron destrabar la

puerta y os sacaron. Os dejaron en la orilla para que el agua apagara el fuego. —Tragó saliva—. Baños se fue al coche donde Romero y su secuaz estaban atrapados. Lo sacó tirando de su cabeza. Una vez lo tuvo en el suelo, lo encañonó y le preguntó dónde estaba el cadáver de Mourad y si había matado a su exmujer. Romero no accedió, así que lo arrastró hasta la caravana en llamas y amenazó con arrojarlo a la pira. El cabo cantó la ubicación exacta donde había depositado el cadáver: en el pantano de Cuevas del Almanzora. Baños le soltó cincuenta euros y le dijo que eso era lo que valía una paliza y el dolor que estaba sufriendo. Luego, sacó otros cincuenta euros como amenaza de que iba a matarlo si no le decía la verdad. Le preguntó si su exmujer estaba muerta. Romero le juró que no. Que no sabía nada de ella. Llegaron los refuerzos y fueron detenidos. Por eso Baños te está agradecido… Al fin al cabo, te salvó, pero tú le diste las respuestas que necesitaban él y sus exsuegros.

—¿Estaba su mujer en el pantano?

—No, pero ha ido al entierro. —Verbeke abrió los ojos como platos—. Piensa que Mourad la había abandonado y ella, por motivos de vergüenza, no quiso volver al pueblo ni hablar con sus padres.

—¡Joder! Menuda historia.

—Ahora descansa. Mañana te darán el alta si sigues así de bien. Ah, por cierto. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un objeto que pegó en la lámpara de metal que había sobre el cabecero de la cama —. Te he traído un imán de Cuevas del Almanzora para tu nevera. Esta vivencia merece ser recordada por los siglos de los siglos.

—No sé yo… Hubiera preferido una ración de churros con chocolate. ¡Qué hambre tengo!

41

Luna menguante

21 de junio de 2006

Puesto de Cuevas del Almanzora

10:00

Miranda deslió un caramelo de regaliz y se lo metió en la boca. No estaba solo, sino junto a su equipo en la sala de operaciones. Verbeke y Baños ocupaban dos sillas que estaban pegadas. En la pizarra estaba escrito el nombre de la operación: *Luna menguante*. Tenía un mensaje relevante que dar.

—Si os he traído —los señaló con el dedo índice—, es para daros las gracias por vuestra labor. Un poco temeraria, pero muy fructuosa. Hemos conseguido desarticular toda la banda y meter entre rejas a asesinos y delincuentes cuya única ideología es la de la violencia —los alabó—. Gracias al instinto de Verbeke y al arrojo de Baños. Ambos haciendo sacrificios el uno por el otro. Una para hacer justicia y el otro para salvar a una compañera. Una vez expulsado el topo, puedo volver a confiar en vosotros, así que, yo creo que antes de continuar con el operativo, necesito que hagáis las paces.

Baños se giró, miró a Verbeke a los ojos y sonrió. Adelantó la palma de la mano mostrando su muñeca vendada.

—¿Borrón y cuenta nueva?

—Ahora sí —respondió Verbeke haciendo una mueca de dolor.

—Estupendo, cabo. —El sargento se alegró—. Aunque seamos agua y aceite, vamos a llegar al fondo de este caso. Te lo aseguro. Y por mis cojones que vamos a resolverlo.

—No lo dudes.

—Estupendo. Ahora vamos a ponernos al día —dijo Miranda llamando a la pizarra a Velázquez—. Su turno.

—Tenemos entre rejas a todos los miembros de la organización neonazi. Sus delitos están escritos y detallados en el libro de contabilidad que hallamos en el registro. A todos se les va a caer el pelo. —Se entusiasmó—. Pero en ese registro no aparece nada

relacionado con los inmigrantes desaparecidos en la playa, por lo que están exculpados de esos crímenes. Además, han llegado los resultados de la fonoscopia y el contraste ha arrojado que estos no tienen nada que ver con las voces registradas en la grabación. Muy posiblemente, el o los asesinos, siguen ahí fuera. Desde que ocurrió el crimen del pasado 11 de junio, no ha vuelto a haber otro asesinato de similares características, por lo que han podido ocurrir dos cosas: que la presión mediática lo haya reprimido, o que esté esperando para dejar otra víctima. Hace dos años tardó nueve días en consumar el segundo crimen, y luego cinco. En esta ocasión, lleva nueve días y parece ser que no ha seguido con el patrón de número. —Se fue a la pizarra y escribió dos nombres—. De aquella lancha que naufragó, faltan los adolescentes Dalil y Zareen. No están en ningún centro de acogida o albergue. Es posible que sean sus futuras víctimas. —Miranda recibió una llamada y salió al pasillo. Velázquez continuó—. Nuestra investigación tendrá dos bloques: el primero, se basará en buscar a estos dos inmigrantes; el otro esfuerzo irá enfocado en revisar la información enviada por las inmobiliarias sobre clientes que hayan alquilado pisos solo para junio y para los años 2004 y 2006.

Tras ellos, la puerta se abrió. Miranda se fue para la pizarra con paso diligente. Tomó el rotulador y tachó el nombre del varón saharaui con un interrogante.

—Es más que probable que a Samil ya no haya que buscarlo: acaba de aparecer en la playa. Lo ha encontrado una vidente que vive en una caravana. Según la información que me llega, cumple con todos los rasgos de lesiones dejados en los anteriores crímenes.

—¡Ha cumplido con el patrón de los nueve días! —Se sobrecogió Velázquez—. Me temo que nos quedan cinco antes de que termine su obra.

—No sea pájaro de mal agüero —le cortó Miranda—. Zamorano, ve con Vega a entrevistar a testigos y registrar las caravanas de arriba abajo. Velázquez, ¡al coche conmigo! —ordenó—. Vosotros dos no estáis para muchos trotes, os quedáis. Id llamando al forense y al juez para que se desplace al lugar de los hechos.

Baños y Verbeke se quedaron solos.

—Llama tú al forense Santana. Yo llamaré al juez.

—No tengo el número, mi sargento. Solo tengo el fijo del Anatómico Forense.

Baños buscó el teléfono en su agenda y se lo escribió en la pizarra.

Julia marcó los dígitos, se alejó y realizó la llamada.

—¿Doctor Santana?

—¿Sí?

—Soy la cabo Julia Verbeke, ¿me recuerda?

—Claro, *mullalla* —respondió usando un acento muy canario para dirigirse a ella —. ¿Cómo estás?

—Con las carnes abiertas. Ha vuelto a suceder, y en la misma zona. El comandante de la UCO me ha pedido que le llame a usted para que vaya.

—¡Qué fastidio! Tenía una conferencia en Murcia con la cúpula de los patólogos más importantes de España. ¡Bueno! Si es más de lo mismo, será fácil determinar las lesiones del cadáver y estaré rumbo a Murcia por la tarde. No me demoro más. ¿Nos vemos allí?

—No, me han dejado en tierra. Es una larga historia.

—Ya oí algo… Ya hablaremos. Por cierto, ¿es este tu número?

—Sí.

—Pues lo guardo. *Ciao*.

Una vez terminó la conversación, Verbeke se aproximó a Baños. Este estaba de espaldas a ella observando la pizarra.

—Zareen es la hermana de una niña de nueve años que estuvo en la UCI. ¡Ojalá la encontremos con vida! Sería un gran apoyo para ella. Imagina ser un niño solo en un país desconocido y sin entender el habla de nadie.

—¡Por mis cojones que esto lo resolvemos entre tú y yo! —Se pronunció—. Tenemos cinco días por delante.

Verbeke se alejó de la pizarra dando pasos atrás, como si de lejos pudiera verlo todo con claridad. Se distanció tanto que solo podía leer con nitidez el título de la operación: *Luna menguante*. La chispa divina le vino a la cabeza. Recordó su estancia nocturna en el hospital, y como, al mirar por la ventana, vio la luna menguante como la hoja de una guadaña.

—Tú tienes un calendario de los grandes en tu despacho, ¿no? ¿De esos que aparecen los Santos y las fases de las lunas?

—No. Pero Buendía tiene uno en su taquilla que yo le di, es del bar *El Cuevano*, y salía el careto del *cipollo* de Curro en primera plana, un horror para la vista…

—Mejor uno de una mujer con las tetas fuera sobre una Harley, ¿no? —le cortó.

—Paso palabra —le respondió sin entrar al trapo.

—¿Puedes localizarlo para que abra la taquilla?

—Voy a buscarlo y ahora vengo.

En cuestión de minutos, Baños apareció con el calendario en la mano. Verbeke cogió un bolígrafo y señaló los números. Casualmente, aparecían dos lunas en distintas fases junto a los días en los que hubo crímenes.

—Ya sabemos el patrón que sigue: las fases lunares —dijo emocionada Verbeke creando expectación en Baños—. El día 11 hubo luna llena, hoy menguante, y el día 25 habrá luna nueva.

—Deberíamos contrastarlo con las fechas de 2004. Pero a ver dónde encontramos un calendario lunar de esa fecha.

—En internet. Creo que hay un ordenador conectado al ADSL.

—No va bien. Intenté buscar en el buscador ese nuevo, Google, pero se queda pillado.

—Porque seguro que buscabas vídeos porno y esos tardan en cargar —le soltó sin anestesia—. Pero un calendario de mareas o fases lunares debe cargar rápido.

A paso lento, llegaron al ordenador conectado al rúter ADSL. Abrieron el novedoso buscador, que funcionaba en España desde 2003, y teclearon las palabras clave. En la pantalla apareció un calendario lunar. Pusieron junio de 2004 y comprobaron las fechas que Baños se sabía de memoria.

—¡¡Toma ya!! Coincide. Tenemos el patrón del tiempo que usa. Está claramente influido por las fases de la luna.

—Está claro: se trata de un puto lunático. De ahí las marcas en la frente con forma de C. ¿Qué clase de trauma te provoca fervor hacia la luna menguante?

—Cuando le pongamos la mano encima lo averiguaremos, cabo Verbeke. De momento, voy a avisar a Miranda de nuestra conclusión. —Sacó el teléfono—. Jamás pensé que diría esto por tus constantes salidas de tono, pero me estás empezando a parecer una buena investigadora.

42

El segundo cadáver

Aquella mañana hacía más calor de lo normal por estas fechas. Desde la distancia no se oía el persistente oleaje ni el graznido de las gaviotas. El sonido predominante eran las voces de los periodistas que se agolpaban tras la cinta de baliza, como buitres que esperan a que las hienas abandonen el cadáver para deleitarse con los despojos. Varios guardias civiles uniformados y con gafas de sol se encargaban de que ningún reportero osado metiese su cámara réflex en el lugar de los hechos. En cuanto vieron aparecer a los de la UCO con sus chalecos reflectantes, se apretaron batiéndose en una lucha por poner la grabadora delante de los morros del comandante Miranda.

—En breve daremos un comunicado —respondió ante el asedio y continuó caminando.

Los cinco pudieron ver la autocaravana carbonizada, flanqueada por un par de pinos con los troncos tiznados y las ramas desnudas. Zamorano y Vega se quedaron allí para entrevistar a los propietarios de las caravanas por si habían visto a alguien sospechoso la noche anterior. Velázquez y Miranda acudieron hacia donde reposaba el cuerpo. Todavía no habían llegado el forense ni el juez, solo había una pareja de guardias custodiando el cadáver. Saludaron y estos se alejaron para dejarlos trabajar. El adolescente asesinado se presentaba como el anterior: completamente desnudo, con el rostro desfigurado, mutilaciones en meñique y pulgar, y el torso verde. Pero esta vez tenía algo distinto.

—¿Veis eso? —señaló Velázquez—. Ya no tiene el pecho pintado al completo, presenta trazos. Parecen dibujos. —Se arrodilló escrutando su fisionomía.

—¿Se puede leer o distinguir algún símbolo? —quiso saber Miranda achinando los ojos.

—Parecen líneas abstractas —resolvió Velázquez—. Se extienden desde el cuello hasta la boca del estómago.

Las conchas de las almejas crujían tras ellos. Al girarse, comprobaron que se trataba del forense con su equipo, conformado por una mujer y un hombre.

—Disculpen la tardanza. Estaba preparando la maleta para

acudir a una conferencia con estancia en hotel en Murcia, y he venido lo antes que he podido. ¿Más de lo mismo, comandante?

—Por desgracia, así es. Aunque a simple vista vemos que este tiene el pecho pintado de verde, pero con trazos finos.

—Los otros torsos también mostraban líneas circulares y rectas muy juntas. Pero la humedad hizo que la pintura estuviese fresca y se fusionara —les aclaró Santana—. Es posible que, en esta ocasión, se hayan tomado más tiempo en dibujarlo o, tal vez, el calor haya provocado que se secaran los trazos antes de que se unieran.

El forense comenzó a doblar las extremidades para comprobar la rigidez *post mortem*. Le abrió la boca y con una linterna comprobó su cavidad bucal. Pidió girarlo para ver las livideces. Entre los caracolillos de su cabeza, vio algo que sobresalía. Hurgó entre el cabello y encontró un fragmento de aguja de pino. No tenía signos de violencia más allá de las marcas de asfixia en el cuello y la C de su frente.

—¿Lleva mucho aquí? —quiso saber Miranda.

—No más de doce horas. —Revisó las manos del fallecido—. Las amputaciones son exactas al anterior y a los otros tres. Nada nuevo, excepto por dos detalles: una aguja de pino que nos da una indicación de dónde pudo venir.

—Arrastrado desde el pinar —obvió Miranda.

—No. No hay restos de arena en sus oídos ni en el cuero cabelludo. Por el torso sí tiene, pero está desnudo. Parece más bien que alguien lo porteaba cuando le cayó la púa desde la copa —elucubró con acierto—. Y otra cosa, el que deja los cuerpos aquí tiene bastante controladas las mareas, pues los deja a la distancia perfecta en la orilla para que no los cubran las olas.

—Muy interesante, y además me gusta su criterio. ¿Ha pensado en trabajar en Madrid? —alabó su destreza.

—Comandante, soy canario. Las cosas paso a paso y despacito.

—Piénselo. Me gustaría contar con sus servicios en la capital. —Tras la sugerencia, unió los conceptos—. Entonces, tuvo que ser transportado en volandas y desde aquella dirección, donde la arboleda. También sacamos en claro que debe controlar bien el tema de las mareas para colocar a los cuerpos.

Velázquez cayó en la cuenta.

—¡Los de las caravanas! —señaló—. Estos se pasan aquí todo el año. Saben hasta dónde cubre el agua cuando sube la marea.

—El control de las mareas también lo puede llevar a cabo un

pescador o un capo de las mafias que traen a los inmigrantes, por ejemplo. Aun así, diles a los compañeros que registren a fondo todas las caravanas. Cualquier disolvente casero, pintura al óleo, tijeras o cualquier otra cosa, la quiero en una bolsa de vestigios, ¿entendido?

—Esperaremos al juez y le haremos un examen interno en el Anatómico —declaró Santana.

Miranda recibió la llamada de Baños.

—Mi comandante, la cabo Verbeke y yo hemos encontrado el patrón de tiempo que usa el asesino: mata con las fases de la luna. Por eso los ejecuta cerca de las doce, para que coincida con el día en que se produce oficialmente el cambio. En 2004 asesinó en luna llena, menguante y nueva. Aquí ha vuelto a hacerlo.

—Por lo que no se va a ir. Necesita cumplir su ritual. ¿Cuál es el día señalado?

—Veinticinco. Es la luna nueva.

—Solo cuatro días para encontrar a esa niña —masculló con coraje—. El tiempo corre en nuestra contra. ¡Gracias! Nos vemos en el puesto.

43

Viejos sospechosos

Eran las siete de la tarde y, fruto de las pesquisas llevadas a cabo en la playa, el calabozo contaba con dos sospechosos y una perra. Sus ladridos resonaban por el pasillo y taladraba los oídos de los guardias civiles que estaban de turno. Mientras tanto, los de la UCO reunían las pruebas para sacar conclusiones incriminatorias. Verbeke y Baños se mantenían en silencio a la espera de que empezase a hablar Miranda. Antes de soltar la información, borró la pizarra, como si todo lo anterior no tuviese validez.

—Quiero silencio. Vamos a unir toda la información nueva de la disponemos. —Sacó un caramelo de regaliz y lo apretó en su puño —. El cadáver que ha aparecido en la playa es de origen africano y, según un compatriota de travesía del fallecido, se trata de Dalil. El examen *post mortem* de este segundo cadáver es un calco del primero. Coincide en la posición, en los rasgos, en las lesiones… Pero esta vez hay matices. —Se dirigió a la pizarra para anotar las palabras clave—. Gracias a Dios, el cuerpo se ha llevado un vestigio consigo que nos da una pista de por donde pasó: un fragmento de aguja de pino en su cabello. —Miró a Verbeke, que tenía la mano levantada, sabía que era fácil rebatir el dato—. Ya sé lo que piensa, pero el cadáver no tenía signos de haber sido arrastrado por el suelo y, aunque el pinar esté cerca, es muy poco probable que el viento haya arrastrado una sola tamuja hasta su cabeza. Lo portearon entre dos personas y, a su paso, recolectó la hoja.

—¿Se han buscado pisadas? —quiso saber Baños—. ¿Algún rastro?

—Ya sabe que sobre el barrujo no se graban las huellas. Pero, seguramente, lo llevaron por el pinar, es más oscuro y fácil para ocultarse durante la noche para llevar a cabo el desplazamiento. Ahora pasemos al resultado del registro de las caravanas. —Escribió la palabra perro y dibujó un cráneo—. Sin duda, el registro ha sido desconcertante. Zamorano y Fermín Vega, os toca.

Ambos se posicionaron frente a la pizarra. Vega narró en detrimento de Zamorano que todavía sentía dolor por la paliza recibida, tanto al hablar como al respirar. Este último agarró el rotulador.

—En un principio, el registro se iba a llevar a cabo en dos caravanas y una furgoneta *camperizada*. La primera, propiedad de Celso y Pepín Coto, estaba desocupada y cerrada a cal y canto. Situación que hace que nos resulte sospechoso, ya que, según los primeros indicios, se montaron en el vehículo a eso de las cuatro de la mañana. —Hizo un inciso—. Estamos contactando con la central de taxis para ver si nos facilitan el destino del servicio. En la segunda caravana, nos recibió amablemente la vidente de nombre Luna Hechicera, que fue la testigo que descubrió este segundo cadáver. Se prestó a colaborar, pero nos puso una pega durante el registro: que no cruzásemos la cortina negra que dividía su habitáculo. Lógicamente, fue el primer lugar donde miramos. ¿Y qué encontramos? —Zamorano rodeó la calavera con un círculo—. Pues un cráneo humano metido en una olla junto a un machete y unas cadenas de hierro. Automáticamente, la detuvimos, y está en el calabozo a expensas de una explicación sobre el hueso. El cráneo ha sido enviado a un laboratorio para determinar la edad y si puede corresponder con la inmigrante desaparecida. —Zamorano quitó de nuevo el capuchón del rotulador esperando que Vega hablase del perro—. Por si fuera poco, y como dato curioso, cuando fuimos en busca del hombre de nacionalidad búlgara que habita en la *Van Camper*, vimos que había un perro husmeando en la barbacoa que este sujeto tenía fuera. Estaba muy empeñado en meter su hocico entre el carbón. El perro, de nombre Luna —se encogió de hombros ante la casualidad—, como el nombre de la misión, el móvil del asesino y la vidente, estaba oliendo un trozo de carne. Zamorano quiso tener un gesto de compasión con la mascota de aquel hombre y, cuando cogió aquel trozo de longaniza fresca, se dio cuenta de que se trataba de un dedo meñique. Zamorano lo soltó impresionado y el Yorkshire de marca blanca se lo llevó para enterrarlo. Encontramos dos huesos más bajo tierra. —Rodeó la palabra *perro* con rotulador—. El búlgaro y su mascota también están en el calabozo.

Una llamada entró al teléfono de Velázquez, conversó durante unos segundos y colgó.

—Son de la centralita de taxis. El servicio se pidió a las cuatro de la mañana y llegó cinco horas más tarde a Madrid, concretamente, a un plató de Televisión Española. Según narró el taxista, el padre y el hijo iban a rodar un programa de Jesús Quintero llamado *El Loco de la Colina*. Les preguntó que a qué se dedicaban, o si eran famosos en su pueblo. Le respondieron que todavía no, pero que muy pronto todo el mundo los reconocería por la calle.

—¡Como está la tele! —exclamó Baños imprimiendo queja en su comentario—. Le dan bombo a todo. Este hombre tenía un

programa en Canal Sur, *Ratones Coloraos*… ¡Allí van *ná* más que *chalaos*!

—Invitados perfectos —añadió Verbeke convencida—. El niño se cree extraterrestre. Dice que viene del planeta Down. Contará toda la historia de fantasía que le ha contado su padre para que acepte que es especial. Esperemos que no le desbaraten sus creencias. La versión de su padre es muy bonita.

—Eso no me preocupa. Lo malo es que cuente que lo obligaste a grabar mientras te jugabas el pellejo con tu compañera de piso en una caravana en llamas —le reprochó Miranda.

Verbeke tragó saliva. Esa opción era viable.

—Habrá que programar una orden de requerimiento para padre e hijo —sugirió el sargento—. Igual se dan la espantada para el norte.

—Ahora mismo la pondremos —lo calmó Miranda—. Y tendremos que entrevistar a Luna Hechicera y al búlgaro, así que haremos dos equipos. Como Verbeke le pidió la cámara a la vidente, vendrá conmigo. Vega y Velázquez, entrevistareis al búlgaro, que os explique si come dedos en vez de chuletas.

44

Entrevista con la bruja

Miranda llevó a Luna Hechicera a una habitación contigua. Un guardia que custodiaba la puerta hizo un comentario sobre los ladridos del perro. Dentro, el mobiliario constaba de una mesa y tres sillas. Verbeke lo acompañaba. La mujer de piel morena tenía el pelo cubierto por un pañuelo y vestía una túnica blanca con ribetes dorados que mostraba algún que otro salpicón de sangre seca. En sus orejas tenía pendientes de búhos en color plata. Sonreía a pesar de la gravedad de la situación.

—Buenas tardes —saludó el comandante—. Queremos hacerle unas preguntas. Me he traído a la cabo Verbeke porque ya os conocéis.

—¡Que *bolá*! Sí, ya somos casi amigas —dijo con su remarcado acento cubano.

—Eso espero, Luna —respondió Verbeke con tono serio.

—El asunto viene dado por el hallazgo de un cráneo metido en una olla, donde había sangre fresca. ¿Me puede hablar del origen de esa calavera y de por qué la tenía en un útil de cocina?

—El cráneo es de Juanillo —respondió con total naturalidad—. Viajó conmigo en una maleta desde Cuba hasta Italia. Y luego hasta España. Es mi abuelo. Muy querido en la familia.

—Me está diciendo que viaja y convive con la cabeza decapitada de su abuelo.

—Juanillo —confirmó con orgullo—. Le fue muy bien allá en mi tierra. Ganó mucho *money*, pero le hizo magia negra a quien no debía y aquello terminó como la fiesta del *Guatao*. —Usó una expresión típica de Cuba para decir que le fue muy mal—. Seguí con la tradición familiar de la santería y me lo llevé conmigo.

—¿Con qué fin? —Se extrañó Verbeke—. Porque había sangre y un machete.

—Juanillo era palero y yo también lo soy —les confesó y les explicó—. Verán ustedes, la santería se encarga de los Santos, mientras que el palo Mayombe trata con los muertos. —La cara de Miranda cambió totalmente—. Esto me viene de herencia, ya tú sabes. ¡Hay un don que camina en mi familia! Y lo que hace la palera es

mantener una relación con el cadáver. La muerte no es una ruptura, sino una extensión de la vida.

—¿Se pone a conversar con un cráneo y quiere que lo veamos como algo normal? —se sulfuró Miranda, desliando el caramelo derretido que tenía en su puño desde hacía media hora.

—Quiero que lo entendáis —insistió la vidente—. El muerto hace y deshace desde el Más Allá, y yo lo premio alimentándolo con sangre de algún sacrificio animal, con miel o con ron. También lo castigo tapándolo con una tela negra cuando no ayuda.

—¿Y ese machete? ¿La caldera? ¿Las cadenas? —preguntó dejando un halo dulce de regaliz en el ambiente.

—Son los elementos de la naturaleza junto a la tierra de cementerio, un pico de gaviota, piedras del mar, veintiún palos de monte —continuó con la lista—. El muerto está en una constante lucha…

—¡Vale! Dejemos de lado el curso acelerado sobre Palo Mayombe. —Verbeke perdió la paciencia—. Lo que queremos saber es si los cadáveres de la playa forman parte de algún ritual tuyo.

La mujer arrugó la cara. Sus pliegues se volvieron más oscuros y su mirada punzante.

—¡No! Lo más grande que he matado para un sacrificio ha sido un cordero. Matar a una persona es tenerla en contra en el plano espiritual.

—Ya —añadió Miranda con poco convencimiento—. ¿Y piensa que puede ser un sacrificio realizado por otra persona?

—No hace falta tener clarividencia para verlo, ya tú sabes… —respondió con contundencia—. La posición del cuerpo mirando al cielo, los brazos en cruz perfectamente estirados, el rostro borrado con ácido.

—Se fijó muy bien en las lesiones, ¿eh? —reseñó Verbeke.

—Esa imagen no se borra así como así —dijo arrellanándose en el banco de hormigón—. Alguien está invocando a una entidad o a una raza interestelar.

—Supongo que está sugestionada por las habladurías de la prensa y por toda esa vertiente paranormal que tanto vende entre los que no tienen fe en las religiones… —Endureció el tono Miranda—. Pero esto es algo terrenal. No son marcianitos… Son inmigrantes adolescentes torturados y expuestos como ofrendas o trofeos a pie de playa.

—Le cambiaré el enfoque —se atrevió a decir Verbeke—.

¿Piensa que alguien está invocando a seres de otro planeta con esas ofrendas?

—Así es. Lo veo claro. Es una señal para que lo vean los que están en las estrellas. No es la primera vez que veo luces en el cielo. Algunas las he grabado con mi cámara…

—¡Ya! —le cortó Miranda de nuevo—. Hemos acabado. Queda a expensas de que ese cráneo no pertenezca a un adolescente y a que las amputaciones no coincidan con el filo del machete que tenía en esa olla pagana de su caravana. Hasta entonces, se quedará en el calabozo hablando con los Santos.

Verbeke y Miranda salieron al pasillo. Intercambiaron opiniones sobre lo único que les pareció interesante.

—Mi comandante, la teoría de que es una ofrenda a la luna… tiene sentido. Igual el asesino cree que fue abducido. Ya se sabe que muchos abusadores de niños, tras la violación, les hacen creer a sus víctimas que han sido secuestrados por extraterrestres.

—Sería interesante indagar en los centros penitenciarios o en los psiquiátricos, para conocer si hubiera algún paciente o recluso con una infancia marcada por abducciones extraterrestres o que tenga alguna fobia o filia por estos seres. Así que ya tiene trabajo, cabo Verbeke, vuélquese buscando referencias en Almería, que mis chicos lo harán a nivel nacional.

Julia se marchó del pasillo con una inquietud en la cabeza: *«¿Y si Pepín ha sufrido estos abusos por parte de su padre y por eso Celso le ha contado una milonga sobre los extraterrestres? No quiero ni pensarlo. Ese niño es mi héroe y ojalá no tenga nada que ver con los crímenes»*.

45

La confesión del búlgaro

El hombre, que vestía una camiseta de tirantes y unas bermudas, apestaba a sudor y alcohol. La falta de higiene se hacía notoria desde bastante antes de entrar al calabozo. En su regazo acunaba a su perrita como si fuese un bebé. Le cantaba una canción de nana en búlgaro mientras la mecía.

—Petko, solo queríamos hacerle unas preguntas.

El perro, al que le faltaban un ojo y una pata, emitió una especie de aullido ahogado. El dueño respondió.

—¡Shhh! Luna se está quedando dormida. Baje el tono y le responderé a todo lo que sé.

—En los alrededores de su furgón *camperizado*, hemos encontrado un total de cuatro dedos humanos: uno en la barbacoa, otro en el hocico de su mascota y dos a una cuarta bajo el suelo —le narró Velázquez—. ¿Qué nos tiene que decir al respecto?

—Mi perrita no arranca dedos —aclaró ante lo más que evidente dado el tamaño del hocico de su mascota—. Alguien los tuvo que dejar allí. Ella solo los cogió creyendo que eran salchichas. No sé su origen. Yo solo juego a *Tetris* y bebo cerveza. Ya no tengo ni novio. —Velázquez miró a Vega, pensando en quién podría enamorarse de alguien así: con mala higiene, mala vida y un perro que parecía sacado de una película de terror—. Luna es la única que me da amor.

—Usted dice que pasa tiempo sentado fuera, jugando a la maquinita —afirmó Vega esperando un sí con la cabeza del búlgaro—. ¿No ve nadie pasar o acercarse por su furgoneta cuando está a la intemperie?

El búlgaro miró a su perra con ternura. Como si fuese un bien para su animal, hizo una confesión.

—A veces pasa gente por allí, pero cuando yo no estoy sentado fuera. Los escucho reír. Caminan en silencio, pero sus voces se oyen. Tienen pelo largo. A veces, son mujeres con niños; otras veces, hombres. Alguna vez me han robado cosas que me he dejado fuera. Son malos. Mi perrita vino una vez llena de sangre, sin media patita y con una brecha sobre el ojo, ¿quién puede hacer algo así a una criatura peludita tan bonita? —se quejó—. *Po Dyavolite!*

—¿Esa gente de la que habla son domingueros? —preguntó Velázquez—. ¿Personas que están en la orilla de la playa y se adentran en los pinares?

—No. Vienen de atrás. Del asentamiento hippie.

—¿Hippies? Suelen abanderar la paz… —resaltó Vega quitándole importancia.

—Son violentos —corrigió con contundencia el búlgaro. Luego, acercó su nariz a la cabeza del chucho, que dormía plácidamente, como si su pelaje lo relajase—. Yo no quiero que sepan que yo les he hablado a vosotros de ellos. Pero son malos. Roban. Gritan. Hacen ruido. Son mierda.

—Pues muchas gracias por su colaboración —le agradeció Vega.

—Ahora le traen un bocadillo y algo para su adorable criatura peludita —remarcó Velázquez con sorna.

46

La llamada de Santana

22 de julio de 2006

El reloj marcaba la una de la madrugada. Verbeke daba vueltas intentando encontrar la postura adecuada, el colchón parecía más duro que de costumbre y la almohada se empapaba de sudor con facilidad. Acabó por lanzarla por los aires. Dio dos giros y bajó la sábana. Tenía mucho calor y palpitaciones. Le costaba respirar y conciliar el sueño. Se levantó y se quitó el pijama de verano. No fue suficiente: se deshizo de las bragas. Abrió la ventana de par en par y se tumbó de nuevo. Un mosquito zumbaba en su oído como si fuera un violín desafinado. Encendió la luz. Lo aplastó contra la pared. Se tumbó en el suelo. Le resultó confortable el frescor del terrazo. Usó un brazo como almohada y cayó dormida. El primer sueño fue una pesadilla. Se encontraba en aquel yate con Romero. Rocío la llevaba a un camarote y luego la dejaban encerrada. Romero rociaba la cubierta con gasolina y le prendía fuego. Todos reían mientras ella agonizaba por salir. Despertó. Eran las tres de la madrugada. Fue a por un vaso de agua y un Lexatin. Ana roncaba en su habitación como una tetera hirviendo. Verbeke sintió envidia por lo bien que se llevaba con Morfeo. Se tumbó de nuevo en el suelo. Cogió la almohada y buscó la cara más fría. Cerró los ojos y entró en una segunda pesadilla. Estaba en la churrería de San Ginés con toda su familia, en una de las mesas del sótano, justo en la que estaba pegada a la tele. Sentía el jaleo y ese olor inconfundible del aceite caliente y la masa fresca. Ella era una niña y su hermano le hacía morisquetas. Julia miró a su madre y esta lloraba. Le preguntó por qué lo hacía. Esta señaló al padre. Cuando Julia volvió la vista, su rostro era el de una calavera espeluznante a la que se le descolgó la mandíbula y se deshizo sobre la mesa como ceniza. Despertó de nuevo. Eran las siete de la mañana. Se negó a dormir la hora que le quedaba. Se puso en pie. Le dolían la espalda, el cuello y la rodilla. Se dio una ducha con agua fría. Se miró en el espejo y pensó en que tenía que usar maquillaje para tapar ese rostro trasnochador. Se puso un pantalón corto, zapatillas de verano y una camiseta. Dudó sobre si llevar cárdigan de seda. Lo cogió y se fue a pie juntillas, con la intención de no despertar a su amiga Ana. *«No*

tengo ganas de hablar con nadie», se justificó. Tomó el ascensor del primero al bajo. Pateó la acera con desgana y llegó al bar *El Cuevano*.

—Buenos días, me alegro de verte de una pieza —le dijo un emocionado Curro saliendo de la barra y dándole un abrazo—. Hay que joderse con Romero. Un chaval con toda la vida por delante, con sueldo fijo y guapete… ¡Menudo carnicero!

Verbeke hizo un mohín. No tenía ganas de conversar, pero el regente del local le mostró cierto aprecio y veía un gesto feo no responderle.

—Hay personas cuyas vidas las mueven el dinero. Sus aspiraciones y su felicidad residen en ser rico y en ganar pasta rápida… Y no todo vale. Al final, mira dónde acaban: sin un puto euro y sin empleo.

—No quiero pensar lo mal que lo estarán pasando sus padres. ¡Son buena gente!

—Una vida de sacrificio para tener un hijo delincuente y sufrir su encarcelación sin poder hacer nada —dijo pensando en lo que debía estar pasando su madre en Madrid por cuenta de su hermano Gabriel.

Curro seguía abrazado a la cabo como una lapa a una roca. Verbeke se sintió incómoda al recibir el aliento tan cercano y agitó los hombros para repelerlo.

—¡Quita, quita! ¡Que al final se van a creer que tú y yo estamos liados! —Se soltó de manera arisca.

—¡Es más probable que demos envidia a otra cosa! —bromeó mirando en rededor a los pocos clientes que había a esas horas—. En serio. Estuve preocupado. —Fue a una mesa y cogió tres periódicos distintos—. ¡Mira! Aquí lo cuentan todo con pelos y señales. ¡Y este es de tirada nacional! ¡Menuda movida! Hoy te invito yo. Siéntate.

Verbeke tomó asiento. Encendió el móvil y vio una llamada pérdida del doctor Santana. *«¿A las once de la noche? ¿Qué querrá a esas horas?»*. Julia dio por sentado que ya estaba despierto y le devolvió la llamada mientras esperaba los churros con chocolate.

—Santana. ¿Me llamaste ayer?

—¡Buenos días! ¡Ahhh! —respondió emitiendo un bostezo—. Estaba sopa.

—Perdona si te he despertado, pero acabo de verlo y estoy algo inquieta. ¿Qué me quieres contar?

—¡Ah! ¡Eso! Ayer estuve en la cena de la conferencia de Patólogos de España, y estuve hablando con un forense que estuvo

justamente ahí en Almería hasta el año 2001. Le conté lo de las lesiones de los cadáveres de Quitapellejos como anécdota, y me dijo que eso de las amputaciones de los dedos le recordó a algo que sucedió justó allí en el año 2000. No se trataba de asesinados, sino de una historia rocambolesca sin explicación sobre unos jóvenes que tuvieron contacto con una nave ovni.

—Cuenta. No tengo ni idea de lo que me dices.

—Mi colega me dijo que el suceso salió en un programa de radio autonómico. Tuvo cierta repercusión mediática y se desplazaron muchos investigadores de la ufología hasta Cuevas del Almanzora: «Los tres abducidos de Palomares», le llamaron al caso. Dice que el médico que los atendió tras la abducción, le pidió opinión a él, como forense, para el peritaje de las lesiones de uno de ellos. Tenía amputaciones con un extraño surco aserrado en el hueso, que escapaban de una tijera corriente, y quemaduras superficiales sobre el pecho con forma circular, del tamaño de una moneda de veinte céntimos de euro… Tranquilamente, podía tratarse de la abrasión producida por un cigarro o un puro.

A Verbeke le vino a la cabeza el año y la motivación por la que quizá vino Luna Hechicera a esta playa. *«Por eso estaba obsesionada con grabar las estrellas. Su vocación por el periodismo paranormal la atrajo donde la noticia estaba candente. Igual ella sabe los detalles. Igual entrevistó a las víctimas».*

—¿Y no se investigó el caso? —preguntó extrañada.

—No. Ninguno de los tres denunció.

—¿Y se sabe la identidad de alguno de ellos?

—No. Pero en el Anatómico debe haber una copia del veredicto médico, ya que la chica quiso demostrar que las lesiones se la habían hecho con una herramienta especial. Le diré a un compañero que busque en los expedientes de esa fecha, seguro que dan con el nombre de esa joven. Pregunta por Víctor Calatayud.

—Víctor. Vale. —Recalcó el nombre para recordarlo—. Por cierto, ¿solo ella perdió los dedos?

—Eso tengo entendido. —Bostezó de nuevo—. Una cosa más, cambiando de tema, y quizá esto suene raro… En la cena se sorteó un viaje para dos personas, con alojamiento y comida a Estados Unidos. No tengo con quién ir. No tengo mujer ni hijos. Tampoco amigos que merezcan la pena llevar a un sitio así…

—No eres mi tipo. Me caes bien, me fascina lo que haces, pero me gustan de mi edad.

—Lo sé. No van por ahí los tiros ni quiero seducirte con un

viaje. Sería muy descarado por mi parte. Apenas te conozco —le dejó claro—. Pero veo en ti algo especial. Y es una oportunidad de oro para alguien que tiene madera. Es un viaje de aprendizaje. Un destino un poco extraño. Supongo que cuando te diga dónde es, te echarás atrás.

—¡No me retes! A ver, prueba.

—Es en el sur de Estados Unidos. Concretamente, en Tennessee. El lugar se llama Complejo de Antropología Forense de la Universidad Local.

—¡Me estás hablando de la *Body Farm*!

—Sí, de la granja de cuerpos. Tenemos pases para estar dos días viendo cómo se descomponen los cuerpos en distintos ambientes y condiciones. El FBI se instruye allí…

Curro le plantó los churros y el chocolate.

—Muy romántico —dijo con sorna—. Me lo pienso. —Agarró un churro—. Pero que sepas que la idea me seduce. ¡Hablamos!

Verbeke se despidió y cortó la llamada. Pensó en esos tres abducidos de los que hablaba Santana. Sintió que los hilos empezaban a despelucharse de la madeja. A la cabeza le vino la vidente. Ahora notaba esa sensación de que tenía que ir hablar con ella y que le contara lo que sabía, pues justamente llevaba allí instalada desde el año 2000 y no le parecía una casualidad.

En ese mismo instante, llegó Baños al bar. Mostraba un semblante serio. Julia se ahorró el comentario, ya que ella tenía peor aspecto que él.

—¿Qué tal?

—Hundido.

—¿Problemas con el abogado de Romero? ¿Te ha citado el juez?

—Eso no me preocupa. —Tomó asiento y ojeó los periódicos viendo cómo su gloria no le había servido para su propósito—. He ido a ver a Belén. Le causo rechazo. La muerte de su pareja en parte es porque yo le hablé a Romero de su existencia. —Tragó saliva—. Por más que lo odiase, no me atrevería a quitarle la vida de esa forma. Y me da una impotencia enorme que no me quiera mirar a la cara: sigue viéndome como su enemigo, en vez de como a un amigo con dotes de héroe local.

—¿Qué esperabas? Las mujeres no necesitamos un hombre fuerte que nos cuide. Ese es un patriarcado impuesto —le aclaró—. Mira, ha estado un tiempo sin ti y ha salido para adelante. Las mujeres no somos florecillas frágiles que se marchitan con el primer chaparrón

que nos cae. Sabemos crecer por nosotras mismas y tenemos nuestras púas para defendernos si es necesario.

—Ya. —Agachó la cabeza—. ¿Qué podría hacer para reconquistarla? Tú que eres mujer, dame un consejo.

—Para empezar —se metió un nuevo churro en la boca y masticó a la vez que hablaba—, deja de lado esa idea machista de pensar que todas las mujeres somos iguales. Cada una es un mundo y no sé qué le has hecho ni la conozco a ella tampoco. Pero mi consejo es que te sinceres. Que le digas que te has dado cuenta de que sin ella eres menos feliz. Que no te importa esperar a que esté preparada. Que te da igual lo que piense el pueblo por haberse ido con quien quería, aun siendo de otro país y religión. Respétala y déjala que sea libre con sus decisiones. ¡Abre un poco tu mente!

—Vamos, que no sea yo. Me tengo que anular como persona.

—Más bien, tendrías que reciclar tus paradigmas inculcados. Tú verás qué pesa más: ¿tu orgullo o el amor de tu vida? Por cierto, ¿cómo van las quemaduras de tus manos?

Baños cogió un churro del plato de Verbeke. Lo masticó como si así pudiese quitarse la acidez que le subía por el esófago. Le pareció bastante bueno. Luego respondió quitándole importancia.

—Poco a poco. Por cierto, ¿has averiguado algo nuevo?

—Estoy tras una pista. Acabo de hablar con el doctor Santana.

—¡Sí que habéis cogido confianza!

—Me habló de un suceso que tuvo lugar en la playa de Quitapellejos allá por junio del 2000. Unos jóvenes que aseguraban haber sido secuestrados por un ovni.

—No me suena, la verdad. —Levantó la mano y Curro acudió a la mesa con un café americano—. ¿Hubo denuncia?

—No.

Curro se quedó cerca y se entrometió en la charla.

—He estado oyendo la conversación desde la barra. —Verbeke elevó las cejas—. No soy sordo, lo siento por vosotros dos. Tengo que deciros que yo recuerdo eso de lo que habla Julia. *Los tres abducidos de Palomares*. Fueron unos chavales drogadictos que decían que habían visto por dentro un ovni. La chica estuvo grave. No los he vuelto a ver por el pueblo, pero recuerdo que salieron en un diario local.

—Banderillero, ya puede volver al burladero —lo echó Baños usando una metáfora taurina—, ya nosotros lidiamos con el toro—. Y tú, sabiendo todo esto, ¿cómo no has salido corriendo a averiguar cosas?

Curro se alejó. Verbeke dio un par de sorbos al chocolate.

—Si no desayuno, no soy persona. Ahora iré al periódico local. Mi compañera de piso tiene un contacto en la redacción. Igual me arroja algo de luz.

—¿Te acompaño?

—No. Prefiero ir sola. Ve al Anatómico Forense y pregunta por un tal Víctor. Él te dará un informe médico. Así adelantamos.

—Está bien, pero no olvides que aquí las órdenes las doy yo.

—Por supuesto, mi sargento. —Metió un churro en el chocolate y se lo acercó a la boca—. Pruébelo. Hoy no saben a aceite quemado.

—¡Qué cruz! —cedió mirando a Curro para ver qué cara ponía con la opinión de su clienta favorita.

47

La redacción

12:00

Ana esperaba a Julia en la puerta de la redacción del periódico local. Habían quedado con el contacto que, en su día, le dio bombo al caso para que se hiciese cargo la UCO. No tardaron en reencontrase.

—La puntualidad no es lo tuyo, *bonica*.

—Entre los periodistas que me abordan por las calles y mi madre que me llama cuarenta veces al día, se me hace complicado cumplir con las citas.

Subieron por las escaleras. Arriba se encontraron con varias mesas vacías, ordenadores y papeles amontonados. Apenas había ruido ni jaleo. Sí un olor especial a papel añejo.

—Normalmente, trabajan por la noche —le explicó Ana.

—Pues mejor, así hay menos cotillas con las orejas de punta.

Al fondo, estaba la silueta redondeada de Damián apoyada en un pilar. Se trataba de un hombre bajito y entrado en kilos. Llevaba una camisa de algodón blanca que le quedaba tan ajustada que parecía de licra. Sus pantalones eran grises y estaban manchados de tinta en uno de sus bolsillos por haber dejado un boli abierto en un despiste. Su calva brillaba bajo los fluorescentes. Tenía cincuenta años y llevaba allí un par de décadas trabajando. Su rostro mostraba simpatía.

—¡Hola! Que sepáis que he venido solo por vosotras. ¿Qué queréis buscar en la hemeroteca?

—Estoy buscando información sobre un suceso que tuvo lugar en Cuevas del Almanzora. Concretamente, en la playa de Quitapellejos —le explicó Verbeke sentándose en el filo de una mesa y echando a un lado una de las alas de su cárdigan—. *Los abducidos de Palomares*, ¿te suena?

—Claro —respondió con seguridad. Luego aguantó la respiración para meter tripa—. Yo no llevaba esos temas, estaba en otro departamento, pero dio para muchos debates entre café y café. ¿Fue en el año 2001?

—En junio de 2000.

—Pues vayamos a la hemeroteca. Allí se almacena una copia de cada tirada diaria desde hace años —les indicó caminando hacia la planta baja por otra escalera que no era la que usaron para subir.

Cuando entraron en el lugar, se encontraron con una biblioteca donde se almacenaba, en archivos y estantes, una cantidad ingente de periódicos y revistas. Damián se movía como pez en el agua en aquella pecera repleta de noticias. Localizó el año y el mes en un pispás. Anadeó hasta donde estaban Ana y Verbeke y, como si se tratase de varios códices de un valor incalculable, los repartió sobre la mesa de color nogal con sumo cuidado.

—Tenemos tarea por delante —reconoció abrumada Verbeke.

—Hay que buscar qué día se hizo eco de la noticia el diario —sugirió Damián y repartió diez ejemplares para cada una—. Buscad en la sección de sucesos, que suele estar a partir de la página cinco.

El característico olor a papel envejecido se hizo con la habitación. El sonido al pasar las páginas se combinaba con el de los suspiros tras leer cada artículo y refrescar su memoria con todas las tragedias que acontecían cada día en Almería. Damián y Ana encontraron noticias referentes a los abducidos. Apartaron el resto de ejemplares con mimo y se centraron en los artículos.

«La noche del pasado 16 de junio, a eso de las 23:00, en la playa de Quitapellejos, ocurrió un suceso sin precedentes que todavía tiene en vilo a los vecinos de Palomares. Según el testimonio recogido por este periódico y de mano de los propios protagonistas del incidente, tuvo lugar un secuestro alienígena. Las víctimas de la abducción son dos vecinos de Cuevas y una joven de la localidad de Pulpí, que pasaban la noche en la playa en un festival de música cercano a la localidad. Cuando le preguntamos a uno de ellos, nos dio el siguiente testimonio: Nos alejamos del concierto hacia una zona más tranquila de la playa; en ese momento, vimos una luz sobre el agua que emitía unas vibraciones sonoras. Nos sentimos atraídos por la belleza de los destellos y fuimos al encuentro de la nave, sumergiéndonos. El artilugio flotó hacia nosotros, y un hombre de apariencia humanoide nos invitó a subir. Dentro había otros dos. Nos dieron de beber un compuesto de origen desconocido, una anestesia para ser sometidos a pruebas experimentales. Cuando el fluido que ingerimos nos hizo efecto, pudimos ver su verdadero aspecto. Eran horribles, sin facciones. Pero olían bien, y hablaban nuestro lenguaje y otra lengua que no entendíamos. Cuando despertamos, ya estábamos en la orilla. Por suerte, salieron ilesos, aunque una de los tres, Kika Salmerón, se llevó la peor parte: tenía amputaciones en dos dedos de una mano y quemaduras circulares por distintas partes de su cuerpo. Todo un misterio que está por

determinar y que, sin duda, alimentará la imaginación de los lugareños de la zona».

—Le echaré una foto —avisó Verbeke de sus intenciones.

—Aquí hay otro artículo —señaló Damián.

Tomaron el otro periódico y lo abrieron. Verbeke lo leyó en voz alta.

—Uno de los tres abducidos de Palomares, T. P. J, asegura que los extraterrestres que los invitaron a subir a la nave la semana pasada le dieron un mensaje clave, y que sembraron una semilla en Kika. Volverán cuando el bebé híbrido nazca. Entonces, la humanidad sabrá de su presencia.

—¡Pájaro de mal agüero! —exclamó Ana.

—Este parece el último artículo sobre esta temática —aclaró Damián—. Nuestro periódico cubre estos incidentes para demostrar que estamos al pie del cañón, pero no le da carrete a este tipo de sucesos. Digamos que se desmarca de todo aquello que no es terrenal, con el fin de no perder la credibilidad.

—Pues muchas gracias —le agradeció Verbeke su tiempo, sacando una foto de la hoja del diario—. ¿Te ayudamos a recoger?

—No os preocupéis. Seguid con lo vuestro. Espero haberte ayudado, Julia.

—Mucho.

Verbeke y Ana salieron de la redacción. Una vez en la calle, intercambiaron opiniones.

—¿Te ha valido de algo o simplemente has sido educada?

—Tengo un nombre, Kika Salmerón; unas iniciales, T. P. J; y una fecha concreta. No es poco.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—Pues intentar averiguar la identidad de T.P.J y de Kika… Por cierto, ¿Kika?

—Diminutivo de Francisca —resolvió Ana.

—Francisca Salmerón… Tiene nombre de monja —bromeó—. Pues intentaré entrevistarme con algunos de ellos. Veo lazos entre los acontecimientos. Las mutilaciones en los dedos parecen muy evidentes.

—¿No creerás que esto es obra de un alienígena?

—A pesar de los dibujos de Pepín y de esa niña con la piel rojiza que vi antes del incendio que nos cuesta la vida en la caravana, sigo sin creer en la vida más allá de nuestro planeta. —Se puso seria

antes de bromear—. Imagina que hay vida inteligente y hacen una repostería de muerte… ¡Dulces que no engordan!

—Y nosotras aquí comiendo lo de siempre —añadió con sorna —. ¡Qué sufrimiento!

48

El informe de Kika

15:00

Verbeke llegó al puesto de Cuevas del Almanzora con la intención de empezar a dar forma a todo aquello que estaba averiguando. Quedó con el sargento Baños para que este le hiciera entrega del informe forense de Kika. En el pasillo no lo veía, pero una nebulosa de humo de vainilla dejaba una estela tras cada exhalación. Verbeke caminó hasta donde el olor se hacía más intenso, y lo halló con la cabeza metida en el hueco de la ventana de uno de los recodos.

—¿Fumando a escondidas?

—Recordaré este año por muchas cosas, pero sobre todo por el endurecimiento de la puta ley antitabaco.

—Es el año en el que vas a reciclar tu mentalidad retrógrada. —Hizo hincapié como si fuese un objetivo vital. Baños puso una mueca de repulsa—. Y puedes incluir en ese cambio dejar el tabaco. Además, las fotos que le ponen a las cajetillas son cada vez más truculentas.

—De algo hay que morir.

—Es mejor no saber de qué, pero tú estás llamando a la puerta del cáncer de pulmón o laringe. Por cierto, ¿qué pone en la tuya?

Baños resopló, cansado de las tonterías a las que le sometía Julia. Con el fin de hacerse el simpático, sacó la cajetilla de color beige. Leyó en voz baja: «Fumar provoca impotencia sexual». Lo guardó con recelo y respondió:

—Pone que crea adicción… —mintió y apagó el purito contra el ajimez—. Vamos, te enseñaré el informe.

Verbeke caminó tras su sargento. Entraron en el despacho y tomaron asiento. Le tendió el dossier.

—¿Ya lo has leído?

—Pues claro, cabo.

—¡Hazme un resumen! Así ganamos tiempo.

Baños pasó las hojas para refrescar los datos. Le narró sin leer al dedillo.

—Según mi criterio, la chica sufrió una agresión sexual con matices sádicos. —Verbeke metió las narices en el informe, sobrecogida por las palabras de su superior—. Mira aquí, en la foto se aprecian quemaduras sobre los pechos y en la espalda. Como fumador que soy, más de una vez me he quemado en el muslo sin querer… y tienen ese aspecto circular. —Elevó la mirada para ver la reacción de Julia—. Parece que le han apagado puros habaneros sobre la piel.

—¡Madre mía! ¿Hubo violación?

—La chica no denunció nada. No llegaron hasta ese punto. Pero, en el análisis de sangre que se adjunta, hay restos de una sustancia alucinógena, dietilamida de ácido lisérgico, lo que viene siendo LSD 25 —aclaró como si Verbeke no supiera de qué hablaba—. El mecanismo lesivo de las amputaciones —pasó la hoja y le mostró la siguiente fotografía— en pulgar y meñique, son unas tijeras con el filo aserrado. El hueso mostraba pequeños picos en la fractura con presión simétrica por ambas caras del corte en la radiografía. ¿Casualidad? No. Ella parece ser la primera fantasía de ese o esos chalados… Solo que no la mataron.

—¿Hay fotos de la paciente?

—No. Solo tenemos su nombre y apellidos.

—Hay que localizarla. Buscaremos dónde vive. —Hizo memoria —. Según un artículo del periódico, reside en Pulpí.

—Tenemos que ponerlo en conocimiento de la UCO.

—Sí, pero dame quince minutos. Luna Hechicera nos puede aportar algún dato relevante, igual la identidad de los otros dos.

Miranda apareció por el pasillo y los miró con los mismos ojos con los que Miyagi observaba sus bonsáis en la película *Karate Kid*.

—¿Qué cuchicheáis? ¿Algo de interés para de la investigación?

—Tenemos nuevos hilos de dónde tirar. ¿Podría convocar una reunión en un cuarto de hora?

—¿Qué has averiguado? —desconfió Miranda de su argumento antes de llamarlos a todos.

—Hace seis años, una joven sufrió mutilaciones en los mismos dedos que las víctimas de Quitapellejos: meñique y pulgar.

—¿Hay un expediente?

—No —negó Julia—. Debido a la naturaleza del suceso, la Guardia Civil no se hizo cargo… Además, no hubo denuncia.

—¿Naturaleza del suceso? Hay que estar muy tocada del ala para que te amputen dos dedos y te quedes tan pancha. ¿Se trata de alguna persona incapacitada mentalmente?

—El caso es que hubo tres jóvenes abducidos por un supuesto ovni. Ninguno declaró, pero todos fueron a la radio a contar su vivencia.

—Tres involucrados en algo así… qué raro. —Se quedó pensativo el comandante—. No creo en las teorías conspiratorias ni en los ovnis, pero las lesiones son un calco de la filia del Mutilador, así que en hora y media nos vemos en la sala de operaciones. He enviado a Vega y a Velázquez a echar un vistazo al asentamiento hippie. Por lo visto, el búlgaro dice que esos tipos son incívicos, y no hay que descartar ninguna hipótesis.

—Esos perroflautas no suelen dar problemas —le indicó Baños haciendo uso de su conocimiento de la zona—. Viven de sus artesanías y de las limosnas que ganan con los diábolos y la mímica. —Dio un par de pasos y se apoyó en la pared para recordar—. Una vez envié una patrulla para multar a un vendedor ambulante de esa comuna, por vender objetos antiguos sobre los que pesaba una denuncia por robo. Nada más aparecer por el asentamiento, fueron repelidos con piñas y piedras —ilustró Baños—. No son muy pacifistas, que digamos.

—Son grupos regidos por la corriente anarquista y antisistema —apoyó la teoría Miranda—, y nos ven como el sistema opresor que los quiere manipular. En una hora en la sala.

—Perfecto. Mientras, seguiré con mis averiguaciones —dijo Verbeke caminando hacia los calabozos—. Voy a hablar con la vidente. Tuvo que entrevistarlos en su día.

49

Los tres abducidos del 2000

Verbeke fue a su taquilla y sacó una chocolatina de la marca Toblerone. Caminó hasta los calabozos y se plantó frente a la celda de Luna Hechicera. La cubana roncaba como un marrano. Tenía la boca abierta y la cabeza echada para atrás. Sin intención de sobresaltarla, siseó para ver si se despertaba. Luego, pasó a llamarla. Finalmente, mandó a la mierda los modales y empezó a golpear la forja que la enjaulaba.

—¡*Asere, qué bolá*! Estaba soñando con mi abuelo. Me hablaba de lo que estaba por venir.

—Luna, necesito tu ayuda. —Le acercó la chocolatina como si fuese un simio en un zoológico—. Esta situación me resulta incómoda, pero, hasta que no lleguen los resultados del cráneo que hallaron en tu caravana, tenemos que tenerte aquí de manera preventiva.

—Mientras me deis de comer y me dejéis ir al baño, no hay problema, ya tú sabes... ¿Qué quieres que te cuente? —dijo desembalando la chocolatina.

—Cuando llegaste aquí en el año 2000, no fue por el bonito firmamento de la noche, ¿verdad? Fue por el caso de los tres abducidos de Palomares.

La vidente cerró la mandíbula y la abrió lentamente, mostrando un hilo espeso y marrón que iba de encía a encía.

—¿Aquí quién es la vidente?

—No tengo un don, es el resultado de atar cabos.

—¡Pues has acertado! —respondió y engulló la amalgama de babas con chocolate—. Vivía un momento bajo y aquel suceso me pareció una oportunidad para catapultar mi carrera. Pero no tuve la suerte de ser requerida por ningún investigador de programas paranormales, a pesar de que tenía mucho material.

—¿Los llegaste a entrevistar?

—A dos de los tres, a Kika y a Baldo.

—¿Tienes grabaciones de esas entrevistas?

—Las tuve. Pero, como el tema pasó de moda y uno de ellos

murió, decidí deshacerme de las grabaciones.

—¡Me cachis! ¿Te acuerdas de sus nombres?

—Baldo es el que murió de cáncer en 2002, según Kika, por las radiaciones de la nave. A Teo nunca pude entrevistarlo, no le gustaba mucho hablar del tema. Al parecer, nadie lo creía y no aguantaba las burlas.

—¿Qué edad tenían cuando les pasó aquello?

—Entre diecisiete y dieciocho.

—¿Sabes dónde viven?

—Solo recuerdo la dirección de Kika. Vive en Pulpí. La calle no se me podrá olvidar jamás de los jamases. Calle Luna, número 6.

«¡Otra vez las putas lunas!», se quejó Verbeke hacia sus adentros.

—Estupendo. Gracias por ayudarme de nuevo. —Hizo el amago de marcharse.

—*¡Ño!* ¡Espera! ¡Claro! Ya lo entiendo todo… A Kika le faltan los mismos dedos que a las víctimas de los asesinatos. ¡Eres un caballo! —la alabó usando una frase cubana—. No hace falta ser vidente para saber que tienes un gran futuro como investigadora. ¡Vas a llegar muy alto, mi niña! Mi abuelito piensa lo mismo.

—¡Mira qué bien! —respondió visualizando un cráneo en su mente—. Ojalá se cumpla tu predicción.

Verbeke hizo cálculos de distancia. Pulpí era una localidad que no estaba a más de veinte kilómetros. Buscó a Baños, este le puso mala cara, pero estaban a día 22 y el 25 estaba a la vuelta de la esquina. No desaprovecharon el tiempo y fueron al domicilio de Kika a toda pastilla.

50

La casa de Kika

Eran las cuatro menos cuarto de la tarde cuando Baños y Verbeke estacionaron el vehículo muy cerca de la casa. El barrio era de clase media, con casitas unifamiliares de dos plantas y tejados con azoteas. De las rejas de las ventanas colgaban maceteros con geranios rojos. Las fachadas eran blancas y tenían un contador de agua que daba al exterior. Tras confirmar el número, tocaron el timbre. Sin preguntar, abrió una mujer con un delantal y el pelo mal recogido en una goma. No tenía ni una pizca de maquillaje y su edad no superaba los cuarenta y dos años, aunque su demacrado aspecto y su descuido la situaban en los cincuenta y largos. Sus ojos mostraban tristeza, sus hombros caían hacia delante como si soportara una pesada mochila. Sus rasgos eran árabes. Su acento y su dicción andaluza dejaban claro que llevaba años en Almería.

—Hola, ¿qué quieren?

—Disculpe las horas, somos de la Guardia Civil —se presentó Baños—. Nos gustaría hablar con su hija Kika. ¿Usted se llama?

—Amira. —Se le transmutó el rostro.

—Yo soy la cabo Verbeke y él es el sargento Baños.

—¿No me digáis que mi hija se ha metido en algún lio? —preguntó girando el cuello para mirar a un lateral desde el que sonaba la tele.

—No. No venimos por ninguna denuncia —le aclaró el sargento —. Nos gustaría oír su versión sobre el suceso ovni que tuvo lugar en el año 2000. —Baños bajó el tono. Venía por la misma acera un hombre con un perro. Cuando pasó, retomaron la conversación—. Creemos que lo que le pasó a su hija se lo pudo hacer un humano, y no un ser de otra galaxia.

—Podemos pasar para hablar de manera discreta —le sugirió Verbeke—. Solo serán unas preguntas.

La mujer entornó un poco la puerta. Su gesto dio a entender que no quería visitas.

—¿Quién es, Amira? —Se oyó una voz masculina y rota que venía desde el fondo del salón—. ¿Otra vez esos mormones hablando

del fin del mundo?

—No le hagan caso —se dirigió la mujer a los agentes—. Es mi marido… Desde que ocurrió todo aquello con mi hija, no sale de su habitación. Le dio una subida de tensión que derivó en infarto con ictus, tiene medio cuerpo paralizado.

—¡Vaya! —dijo Verbeke usando un tono lastimero—. Las tragedias nunca vienen solas.

—¿Dónde vive su hija ahora? —se interesó Baños.

Amira miró con esos ojos faltos de brillo a los agentes, y les respondió con un tono que iba entre la vergüenza y la resignación.

—Está en un psiquiátrico. Ingresó por voluntad propia. Decía que había provocado una especie de mal y que estaría mejor lejos de los que un día la acogieron. —Se encogió de hombros al acabar la frase.

—Lo siento. —Verbeke fue condescendiente dándole un abrazo a la mujer, y aprovechó para interponer el pie entre la puerta y el marco para evitar que le cerrara en los morros. Ya estaban dentro. El sargento no pudo ocultar su sorpresa por la maniobra de la cabo—. Lamentamos mucho lo sucedido, y por eso estamos aquí. Queremos saber quién se oculta tras las lesiones atribuidas a un ente extraterrestre.

Amira se despegó de Julia y caminó hasta la habitación de donde escapó la voz masculina. Cerró la puerta, dejó la tele de fondo y les invitó a sentarse.

—Francisco está intratable —se justificó—. Y disculpad por el desorden.

Verbeke miró al mueble bar repleto de figuritas repletas de polvo, entre las que había un juego de tazas de porcelana y alguna que otra foto. En una de ellas salía una chica con el pelo largo anillado y los párpados pintados de verde. Intuyó que era Kika.

—Esta es su hija, ¿verdad? ¡Muy guapa!

—Si la vieran ahora, no la conocerían —dijo con cierto resquemor—. La atiborran de pastillas para alejar esa locura de su mente… ¡Todo es culpa mía! —Rompió a llorar.

—Pero ¿qué dice? Lo de su hija fue un accidente.

—No. —Se enjugó las lágrimas con el cuello de su blusa—. Fue consecuencia de mis decisiones.

—¡Amira, no se culpe! —le restó importancia Baños—. Son cosas que pasan cuando andamos con las personas equivocadas. Los adolescentes tienden a descarrilarse.

La madre de Kika insistió.

—En el país del que yo vengo, la mujer apenas tiene libertad. Nos educan para tener hijos, servir al hombre y cuidar de la familia. Yo viví en una represión durante mi infancia que quise que mi hija no sufriera. La crie libre. Sin imponerle nada. Dejándola ir con quien quisiera y vistiendo como le diera la gana. Solo quería que fuese ella en esencia. —Tragó saliva—. Creo que, fruto de mi actitud, me despreocupé demasiado y la descuidé. Kika fue una mala estudiante y algo rebelde en su adolescencia. Hacía pellas y se juntaba con unos chicos que no me gustaban un pelo. Pero no le reivindiqué nada. Kika, a pesar de haber nacido aquí, sufría *bullying* debido a sus rasgos… a mis rasgos —corrigió—. Con ellos había encontrado su sitio. Pero no eran trigo limpio, esos dos coqueteaban con las drogas. Mi hija empezó con los porros, pensé que era una chiquillada, que sería pasajero… pero su comportamiento se volvió más agresivo y paranoico. Decía que se movían objetos en casa, y a veces hablaba sola. —Se secó una lágrima que rodó por su mejilla—. Se iba los viernes y volvía los domingos. Pasó de los porros a una droga con forma de cartoncitos que se partían en cuadrados: los tripis. Esa sustancia le dañó el cerebro. No distinguía la realidad de la imaginación. Tanto fue así, que cometieron una injusticia con ella y no fue capaz de tener un juicio sano sobre lo que le pasó.

—Según el parte médico —le narró el sargento—, tenía mutilaciones y quemaduras…

—También volvió embarazada —añadió Amira con pesadumbre —. A los seis meses, tuvo un aborto. Expulsó al bebé en la misma playa. La traumatizó ver que su hijo no tenía vida.

—¿Tendría por aquí una foto de los dos jóvenes que estuvieron con ella? —preguntó Julia.

—Aquí no. Kika se llevó su álbum de fotos al psiquiátrico.

—¿En el psiquiátrico recibe visitas? —continuó Julia.

—Sí. Por las mañanas y antes de la cena. Aunque ella puede elegir salir cuando quiera.

—¿Podríamos ir a visitarla? ¿O es necesario que venga usted?

—Yo daré el aviso. Pueden ir, pero sean amables con ella —les aclaró dejando ver un ápice de alegría en esa tristeza indeleble—. Se alegrará cuando os vea. Mi marido ya no va, y Kika está cansada de que siempre sea yo quien la visite. Solo una cosa: recordad que no debéis llevarle la contraria sobre el asunto de los extraterrestres, se pone muy agresiva cuando le niegan su vivencia. Según el psiquiatra, toda esa patraña de la abducción se la ha inventado para maquillar la

violación que sufrió. Es un mecanismo mental de defensa.

—Lo tendremos en cuenta —le aseguró Baños, poniéndose en pie. Deseaba salir para fumarse un purito—. Sabemos lo que hacemos.

—¿Le gusta algo en concreto de comer? —quiso conocer Verbeke pensando siempre en la comida como llave a la diplomacia—. Le podemos llevar una caja de bombones o algún pastel.

—No podéis meter nada de vidrio ni de metal. Si queréis llevarle algo, le gustan mucho los dulces del paraíso.

—Pues yo conozco un lugar donde los hacen muy buenos. ¿Me puede apuntar la dirección del centro en el que está?

La mujer anotó la dirección. Baños añadió, caminando hacia la puerta:

—Le daremos recuerdos de su parte. Muchas gracias y cuídese.

Nada más pisar la acera, recibieron la llamada del comandante Miranda.

—Sargento, ¿dónde se meten? Quedamos en una hora y ya van tarde. Vengan de inmediato. Vega y Velázquez ya están aquí. Traen información relevante… Y, por cierto, tenemos el resultado pericial del cráneo de la vidente.

51

A menos de 48 horas

La pizarra de la sala de operaciones tenía un número en grande pintado en color negro: el 48. El dígito indicaba las horas que quedaban antes de que el Mutilador culminase su ritual basado en las fases de la luna de junio. Velázquez y Vega venían con pulseras de cuero y con unas manualidades hechas con piñas de los pinos del campamento hippie donde habían estado merodeando.

Miranda deslió un caramelo de regaliz y lo alojó en uno de sus carrillos. Empezó a hablar.

—En primer lugar, recalcar que estamos a solo 48 horas de fracasar. —Rodeó el número con el rotulador—. Tenemos a una adolescente saharaui, Zareen, muy posiblemente en manos de uno o varios psicópatas dispuestos a asfixiarla, desfigurarle el rostro, cortarle los dedos y dejarla con el torso pintado de verde en la orilla de una playa, así que estas horas serán cruciales. ¡Aquí nadie va a dormir! Si es necesario enchufarse un gotero de café negro en vena, lo haremos. ¿Entendido? —enfatizó y buscó la mirada de todos ellos—. Ahora, iremos por partes. Hemos recibido el informe del cráneo que encontramos en la caravana de la vidente, y el análisis dice que la calavera pertenece a un varón de avanzada edad, por lo que a Luna Hechicera la dejaremos libre en breve. Respecto al búlgaro, solo tenemos los dedos que estaban fuera de su furgoneta, nada sólido para ir al juez; lo tendremos que dejar libre. Una vez descartados estos dos, a los que les pondremos vigilancia continua, le cedo el turno a Zamorano para que nos cuente el resultado de su pesquisa.

—Bueno, tras contrastar la información con la inmobiliaria que se encarga de los alquileres en esta costa, encontramos cuatro pisos con inquilinos alemanes que se hospedaban en periodos cortos entre la primera quincena de junio y la última. Con una copia de la cerradura que nos facilitó la propia agencia, pudimos acceder a los apartamentos. Nada. Ni rastro de sospechas. Al parecer, este año los alemanes se han quedado en su tierra viendo el Mundial de fútbol —narró.

—Esto no es un chasco, sino un acierto para tirar por la vía correcta —advirtió Miranda dejando entrever que se guardaba un as en la manga—. Ahora, que hablen el binomio Baños-Verbeke.

Ella se despojó de su cárdigan y lo dejó sobre el respaldo de su silla. Sus andares sexys no pasaron desapercibidos para los agentes de la UCO. En otras circunstancias, la habrían piropeado. Julia tomó la iniciativa, quitándole el protagonismo al sargento.

—Nuestro enfoque ha ido dirigido a una información que se nos pasó por alto, ya que el suceso transcurrió a nivel local y no fue denunciado a la Guardia Civil. El hecho tuvo lugar en el año 2000, concretamente, en junio, y con la luna llena como protagonista. —Los agentes sintieron curiosidad—. Hubo un suceso de carácter extraterrestre, donde una chica sufrió las mismas lesiones que nuestras víctimas de 2004 y 2006. Esta, de nombre Kika, es almeriense de nacimiento, pero sus rasgos heredados por parte materna son claramente árabes.

—Por lo que el origen de esta perturbación criminal viene dado por ese acontecimiento. Claramente, se repiten el patrón y los detalles lesivos —concluyó Baños despertando el interés de Miranda.

—¿Y qué sabemos de estos adolescentes a día de hoy?

—Uno muerto, otra en un psiquiátrico y el tercero no sabemos quién es, solo que se llama Teo —resolvió Verbeke volviendo a su asiento.

—Hemos quedado en hacerle una visita a la chica en el psiquiátrico luego en la tarde —dijo Baños en pie y junto a la pizarra.

—Me gusta oír eso, pero prefiero que vaya Verbeke con Zamorano —ordenó Miranda. Baños no añadió nada—. A usted, lo quiero a mi lado. Luego le cuento el motivo. Ahora, turno de Velázquez y Vega.

Los nombrados tomaron el sitio de Baños. Vega empezó a hablar.

—Pues hemos estado en el asentamiento hippie del pinar de Quitapellejos. Deciros que hemos vuelto con muchas sospechas. El lugar consta de unos treinta y muchos miembros, entre ellos, niños y adultos de ambos sexos... Había una mujer dando de mamar a un bebé. La zona está acotada por palés de madera y consta de dos partes. La primera, es un patio con mesas de trabajo, donde niñas y niños juegan y realizan artesanías con piñas y conchitas. En los árboles secan tiras de cuero, que previamente curten para realizar billeteras y pulseras. También imparten cursos de mímica y diávolo para los más pequeños, supongo que para enseñarles el oficio del que viven. Dentro había algunas personas comprando cosas. Cuando nos acercamos, nos miraron con recelo. No éramos bienvenidos. Nos hicimos los guiris despistados y les dijimos que queríamos comprar pulseras. —Los dos mostraron las muñecas llenas de ellas—. Soltamos

cincuenta euros con el fin de rotar por todo el emplazamiento. La empalizada constaba también de dos partes. La primera está abierta al público; la segunda, protegida por una muralla de palés con plásticos viejos de invernadero, dando intimidad al recinto. Intentamos colarnos, pero ahí se puso la cosa fea. Había dos tipos que hacían de guardia. Altos, con rastas y palos. Decían que esa parte era donde dormían y que no podíamos violar su intimidad. Entre los cuerpos de estos dos gorilas hippies pude ver que no había ninguna construcción sobre la arena, sino bajo ella. Al parecer, viven bajo trampillas hechas con las mismas maderas del perímetro del asentamiento. Es posible que tengan galerías cavadas en el terreno.

—Digamos que han construido su propia Capadocia en Almería —apostilló Velázquez.

—Al volver, nos quedamos impactados al ver a uno de los clientes que merodeaba por allí —imprimió un silencio misterioso Fermín Vega—: Pepín.

—¿Pepín? —se exaltó Verbeke y sintió decepción—. Nunca me habló del lugar. Me dijo que se los había encontrado de manera fortuita.

—De tonto no tiene un pelo —comentó Baños—. Otra lección sobre la subestimación que me llevo.

—Y no estaba solo, sino con su padre —aclaró Velázquez—. En la visual que tracé durante el recorrido, encontré todos los elementos con los que se pudieron cometer los asesinatos: la pintura verde que usan los mimos callejeros, el ácido clorhídrico con el que decapaban el cuero, las tijeras de podar con la que cortan el material de las artesanías y bolsas de plástico donde echan todo el sobrante de sus manualidades. Luego, revisamos un cubo de basura cercano y encontramos botes de salfumán y alguna garrafa de ácido fórmico.

—Esto nos hace pensar que el asesino es uno de ellos —continuó Vega como si tuvieran ensayado el discurso explicativo—. Y que, probablemente, los transporten sobre un palé aligerado, a modo de camilla, para no dejar huellas en él. Solo tendrían que cruzar el pinar y dejarlo en la playa. Si se traza una línea recta desde el emplazamiento hippie hasta la orilla, hay que pasar por delante de la furgoneta del búlgaro. Igual por eso dejaron los dedos por allí.

—¡Muy buen trabajo, equipo! —alabó Miranda cerrando los puños con euforia—. Vamos a hacer un registro de la zona para ver si la chiquita está ahí. Lo haremos cuando el sol empiece a ponerse, para que no nos vean llegar.

—Habría que llevar un equipo con defensas. Los guardianes hippies que custodiaban el núcleo "fortificado" —Vega hizo comillas

con los dedos—, tenían pinta de ser poco amistosos y, además, estaban armados con palos con forma de bastón.

—Tomaremos las medidas oportunas, puesto que hay niños y niñas; no podemos entrar a tropel —advirtió Miranda mostrando templanza—. Mientras preparamos el operativo y coordinamos al grupo de asalto, Verbeke y Zamorano, id a entrevistaros con Kika. Quiero ponerle cara al que le hizo daño por aquel entonces. —Cayó en la cuenta—. ¡Ah! Y quiero a Pepín y a su padre aquí. Pero eso, para después. Nuestra prioridad es la incursión en el asentamiento en el que pueden tener a Zareen. ¡Al turrón!

52

Kika

Hospital de Salud Mental Torrecárdenas
19:00

Verbeke iba al volante de un *Seat Ibiza* que, junto al *Alfa Romeo* que normalmente usaba Baños, conformaban la flota de vehículos de camuflaje destinados para la Guardia Civil de Cuevas del Almanzora. En el sillón del acompañante iba Zamorano. Sobre sus muslos llevaba un papelón de dulces recién comprados del establecimiento marroquí donde los probó por primera vez.

—Pensé que los pasteles eran para ti.

—Ganas no me faltan, pero son para Kika. Ya sabes, para engrasar la entrevista.

—¡Qué vivaracha eres!

—Su madre me dijo que le gustaban —le aclaró viendo el edificio a lo lejos—. ¡Ah! Y también me advirtió que no le lleváramos la contraria en ningún momento, tiende a ponerse a la defensiva.

—Entonces hay que seguirle el rollo, nos cuente lo que nos cuente.

—Eso es, fingir que estamos muy interesados en su relato.

—¿Traes gafas de sol?

—Sí. ¿Por?

—A los *hombres de negro* del Gobierno se les representa con gafas negras siempre allá donde van. Creerá que somos de Inteligencia.

—Más bien, que nos falta un hervor —bromeó entre carcajadas —. Tú llevas una camiseta de Héroes del Silencio, y yo una bandeja de pasteles… Pero acepto. Así, cuando miremos ese imán de Cuevas del Almanzora pegado en la puerta de la nevera de casa, nos partiremos el culo con este recuerdo.

—No lo dudes. Al menos, te he hecho reír. ¡Que llevas todo el trayecto con una cara!

—Es que lo de Pepín me tiene muy desconcertada. —Estacionó

y se desabrochó el cinturón. Sin bajarse del coche, miró a Zamorano a los ojos—. Ese niño se jugó el tipo por mí, empezó a retirar las lamas con fuego con sus propias manos, y lo prefiero como héroe, no como villano.

—No quiero tumbarte el mito, pero Pepín recortó la mano y los dedos usando las tijeras con la precisión de un cirujano plástico... Igual ha estado jugando al despiste con nosotros.

—Él me dijo que los conocía. No me lo ocultó. Pero parecía esquivo con ellos. Incluso me hizo un dibujo detallando su aspecto. La noche del incendio, minutos antes, se nos acercó una niña morena muy mona, con la piel llena de un sarpullido extraño. Pepín asegura que son extraterrestres.

—Como él.

—Tienes razón. Pepín debe sentirse como uno más entre ellos, por eso se sentirá atraído y ha decido dar el paso y entrar en el asentamiento.

Verbeke se colocó las gafas de sol y ambos caminaron hacia la recepción del edificio. Preguntaron por la zona donde estaban los internos y tomaron un ascensor. Cuando llegaron al ala de psiquiatría, un guardia de seguridad les dio el alto. Le dijeron el nombre de la paciente y les dejó pasar. Una vez dentro, un celador llamó a Kika y los ubicó en una sala destinada a las visitas. Por los pasillos se oían voces y gritos. También había algún que otro paciente a la pata coja y otros caminando muy lento, por efecto de la medicación. Verbeke y Zamorano, con las gafas de sol y las heridas superficiales que lucían en manos y labios, parecía que también formaban parte del elenco. La sala donde los ubicaron apenas tenía decoración, más allá de unos vinilos en alta definición que mostraban un campo de lavanda soleado. No había muebles ni objetos de metal que pudieran ser usados durante un brote psicótico. Una máquina de agua con vasos de cartón ocupaba una esquina. Un celador hacía las veces de policía merodeando por la estancia. De las seis mesas, solo una estaba ocupada por una pareja de ancianos que se agarraban de la mano.

—Esto pesa. ¿Cuántos pasteles has comprado? —se quejó Zamorano—. Me duelen las costillas de sujetar la bandeja.

—Aguanta un poco más. No nos sentemos antes que ella. Supongo que Kika tendrá sus propios TOC y puede no querer sentarse con nosotros, si la situación de la mesa no es la que le gusta. Supongo que por eso el mobiliario no tiene colores llamativos… Todo es blanco.

—Muy precavida. Veo que sabes mucho de esto. ¿Ya has estado ingresada? —bromeó.

—Falta me haría… Al menos, por una temporadita y tras lo vivido.

En ese mismo instante, se oyeron unos pasos lentos y rumorosos, provocados por el roce de las suelas de unas chinelas viejas sobre el parqué. Kika apareció delante de ellos. Su postura de hombros caídos y cabeza gacha era un reflejo de su estado de ánimo. Tenía una figura muy gruesa, y vestía pantalón de chándal negro y sudadera roja de mangas anchas con manchas de lejía por la parte del pecho. Llevaba auriculares. Tomó asiento en una mesa pegada a una esquina y aguardó. Metió una mano en la manga contraria y comenzó a pellizcarse la muñeca, como si no se supiese lo que estaba haciendo por estar haciéndolo bajo la tela. Verbeke y Zamorano se aproximaron hasta la mesa. Este último soltó los pasteles sobre la superficie.

—¿Kika Salmerón? —le preguntó Julia con el fin de establecer diálogo—. Somos los agentes Zamorano y Verbeke, del CNI. ¿Podemos tomar asiento? —La chica sacó su mano de tres dedos de la manga y la ocultó en la entrepierna. Se bajó los auriculares de casco y asintió —. Estamos muy interesados en conocer todos los detalles del incidente OVNI de la playa de Quitapellejos.

Zamorano empujó la bandeja de dulces hacia Kika. La música sonaba a todo volumen, creando un ruido incómodo. Se oía perfectamente la escandalosa música del grupo The Prodigy.

—Son para ti. Aunque quizás ya sea más hora de cenar que de merendar.

La chica los miró con desconfianza. Deslizó sus manos con delicadeza para desliar el papel que los envolvía. Le faltaban los mismos dedos en la otra mano, detalle que sobrecogió a los investigadores, ya que solo había constancia de la mutilación en una de ellas. El gesto de sus brazos encogidos les recordó al que adoptaba una mantis religiosa a punto de decapitar a su macho. Una vez retiró el papel, vio el tipo de dulce que le habían traído e hizo un comentario cargado de razón.

—¿Todos son para mí? Aquí hay media docena. Con uno hubiese sobrado. —Miranda miró a Verbeke aguantando la risa. Julia los había comprado como si fuesen para ella—. ¿Os envía mi madre? Siempre me los trae.

—Sí —le confirmó Verbeke—. Queríamos saber del tema y ella nos dijo que tú nos lo contarías de primera mano. Estamos muy entusiasmados de oír tu testimonio.

Kika cogió uno y, al abrir la boca, dejó en entrever aquella exposición de dientes podridos y caries. Comenzó a masticar disfrutando de cada bocado.

—¿Qué queréis saber exactamente?

—Queremos contar tu historia con todo lujo de detalles en un documental de proyección mundial. El mundo tiene que conocer la existencia de estos seres —la motivó Zamorano dándole alas—. Tú come, y ve contando poco a poco.

Kika no gesticuló, tan solo se limitó a seguir comiendo el bizcocho a pequeños mordiscos, como un ratón que se encuentra un trozo de queso duro. Su pelo largo parecía cortado durante un brote, por la enorme cantidad de trasquilones que tenía en las puntas. Su mirada iba directa a Julia, como si quisiera leerle la mente. La cabo tomó la iniciativa.

—¿Cómo contactasteis con el OVNI?

—De casualidad. Teo, Baldo y yo estábamos en un festival de música electrónica en la playa, vinieron muy buenos Dj's del panorama mundial: Don Diablo, Armin Van Buuren, Steve Angello… —narró y pellizcó el bizcocho con los dedos desmigándolo sobre la mesa, como si su hubiese trasladado su dermatilomanía al dulce—. Por aquel entonces, consumíamos tripis. Todo el mundo lo hacía. ¡Estaban de moda! Baldo consiguió unos a los que llamaban «doble gota», y nos pasamos de rosca los tres. Nos metió tal subidón, que decidimos irnos a una zona más tranquila de la playa para disfrutar de esa euforia mágica. Las estrellas del cielo parecían que se movían como si fuesen fugaces. Los tres nos pillamos unas risas muy importantes. Incluso la luna llena parecía tener dientes y ojos —Se rio y estiró la mano para coger otro pastel de la bandeja. Dejó ver todas las pústulas y cicatrices que marcaban su muñeca—. Estando en la orilla, sobre el mar, vimos una luz. Brillaba tanto como una estrella de las que había arriba. Teo decía que la había visto caer. De pronto, ese destello comenzó a moverse —usó el bizcocho para simular que era la nave—, de derecha a izquierda. Emitía unas vibraciones sonoras que parecían llamarnos. «¡Es una nave espacial!», gritó Teo entusiasmado. Nos levantamos los tres y pudimos ver que, tras la luz, había algo sólido. Nos metimos en el agua y empezamos a llamarlos a gritos. Para nuestra sorpresa, se giró y vino hacia nosotros. La nave flotante se quedó a pocos metros de la orilla, por lo que tuvimos que completar la distancia a nado.

—¿Y qué paso una vez dentro? —le interrumpió Verbeke entusiasmada con el relato—. ¿Cómo era el interior del OVNI?

—Cuando subimos, apagaron la música que vibraba por todas partes y atenuaron las luces; entonces, pudimos ver sus rostros. Parecían humanos, como nosotros. Eran tres: dos rubios y uno moreno, bastante atractivos y atléticos —recordó con orgullo—.

Hablaban un idioma extraño. No entendíamos ni papa. Nos invitaron a comer cangrejos cocidos y langostinos. También nos dieron de beber un jugo que sabía a ginebra, pero más bien era un suero de la verdad, para que, cuando nos mostraran su verdadero rostro, no nos asustásemos. Al rato, todo se volvió más turbio. La nave era alargada y con el suelo de madera. Había un barandal metálico y una zona con los botones para pilotarla. La zona cubierta estaba decorada con las fases de la luna, bueno, con tres de ellas —rectificó—; la luna creciente no aparecía. Supusimos que estos seres venían de la cara oculta de la luna. Pusieron música de nuevo. Esta misma que llevo yo en el discman. —Les brindó los cascos, que ninguno recogió—. Baldo y Teo se quedaron con el que era moreno. Los dos altos y rubios me llevaron hacia dentro. Tenían una figura de un elefante de plata enorme. Cuando me fui a dar cuenta, ya estaba en su alcoba galáctica. Tenían una cama redonda y cortinas rojas de terciopelo. Me desnudaron y se desnudaron. Oí sus nombres, pero desde entonces no consigo recordarlos. —Se sintió molesta por su mala memoria, dando un manotazo sobre la mesa—. En ese mismo momento, vi su verdadero ser. Sus rostros se volvieron aterradores. Borrosos. Sin facciones. Tenían el pecho de color verde, pero no era la piel lisa, sino que tenía unos dibujos. Lo que ocurrió después no me gustó. Me hacían daño, pero apenas podía resistirme. Se reían cuando me quemaban con unos artilugios con los que fumaban, y me cortaron los dedos porque les excitaba. Me gritaban en su idioma ininteligible, pero recuerdo esas palabras nítidamente. —No las pronunció—. Me inseminaron. Su modo de tener sexo era muy salvaje. Cuando despertamos, ya estábamos en la orilla de la playa. Teo me dijo que los alienígenas le habían dicho que me habían nombrado reina en la Tierra. Que portaba una semilla para crear un híbrido. —Desmigó el bizcocho de nuevo con inquina—. Tenían razón. Me quedé embarazada. Por no escuchar a mi padre, me fui con Baldo y Teo a un asentamiento hippie. Lo pasamos muy bien. Éramos unos veinte, y algunas en mi misma situación. Las casas estaban construidas bajo el suelo del pinar; al parecer, existían unas trincheras antiguas y la tierra estaba suelta. Solo usábamos los zulos para dormir. ¡En el techo poníamos palés! Era extraño, pero te acostumbrabas rápido.

—Lo estás haciendo muy bien —le animó Verbeke acercándole agua.

—Teo fundó una especie de congregación basándose en nuestro encuentro. —Dio un sorbo largo—. Yo era la elegida y, por tanto, iba a ser la reina. A los seis meses, me puse de parto repentinamente. Di a luz en la playa a un bebé muerto. Tenía deformaciones y un aspecto que poco tenía que ver con una persona… Era el híbrido que el mundo esperaba. —Estranguló el vaso de cartón

—. Teo se enfadó, pues estaba convencido de que los alienígenas vendrían a coronarnos cuando el mestizo hubiera nacido, pero ahora no tendrían razón para su regreso. Me sentí muy mal. Y no solo la pena quedó en mí, sino que desencadené una maldición. Las demás madres que estaban encintas en el campamento, tuvieron hijos muertos o con deformaciones. Teo decidió revertir el castigo. Convenció al resto de que iba a buscar una solución. —Verbeke miró a Zamorano con el presentimiento de que ahora venía la parte potente del relato—. Se ganó el fervor y se autoproclamó líder del campamento. Trajo a más individuos, les enseñó el oficio de la marroquinería y amuralló el lugar con palés de madera y plásticos, pero el poder se le subió a la cabeza y empezó a actuar de una manera agresiva con todos. Encerró a Baldo durante un mes en un zulo porque le reprochó su actitud. Dos años más tarde, en 2002 —Verbeke no pudo reprimirse y cogió un dulce del paraíso para comerlo como si estuviese en el cine—, me propuso que me ofreciera como una ofrenda para que retiraran ese mal que hacía que nuestros hijos sufrieran alergias y enfermedades extrañas. Yo acepté por el bien de la comunidad. Lo preparamos todo para la luna llena de junio. Me puso gomillas para cortarme la circulación en los dedos de la otra mano y me los cercenó; me desnudó, me pintó el pecho con trazos verdes y me fabricó una máscara de cuero para distorsionar mis rasgos, pero no vinieron. Vimos la luz pasando de largo. No fue suficiente. Entonces, pensó que estábamos haciendo algo mal. Me dijo que igual tenía que desfigurarme la cara para que fuese una ofrenda real. Una noche, me fui del campamento porque sabía que algún día me iba a matar. En el 2004 trazó un plan junto a Baldo. Este se negó y escapó del asentamiento; horrorizado, me contó su plan: quería hacer un sacrificio de sangre con todos los elementos de aquel día. Tres víctimas, dos hombres y una mujer en honor a las tres fases de la luna que los extraterrestres adulaban. Los elegidos debían tener mis rasgos africanos, afines a los gustos alienígenas, además de mutilaciones como estas. —Subió ambas manos—.

—¿Y la C de la frente? —quiso saber Zamorano.

—Es una luna menguante… La nave tenía una bandera roja con una de estas en blanco. Supongo que era la bandera de su colonia alienígena. Teo quería dejar claro que el sacrificio iba para ellos, por eso marcaba en la frente la luna.

—El nombre del operativo no ha podido estar mejor puesto. Me va a petar la cabeza, tronco —masculló Verbeke provocando un cambio en el semblante de Kika.

—¿Y no lo denunciasteis? —saltó Zamorano para desviar la atención.

—No nos parecía bien que hiciera daño a nadie. Baldo me convenció para ir poner la denuncia y que parase esa locura que se traía entre manos, pero enfermó repentinamente. La maldición se extendió y le alcanzó. Entonces, le dejé que actuase, para ver si era capaz de liberar al asentamiento de la maldición que yo provoqué.

—¿Te acuerdas de los apellidos de Teo? —preguntó Verbeke.

—No, pero tenía un mote. *El Tuerto*. Tiene un ojo ciego. De pequeño, según nos contó, le cayó un ácido que manipulaba su padre en el taller de marroquinería. ¡Imaginaos el *bullying* que sufrió en el colegio!

—¿Y una foto? —insistió.

—En mi habitación tengo un álbum, pero te la daré cuando os vayáis a ir. Una vez abandone la sala, darán por terminada la visita y me medicarán para que duerma.

Zamorano se percató de que su compañera estaba abstraída. Masticaba un trozo de bizcocho a la vez que mantenía la vista clavada en la fotografía del campo violáceo de lavanda que decoraba la pared. En su cabeza, las piezas se alineaban como en si estuvieran jugando al *Tetris* que tenía el búlgaro en su caravana. Toda la descripción la trasladó a la nave alienígena desde un punto de vista periférico e intrusivo. Y entonces supo que ella estuvo allí también. Incluso la música que martilleaba el oído de Kika le resultó familiar. Le hizo otra pregunta a la interna.

—Una cosa: ¿qué palabras te repetían para nombrarte como la elegida? ¿Qué decían cuando estabas siendo inseminada por esos monstruos?

Kika arrugó la frente, como si aquella palabra le hubiese molestado. No tuvo que hacer memoria para dar la respuesta.

—*Salope! J'aime ton cul! Suce ma bite… Regardez comment la salope crie.*

Verbeke entendió el lenguaje de los alienígenas a la perfección, y sintió asco al conocer el resultado: *«¡Perra! ¡Me encanta tu culo! ¡Chúpame la verga!… ¡Mira cómo grita la guarra!».*

—¡Eso no es idioma extraterrestre, Kika! —Se sobrecogió Julia escupiendo a un lado la bola de bizcocho que amasaba en su boca—. ¡Eso es francés!

Zamorano arrugó los morros, sorprendido por la contestación. Miró a la paciente y comprobó la certeza que arrojó su madre sobre su comportamiento colérico al llevarle la contraria. Kika apretó la mandíbula y, cargada de coraje, se agarró al pelo rubio de Verbeke. Comenzó a zarandearla con violencia. Las gafas de sol salieron

disparadas y los jadeos se hicieron con la sala. Zamorano se levantó e intentó interceder. Verbeke empezó a chapurrear el idioma de los extraterrestres mientras ella le increpaba que le hubiera llevado la contraria.

—¡¡No me crees!! ¡Me llamas mentirosa, rubia patética! ¡¡Me nombraron como su elegida!!

Zamorano apretó la muñeca en un punto doloroso para Kika, provocando que soltara la cabellera de su compañera. Julia levantó la cabeza y miró a los ojos a la paciente, entonando de manera suave su convencimiento.

—No eran alienígenas, Kika, son unos putos violadores a los que les gusta el sado y drogan a sus víctimas, y yo conozco sus nombres: se llaman Clément y Remi.

Kika se quedó petrificada. Catatónica. Entre su mano de tres dedos quedaba un hilo sedoso y dorado. Verbeke se peinó con las manos y retiró la silla hacia atrás medio metro. La pareja de ancianos que hablaban de manera dulce en su mesa, salió corriendo hacia el pasillo, como si sus vidas corriesen peligro. Al ver que los ánimos se habían calmado, decidió no intervenir. Kika volvió en sí y repitió con la voz temblorosa.

—Clé… Clément… Rrr… Remi. Llevaba seis años sin recordarlos. ¿Los conoces? ¿Te eligieron después de a mí? —La miró con profusión y ciertos celos a los ojos—. ¡Azules! Claro… ¡Eres una de ellos! Por eso llevabas gafas de sol estando en un edificio techado como este.

Verbeke hizo uso de su astucia y se inventó un relato con el fin de llevarle la corriente y acercarla hasta donde ella quería.

—Veo que te has dado cuenta —fingió. Zamorano quedó atónito con aquel teatrillo—. Me han enviado para librar al asentamiento de la maldición. —Tragó saliva y sujetó por las manos a Kika—. Entendiste mal el mensaje. Ellos no hicieron lo que hicieron para volver, lo hicieron para mejorar el papel de la mujer en esta humanidad. —Kika hizo un mohín. Zamorano resopló—. Suena raro, lo sé, pero has hecho todo lo contrario a lo que ellos te pedían.

—¿Y qué querían? Haría cualquier cosa por librar a esas niñas de sus malformaciones y a sus madres de sus dolencias. Es duro oírlas llorar y sin una cura a su dolor.

—Quieren mujeres fuertes, capaces de denunciar abusos y acosos sin temor. El rol de la mujer en la Tierra tiene que cambiar. —Se puso seria—. Debes denunciar en la Guardia Civil lo que te hicieron esos cabrones. Dales sus nombres, diles que para los dedos usaron

unas tijeras de cortar marisco, que te apagaron un puro en la piel por mera diversión, y que te violaron sin tu consentimiento…

—Pero fue su manera de tener sexo. Su cortejo. Me dejaron una semilla porque para ellos yo era importante.

—¿Quieres librar de la maldición a ese asentamiento? —Le dio un ultimátum, soltándola de las manos y amagando con levantarse—. Pues vístete y declara la violación grupal de hace seis años en ese yate con bandera de Turquía. Yo te diré todo lo que tienes que decir. Te llevaremos al puesto ¡Y tráete la foto de Teo!

Kika suspiró. Bajó la mirada y asintió repetidamente. Sonrió. Recogió los pocos pasteles que quedaban en su regazo. Se colocó los auriculares y fue a su habitación con esa lentitud que la caracterizaba. Verbeke y Zamorano fueron a gestionar, a golpe de tarjeta de identificación de la Guardia Civil, la salida de la paciente por unas horas. Ellos la llevarían y la traerían. Mientras se realizaban los trámites, esperaban muy cerca del mostrador, y el de la UCO le preguntó a su compañera:

—¿Cómo sabes tantos detalles de la presunta nave? —Le devolvió las gafas—. ¿Te hicieron lo mismo?

—Casi. Tuve un episodio turbio que recordaré una vez más cuando mire el imán de los cojones en la puerta de la nevera, pero todo sucede por algo, y gracias a esa noche que pasé en el yate junto al desgraciado de Romero, he podido dar con el motivo de un hombre para asesinar a varios inmigrantes siguiendo un ritual estelar.

—Estos franceses sin escrúpu…

—Un belga, un francés y un turco —lo corrigió sin dejarlo acabar.

—Esos salvajes sin escrúpulos crearon una mártir, una falsa creencia, una deidad y un demonio.

—Así es como influyen las religiones desde antaño en los seres humanos.

—Esta reflexión no se la cuentes al comandante, que es capaz de arrancarte unos cuantos de cabellos más.

Verbeke sonrió por el comentario. Kika volvió con el álbum y con otra ropa más arreglada, unos jeans y una blusa de manga larga sin planchar. Les hizo entrega de la foto. Julia pudo ver a aquel joven al que le faltaba un ojo, riendo junto a ella y a Baldo. No tardó en reconocerlo. *«Es el hippie que aquel día estaba en el centro con un parche en el ojo y pintado de color dorado… Le compré incluso un pompero. ¡Qué retorcido es el destino! Me lo puso a huevo sabiendo que yo ignoraba su identidad».*

53

La denuncia y Teo

20:00

El pasillo del puesto de Cuevas del Almanzora estaba bien iluminado, pero no lo suficiente como para molestar a la vista. Miranda se cruzó con Zamorano, Verbeke y Kika. Su cara era un poema, pues no entendía a que venían las lentes oscuras de los agentes. Llegó a la conclusión de que la composición de aquel binomio era una completa farándula. Lo saludaron a lo militar y continuaron avanzando hacia la sala de atención ciudadana. Kika frenó en seco y se dirigió a Julia, mostrándose insegura.

—No. No puedo hacerlo —Negó con la cabeza mientras metía una de sus manos en la manga de la blusa—. No me creerán…

—Eres la elegida. Tienes una misión: cambiar el papel de las mujeres. ¡Ya no nos callamos ante los abusos! —Se vino arriba Verbeke—. Y, además, ya he avisado a mi compañero para que calle, escuche y escriba.

Tras ellos, se oyó el carraspeó del comandante Miranda, que se había quedado en el pasillo para entender qué tramaban aquellos dos, que, en vez de agentes, parecían cuponeros. Quedó expectante y con las antenas puestas.

—Solo tienes que contar tu historia, pero con la versión que te hemos dicho en el coche —la convenció Zamorano ante su indecisión —. Piensa en la maldición que pesa sobre tus amigos…

En ese mismo instante, de la sala donde se recogían las denuncias salió Rocío con el labio recién abierto por una herida y con los ojos empañados en lágrimas. Al ver a Verbeke, le pidió perdón y le contó por qué estaba allí.

—Perdóname… Te mentí cuando te dije que había estado con *Roux* y su novia en el yate… Él me pagó para que no dijese la verdad. Encubrí a ese malnacido, y la vida me lo ha pagado con creces.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó con preocupación mientras se retiraba las gafas de sol para mirarla con todo lujo de detalles—. *El Puche* está entre rejas. ¿Quién te ha dado una paliza?

—Al principio era divertido, pero con el tiempo se han creído que yo les pertenecía y que tenían derecho a todo. —Sacó un parte médico donde se recogían los desgarros sufridos en el ano y la vagina —. Remi y Clément me han forzado. Berat intentó mediar, pero ya había pasado todo. —Rompió a llorar—. Creían que estaba drogada como otras veces, pero no. ¡No me respetaron! Les dije que no. Me ataron y me pegaron, estaban muy colocados.

Verbeke miró a Kika. Esta, al oír los nombres, entró sin pensarlo dos veces.

—Has hecho bien en denunciar a esos desgraciados. No es no. ¡Se les va a caer el pelo!

—Creo que habrán puesto rumbo a otro puerto para que no los pillen. Les dije que los iba a denunciar.

—Tranquila, que estos no se escapan. Daré aviso a la guardia costera —le aseguró Zamorano con un tono serio y solvente—. A ver el poder que tienen cuando el dinero no les valga para nada en una celda.

Rocío se perdió por los pasillos lamentando. Miranda acortó las distancias mientras desliaba ruidosamente un caramelo de regaliz de la marca Respiral.

—¿Qué trama, cabo? Parece que vienen de un *after* con esas gafas.

—Este atrezo forma parte del plan. ¡Ha merecido la pena! —Cerró los puños—. Todo está enlazado, mi comandante. ¡Todo! Sabemos qué y quién ha originado el móvil para cometer los crímenes. —Verbeke le hizo entrega de la foto de Teo—. Este individuo es el asesino. Ahora tiene una cara a la que atribuir todos los asesinatos. La foto es de hace tiempo, pero no ha cambiado mucho… Ahora lleva un parche en el ojo y rastas.

—No paras de sorprenderme, tanto para mal como para bien —comentó—. Aun así, te felicito. Ahora, vayamos a la sala para discutir estos menesteres, estamos preparando el operativo de asalto. El equipo debe saber quién está detrás de esto, para localizarlo y arrestarlo. ¡Bien hecho!

—¡Vale! Solo deme un minuto. —Unió las palmas de sus manos —. Voy a decirle a un guardia que, cuando la chica termine con la declaración, llame a un taxi para que la lleve de vuelta al psiquiátrico. Yo me hago cargo del coste del viaje.

—No se demore.

54

Plan de asalto

En la sala de operaciones podía cortarse la tensión con un cuchillo. Los nervios dominaban sus corazones. Las distintas posibilidades asaltaban sus cerebros, pues estaban a pocas horas del éxito o del fracaso. En la pizarra, el nombre del caso: «Operación Luna Menguante». Junto a ella, Rafael Miranda. En las sillas: Zamorano, Vega, Velázquez, Baños y Verbeke. El comandante comenzó actualizando el estado de la misión.

—Estamos en la delgada línea que separa el todo de la nada. El margen que nos separa del abismo es de 24 horas hasta la siguiente luna. Por desgracia, no tenemos a la adolescente de nombre Zareen, pero sí ciertos datos para separar la paja del grano. —Dibujó una calavera en la pizarra—. El cráneo que poseía la vidente en su caravana para realizar rituales paganos no pertenece a ningún joven o adolescente, según el peritaje forense, puesto que la edad de los huesos corresponde a un varón de unos setenta y cinco años. En consecuencia, la sospechosa será liberada por no haber motivos para retenerla más tiempo. —Tachó la calavera—. Respecto al búlgaro y su insoportable perro, también serán puestos en libertad, ya que no hemos encontrado ningún indicio en su furgón que lo incrimine con la amputación de esas falanges. —Dibujó un bloque de viviendas como si jugaran al *Pictionary*—. En cuanto al registro de los pisos propiedad de la inmobiliaria, decir que no hemos hallado ningún alquiler sospechoso. La mayoría de estos clientes habituales, que solo se alojaban en junio, son alemanes, y este año, con la celebración del Mundial de fútbol en su país, no han venido a España. Respecto a Pepín y su padre, no parecen una amenaza inminente, pero después de la incursión que llevaremos a cabo, quiero hacerles unas preguntas. —Resopló y miró por la ventana, contemplando cómo la luna empezaba a asomar entre el tejado de las viviendas—. Por suerte, la vía que nos queda parece la más viable y, según la información que nos ofrece la cabo Verbeke, lo veo blanco y en botella. ¡Su turno! Sea concisa.

Julia se levantó de su asiento y se dirigió a la pizarra. Borró el dibujo de Miranda y escribió un nombre en mayúsculas de tres letras. Se giró y habló a sus compañeros.

—Teo. —Mostró la foto del sujeto y la hizo rotar de mano en

mano—. Este es el tipo que andamos buscando ¡Es el puto villano! —Hizo el inciso y continuó—. Tras entrevistar a Kika, una chica que fue presuntamente abducida por unos alienígenas provenientes de la luna, me atrevo a afirmar que el autor material de los cinco asesinatos cometidos entre 2004 y 2006 en la playa de Quitapellejos es Teo *el Tuerto.* —Apretó los morros—. Lo siento, pero desconozco su apellido. Kika sufrió a manos de unos extranjeros millonarios, que se pasean con su yate por la costa desde 1999, una violación grupal en la que emplearon narcóticos y sado extremo como medio de diversión. Kika sufrió amputaciones en una de sus manos y quemaduras repartidas por los senos. Los tres que subieron al supuesto OVNI, estaban bajo los efectos del LSD, pero su dosis se vio aumentada tras administrarles los tripulantes otras drogas. Cuando acabó la travesía, bajaron contando una realidad distorsionada de lo que ocurrió para justificar lo que vivieron. Las alucinaciones desdibujaron su discurso y, además, se autoconvencieron. Kika quedó embarazada de uno de sus agresores, pero Teo le metió en la cabeza de que la habían elegido los extraterrestres para crear una raza híbrida. —Miranda le hizo un gesto con las manos para que aligerase—. A los seis meses abortó y, al parecer, los extraterrestres ya no volvieron más. Teo se empecinó en su regreso. No solo por formar parte de este evento sin precedentes, sino porque creían que su asentamiento había sufrido una especie de maldición que los hacía enfermar. Por eso, las víctimas poseen esas lesiones y rasgos, infundados por los tres tripulantes del barco: una luna en la frente, porque vieron la bandera turca en el mástil de la nave y pensaron que ese era su origen; los asesinatos en las fases de las lunas por los cuadros que decoraban el camarote del yate; el rostro desfigurado, porque la droga les emborronó la cara de los agresores; los dedos amputados porque esa marca se la hicieron a Kika como la elegida; y el pecho verde porque los alienígenas tenían tatuajes en sus torsos. Suena a locura, pero todo forma parte de un ritual demencial y desesperado por librar a las niñas y embarazadas del pueblo de esa maldición que las hacía enfermar.

—¿Y por qué inmigrantes? —quiso saber Jesús Velázquez.

—Porque Kika es de ascendencia marroquí y heredó unos rasgos muy marcados de su raza. Por eso, Teo quería replicar a la elegida.

—¡Qué demencial! —exclamó Miranda atusando su bigote—. Alienígenas, mutilaciones, maldiciones, racismo… Por suerte, hemos sido capaces de dar lucidez al asunto y tenemos el móvil que mueve al asesino y su rostro en una foto. Ahora tenemos que asaltar ese lugar y rezar porque esa chica esté ahí, esperando, a pocas horas de la luna nueva, a ser asesinada…

—La traeremos con vida, y a ese malnacido lo meteremos entre rejas —animó el sargento Baños convencido—. Hay que hacer justicia.

—Ahora daré paso al equipo de asalto para que nos expliquen los pormenores de la incursión. —Borró la pizarra e hizo la llamada.

Por la puerta entraron dos tipos musculosos y con cara de mala leche, ataviados con uniforme verde y una boina encajada con estilo sobre la sien. Verbeke se quedó mirándole el culo a uno de ellos. Zamorano le hizo un gesto con el codo para que cerrase la boca.

—¡Qué *fuertacos*! —susurró creyendo que no se le iba a oír. Miranda la fulminó con la mirada.

—Bienvenidos. Vamos a ir por partes —sentenció el comandante—. En primer lugar, presentaros al teniente primero de la Unidad de Seguridad Ciudadana, Pérez Gellida, y al teniente Gómez Jurado. Ambos van a coordinar el asalto, por si fuere necesario —aclaró—, pero la idea es que no tengamos que usar la fuerza.

Los dos de la USECIC se posicionaron sobre la pizarra y dibujaron un cuadrado pequeño en un lateral del rectángulo grande que lo enmarcaba. Empezaron a informar sobre cómo iba a trascender el asalto. Pérez Gellida tomó la palabra.

—El recinto está formado por dos zonas: una pequeña y con vallas altas, y otra con un perímetro más amplio, pero con más visibilidad. Todo el cercado está fabricado con palés de madera y recubierto con plásticos de invernadero. Tiene una superficie aproximada de unos setecientos metros cuadrados. Suponemos que la zona más extensa y abierta es la zona de recreo y taller, mientras que la otra la emplean para dormitar. Según la información que tenemos, el emplazamiento cuenta con unos cuarenta miembros entre los que hay niños, jóvenes y mujeres embarazadas. No hay construcción a modo de cabañas o chabolas, viven en túneles o huecos cavados en el terreno y cubiertos por palés a modo de trampillas.

El otro tomó la palabra.

—Debido a esto, deberemos ser muy cuidadosos con el asalto. No podemos usar gases lacrimógenos ni fuerza bruta. No descartamos que haya algún bebé, por lo que sería oportuno negociar la entrega del objetivo. El diálogo debería ser suficiente para llevar a cabo el registro. De no ser así, entraríamos por la puerta delantera cuatro efectivos. —Señaló con una X los puntos por donde iban a entrar—. Tres por el flanco izquierdo y tres por el derecho. En el costado que apunta hacia la playa, pondremos el furgón atravesado, siempre y cuando la arena no vaya a tapar los vehículos, y varios guardias como apoyo. Suponemos que no habrá obstinación por parte de estos, pues, de esos cuarenta, lo más probable es que sean una decena de ellos los

que opongan resistencia con piedras y palos debido a su naturaleza antisistema. Solo usaríamos las armas de fuego en el presunto caso de que algún civil estuviese a punto de perder la vida.

—Pero solo en esa excepción —le precisó Miranda dejando claro que no quería bajas civiles—. El objetivo es este tipo llamado Teo. —Mostró la foto y se la entregó a los de la USECIC—. Es su líder y, muy probablemente, el verdugo de la inmigrante secuestrada.

—Perfecto. Trasladaré el plan a mi equipo y les mostraré la foto. Pondremos rumbo al asentamiento de inmediato.

—Pues nada más que añadir —retomó la palabra el comandante Miranda—. Deben ser escrupulosos con el asalto, pero eficaces. ¡Pongamos fin a esta majadería! Y vosotros —señaló a los suyos—, todos con chalecos antibalas y en el sitio, ¡a la de ya!

55

El asentamiento del terror

21:05

Playa de Quitapellejos

La luna nueva lucía impecable en la noche. No había nubes ni apenas estrellas que le restaran atención. Aun así, su luz no era lo suficientemente potente como para traspasar las copas de los árboles. A ras de suelo, el pinar se hacía tenebroso. Apenas se oía el vaivén de las olas y el viento estaba en calma. Tal era el mutismo, que los mosquitos zumbaban como cazas de guerra alrededor de sus orejas. Los agentes espantaban a los insectos mientras avanzaban con cautela. Los pasos amortiguaban sobre el lecho de agujas secas como si pisaran una moqueta. Sus corazones vibraban con cierta ansiedad.

—Demasiado silencio. Aquí pasa algo raro. Los timbales de estos perroflautas se oyen desde muy lejos… —dedujo Baños, que iba muy cerca de Miranda y Verbeke.

—Tampoco hay humo ni luces —añadió Zamorano.

Miranda tomó el *walkie* y avisó al teniente Gómez Jurado.

—Mantened los ojos bien abiertos. Este silencio escapa de la normalidad.

Cuando llegaron a la empalizada, se quedaron atónitos, pues la arquitectura rústica y la inventiva superaban sus expectativas sobre el lugar. El recinto estaba perfectamente acotado. El vallado de palés de madera estaba dispuesto como si fuese el perímetro de un merendero público. A pesar de lo oscuro que estaba todo, bajo el foco de las linternas se divisaban bancos y mesas confeccionados con troncos y lamas de madera. De las ramas de los árboles colgaban cordeles con prendas dejadas a secar. También había tiras de piel y barreños de plástico con cuero sumergido en ácido. Ni rastro de los habitantes del asentamiento. Sobre las mesas había pulseras y conchitas pintadas a mano. También había algún juguete viejo y un balón de playa a medio inflar. Poco a poco, fueron entrando todos en la empalizada. El equipo de asalto esperaba fuera.

—¿Se han ido? —se extrañó Verbeke.

—Eso parece… —respondió Miranda mirando en la dirección donde se agolpaban las viviendas de la zona urbanizada—. Desde aquí se ve la carretera. Habrán visto bajar a los coches patrulla.

—Pero es normal que vean los puentes de luces pululando por aquí, y más tras el trajín que hay últimamente en esta playa debido a los asesinatos —obvió Baños rascándose la coronilla—. No creo que salgan espantados cada vez que vean a la Guardia Civil… Alguien les habrá avisado.

—¿Quién? —se extrañó Verbeke—. Nadie estaba al tanto de que veníamos a por Teo.

No hubo respuesta. Durante la conjetura, una tos rompió el silencio. Sonó más allá de los palés dispuestos como puertas al segundo recinto.

—¿Habéis oído eso? ¡Aquí hay gente! Están allí —advirtió el sargento estirando el cuello para tener mejor visión.

La comitiva negociadora, formada por Miranda, Zamorano, Baños y Verbeke, llegó hasta las puertas. El comandante elevó la voz usando un tono que imponía.

—Sé que estáis ahí. Solo venimos a dialogar. ¿Está por ahí el líder del asentamiento?

—Esta zona es privada. No tenéis derecho a invadir nuestra intimidad —sonó una voz aguda al otro lado.

—¿Eres Teo? —preguntó Miranda.

—¡Puede!

—Solo queremos saber si dentro hay una chica inmigrante de nombre Zareen. Y si está sana y salva.

—¡Marchaos! ¡Picoletos de mierda!

—No nos iremos sin comprobarlo. Hablamos de la vida de una inocente. No pongáis las cosas más difíciles —les advirtió y miró a la luna nueva, que parecía cada vez más grande y siniestra.

—¡Hay que librar al campamento del maleficio! —explicó uno dando voces—. Los alienígenas volverán con un suero que nos quitará el mal que pesa sobre nosotros. ¡No vamos a ceder! ¡Corred o lo lamentaréis!

Tras la amenaza, a la que Miranda hizo oídos sordos, empezó a oírse un murmullo que advertía que los cuarenta estaban allí refugiados tramando algo. De repente, por encima de aquel vallado de unos dos metros, empezaron a llover botellas de plástico con un líquido dentro. Al principio parecieron innocuas, pero comenzaron a inflarse, expandiendo su tamaño. Al poco, estalló una de ellas,

creando un fuerte estruendo en la noche. Las aves que anidaban en las ramas salieron volando en todas direcciones. El piar se incrementó entre las copas de los árboles, los gritos de retirada bajo ellas. Las explosiones se sucedieron una tras otra.

—¿Qué ocurre comandante? ¿Entramos? —se oyó la voz enlatada de Gómez Jurado en el auricular del *walkie*.

—Nos están repeliendo con un explosivo casero. Pero solo hacen ruido...

—Son bombitas de aguafuerte con bolitas de papel de plata —adivinó Baños—. Yo las hacía de niño.

—Papel de aluminio y clavos —soslayó Zamorano mostrándole cómo se le habían clavado puntillas finas de metal en el tejido del chaleco táctico.

—¡Qué mala hostia! —se quejó Miranda pegando su bigote al *walkie*—. Equipo de asalto, ¡entrad! ¡Y ojo con los niños!

Los efectivos saltaron por los laterales como gatos en la noche. Se oyeron voces y golpes. Gritos de: *«¡Guardia Civil, al suelo!»*. Tras un par de minutos de tensión, la voz enlatada del teniente Pérez Gellida sonó en el auricular del comandante.

—Tenemos la situación controlada, pero tiene que ver esto…

Miranda avisó a los suyos de que el equipo tenía la situación bajo control. Las puertas, que se abrían mediante un rudimentario sistema de bisagras, fueron apartadas por uno de los efectivos del USECIC. Cuando los cuatro agentes entraron, se encontraron con dos círculos concéntricos de personas enganchadas por los codos, formando una cadena doble para evitar que llegaran a Zareen, que debía estar en el centro, maniatada. En los laterales y boca abajo había varios individuos esposados bajo las botas de algunos miembros del grupo de asalto.

—¿Lo habrán hecho ya? —masculló Verbeke temiéndose lo peor. Zamorano no le replicó.

—No venimos a haceros daños ni a enfrentarnos con vosotros. Solo queremos saber si la chiquilla está bien. ¿Podéis apartaros? —El comandante elevó las manos para no parecer una amenaza.

El anillo más expuesto estaba conformado por niños, niñas y jóvenes. El de dentro, por adultos. Evitaban que pudieran ver quién estaba en el centro, y en qué estado.

—No podemos dejaros pasar —dijo una joven con el pelo corto y tono rabioso—. Tenemos que librarnos de esta maldición.

—No hay maldición alguna en vuestro asentamiento. Es una

falsa creencia infundada por una persona con carisma que os ha metido miedo y os ha hecho creer que lo que él hace es lo correcto —les aclaró Miranda.

—¡¿En serio?! Mira la pobre Paloma —insistió señalando a una niña rubia con la piel rojiza—. Tiene heridas y no puede dormir por las noches. O Eva, que tiene seis dedos en una mano. —La niña elevó el brazo—. O Jeremy, que no tiene nariz. —Contemplaron al niño comprobando que era cierto—. ¿Qué explicación le dais a eso? Por no hablar de los abortos y la enfermedad en los pulmones de muchos de nosotros. Tiene que hacerlo… Teo tiene que librarnos de esta.

—Igual es consecuencia de tratar con el ácido clorhídrico, de estar inhalando sus gases continuamente o de beber agua sin tratar —le arrojó algo de luz Miranda—. Este sitio no es un lugar apropiado para criar a vuestros hijos.

El tumulto que había formado el círculo concéntrico empezó a repetir en voz alta la amenaza que ninguno quería oír.

—¡Tiene que morir! ¡Tiene que morir! ¡Por el bien de la comuna! ¡Por el bien de la comuna!

En el auricular de Miranda sonó la voz de Gómez Jurado.

—Comandante, por mi flanco veo a una mujer en el suelo. Podemos deshacer la cadena humana por uno de los lados, se trata de un adolescente de complexión fuerte y detrás un adulto con buen aspecto. Puedo abrir brecha por ahí.

—¿Ves a alguien encima de la chica?

—No lo veo claro. Entre las piernas se ven unos pies, pero pueden ser de un individuo de la fila de atrás.

—Pues entre a saco. Se acabó el diálogo.

—Entendido.

En cuestión de segundos, los componentes del equipo de acción redujeron y separaron la cadena por el eslabón más débil. Una vez abierta la brecha, tomaron el volandas a la secuestrada. La llevaron hacia la zona del patio. Les costó trabajo moverla por su sobrepeso. Una vez la dejaron con cuidado en el suelo, le quitaron la mordaza. La oscuridad entorpecía la visión. A Verbeke le pareció ver a su compañera de piso, Ana. Miranda se llevó las manos a la cabeza al conocer la identidad de la prisionera. Baños se encogió de hombros. Zamorano resopló.

—Cabo, ¿esto es cosa suya? ¿No será una de sus maniobras arriesgadas?

—Estoy flipando, mi comandante —dijo acercándose hasta la

secuestrada mientras la alumbraba con la linterna—. No tenía ni idea de que fuera a venir aquí de nuevo ni con qué intención…

56

20 minutos antes del asalto

El taxi llegó a los aledaños de la Playa de Quitapellejos. Kika pagó con el billete de cincuenta euros que le brindó Verbeke y recogió las sobras con su mano de tres dedos. Se bajó y contempló el pinar que un día la acogió. Fueron tantos los recuerdos amontonados en su cabeza que se emocionó. Se adentró entre aquellos troncos grises de corteza fisurada hasta llegar a la entrada. Aquel modo de vida fue una utopía para ella durante unos años: se sintió importante, buscó nuevos miembros para hacer crecer la comuna, no tenía preocupaciones ni obligaciones, aprendió a tocar los timbales y a confeccionar billeteras y pulseras de cuero. En pocas palabras, Kika se sentía un espíritu libre entre las murallas de aquella empalizada.

El ocaso ya se había tragado el sol hacía rato y la luna lucía en su plenitud. El olor a salitre que empujaba las olas le resultó confortable. Muchos recuerdos buenos le sacudieron la cabeza; otros menos buenos también. Cuando volvió a pisar el asentamiento, pudo ver a los niños y las niñas correteando. A la luz de unas velas, unas mujeres contaban historias a los hombres sobre cómo les habían ido las ventas en el pueblo. Comían embutidos fruto de la caridad de los transeúntes de Cuevas. Todo seguía igual a pesar de los años que llevaba sin estar por ahí, parecía que el tiempo se había congelado. Kika esbozó una sonrisa. Se acercó hacia Paloma, que tenía cuatro años ya. Vio a Eva dando patadas a una piña como si fuese un balón de futbol. Los niños se sintieron incómodos al ser agasajados, pues no se acordaban bien de ella, pero sus padres sí. El silencio se hizo con el lugar. Los niños y las niñas se refugiaron más adentro. Una mujer con el pelo corto y la voz ronca se le acercó. Vestía unos pantalones cortos y sandalias romanas. Parecía un trol de *El Señor de los anillos*.

—¿Qué haces aquí?

—Trini, ¿no te acuerdas de mí?

—Pues claro. Eres la persona que trajo la maldición a este sitio. No me puedo quedar embarazada por tu culpa. ¡Que lo sepas!

—Te equivocas. Soy quien os va a librar de ella. He hablado con una alienígena y me ha dado un mensaje.

Trini curvó las cejas y cerró la boca. Dudaba de su palabra, aun

así, decidió que compartiera su testimonio con el resto.

—Chicas. ¡Mirad quién está aquí! —Todas la miraron como si su presencia fuese una amenaza—. Dice que trae un mensaje de los alienígenas.

—¿No te habrán preñado otra vez? —comentó una de las presentes haciendo alusión a su sobrepeso.

—¿Y Teo?

—Está dándole de comer a la ofrenda —soltó Trini con total naturalidad—. Mañana hará el sacrificio y yo le voy a ayudar. Vamos a cerrar el ciclo de este año y, muy posiblemente, los niños de este lugar sanen.

—Estáis todas equivocadas. No supimos interpretar el mensaje. Baldo tenía razón: es un error.

—No olvides que tú mataste a Baldo con tu maldición —dijo una voz masculina que venía desde lo más oscuro.

Kika se giró y vio a un tipo alto y delgado. Tenía rastras rubias y llevaba el torso desnudo. Una perilla de chimo y un parche en el ojo. Vestía bermudas rojas y estaba descalzo.

—¿A qué has venido? Ya no formas parte de nuestra comuna.

—¡Teo! Vengo a contarles la verdad sobre la maldición. Los alienígenas no quieren que sacrifiquemos a nadie. No van a volver. Solo querían cambiar un paradigma social en torno al rol de la mujer.

—¿Qué dices? ¿Estás majareta? Nosotros sabemos realmente lo que pasó, y fue lo que le contamos a todo el mundo. —Se puso más serio—. Sé lo que pretendes: quieres dividir al grupo creando confusión.

—Le contamos a todos lo que a ti te interesó contar. Y estábamos equivocados.

—¿Y qué ganaría yo con una mentira?

—Inflar tu autoestima.

—¡Ja, ja, ja! —rio con sorna—. Espera. ¡Que me parto de la risa!

Kika tomó toda la clarividencia del mundo, como si su psiquiatra hubiese poseído su cuerpo en aquel instante.

—Sí. Baldo, tú y yo sufrimos rechazo por la gente de nuestro entorno en la infancia. Se metían con nosotros solo por nuestro aspecto: la mora, el gordo y el tuerto. Eso nos unió a los tres. Buscamos refugio en las drogas. Nos hacían evadirnos de esos

cabrones que nos insultaban. Luego llegó el suceso de los extraterrestres y viste una oportunidad para destacar, para ser importante, pero todo es una falsa pantomima. Te has creído tu propia mentira y te has vuelto un narcisista sin escrúpulos que necesita alimentar su ego a cualquier precio. Te aprovechas de la bondad de todos ellos.

Teo se acercó a ella y le dio una bofetada. Luego, la puso de rodillas haciéndole una zancadilla.

—Estás frustrada por haber abortado a ese mestizo que cambiaría el mundo tal y como lo conocemos. Eso es lo que te pasa. ¡No la escuchéis! Te remuerde el hecho de haber traído un maleficio a este sitio.

—¡No me toques! —Se levantó y le devolvió la bofetada a Teo —. Esto es lo que quieren los alienígenas. Mujeres empoderadas, sin miedo a los hombres y sus abusos. Yo ya he denunciado a la Guardia Civil lo que verdaderamente pasó. Y también les he contado tus planes sobre las ofrendas humanas. Te van a detener…

—Pero ¿qué has hecho? —Miró atrás y elevó la voz—. ¡Trini! ¡Mario! Amordazad a esta loca y preparaos, en breve vendrán los putos maderos por culpa de esta chivata.

—No sigas con esto… —pidió clemencia.

—El ritual debía ser mañana con la luna nueva, pero hoy está casi plena. Lo haré esta noche. Os prometo que os salvaré. ¡Amordazadla y atadla!

—¿Y qué hacemos ahora? —quiso saber una de ellos.

—Tenéis que hacerme ganar tiempo para que lleve a cabo el ritual —les explicó—. En primer lugar, vamos a fingir que nos hemos marchado del asentamiento. Si intentan entrar en nuestra zona dormitorio, los repeleremos con bombas de salfumán con clavos de tapicería. Con eso será suficiente, se irán. Sí por casualidad os emboscasen, formad una cadena circular y poned en medio a Kika. Se creerán que es la niña que queremos sacrificar para liberar este asentamiento del maleficio.

—Pero, si tienes que prepararla, no te va a dar tiempo —le advirtió Trini con preocupación.

—Tú me ayudarás, como siempre. Nos meteremos en el túnel que tiene salida a la playa. Allí, bajo la trampilla, la asfixiaré y luego le haré todo el ritual. Prepárame una bolsa de plástico y mete dentro las tijeras, el cuchillo, el ácido y la pintura verde. Una vez me introduzca en el agujero, derrumbarás la entrada para que no puedan seguirme. Hay que sacrificarla por el bien de la comuna.

—¿Y si nos detienen?

—Tú ocuparás mi lugar, pero me aseguraré de que todo esté terminado antes de que ellos lleguen. ¡Por el bien de la comuna!

—¡Por el bien de la comuna! —respondieron los demás al unísono.

57

¿Dónde está Teo?

—Kika, ¿qué haces aquí? —preguntó el comandante con total seriedad.

—Pedí un taxi para volver al hospital, pero sentí que tenía que cambiar las cosas. Creí que hacía lo correcto. —Empezó a pellizcarse los brazos—. Quería convencerlos de que estaban equivocados.

—Pues más bien los has avisado de que llegábamos. ¿Dónde está Zareen?

—¿La chica que quieren sacrificar? —preguntó con nerviosismo. Ella misma cayó en la cuenta de que no podía ser otra—. Se la ha llevado Teo.

—¿Cuándo? ¿Por dónde?

—Poco antes de que llegarais. Se fue por un túnel que da a la playa, pero creo que ha sepultado la entrada.

—¿La mató?

—Ehh… —Kika tardó en responder—. Todavía no. Se la llevó viva. Pero tenía la intención de adelantar el sacrificio.

—¿Dónde está ese túnel?

—No lo sé. Solo escuché que la iba a llevar por allí.

Baños se secó el sudor en el cuello de su polo blanco de la marca *Lacoste*. Intentó contenerse, pero no pudo. Corrió hasta donde estaban el resto de hippies y cogió al de más edad del cuello. Con tono amenazante, le preguntó.

—¡Cuál es la trampilla, maldito gilipollas! ¿Por dónde se ha metido esa rata?

—Ninguno diremos nada —se negó hablando por todos—. ¡No podéis pararlos!

Baños hizo un amago de golpearlo, pero se contuvo. Empezó a levantar trampillas. El resto del equipo se sumó a la faena de escrutar cada zulo. En aquellas cuevas subterráneas, los suelos estaban cubiertos por lamas de madera y las paredes con plásticos y apuntaladas por troncos. Las trampillas tenían tramos de cadenas para tirar de ellas y anillas atornilladas donde asirse. Uno de ellos encontró

la entrada cegada por tierra.

—¡Aquí! —llamó a los suyos.

—¿Adónde da esta galería? Kika, ¿sabes algo?

La que presuntamente trajo el mal al asentamiento, se encogió de hombros. Del resto, nadie respondió. A todos les daba igual la vida de esa inmigrante, lo único que parecía interesarles era librarse de la maldición. Verbeke miró al cielo. Vio esa luna llena casi perfecta, con ese hilo que la ensombrecía por un borde, y lo interpretó como una señal de que aún no estaba todo perdido. Caminó hacia la trampilla y se arrodilló. Se quedó pensativa intentando intuir el recorrido bajo las raíces de los troncos. Tocó la cadena de eslabones gordos y, entonces, le vino la solución a la cabeza. Recordó uno de sus encuentros con Pepín. La conversación le resonó en las sienes: *«Es que a mí me gusta buscar tesoros con mi detector de metales. Una vez encontré una trampilla donde debía haber un cofre pirata. Pero no puedo levantarlo. Tiene una cadena gorda y me duelen los dedos»*. Julia se levantó como un resorte.

—¡¡No sé dónde da este túnel, pero sé quién puede saberlo!! —exclamó corriendo hacia donde estaba Miranda.

—Pues corre como alma que lleva el diablo —la animó incitándola a correr como nunca. Baños salió tras ella—. Haremos dos grupos: cavaremos por aquí para abrir un hueco y dar con el recorrido subterráneo, no debe de haber muchos kilos de arena. El otro irá a la playa a peinar la orilla. ¡Vamos! Y cuidado, que igual no está solo.

58

Un último sacrificio

Verbeke tropezó con una raíz. Se levantó y corrió hacia la caravana de Pepín. No sabía si habían vuelto de Madrid, pero no le quedaba otra opción. Con ímpetu, abrió la mano para azotar la puerta. Esta se abrió antes de que la tocara. La palma de la mano se estrelló contra la cara de Celso.

—¿Qué hace? —se quejó cubriéndose el rostro.

—¡Qué manía de abrir la puerta antes de que la toquemos! —le reprochó Verbeke colándose en la caravana. Tenía los cachetes rojos por la carrera—. ¡Pepín!¡Pepín! Te necesitamos.

—No pueden entrar aquí a las bravas. Además, cuanto más lejos esté mi hijo de ti, mejor.

—Su hijo es nuestro as en la manga—añadió Baños resoplando.

—Está ahí leyendo un cuento. No voy a permitir que lo utilicéis y lo pongáis en peligro de nuevo.

—Van a asesinar a una adolescente. Y ya sabe lo que les hacen aquí en la playa…

A regañadientes, Celso les permitió pasar. Verbeke llegó hasta la cama donde estaba el niño de ojos almendrados y nariz chata. Este elevó la mirada por encima del libro y se alegró al verla.

—Amiga, ¿qué ocurre?

—Te… te necesitamos —le rogó con la voz entrecortada—. ¿Te acuerdas cuando me contaste que habías encontrado un botín, pero que no podías levantar la trampilla?

—Sí. El tesoro del pirata.

—Llévanos hasta allí. Coge tu detector de metales.

—El detector está averiado —aclaró Celso desde atrás—. En un ataque de ira, lo pisoteé y lo partí. Lo siento.

—¡Mierda! Van a matar a una chica inocente, y lo van a hacer bajo esa trampilla. Por eso nadie lo veía cuando atravesaba los pinares ¡Llévanos a la zona! Gritaremos a ver si nos oye.

—La compuerta está tapada con arena. No se ve… ¡Pero no hay de qué preocuparse! —Se levantó Pepín haciéndose el misterioso.

Rebuscó entre un montón de folios amontonados con detenimiento, y levantó una mano hacia el techo de la caravana—. ¡Hice un mapa del tesoro!

Pepín mostró un dibujo que más bien era el bosquejo de lo que podía ser un dibujo infantil para un trabajo de preescolar; un jeroglífico que solo él podía descifrar. Los cuatro salieron de la caravana y avanzaron hacia la izquierda. Pepín corría con torpeza haciendo zigzag entre los árboles. Se paraba mirando los troncos y negaba con la cabeza.

—¡Este! —dijo confiado. Luego lo revisó y negó con la cabeza —. No, este no es.

Baños suspiraba con desespero y hacía aspavientos. Verbeke le animó a continuar. Todos tenían el corazón latiendo con fiereza bajo el pecho.

—¡Vamos, Pepín! Si lo haces bien, igual el próximo libro que lees es el de tu hazaña en esta playa. ¡Céntrate!

El niño avanzó por el borde de la arboleda, justo entre la primera línea de pinos y el final de la orilla. Buscaba marcas y peculiaridades en los troncos. Señaló otro. Pegó su espalda a él. Negó con la cabeza. Se arrodilló angustiado.

—No sé. No me acuerdo. Estoy hecho un lío. No… no puedo ayudarla.

El padre caminó hasta donde estaba su hijo. Lo sujetó por los hombros y le pidió que lo mirara a los ojos.

—Hijo. Escúchame. Te contaré una cosa… —Adoptó un tono convincente—. Tu madre nos abandonó porque pensaba que yo era un fracasado y que tú eras un niño incapacitado. Este es tu momento para demostrarle tu valía. Para que se entere de que su Pepín es capaz de hacer más que cualquier persona corriente, ¿estamos? Ahora levanta y piensa en encontrar esa trampilla. Hay una niña que necesita de tu virtud para encontrar tesoros.

—¡Con dos pares de cojones, Celso! —alabó Verbeke sus palabras de ánimo.

Pepín agarró el mapa y lo contempló a través de sus gruesas gafas. Cerró los ojos y se puso en pie. Se quedó guiñando un ojo y caminó en línea recta. Llegó a un pino que tenía el tronco rojizo y una rama en forma de Y. Entonces, supo que estaba en el sitio apropiado.

—¡Aquí! ¡Este es el pino! Estoy seguro.

Verbeke no hacía más que mirar la luna. Baños oteaba el oscuro horizonte por si veía la silueta de Teo transportando a Zareen. Los efectivos de la Guardia Civil tomaban la playa poco a poco,

alumbrando con sus linternas. El niño pegó la espalda al tronco. Empezó a dar zancadas exageradas mientras canturreaba una canción al son de cada paso. *«¡Ron, ron, ron, la botella de ron!».* Al pronunciar la última palabra, dio un salto y bajo sus pies la arena sonó distinta. Los ojos de Verbeke amenazaron con salirse de sus cuencas. Corrió y empujó al niño. Empezó a cavar con las manos como si fuese el perro del búlgaro buscando un hueso. Despejó la compuerta y encontró la cadena. Tiró, pero el peso del palé, sumado al de la arena, requería de más empaque.

—¡Por esta vez pido el comodín del patriarcado! ¿Dónde están los machitos cuando se les necesita?

Los tres hombres se asieron a los eslabones y tiraron con todas sus fuerzas. La trampilla se levantó sin oponerse. Hacia el exterior, escapó un jadeo. En la oscuridad había algo de luz, producida por una linterna. Baños y Verbeke bajaron la escalera cavada en la arena. El techo estaba apuntalado por troncos que sujetaban tablones de madera. De las paredes salían raíces y olía a humedad. Baños sacó el arma y apuntó al túnel. A unos seis metros, vieron la espeluznante escena: la chica desnuda y con una bolsa de plástico en la cabeza, pataleando con todas sus fuerzas, mientras un individuo con guantes de jardinero le sujetaba las muñecas y otro ejercía presión en la base del cuello, procurando asfixiarla.

—¡Alto! ¡Guardia Civil!

—Trini, encárgate de ellos. ¡Por el bien de la comuna!

La que sujetaba con fuerza las manos de Zareen se levantó. Cogió las tijeras con punta y avanzó a su encuentro. Tenía unos brazos fuertes y su silueta ocupaba casi todo el diámetro de la cavidad. La mole corrió encorvada en dirección a los que querían detener el asesinato. Verbeke se quitó el cárdigan y se lo enrolló en el brazo a modo de escudo. Había visto muchos vídeos de peleas pandilleras y estos se las gastaban así cuando luchaban a filo de navaja. Baños apuntó a la pierna, cerró un ojo y, cuando fue a apretar el gatillo, Teo apagó la linterna. Quedaron a oscuras. Lo siguiente que se oyó fue un grito de dolor que escapó de la boca del sargento. El disparo no se efectuó. Teo encendió la linterna y continuó con su empeño de asfixiar a la chica. Verbeke pudo ver cómo Trini sujetaba la tijera contra el pecho de su compañero, con la firme intención de hundirla en su corazón. Baños oponía resistencia sujetándola por las muñecas.

—¡Corre! ¡Salva a la niña!

Verbeke corrió a cuatro patas como un hurón por aquel túnel claustrofóbico que parecía una madriguera. Vio la linterna y el bote de salfumán a un lado. Por suerte y desdicha de su compañero, las tijeras

no estaban junto al *Tuerto*. Teo mantenía sus manos en la bolsa de plástico que encapsulaba la cabeza de Zareen. Verbeke la rompió con las uñas y la secuestrada retomó una bocanada de aire que le hizo toser. La dura refriega entre Trini y Baños provocaba que del techo cayera arena a borbotones, mostrando la inestabilidad de la galería. Teo cambió la posición de sus manos y se aferró al cuello. Su único ojo no parpadeaba, dejando claro lo enfocado que estaba en acabar lo que empezó; sabía que estaba muy cerca de conseguirlo. Verbeke no pensó demasiado, actuó fracturando los dedos de Teo. Hubo un crujido y un grito por parte del asesino, pero no sirvió para que soltara a la adolescente. Verbeke se desesperó y optó por coger el bote de ácido clorhídrico. Lo presionó para que saliera contenido: un chorro se vertió sobre la cara del agresor. Temiendo perder el ojo que le quedaba, se echó a un lado protegiéndose la cara. El químico también cayó sobre los hombros de la chica, pero, debido a su aturdimiento, ni siquiera se enteró. Verbeke arrojó el bote hacia la oscuridad del túnel y animó a la joven a escapar.

—¡Sal fuera! ¡Vengo a ayudarte! *Je viens pour t'aider* —Cambió el idioma por si entendiese algo de francés—. Yo me encargo de este hijo de puta.

Zareen no entendió la orden ni tampoco tenía fuerzas para reaccionar; tan solo se limitó a tomar aire. Verbeke intentó ayudarla, pero Teo atenazó el pie de la cabo y la tiró al suelo. Julia reptó, pero de nuevo sintió las manos enguantadas del asesino. Su reacción fue la misma que la de una mula amenazada: sacudió el rostro a Teo con dos coces. Lo dejó fuera de combate por unos segundos. Verbeke tomó el brazo enclenque de la adolescente y la guio a tirones hacia fuera. Zareen gateaba sin fuerzas, quizá con la energía justa que le brindaba la adrenalina de saber que su vida estaba en peligro. Pasaron por el lado de Baños, que se había sacado la tijera del pecho y forcejeaba con la mole de Trini a puñetazos. Tenía mucha sangre por encima del polo blanco y parecía lento en sus movimientos. Verbeke se vio en la tesitura de ayudar a su compañero o de poner a salvo a la chica. Buscó la pistola por el suelo para volarle los sesos a la cómplice de Teo, pero no la vio. Baños insistió mientras recibía golpes en el rostro.

—¡No te preocupes por mí…! ¡Va… Vamos a resolver esta misión como te... te prometí! ¡Por mis cojones!

Llegaron hasta la escalera. Verbeke ayudó a erguirse a Zareen. Arriba del hueco estaba asomado Celso con la cara descompuesta y llena de incertidumbre. Los gritos de desespero de Pepín resonaban por toda la playa. El hombre sujetó a la adolescente por las muñecas y, con ayuda de su hijo, la sacó a la superficie. Verbeke se quitó el cárdigan y lo lanzó arriba para que la cubriesen. Les ordenó que le

retirasen las gomas que le cortaban la circulación en los dedos elegidos para la amputación. Tomó aire y se giró en busca de su compañero. Junto a un tronco que sujetaba un largo listón de madera, vio a Baños sentado en un lateral. Este movía las manos con pequeños espasmos. Su rostro no mostraba expresión alguna. Bajo el mentón asomaban las orejeras de las tijeras, mientras que en su polo blanco lucía una corbata dibujada con la sangre que brotaba de su yugular. Verbeke sintió un escalofrío por la espalda, y luego una taquicardia que le cortó el aliento. *«¡Está muerto!»,* se dijo sin dar crédito. Teo y Trini sonrieron. Estaban en mayoría. *El Tuerto* puso la planta del pie sobre el hombro de Baños y le sacó la tijera con un gesto brusco. Señaló a Verbeke amenazante.

—Vas a morir lentamente. Te haremos lo mismo que le hacemos a las ofrendas, pero estando viva.

Verbeke pensó rápido. Sabía que no podría con los dos energúmenos. Un puñado de arena le cayó sobre la coronilla, y entonces tuvo una idea. Era hora de hacer un último sacrificio para librar a Cuevas del Almanzora del mal que salpicaba la paz de sus playas.

—¡Que os den por el culo! ¡A vosotros dos y a los putos extraterrestres a los que alabáis! ¡Te quiero, mamá! ¡Voy para allá, papá!

Los dos asesinos emprendieron la carrera hacia ella. Verbeke llevó su rodilla a la altura del pecho y, con todas sus ganas, soltó una patada sobre el tronco que apuntalaba el túnel. El grueso palo salió disparado, y el listón de madera perdió el punto de apoyo. Toda la arena que tenían sobre sus cabezas cayó a plomo, y los cuatro quedaron sepultados en la galería. En la superficie, Celso vio cómo en la tierra se abrió un profundo socavón. En ese instante, llegaron Zamorano y Miranda al lugar. Con sus linternas alumbraron a la chica cubierta con el cárdigan, pensando que era Verbeke. Era Zareen; por suerte, estaba sana y salva. Sintieron alivio, un alivio que resultó efímero ante la ausencia de los dos agentes.

—¿Dónde están Julia Verbeke y el sargento Baños? —preguntó Miranda temiéndose lo peor al ver la zanja que serpenteaba bajo la arboleda.

En ese momento, dos manos florecieron de debajo de la tierra. Zamorano sacó el arma y apuntó sin saber si podía ser un compañero o el propio Teo. El comandante y Celso sujetaron con firmeza los antebrazos y tiraron hacía arriba con todas sus fuerzas. Lo primero que salió fue un pelo rubio largo, luego unos ojos azules enormes y una sonrisa brabucona: se trataba de Verbeke. Zamorano enfundó el

arma y ayudó a extraerla. Esta se puso a gatas, agitó la melena como un perro mojado, y empezó a toser y a escupir arena. Cuando acabó de sacudirse, retomó el aliento y se desplomó bocarriba, justo al lado de Zareen. Encima de ellos, la luna nueva justo en el cenit. Verbeke chapurreó una frase en francés para calmar a la inmigrante. La chica entendió algo, a pesar de no ser su idioma nativo. *«Tu hermana está viva, como tú».*

—*Ta soeur Latifa est vivante comme toi*.

La chica sonrió temblorosa.

Julia Verbeke soltó una lágrima. Y dialogó con su propia mente, como si Baños le estuviera escuchando: *«Ahora que te empezaba a coger cariño, vas y te mueres. ¡Qué putada! Pero te has salido con la tuya de resolver el caso. ¡Enhorabuena, mi sargento! Formamos un equipo cojonudo».*

59

Rueda de prensa

23 de junio de 2006

Todo estaba listo para la comparecencia pública. Tras el atril que sujetaba el micrófono, el comandante Miranda. Para la ocasión, llevaba el uniforme de Guardia Civil recién sacado de la tintorería con todas sus insignias y un crespón negro. Se había repeinado remarcando la raya al lado. Su bigote bien perfilado al estilo Chevron. Tras él, un panel gris xerografiado con el escudo de la UCO y la bandera de España en color blanco. El sonido predominante era el de los chasquidos de los flashes que sonaban como murciélagos revoloteando por la sala. Justo a la derecha del comandante, estaba Verbeke con el uniforme de Guardia Civil y el mismo lazo negro en memoria del fallecido sargento Baños. Se había recogido el pelo y se había pintado los labios con una barra de color *nude*. Tenía alguna magulladura en la cara que tapó con maquillaje. Miranda tomó la palabra ante la cámara de TVE encargada de retrasmitir el final del operativo. Las réflex seguían con sus insaciables fogonazos.

—¡Sí! ¡Sí! —Hizo una prueba de micro y recibió el *ok* por parte de un operario—. Buenos días, soy el comandante de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil, Rafael Miranda. A mi lado está la cabo Julia Verbeke de la Policía Judicial de la Guardia Civil de Cuevas del Almanzora, en sustitución del sargento fallecido en servicio, Ezequiel Baños. En primer lugar, deciros que el esquema de la comparecencia se dividirá en dos tramos: uno en el que contaremos el proceder y el resultado de la investigación; y otro en el que podréis hacer preguntas. Así que vamos a ponernos en situación. —No llevaba papel. Todo lo decía de memoria—. El pasado 15 de junio llegamos al municipio con la firme intención de detener a un asesino en serie que acababa de asesinar a un inmigrante llegado de manera irregular, mediante un ritual específico. El *modus operandi* conectaba con el realizado dos años atrás con otras tres víctimas en ubicaciones playeras. Enseguida nos pusimos a trabajar codo a codo con varios componentes de la Guardia Civil de esta localidad. Tras analizar los patrones, llegamos a la conclusión de que el asesino tenía algún tipo de fobia o filia contras los inmigrantes. Eso nos llevó a realizar

pesquisas en torno a personas con antecedentes xenófobos. Llegamos a pensar que hacían estos rituales como advertencia a los inmigrantes que estaban pensando en arribar a nuestras costas. Tras indagar en el asunto, hallamos miembros activos de una organización neonazi que tenían una especie de sede en un polígono industrial de Mojácar, y que mataban por dinero a personas extranjeras. Tras desarticular la organización, en la que había varios guardias civiles de Almería entre otros implicados de distintas organizaciones del Estado, pudimos descartar que estos no eran los que estaban realizando los sacrificios. Aun así, conseguimos encontrar el cuerpo de un varón desaparecido en el embalse de Cuevas. La detención de estos individuos fue fructífera, pero seguíamos desconcertados al no saber quién podría estar tras los crímenes. Eso nos desconcertó. Seguimos buscando sospechosos que vivían por la zona en viviendas móviles y pisos de alquiler, pero todos tenían coartadas. Finalmente, la cabo Verbeke y el fallecido en acto de servicio, el sargento Baños, encontraron una pista que nos llevó a un suceso de junio del año 2000, que pasó desapercibido por no haber denuncias interpuestas. Le concedo el turno para que ella cuente la historia que inspiró a estos asesinos.

Le cedió el atril y el micro.

—Buenos días. En primer lugar, mostrar mis respetos a la familia del sargento Baños. Si esa inmigrante está viva y yo estoy aquí explicando el proceder de la investigación, es gracias a su heroicidad. Tampoco quiero dejar pasar la oportunidad de agradecer el apoyo y la ayuda a los ciudadanos que han colaborado en todo momento, y al resto de guardias civiles de Cuevas del Almanzora que tantas pesquisas han realizado. —Los recordó con los ojos brillosos—. Respecto a los indicios, una vez supimos que había ocurrido un suceso similar hace seis años, pero sin muerte de por medio, fuimos a buscar a la protagonista de aquella agresión. No denunció en su día porque pensó que había sido obra de los extraterrestres y que la habían elegido para crear una raza hibrida. Todo esto, infundado por el LSD y sus efectos alucinógenos. Tras perfilar al asesino, llegamos a la conclusión de que podía tratarse de alguien con un trauma en su infancia de malos tratos recibidos por algún adulto de etnia norteafricana, que le lavó el cerebro haciéndole pensar que todo había sido obra de los extraterrestres. Tras conocer la historia de primera mano, supimos que, bajo su estado, la única chica que formaba parte del grupo de amigos fue violada y agredida con bastante sadismo. Tras el incidente, que para nada fue de origen alienígena, creyó que había sido elegida por esta raza extraterrestre y que debía tener un bebé mestizo. Tras su aborto, uno de los tres que sufrieron el falso contacto OVNI se autoproclamó líder de un asentamiento hippie ubicado en la playa de Quitapellejos. Debido a su baja autoestima, el asesino quiso

ser importante, siendo el Mesías de estos alienígenas. Para ello, empezó a realizar ofrendas con inmigrantes esperando el regreso. Por suerte, se detuvo a los tres tripulantes de la nave, tres varones extranjeros que vivían en un yate en esta costa. También salvamos a la adolescente que iba a ser la última víctima de este encarnizado asesino y su secuaz. Ambos murieron a causa de un derrumbe en un túnel que usaban para realizar los sacrificios sin ser vistos. Gracias al heroico sargento Baños, que antepuso su vida a la mía y sacó a la adolescente a tiempo antes de que el túnel lo engullera, hoy puedo estar aquí relatando los pormenores de esta operación. —Se le quebró la voz—. Y, en resumen, esto es todo.

Miranda retomó el sitio frente al micrófono.

—Por ende, damos por finalizada la operación *Luna Menguante*. Y podemos declarar las playas y el municipio libres de este asesino en serie y de la banda organizada que agredía a extranjeros, prostitutas y ciudadanos del colectivo LGTB. Antes de terminar, doy paso a las preguntas.

Un periodista lanzó una. Luego, otro, y así durante unos minutos.

—¿Por qué se llamó a la operación *Luna Menguante*? ¿Sabían que iban a matar en las fases de la luna?

—No. Eso lo averiguamos al final. Le pusimos ese nombre todas las víctimas pertenecían al norte de África, y la bandera de esa región las llevan como símbolo. Asimismo, el asesino marcaba la frente de sus víctimas con una media luna.

—¿Es cierto que había un guardia civil implicado en la muerte del pescador y del intento de homicidio de la cabo Verbeke en una caravana?

Miranda respondió.

—Así es. Una lástima. Por desgracia, el dinero trae codicia… Tal y como versó *Timoteo 6:9* en la *Santa Biblia*: *los que quieren enriquecerse caen en la tentación y se vuelven esclavos de sus muchos deseos*. Estos afanes insensatos y dañinos hunden a la gente en la ruina y en la destrucción.

—Teniendo en cuenta que la UCO es la élite, ¿es cierto que disteis con el escondrijo de ese asesino gracias a un niño con Síndrome de Down? ¿No resulta paradigmático?

—Pues…

—Pepín Coto —contestó Verbeke apartando al comandante—. Es el niño más inteligente y valiente que jamás he conocido. Se pasa los días buscando tesoros con un detector de metales y, gracias a su

hobby, encontramos un botín lleno de esperanza para todos nosotros. Ahora Zareen está junto a su hermana pequeña en un centro de acogida. Se tienen la una a la otra. Un saludo para Pepín y Celso.

—¿Por qué pintaban de verde el pecho de sus víctimas?

—Los agresores del yate, a los que estos tres jóvenes confundieron con extraterrestres, tenían unos tribales en tinta verde por el pecho, y el efecto de las drogas les hizo creer que era su propia piel —continuó Verbeke dispuesta a resolver las dudas.

—¿No creen que ahora vendrán más pateras a las costas almerienses? Piensan que han quitado un problema, pero traerá otra complicación.

—Le diré una cosa… —se enfureció Verbeke. Miranda la empujó con elegancia y tomó el micro antes de que metiese la pata.

—Nos limitamos a hacer nuestro trabajo. Lo que pueda venir o venga después, será solucionado por los medios de los que dispone el Estado.

—¿El guardia civil fallecido en acto de servicio va a recibir alguna mención?

—Recibirá una medalla de la Orden de Mérito de la Guardia Civil con distintivo rojo por parte del cuerpo. El ayuntamiento le pondrá su nombre a una calle del municipio.

Verbeke tomó el atril de nuevo. Solo quedaba un solo periodista por preguntar.

—Hola, mi pregunta va relacionada con los miembros del asentamiento hippie. Según la información que nos ha llegado a la redacción, los niños y niñas tenían deformaciones y erupciones cutáneas. Al hacerles el respectivo chequeo médico, se llegó a la conclusión de que al menos diez de ellos tenían tumores o algún tipo de cáncer. ¿A qué cree que es debido esto? Hablaban de una maldición… ¿Qué opinan sobre este suceso?

—Supongo que ese es el enigma de este caso. No todo se puede saber. Quizá sea por las malas condiciones medioambientales o por el consumo de agua no tratada, no se sabe… De lo que sí tenemos certeza es de que usaban agentes químicos para tratar el cuero. Pero eso está en manos de los respectivos departamentos médicos. Por lo pronto, se ha desalojado el asentamiento y sus miembros serán reubicados en viviendas sociales. No se puede saber todo, aunque queramos… ¡Gracias por venir!

Se despidió. Los periodistas abandonaron la sala que se improvisó para la comparecencia pública. Los de la UCO se acercaron para despedirse de Verbeke antes de recoger sus cosas y marcharse a

Madrid.

—Cabo, la echaremos de menos —le dijo Velázquez dándole la mano—. Ha demostrado estar a la altura.

—Ya mismo la tenemos en la UCO —añadió Vega dándole una palmada en la espalda—. Tiene un gran porvenir.

—Gracias a vosotros. He aprendido un montón. Me llevo una lección que vale oro.

—Julia, Julita, Julia —le dijo Zamorano empleando un tono cariñoso—. ¿Cuántas cosas hemos vivido en tan poco tiempo? Nada, decirte que te llevas a un amigo. Acuérdate de mí cuando veas el imán que te regalé, yo haré lo mismo… Y, cuando estés por Madrid, me llamas y nos tomamos algo.

—Más pronto de lo que piensas, tengo programado un viaje a la Granja de cadáveres de Tennessee, y a la vuelta me quedaré unos días en casa de mi madre. —Verbeke lo agasajó con efusividad—. Pero nada de bares de ambiente en los que fuera hay matones xenófobos —bromeó haciendo alusión a la paliza—. Mejor unos churritos en San Ginés rodeados de *jubiletas* y escuchando tus chistes malos.

—¡Hecho! Y que sepas que me declaro fan tuyo.

El comandante Miranda quedó el último. Verbeke no supo si abrazarlo o darle la mano. Con aquel uniforme condecorado imponía bastante.

—Bueno, cabo Verbeke. Darle personalmente la enhorabuena por todo. —Tomó la palabra mirándola a los ojos—. Aunque empezamos con mal piel y sus métodos no me gusten un pelo, tengo que admitir que ha tenido muy buen olfato y la tenacidad suficiente como para dar caza a los responsables de estas matanzas, aun poniendo en peligro su integridad. —Le estiró la mano—. Espero verla por Madrid trabajando cerca de nuestro equipo, aunque todavía es muy joven para entrar en la UCO, tiempo al tiempo. Además de las gracias, decirle que, si quiere cambiar de destino, tengo mano para llevarla al puesto de España que quiera.

—Se lo agradezco, mi comandante, pero ya me salió mal la jugada de venir aquí recomendada por un amigo de mi padre. A partir de ahora, quiero ganarme las cosas por mí misma. He pedido traslado a Sevilla o Cádiz, quiero seguir la pista de cerca a los asesinos que mataron a mi padre. Necesito encontrar dónde lo han enterrado para pasar página. Es una cuestión personal.

—La comprendo. La falta de un ser querido es algo muy duro de superar. Si yo perdiese algún día a mi mujer Candela, creo que moriría en vida —reflexionó metiéndose un caramelo de regaliz en su

boca—. Pues nada, siga trabajando duro, y no se acomode tras una mesa repleta de informes. Lo suyo es el crimen de acción en la calle.

—Bueno, como se dice por aquí: ahora mismo estoy escaldada de tanta persecución. Pero, en cuanto me devuelva mi despacho, veré qué hago —le soltó la puyita—. Y sí, mi intención es cambiar ese pensamiento machista de que las mujeres están mejor tras una mesa y bajo el amparo de un edificio, en vez de poniendo freno a los delincuentes en la calle.

—Veo que le gusta abanderar causas injustas, pero, si me deja darle un consejo…

—No me lo dé —le cortó.

—Me lo imaginaba. Buena suerte y hasta otra —se despidió Miranda. Antes de perderse por el umbral de la puerta, se detuvo. Realizó un chasquido y se giró esperando una respuesta que acallara su razonamiento—. Una última cosa, ¿por qué le dio todo el mérito al sargento Baños? La autopsia reveló que le habían perforado la yugular con unas tijeras, por lo que no pudo sacar a Zareen en brazos y tumbar los puntales de aquel túnel para dejar atrapados a los asesinos bajo la tierra. Mi lógica me dice que eso fue obra suya. —Hizo un silencio para ver su reacción—. No la comprendo, podría haber obtenido una mención o una medalla.

—¿Sabe? Cuando conocí a Baños, lo taché de amargado y de mala persona. Lo juzgué simplemente porque no me caía bien. Me equivoqué con él. El tiempo muestra la verdadera cara de las personas. El sargento me salvó de morir achicharrada junto a mi compañera de piso y, en aquel túnel, hizo de cabeza de turco para que yo salvara a la rehén, recibiendo a cambio una herida mortal de esa mujer endemoniada. Hice un intento por volver y rescatarlo, pero Trini y Teo ya lo habían asesinado. No pude devolverle el favor de salvarle la vida, pero sí he conseguido agradecérselo dándole el mérito y haciéndolo alguien importante en esta ciudad con aires de pueblo: tener una calle con su nombre. Es lo menos que podía hacer. Una medalla no es más que una chapa que vale bien poco para lo que uno sacrifica.

El comandante agitó la cabeza asintiendo con lentitud. Le hizo un último halago.

—Ese gesto le honra, Verbeke. Los valores se están perdiendo en la sociedad en la que vivimos: solo hay que ver el camino que tomó el cabo Romero. —Entrecerró los ojos poniendo un semblante penoso —. Bueno, que le vaya bien y que encuentre lo que busca en tierras andaluzas.

—Mi comandante, no tengo otro propósito en la vida que

encontrar los restos de mi padre para cerrar episodio. ¡Buen viaje!

—¡Que Dios la bendiga! —le deseó antes de perderse por el pasillo rumbo a Madrid.

—¡Los cojones! —masculló mirando en rededor la sala sin gente. Sintió un vacío y un silencio parecido en su interior. Y reflexionó para sí misma sobre su andadura en la vida.

«El de arriba no hace más que ponerme duras pruebas que superar. Pero no voy a dejar que me derrote. No pienso rendirme. Y menos ahora, que cuento con la ayuda espiritual de Baños y de mi padre».

Epílogo

4 de julio de 2006

El piso compartido olía a nicotina y vainilla. Desde la pérdida de Baños, Verbeke llevaba un ritual bastante peculiar en su memoria: encendía un purito de la misma marca que fumaba el sargento. Lejos del humo, Ana estaba junto a la puerta, esperando a su compañera. Levantó el bolso a pulso y gruñó desesperada.

—¿Crees que vamos a poder cargar con todo esto, *bonica*? —dudó—. ¿Cuántas fiambreras hemos metido para un ratito?

—Parece que nos vamos de camping en vez de unas horas a la playa —bromeó Julia saliendo del baño y anudando el pareo que escogió para encima del bikini.

—¡Vamos las dos de dorado! Con los kilos que hemos engordado, parecemos las burbujas de *Freixenet*.

—Más quisieran algunos tocar estas pompas. —Se dio una palmada en la nalga.

—¡Puff! A ti te queda mejor el bikini que a mí. ¡Qué tipazo! Yo creo que ya estoy para bañadores.

—¡Anda ya! ¡Los bikinis no tienen edad, Ana! Cada una se pone lo que quiere.

—Ojalá yo tuviera tu autoestima.

—No la tengo. Lo que pasa es que le echo cara. Fíjate, hoy me he propuesto hacer *topless*.

—Pues hemos quedado con Pepín… Le vas a curar la miopía con tus *pechotes*.

—Más bien le voy causar estrabismo —dijo con sorna.

Cuando se dispusieron a abandonar el piso, sonó el timbre. Al abrir, se encontraron con la repartidora de Correos.

—¡Hola! Traigo una carta certificada a nombre de Julia Verbeke.

Firmó y la cartera se fue. El remitente era el comandante Ruiz.

—¡Anda, léela! Ya luego nos bajamos.

Ana fue a cambiarse el bikini por un bañador. Julia se acomodó en el sofá y abrió el sobre. Dentro había un folio manuscrito y la

fotocopia de un recorte de periódico. Empezó por la carta escrita.

«Querida Julia,

En primer lugar, transmitirte lo orgulloso que estoy de ti. Estuvimos tu madre y yo viéndote por la tele juntos en el piso de Vallecas. Salías guapísima y morena. Se nota que el sol de Andalucía te está bronceando. Ella no paraba de llorar al ver que seguías los pasos de tu padre. Yo también me emocioné. El caso ha tenido mucha repercusión mediática y no paran de replicar en los noticieros la comparecencia pública. Supongo que fue un acierto mover los hilos para que acabases en el sitio adecuado. Ahora tienes una gran experiencia y, encima, has estado codo con codo con lo más bregado de la Guardia Civil.

En otro orden de cosas, y el motivo por el cual no te he llamado y he preferido la misiva, es para resolver una pregunta para la cual no tuviste solución durante la comparecencia. Un periodista te preguntó por la maldición y el cáncer de los habitantes de ese asentamiento cercano a la playa de Quitapellejos. Al oír la palabra Palomares, me vino a la cabeza un suceso… Claro, tú eres muy joven como para recordarlo, pero pondría la mano en el fuego a que está relacionado. Mejor que leas el artículo que encontré en la hemeroteca, a que yo te cuente el Quijote. Aquí analizan lo que pasó y su repercusión. Espero que te ayude y que pongas la guinda a la investigación que llevaste a cabo.

Un abrazo mío y de tu mamá».

Verbeke sintió intriga por las palabras de su mentor. Se había tomado las molestias de buscarle algo que, al parecer, tenía relación con la presunta maldición. Ana salió con un bañador negro. Julia le pidió que se sentara a su lado. Con cierta incredulidad, desplegó la fotocopia del diario que recogió la noticia y su repercusión pasados unos años.

«EL BAÑO DE FRAGA. Tras el accidente nuclear que tuvo lugar el 17 de enero de 1966 en Palomares, el ministro de Turismo e Información del Régimen, junto al embajador estadounidense Angie Biddle Duke, se han dado un baño en la playa de Quitapellejos para asegurar que sus aguas están limpias de residuos atómicos. ¿Qué ocurrió aquel día? El 17 de enero del 66, un bombardero B-52, cargado con cuatro bombas atómicas de hidrógeno y un avión nodriza KC-125 que debía abastecerlo de combustible en pleno vuelo, chocaron cuando sobrevolaban Palomares, cambiando para siempre la historia de esta aldea de 600 habitantes. Hubo una explosión en el cielo y los cuatro tripulantes del avión nodriza murieron, mientras que tres de los siete del bombardero salvaron sus vidas. Los restos cayeron en los huertos cercanos, y la tragedia no fue a mayor al ser día festivo, San Antón. La primera de las cuatro bombas fue encontrada intacta en un lecho seco de un río cercano a la costa. La

segunda, junto a los restos abrasados de uno de los aviones, y cuyo choque dejó un cráter de dos metros de profundidad que provocó fisuras en el misil, dispersando la carga de plutonio y uranio que contenía. La tercera bomba también sufrió daños. Por suerte, solo un 10% de la carga química explosionó junto a una cañada, ya que esta bomba contenía hasta sesenta y cuatro veces más poder destructivo que el de las lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki en la Segunda Guerra Mundial. El mediterráneo se tragó la cuarta. Tras una ardua búsqueda por parte del ejército durante ochenta días, consiguieron rescatarla gracias a un pescador catalán llamado Francisco Simó que, mientras faenaba, vio caer el artefacto. Los norteamericanos montaron el campamento Wilson y estuvieron retirando los restos radiactivos. Llenaron 4810 barriles metálicos con tierras contaminadas, unos 16 millones de toneladas de tierra radioactiva. Pero el resto fue enterrado en zanjas y trincheras alrededor del pueblo. Según expertos consultados por nuestro periódico, la radiación en la zona es veinte veces superior a lo permitido en un área habitada, y cualquier construcción que agite el terreno puede liberar plutonio, que, a su vez, puede entrar en el organismo a través de los alimentos o el aire. Lo peor del plutonio es que con el tiempo deriva en americio, un elemento del que emana radiación alfa, la misma que devastó Chernóbil. Estoy podría disparar los casos de cáncer en la población y las mutaciones genéticas en los recién nacidos. Y la pregunta es: ¿está en Almería el mayor cementerio nuclear ilegal de España? Ese es un enigma que solo el tiempo desvelará».

Verbeke miró a Ana con la cara descompuesta.

—Julia, mejor nos quedamos en casa, ¿no?

—Mejor. Se me ha cortado el cuerpo. Pero llama a tu amigo de la redacción. Vamos a devolverle el favor por la ayuda que nos prestó. Este artículo explicará el origen de la maldición del asentamiento que tanto mal ha creado en Cuevas del Almanzora. ¡Ahora sí está todo zanjado!

FIN

Gracias

Espero que lo hayas pasado en grande con la historia que he creado para ti. He tardado un año en escribirla, y seguramente te la hayas leído en menos de un mes. ¿Me equivoco? Je, je. Gracias de corazón por dedicarme tu tiempo, y si me permites pedirte un pequeño gran favor, que para mí es muy importante: déjame una opinión en Amazon sobre esta lectura

Recuerda que a este libro, le siguen los siguientes títulos autoconclusivos que completan la saga de “Inspectora Verbeke”:

-Los crímenes del mar de Madrid.

-Los crímenes de adviento.

Nos vemos pronto en otro caso.

Ciao.

Índice

Prólogo
1. Churros y compañeros
2. De camino a la escena del crimen
3. Apuestas y vómitos
4. Sangre y lejía
5. Moscas y publicidad
6. Sala de operaciones
7. Sospechosos
8. Autopsia
9. Comida y cotilleos
10. El búlgaro
11. La vidente
12. Melancolía y alcohol
13. El sótano y el fin
14. Lágrimas
15. La cinta de vídeo
16. Nuevos amigos
17. Desfase y omisión de socorro
18. Resaca y mala hostia
19. Una carta y una llamada
20. Desterrada
21. La élite contracriminal
22. Zamorano y Verbeke
23. Un niño de otro planeta
24. Allá donde el deber te lleve
25. La llamada más inquietante
26. La estrategia del cocodrilo
27. Una mentira agridulce
28. Una llamada al comandante Ruiz
29. La confesión
30. Vigilancia y charla
31. La lancha y el chaleco
32. El buscador de tesoros

33. Cruzando información
34. El interrogatorio
35. El plan suicida
36. Detención y registro
37. El equipo de investigación
38. Diario de muertes
39. Las manos llenas de sangre
40. Todos nos equivocamos
41. Luna menguante
42. El segundo cadáver
43. Viejos sospechosos
44. Entrevista con la bruja
45. La confesión del búlgaro
46. La llamada de Santana
47. La redacción
48. El informe de Kika
49. Los tres abducidos del 2000
50. La casa de Kika
51. A menos de 48 horas
52. Kika
53. La denuncia y Teo
54. Plan de asalto
55. El asentamiento del terror
56. 20 minutos antes del asalto
57. ¿Dónde está Teo?
58. Un último sacrificio
59. Rueda de prensa
Epílogo